NOELIA GARCÍA

Porque es la primera última vez



SINGULARIDAD

Índice de contenido

Título
- Título
- Playlist
- Abril
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- Mayo
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25
- 26

27
28
29
30
31
Junio
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
Julio
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
Agosto
59

60
61
62
63
64
65
66
67
68
Septiembre
69
70
71
72
Agradecimientos

Porque es la ~~primera~~ última vez

NOELIA GARCÍA

© Ediciones Singularidad
1ª Edición. Marzo, 2026
© Noelia García, 2026. @garhernoelia

Diseño de cubierta: Gabriela Antón Rey, @madameardent
Corrección: Alba Cayuelas, @albacayuelas
Icono de flor: Julia Kitaeva, desde Noun Project
Icono de ola: Mike Zuidgeest, desde Noun Project
Icono de medalla: Shashank Singh, desde Noun Project

Esta es una obra de ficción. Los personajes recogidos en ella son obra de la imaginación del autor. Cualquier parecido con la realidad podría ser mera coincidencia.

Depósito legal: TF 37-2026
ISBN: 979-13-991275-2-2

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva del delito contra la propiedad intelectual.

Este libro ha sido concebido, escrito y editado sin utilizar ningún tipo de inteligencia artificial generativa en su proceso de creación, ilustración ni corrección.

A mis amigas;
que sean siempre libres para elegir sus propios caminos
sin importar lo que se espera de ustedes

Playlist

Sumérgete de lleno en la novela accediendo a la *playlist* oficial a través del siguiente código.



Abril

1

Abi



Connor es un imbécil. Lo supe desde que lo conocí, aunque solo he necesitado unos meses trabajando aquí para confirmarlo. Sé que aprovecharse de los ocasionales es lo más normal del mundo, pero no hace falta que me trate como a una idiota. Sobre todo, porque no lo soy. Puede que incluso esté mejor capacitada que él para escribir un artículo. Al comienzo de la reunión ha leído mis notas como si fuera su propio trabajo, ni siquiera ha mencionado mi colaboración. Fui yo quien se pasó el fin de semana recabando los datos y analizando estadísticas para que él acabe llevándose todo el mérito.

—Esto está genial, Connor —señala el director—. Aprovecharemos los resultados de la sexta manga de la WSL para publicar el artículo en el dominical. ¿Dos chicos de la Gold Coast jugándose el mundial de surf? Nos interesa.

—Cierto —responde Connor—. Viendo los números de sus carreras, es evidente que ambos están en un buen momento. Nadie imaginaba que se plantarían en el top cinco de manera tan solvente.

Los números que *yo* elaboré a partir de las estadísticas que *yo* revisé. Me hierve la sangre. Alguna vez debería darle información errónea y dejarlo caer en el abismo de la vergüenza. Aunque, con total seguridad, ese día sí que me otorgará el crédito de haberlo hecho mal.

—Abigail, ¿qué estás haciendo? —me pregunta el susodicho enarcando las cejas. Al tratar de controlar el enfado que se me estaba formando en la boca del estómago tras la reunión, me he quedado de pie con la vista perdida en medio de la redacción—. ¿No tienes que revisar las cartas al director?

—Sí, ya me pongo —contesto con una sonrisa.

A pesar de que no soporto a Connor, me obligo a poner buena cara. No soy más que la trabajadora ocasional que llegó al *Gold Coast Insider* hace unos meses. Es un periódico local pequeño, pero no quiero causar mala impresión nada más empezar, así que me trago la ira y hago como si no me importara que se aprovechen de mí.

Revisar las cartas al director ha sido mi tarea principal —casi la única— en el tiempo que llevo aquí. No es, ni por asomo, lo que me gustaría estar haciendo. Quiero convertirme en periodista deportiva, pero sé que debo empezar desde abajo. Al menos, me dejan colaborar de vez en cuando con la sección de deportes y, aunque tenga que vérmelas con el inútil de Connor, merece la pena. Estoy aprendiendo los entresijos de esta profesión y siento que es el camino que deseo seguir; si bien, no tengo certezas de si será el adecuado para mí.

En realidad, no entiendo por qué me incliné hacia esta rama del periodismo. Está claro que me gusta escribir y comunicar —aunque no lo valorara desde un comienzo como una salida profesional—, pero soy una negada para los deportes. Nunca he practicado ninguno y me considero bastante torpe. Sin embargo, hay algo de adrenalina en las noticias deportivas que me atrae. Creo que es por la incertidumbre; nunca se sabe qué va a ocurrir, por muchos datos que analices o por evidente que parezca sobre quién recaerá la victoria.

Me encantaría escribir el artículo que le han asignado a Connor. Entre todos los deportes, el surf es el estandarte de Gold Coast. Surfistas de los siete continentes se trasladan aquí para entrenar e incluso para vivir. Las playas de olas perfectas, el clima y la comodidad de la ciudad hacen de Gold Coast el lugar ideal para los que practican esta disciplina. No es mi caso. Yo apenas me

mantengo a flote dando un par de brazadas. Nunca se me ha ocurrido subirme encima de una tabla.

Algún día… algún día seré yo quien ocupe el lugar de Connor.

Cuando termino de revisar la veintena de cartas que me han dejado sobre la mesa, ya es la hora de salir. Separo las que me han parecido más interesantes y las aparto a un lado para corregirlas mañana. Recojo mis cosas y me marcho.

Se nota que ha llegado el otoño. La temperatura es más suave que hace unas semanas y no hay tanta humedad; es muy agradable estar al aire libre. En esta época me encanta regresar andando a casa.

Al llegar, veo a Hana sentada en el salón trajinando con las agujetas. A mi amiga le encanta tejer, aunque por la forma en que lo está haciendo supongo que está nerviosa. Ya ha desbaratado dos veces las puntadas que ha dado en lo que llevo aquí.

—¿Estás bien? —le pregunto sentándome a su lado.

—Estoy haciéndole una bufanda a Declan —contesta sin mirarme—, pero se me están atragantando estos puntos.

Le sujeto el antebrazo y ella se detiene.

—Cuando tejes de esa forma compulsiva es que algo va mal. ¿Qué ocurre?

Hana resopla.

—Ya tendrían que haberme llamado de la entrevista que hice hace un par de días y aún no tengo noticias.

—Tranquila. —Le acaricio el brazo. Ella me observa recolocándose las gafas—. Estas cosas llevan su tiempo. Solo han pasados dos días.

—Estoy agobiada. Se me acaba el tiempo que me dieron mis padres para encontrar trabajo y ya sabes lo que pasará si no lo consigo.

Asiento frunciendo los labios.

—Serás la camarera más adorable del Kim’s Barbecue…

Hana se sujeta la frente con las manos y sacude la cabeza, intentando hacer desaparecer la idea de esa posibilidad. Hace unas semanas cerró sin previo aviso la empresa en la que llevaba dos

años trabajando y sus padres no están por la labor de darle un respiro mientras recompone su vida.

Hana y yo somos polos opuestos. Ella, bajita, enamorada de los números y con mucho carácter; yo, alta, apasionada de las letras y bastante más tranquila que ella. Sin embargo, nuestras familias sí que se parecen. En especial, en la presión que ejercen sobre nuestros hombros.

Su móvil suena.

—Los hemos invocado —dice enseñándome la pantalla del teléfono.

Por más que viva con ella, nunca deja de sorprenderme que hable en coreano con sus padres. Cambia de un idioma a otro con una facilidad pasmosa, como quien aprieta un interruptor. La escucho embelesada sin entender nada de lo que sale de su boca.

—Lo de siempre. —Hana pone cara de resignación al terminar la llamada—. Que ya me puedo ir despidiendo de vivir sola si no tengo trabajo a finales de este mes.

Le doy un abrazo fuerte y le acaricio el cabello enredando los dedos en él.

—Lo conseguirás, estoy segura. —Mi amiga suspira—. Me da mucha envidia que puedas comunicarte en más de un idioma, ¿lo sabías? —intento animarla.

Me mira entornando los ojos.

—Te lo cambio por ser rubia de ojos azules. Te pasaste el juego de la genética, perra.

Las dos nos echamos a reír.

—¿Qué tal te ha ido en el periódico hoy? —pregunta mientras echa un vistazo a la nevera. Yo la observo desde el salón.

—Salvo por las ganas de asesinar a Connor, todo bien. —Suspiro sonoramente—. Ha vuelto a hacerme a un lado en la reunión.

—Deberías plantarle cara.

—Nada me gustaría más que eso, pero no puedo. Me sacarían a patadas del periódico antes de que me diera tiempo a terminar una frase.

—Lo más probable es que eso nunca suceda —asegura Hana sacando una botella del frigorífico—. Estoy convencida de que en el periódico ya se han percatado de lo buena que eres.

—Me miras con ojos de amiga…

—El día en que de verdad confíes en ti misma, serás imparable. —Retira el corcho de una botella de vino y me hace una seña para que me una a ella en la cocina—. Anda, vamos a tomarnos una copa.

—Son solo las cuatro, Hana.

—Me da igual. Tenemos que borrar por un rato la mierda que nos rodea y el alcohol me está pareciendo la mejor opción de todas.

Río sacudiendo la cabeza y pongo los ojos en blanco. No obstante, agarro mi copa y brindo con ella.

2

Abi



Aparco el coche delante de la casa de mis padres. Hoy toca comida familiar, un plan que me apetece tanto como masticar chinchetas o nadar entre pirañas. Gracias a los turnos de mis padres y los de Ethan, mi hermano mayor, es complicado que coincidamos para comer el fin de semana. Todo un alivio para mí.

Bajo del coche sosteniendo la bandeja con las palmeritas de hojaldre bañadas en chocolate que he preparado esta mañana para el postre. Ya sé la cara que pondrá mi madre cuando las vea, pero me da igual, son las favoritas de mi hermana y no hay nada que me haga más feliz que su sonrisa.

Grace me recibe en la puerta con un fuerte abrazo.

—¡Hermanita! —exclama alegre.

No sé en qué momento ha crecido tanto como para igualarme en altura. Por mucho que me pese, mi hermana ya no es una niña. Está en el último año de secundaria y pronto cumplirá dieciocho. Me examina entrecerrando los ojos mientras entro en casa.

—Te has hecho el *piercing* del *tragus* —susurra para que nadie más la escuche. Esboza una sonrisa que le llena el rostro—. Qué envidia te tengo…

—¿Quieres apostar cuánto tardará mamá en darse cuenta? —pregunto burlona.

Llevo un total de seis pendientes en la oreja derecha y tres más en la izquierda. Los primeros me costaron alguna que otra discusión; los últimos, malas caras y gestos de desaprobación de mi madre.

Mi padre se reúne con nosotras en la entrada.

—Hola, cariño. —Me da un beso en la mejilla—. Deja que te ayude.

Se lleva la bandeja hasta la cocina y escucho la voz de mi madre desde donde estoy.

—Como siempre, la última en llegar.

Suspiro. Mi madre se seca las manos con un paño y se quita el delantal antes de venir a saludarme.

—¿Cómo estás? —No sé para qué me pregunta, si nunca me deja contestar—. No deberías haber traído esos pastelitos. Son solo porquería ultraprocesada.

—Los he hecho yo, mamá. Con todo el amor *no procesado* del mundo —respondo irónica.

Ella sacude la cabeza.

—Son para ti —le digo a Grace guiñándole el ojo—. No dejes que se coma ninguno a escondidas.

Mi hermana se ríe por lo bajini.

Me acerco al salón y descubro a Ethan hablando por teléfono. La cara se le ilumina al verme entrar. La única parte positiva de estas comidas es estar con mis hermanos. Cuelga la llamada y me estrecha entre sus brazos fuertes. No sé si es porque Ethan es el mayor o porque me saca más de una cabeza, pero siempre me hace sentir protegida cuando me abraza.

—Hola, pequeña —susurra cerca de mi oído—. Te he echado de menos.

Hace casi un mes que Ethan y yo no coincidimos. Lo han fundido a guardias en el hospital por semanas. La penitencia del residente.

—Yo a ti también —contesto al separarnos, dándole un ligero apretón en el brazo.

Los cinco nos sentamos en la mesa del comedor. Mamá ha preparado pollo relleno, ensalada y boniatos asados. Huele delicioso.

Es una cocinera magnífica, igual de excelente que en todo lo que hace. El amor por la cocina es, probablemente, lo único que he heredado de ella.

Nos vamos sirviendo los platos, pasándonos las bandejas los unos a los otros.

—¿Qué tal las clases, Grace? —pregunta Ethan, a la vez que pincha un trozo de pollo de su plato.

—Bien, no me quejo.

—Ha sacado todo sobresaliente en los últimos exámenes —interrumpe mi madre, con un evidente deje de orgullo en sus palabras.

Grace se encoge de hombros sin darle mayor importancia.

—Va en la dirección adecuada para entrar en la Facultad de Medicina en Melbourne —añade mamá antes de rellenar nuestros vasos con agua.

Su mayor orgullo sería que sus tres hijos se convirtieran en médicos, como ella y papá. El doctor y la doctora Harris. Mi madre es la jefa del departamento de neurocirugía del Hospital Universitario Gold Coast; mi padre, anestesista en el mismo centro. Se conocieron en quirófano y pondría la mano en el fuego por que, si por mi madre fuera, se habrían casado también en uno. Ambos estudiaron Medicina en la Universidad de Melbourne. Mi hermano Ethan siguió sus pasos a pies juntillas; se graduó en la misma institución y afronta su tercer año como residente de traumatología. Parece que Grace está encaminada a seguir sus pasos. Y yo… yo soy la oveja negra de esta familia.

—Te has hecho otro agujero en la oreja —señala mi madre frunciendo el ceño.

Contengo una sonrisa mientras miro de reojo a Grace, que casi se atraganta con la ensalada, para después responder:

—¿Te gusta? —Sé a ciencia cierta que no.

—No sé qué necesidad tienes de estar agujereándote la oreja.

—Tú me las perforaste sin consentimiento cuando era un bebé, así que… —replico. La mirada que me lanza bien podría atravesarme la carne.

—A mí me parece que estás guapísima, hija —interviene mi padre. Siempre tiene palabras amables para apaciguar el ambiente.

—Abi, ¿cómo te va en el periódico? —se interesa Ethan.

—Con sus más y sus menos, pero me gusta mucho. Todavía no he podido entrar al departamento que quiero.

—¿Aún no te han hecho fija? —pregunta mi madre. Niego con la cabeza por toda respuesta—. Con veinticuatro años, yo ya estaba haciendo la residencia. Sigo pensando que desperdicias tu talento.

—Mamá… —la interrumpe Ethan.

Se me hace bola la comida en la boca y se me cierra el estómago, como ocurre casi siempre que compartimos mesa.

Al igual que mi hermano Ethan, después de graduarme en el instituto entré en la Facultad de Medicina de la Universidad de Melbourne, siguiendo la tradición familiar. Toda mi adolescencia estuvo enfocada en labrarme un camino hasta llegar allí, por lo que no me planteé si verdaderamente era lo que quería hacer. Estudié los dos primeros cursos y, aunque mi rendimiento era magnífico, no estaba satisfecha. Desde el inicio de la carrera sentí que aquel no era mi lugar, por mucho que pareciera nacida para ello. A mí me gustaba escribir. Eso sí que me hacía feliz.

La bomba estalló al final del segundo curso, cuando me planté en casa con el reporte de las notas —sobresaliente de media— y con todas mis pertenencias para decirles a mis padres que no iba a continuar estudiando Medicina. Sus caras de decepción no se me olvidarán en la vida. Ethan fue el único que apoyó mi decisión desde el principio. Él ya terminaba la carrera y, aunque mi elección lo tomó por sorpresa, sus palabras me dieron el aliento que necesitaba: «Si sientes que este no es tu sitio, estás tardando en mandarlo todo a la mierda». Grace era muy pequeña para comprenderlo, pero estaba exultante por que estuviera de nuevo cerca de ella.

Al año siguiente, comencé la carrera de Periodismo y Comunicación en la Universidad Griffith, en Brisbane. Por entonces, ya había roto dos de los cánones principales de nuestra familia: estudiar Medicina y graduarse en la Universidad de Melbourne. En ese mismo momento me labré también la etiqueta de oveja negra. Y, aunque es una losa que sigo cargando hasta el día de hoy, me liberó

en cierta medida. Ya no podía decepcionar más a ninguno de mis padres —sobre todo a mi madre—, así que empecé a hacer las cosas que siempre había deseado en silencio, como llevar la oreja repleta de *piercings*.

A veces siento que me encuentro en tierra de nadie. Ethan es el hijo mayor perfecto, el que ha hecho lo que se esperaba de él sin causar un solo problema. Grace es la niña de la casa, a la que todos mimamos y protegemos sobremanera. Y en medio estoy yo, sin un lugar que me pertenezca donde asentarme. No obstante, me alegro de la decisión que tomé y creo que se lo pondrá más fácil a Grace en el futuro, si en algún momento decide que la medicina no es lo suyo.

El resto de la comida transcurre entre valoraciones de casos clínicos y narraciones épicas de cirugías complicadísimas que ha hecho mi madre en el último mes. Mi padre se limita a asentir, dando fe de las hazañas que ella misma cuenta. Es la mejor en su campo, de eso no me cabe duda.

Ayudamos a recoger y fregar los platos y me marcho con la excusa de tener que terminar algo del trabajo. Puede que no les guste la ruta que he escogido, pero no se perdonarían que descuidara mis obligaciones, por lo que no rechistan. Ethan me acompaña hasta el coche.

—No hagas caso a mamá —dice mientras guarda mis cosas en el maletero—. Ya sabes cómo es.

—Empieza a cansarme, de verdad —confieso.

Ethan se acerca a mi lado y me observa arrugando ligeramente las cejas, dejando entrever su preocupación.

—Abi, tienes que vivir tu vida de la forma que *tú* quieras. No importan las expectativas que tengan los demás de ti.

—Un poco de apoyo de vez en cuando no estaría mal.

—Sabes que cuentas con el mío. —Sonríe y me da un pellizco suave en la mejilla—. Creo que no comprende que no exprimas el talento que posees. ¿Puedo confesarte algo? —Asiento moviendo la cabeza—. Siempre me ha dado muchísima envidia la facilidad que tienes para recordar datos y asociarlos entre sí sin apenas esfuerzo.

—Me parece que lo que de verdad te picaba era que ganara siempre en los juegos de diagnóstico a los que nos sometían mamá

y papá.

—*Touché* —confirma llevándose la mano al corazón. Los dos nos echamos a reír—. Sabes de sobra que a mí me costaba mucho más trabajo que a ti sacar buenas notas, y deseaba en silencio ser como tú. Eres muy especial, Abi. Que no se te olvide.

—No tanto como quisiera mamá.

Ethan me revuelve el pelo y me da un beso en la frente antes de regresar a casa.

El nudo que me aprisiona el estómago me acompaña todo el camino en coche. No me deja olvidar los juicios de mi madre y me estrangula las entrañas con fuerza. En días como este, sé que lo mejor es distraerme para no pensar. Muchas veces opto por hornear algún dulce; me gusta sentir las manos pringosas intentando dominar la masa, boleando de un lado a otro mientras compruebo cómo los ingredientes inconexos se transforman en un solo elemento. Sin embargo, no me apetece volver a meterme en la cocina.

Mientras conduzco, los rayos del sol se cuelan por la ventanilla del coche y me caldean el lado derecho a la vez que instalan una idea en mí. Aparco cerca del piso que comparto con Hana, pero, en vez de dirigirme a casa, tomo la toalla que tengo en el maletero y camino hacia la playa. Podría subir y ponerme un bikini, no obstante, prefiero seguir las señales que me lanza el cuerpo y adentrarme descalza en la arena dorada. El calor que desprende me reconforta de una forma inusual. Extiendo la toalla y me deshago del vestido anaranjado que llevo, dejando a la vista la ropa interior negra. A cierta distancia, nadie advertiría que no es un bikini. Me siento con las piernas cruzadas y mi mirada se pierde en el vaivén de las olas.

RESULTADOS DEL ATLANTIC SWELL CHALLENGE

Penache, Portugal

	1er puesto	Heitor Alves
	2do puesto	Adriano Ferreira
	3er puesto	Kai Young
	5to puesto	Tyler Simmers
	9no puesto	Benjamin Walker
	9no puesto	Ryan Bailey

RANKING DE LA WSL TRAS EL SEXTO EVENTO

1	Tyler Simmers (USA)	46,430 puntos
2	Adriano Ferreira (BRA)	44,230 puntos
3	Benjamin Walker (AUS)	36,695 puntos
4	Ryan Bailey (AUS)	32,130 puntos
5	Heitor Alves (BRA)	31,605 puntos
6	Kai Young (HAW)	29,110 puntos

3

Ryan



En el taxi de vuelta a casa, Payton me enseña por enésima vez el vídeo en el que me caigo de la tabla intentando clavar una maniobra aérea en la última ola del campeonato de Portugal, y señala el momento exacto en el que mi pie resbala perdiendo impulso. Su jodido perfeccionismo me saca de quicio más de lo que me gustaría, pero tengo que morderme la lengua porque, gracias a él, he llegado tan lejos.

—Tu posición en el cuarto puesto del *ranking* es bastante sólida. Tienes que mantener la concentración en los cuatro campeonatos que faltan antes de la final —dice apagando la tableta.

—Tanto como sólida… La horquilla es estrecha, solo a tres mil puntos del sexto. Una mala actuación y estoy fuera de la final.

—Has sido muy constante en el campeonato. Solo tienes que seguir así. Los demás también pueden fallar.

—Menos Benjamin, ese capullo no falla. Qué ganas tengo de quitarle el tercer puesto. —Aprieto los dientes con fuerza y se me tensa la mandíbula.

—Lo único que importa ahora mismo es que acabes dentro de los cinco primeros para clasificarte a las finales. Olvídate de Benjamin —replica mi entrenador.

—Es importante para mí —le recuerdo, haciendo contacto visual con él.

—Lo sé, lo sé… —Me da un apretón en el hombro—. Aunque no debes olvidar que ese no es tu objetivo principal. Clasificarte para la final sí lo es.

Apoyo la cabeza en la ventanilla del taxi y pierdo la vista en el paisaje de costa exterior. He surfeado en todos los continentes, en playas grandiosas y muy diferentes entre ellas, si bien no hay ningún lugar comparable a Gold Coast. Mi hogar.

Me incorporo al comprobar que el taxista no toma el desvío hacia Burleigh Heads y miro a Payton extrañado.

—No me mates, esto no ha sido idea mía. —Se excusa con cara de circunstancia, y empiezo a maquinar qué será esta vez—. Tienes una entrevista en Surfers Paradise.

—Me cago en la puta, Payton. ¿No van a dejarme ni siquiera llegar a casa? Acabo de cruzar medio planeta en avión.

—Te entiendo, créeme. Yo también querría que fueras a casa a descansar, pero ni pincho ni corto en todo esto.

—Ahhhh. —Un sonido entre grito y suspiro abandona mi garganta mientras echo la cabeza hacia detrás.

Saco el paquete de chicles que llevo en el bolsillo del pantalón y me meto dos en la boca, masticando con fuerza la rabia que me corroe las venas.

4

Abi



El sol calienta más de lo que me esperaba y siento la piel ardiendo bajo su reflejo. Hay bastante oleaje, pero necesito darme un baño rápido para aliviar la quemazón que me recorre el cuerpo. Me acerco a la orilla con pasos lentos, recreándome en el tacto sedoso de la arena enredándose entre los dedos de los pies. No hay casi nadie en el agua. Diviso algunos surfistas a lo lejos, en el otro extremo de la playa. Deben de ser aficionados, porque a estas horas es raro ver profesionales entrenando.

Me adentro en el mar hasta que el agua me cubre las rodillas. La sensación de alivio es inmediata y la piel se me eriza en un recorrido que sube de los pies al cuello. Procuro mantenerme en la orilla para que no me arrastre la corriente. En esta playa la fuerza de las olas puede jugarte una mala pasada si te despistas, y yo tampoco soy una nadadora experta. Me arrodillo unos instantes para mojarme el resto del cuerpo, refrescándome con cada vaivén del agua que me acaricia.

Aprovecho un momento de calma entre olas para sumergirme por completo y flotar boca arriba mirando el cielo, teñido de un azul vivo. Cierro los ojos un instante y me relajo mecida por el agua. Siento los músculos destensarse y mi respiración se va apaciguando. Lo necesitaba.

Recuerdo todos los comentarios despectivos de mi madre durante la comida y también las jugarretas que me ha hecho Connor esta semana, y dejo que esos pensamientos abandonen mi cuerpo con cada vaivén. Adiós a la Abi que podía haber sido, la que habría querido mamá. Adiós a la rabia que anida en mi estómago porque Connor no me dé el crédito que merezco. Aprieto los puños un instante y luego los relajo, sintiéndome mucho más liviana.

5

Ryan



Debe de ser la séptima o la octava entrevista que hago esta semana, ya he perdido la cuenta. Como siempre, una reportera buenorra —que casi con total seguridad me acabaré tirando esta noche si me la encuentro de fiesta— me hace todo tipo de preguntas. La mayoría de ellas nada tiene que ver con el surf. Lo odio. Lo odio con todas mis fuerzas, pero no me queda más remedio que acatar las directrices del patrocinador. Sin patrocinio, no hay dinero, y sin pasta, no puedo dedicarme al surf en cuerpo y alma. Así que me trago mis principios y mi orgullo y accedo a realizar estas chorradas para poder seguir viviendo de lo que me gusta.

Sonrío a la cámara como si estuviera encantado de estar aquí en la compañía de… ¿Sandra? ¿Sarah? No tengo ni idea.

—¿Qué te parece que hayas resultado elegido el surfista más cañón de la competición?

—Al menos me traigo una victoria a casa. —Le guiño el ojo a la reportera tras la respuesta y me esfuerzo por que las comisuras de mis labios sigan apuntando hacia arriba.

Ella se deshace en risas.

—No podía ser de otra forma. Eres el chico de oro de Gold Coast. —Procede a ponerme ojitos.

—Todo un honor ostentar ese título.

Ese ridículo apodo que me ha endosado mi patrocinador con tal de conseguir más campañas publicitarias. Les ha salido bien la jugada de venderme como un trozo de carne atractivo para generar deseo y aumentar las ventas de cualquier producto aleatorio que pongan en mis manos. Ellos se enriquecen —en parte, yo también— y, a cambio, tengo toda la libertad que quiero para surfear, entrenar a mi manera y elegir a mi equipo. Cuando me toca hacer algo que aborrezco, intento pensar en esto último para convencerme de que merece la pena.

La entrevista continúa por los mismos derroteros, hablando sobre jodidas estupideces en vez de mi situación en el campeonato. En esta ocasión, de verdad que están poniendo mis nervios a prueba.

La periodista me lanza una pregunta que no llego a procesar. No muy lejos de nosotros se oyen gritos y observo que la gente se arremolina cerca de la orilla.

Entonces la veo.

Una chica intenta mantenerse a flote por todos los medios, revolcada por una ola. Sin pararme a pensarlo un momento, salgo corriendo hacia allí. Llego en apenas unos segundos y me meto directo en el mar. La fuerza de la corriente es grande, por lo que cualquier nadador inexperto podría acabar arrastrado al fondo. No se encuentra lejos de la orilla, pero está justo en el punto donde rompen las olas. Doy unas cuantas zancadas hasta que el agua me cubre la cintura y después dos brazadas con las que llego hasta ella. La agarro por la cintura y la atraigo hacia mi cuerpo, procurando que mantenga la cabeza en la superficie. La chica no parece darse cuenta de lo que sucede a su alrededor, está desorientada; es probable que por las sacudidas del agua.

Lucho contra la corriente mientras la sujeto con todas mis fuerzas para que los dos lleguemos a la orilla sanos y salvos. No es la primera vez que me tiro al mar para sacar a alguien. Sacudo la cabeza intentando deshacerme de algunos recuerdos que me asedian y me concentro en llegar a tierra firme.

Cuando consigo salir de la rompiente del agua, noto que las piernas de la chica flojean y ya no es suficiente con sostenerla por la

cintura, así que la alzo en brazos y camino hasta llegar a la arena. Enseguida nos rodea una multitud de curiosos. La recuesto y me arrodillo a su lado, observándola con detenimiento. Respira. A trompicones, pero respira. No corre peligro. Tose un par de veces y escupe algo de agua hacia un lado. Entonces se incorpora y contempla a su alrededor, apabullada. Está procesando lo que acaba de suceder y, como un acto reflejo, se cubre el pecho con los dos brazos. Es entonces que me percato de que lo que lleva puesto no es un bikini.

—¿Estás bien? —pregunto con voz calmada.

Me dirige la mirada fugazmente, como si no quisiera detenerla más de dos segundos en el mismo lugar, y asiente.

—¿Necesitas que te llevemos al médico?

Se gira hacia mí con un movimiento rápido y me agarra fuerte la muñeca.

—No, al médico no. Estoy bien.

Tiene los ojos abiertos de par en par, igual que si hubiese visto un fantasma. No la culpo, ha estado cerca de perder la vida en el mar, yo también estaría en *shock*. Se pone en pie y se aleja de la multitud con la cabeza gacha, evitando las miradas de los curiosos arremolinados a nuestro alrededor. Cuando ya nos separan unos metros se para en seco y se gira de nuevo hacia mí.

—¡Gracias! —Se aparta el pelo de la cara, con las manos temblorosas, mientras procura seguir cubriéndose el pecho con los antebrazos—. Gracias…

Le dedico un gesto inclinando la cabeza y apretando los labios. Entonces acelera el paso y se aleja a toda velocidad hacia su toalla. No dejo de perseguirla con la mirada hasta que una cámara se planta delante de mí. A su lado, ¿Silvia? ¿Sophia? me encasqueta el micrófono en la cara con una expresión fascinada.

—¡Esto ha sido impresionante, Ryan!

6

Abi



Lo que se dice sobre el momento en el que ves llegar la muerte es totalmente cierto. Presencié toda mi existencia en fotogramas, como una especie de despedida en la que sabes que, al pasar la última instantánea, dejarás de existir. No sentí pena, tampoco miedo. Estaba enfadada conmigo misma porque ese fuera a ser mi final, decepcionada por no haber conseguido nada en la vida.

Para colmo, soy la comidilla de la ciudad. En realidad, desconocen que soy yo la de las imágenes, pero todo el mundo ha visto cómo me sacaban del agua. Tuve la *suerte* de que el incidente quedara registrado por una cámara de televisión que entrevistaba al surfista Ryan Bailey. Él fue quien me salvó. En ese momento no fui consciente de nada, solo sabía que alguien me había sujetado en el agua justo cuando creía que no podría resistir más y me había llevado a la orilla. Después recuerdo una muchedumbre de gente a mi alrededor mientras elucubraba cómo escabullirme del bochorno que estaba sintiendo.

Sin embargo, ya he visto unas cuarenta veces el vídeo en el que aparece Ryan Bailey corriendo por la playa y lanzándose al agua a por mí. Han tenido la gran idea de adornarlo con la canción *Hero* de Chad Kroeger, haciendo coincidir el momento en el que me intercepta en el mar con el clímax del estribillo. Si no fuera la protagonista, hasta me habría emocionado, pero la vergüenza que

me invade ahora mismo me impide sentir cualquier otra cosa. Doy vueltas por el salón mientras Hana repite la grabación de forma enfermiza.

—A quien se le haya ocurrido lo de la canción se merece un aumento —ríe.

—¿Quieres, por favor, dejar de poner el vídeo de una vez? —suplico.

—Ni en sueños. Cada vez que lo veo me parece aún mejor. ¡Mira! ¡Tenías un alga pegada en el trasero! —Se deshace en carcajadas y yo me tapo la cara porque no puedo soportar más este escarnio.

Solo espero que nadie haya reparado en que soy yo. Hana no se había percatado hasta que se lo he confesado, así que creo que estoy a salvo. No he recibido ninguna llamada, y tengo por seguro que, si mi madre se hubiera enterado, ya me habría fundido el móvil. Mis hermanos tampoco se han dado por aludidos. De momento, puedo respirar tranquila.

—¿Qué se siente al ir en brazos del chico de oro? —pregunta mi amiga por enésima vez.

—Hana, no me enteré de nada. Estaba prácticamente con un pie en el otro barrio.

—Es que mira esos bíceps… Vendería mi alma al mismísimo diablo por que me estrujara a mí también.

—¿Con vender tu alma al diablo te refieres a limpiar las parrillas del restaurante de tus padres por el resto de tu vida?

—Eso mismo. —No despega los ojos de la pantalla ni un instante—. Es que no se puede ser más perfecto…

—Oye, ¿Declan está al tanto de que te refieres en estos términos a otros chicos?

—Ni lo sabe ni lo va a saber. —Me observa amenazante, entrecerrando los ojos y apuntándome con el mando de la televisión como si fuera un arma de fuego—. Aunque es posible que le importe un pimiento.

Tiene razón. Declan es un ser de luz. Todavía no me explico cómo puede llevar tanto tiempo saliendo con Hana. Quizás sea por

eso mismo, son tan diferentes que se atraen como dos partículas de carga opuesta.

—¿De verdad que no te diste cuenta de que era él?

—Ya te he dicho un billón de veces que no.

Es la verdad. Las imágenes se entremezclan borrosas en mi cabeza. Lo único que recuerdo es su agarre firme y su voz preguntándome cómo estaba. Bueno, y sus ojos. Cuando fui lo suficientemente consciente de lo que había ocurrido y me giré para agradecerle que me salvara, mi mirada coincidió con unos ojos resplandecientes de color verde dorado.

Ahora que lo pienso, me comporté como una completa idiota. Dije un simple «gracias», como a quien te cede el paso por la calle, y me marché de allí sin mirar atrás. Debe de pensar que soy una ingrata estúpida. No lo culparía por ello.

—No sé de qué te sirve la memoria prodigiosa que tienes si te falla en un momento crucial como este. —El vídeo acaba y Hana vuelve a reproducirlo.

—En serio, deja de verlo ya. Me estoy poniendo enferma. ¿No tienes, no sé, que tejer una manta del tamaño de Queensland?

—Me encantaría entrar en el Libro Guinness de los Récords por hacer algo como eso. —Su mirada se pierde en la habitación por un momento. Creo que está visualizando la proeza.

—No lo dudo.

Aprovecho ese instante de enajenación transitoria que está viviendo para arrebatarle el mando y apagar la televisión. Por fin. El silencio.

En la redacción del periódico hay un ambiente extraño. Veo corrillos y escucho cuchicheos. Estoy acostumbrada a que me excluyan de sus grupitos sutilmente, aunque lo de hoy es bastante raro. Atisbo que alguien se me acerca y no tardo en reconocer de quién se trata. Una sonrisa taimada y altiva le ocupa buena parte del rostro. Connor.

—Buenos días, Abigail —saluda.

¿Qué mosca le ha picado? Jamás se ha dirigido a mí para desearme una buena mañana.

—Buenos días.

Se pasea por delante de mi escritorio observándome con una expresión que no le conocía hasta ahora. Me recuerda a una hiena, acechando y esperando el momento preciso para darse un festín con la carroña.

—¿Has disfrutado el fin de semana?

Me lanza la pregunta mientras sigue de pie tras mi mesa, con los brazos cruzados. Ahora sí que me pilla desprevenida. Que me salude puede pasar, pero que se interese por cómo me ha ido el fin de semana no tiene justificación alguna, salvo que se haya infectado con una ameba comecerebros y ya no sea capaz de controlar sus acciones.

—Eh… sí.

—El sábado hizo un día espectacular, perfecto para darse un bañito en la playa. —Arquea tanto las cejas que les falta poco para unirse con el nacimiento del pelo.

Trago saliva.

Lo sabe.

Hago como que ordeno los documentos que tengo delante procurando que no se me note que estoy aterrorizada e intento buscar una respuesta para salir del paso, si bien de lo único que soy capaz es de esbozar una media sonrisa que, con total seguridad, no disimula mi cara de circunstancia.

—Eres tú, ¿verdad? La que casi se ahoga en Surfers Paradise. La del vídeo. —Apoya las manos sobre mi mesa.

El corazón me palpita a una velocidad desconocida y siento un hormigueo en la barriga. Me paso las manos sudorosas por los muslos en un intento de calmarme, pero no surte efecto. Miro entonces a Connor y me encuentro con sus ojos acusadores clavados en mí. No tiene sentido tratar de negarlo.

—Sí —admito.

Reconocerlo me pone todavía más nerviosa de lo que ya estaba y no puedo evitar lo que viene a continuación. El estrés de la situación me dispara la adrenalina y comienzo a estornudar sin control. Siempre me pasa. Uno, dos, tres… Connor no aparta la mirada de mí, aguardando a que me recomponga. Me detengo al

séptimo estornudo. No ha sido tan grave, he llegado a encadenar veintiuno.

—¡Lo sabía! —No tiene espacio en su rostro para esconder la satisfacción—. ¡Os lo dije! —exclama al resto del equipo—. Abigail es la chica del vídeo.

Se forma un revuelo en la sala y las miradas se dirigen a mi persona. Connor regresa con sus compañeros y choca alguna que otra mano. Era lo que le faltaba para terminar de abultar la soberbia que le infla el pecho. Escucho risas y veo caras de incredulidad por toda la redacción.

Aborrezco ser el centro de atención; prefiero mantener un perfil bajo y pasar desapercibida, pero esta situación me empuja a la palestra sin que pueda evitarlo. Me convierto en la comidilla del periódico en un abrir y cerrar de ojos, y todo el mundo tiene un comentario o una pregunta que hacer. No sé dónde meterme. Noto las mejillas encendidas, debo de estar dando un buen espectáculo. A Connor no se le borra el gesto de satisfacción del rostro; parece que acaba de descubrir un entramado de corrupción a nivel estatal. Me enfurece.

Satisfago la curiosidad de mis compañeros contestando vaguedades —tampoco es que pueda dar mucha más información sobre lo ocurrido aparte de lo que ya han visto en el vídeo— y, después de un tiempo, me dejan tranquila. Por fin. Vuelvo a concentrarme en mis tareas, aunque no logro quitarme de la cabeza el agobio que he pasado durante un buen rato.

La mañana se me hace eterna, pero transcurre sin más sobresaltos hasta la hora de marcharme. Recojo mis cosas a toda prisa, no veo el momento de llegar a casa y tirarme boca abajo en la cama para gritar contra el colchón hasta que consiga olvidar lo que ha sucedido hoy. Sin embargo, si algo puede ir a peor en mi vida, seguro que lo hará.

Adams, el director, me llama a su despacho justo cuando ya me dirigía a la salida. No se ha acercado a mi mesa durante toda la jornada, así que no sé si estará al tanto del vídeo, aunque probablemente Connor le haya ido con el cuento.

—Siéntate, por favor —me indica.

¿Que me siente? ¿Por qué? Ay, no, esto no me va a gustar. Jamás me ha pedido que tome asiento en su despacho. ¿De qué quiere hablar? ¿Será por lo del vídeo? ¿O quizás la he pifiado corrigiendo una de las cartas al director?

—Abigail. —Su voz me saca del trance—. Siéntate.

Trago saliva y obedezco. Hago verdaderos esfuerzos para que no se me note el temblor de las manos. Tengo un mal presentimiento.

—¿Te encuentras bien? —pregunta apoyando los antebrazos sobre la mesa—. Por lo del vídeo, digo. Casi te ahogas.

—Eh… sí, estoy bien. Se quedó en un susto.

—Me alegro. Tengo una oferta para ti.

—¿Una oferta? —repito como si no fuera capaz de procesar información.

—Sports Life está buscando a la chica del vídeo. Quieren entrevistarte.

—¿Qué?

—Que quieren hacerte una entrevista, Abigail. Fueron los que grabaron las imágenes. Menuda suerte. A eso se le llama estar en el lugar indicado en el momento adecuado.

¿Se refiere a ellos o a mí? No me queda claro.

—¿Cómo lo saben? —pregunto—. Que soy yo quien…

—Conozco a un directivo de la cadena desde la universidad —me interrumpe—. Ha comentado en un grupo que te buscaba y que si sabíamos algo al respecto. Por suerte, Connor me ha dicho esta mañana que se trataba de ti.

Maldito Connor. Es el correveidile de la redacción.

—¿Qué clase de entrevista?

—Quieren juntaros a ti y a Ryan Bailey para hablar sobre el asunto. Es la noticia del momento.

Oh, no. Nonononononono. No puedo salir en televisión desvelando que fue a mí a quien rescataron del agua.

—Además —prosigue Adams—, van a proponerte algo.

Permanezco observándolo en silencio. Para ser alguien que quiere convertirse en periodista, me estoy quedando sin palabras

con demasiada facilidad. La situación me desborda y ya no sé qué más esperar.

—No me dejan contártelo porque quieren tu reacción genuina en la entrevista —añade—. Así que te enterarás en ese momento. Solo puedo decirte que el periódico no te pondrá trabas si aceptas. Es más, nos *gustaría* que lo hicieras.

Adams se inclina sobre la mesa hacia mí con los ojos bien abiertos. Su expresión me deja claro que no es que les «gustaría» que acepte la oferta de la que no tengo ningún tipo de información, sino que quieren que lo haga. Es una orden encubierta.

—Vale —es lo único que acierto a decir.

Abandono la oficina con los datos para la reunión en la mano y una preocupación añadida sobre los hombros. Había conseguido capear las consecuencias del vídeo hasta el momento, pero si doy una entrevista confirmando que soy yo, no sé qué ocurrirá. Bueno, sí que lo sé. Mi madre se pondrá hecha una furia, eso seguro, y me preguntará qué diablos estoy haciendo con mi vida. Ni yo misma lo sé.

Solo quiero envolverme en el edredón y no salir de mi cuarto en una semana por lo menos. Pero eso no va a ser posible, porque mañana tengo una entrevista con Sports Life en el mismo lugar donde casi me ahogo hace dos días.

7

Ryan



—¿En serio, Payton? —pregunto enfadado a la vez que me bajo la cremallera del neopreno.

—Ya sabes cómo es el patrocinador, y lo del vídeo les ha venido de perlas. Además del chico de oro, ahora eres un héroe.

—Si lo llego a saber, dejo que se ahogue —rebufo.

Payton me observa de soslayo y me hace un gesto ladeando la cabeza.

—No lo hubieras hecho —asegura.

Tiene razón. Aun sabiendo lo que me iban a endosar por rescatar a esa chica, no habría dudado en lanzarme a por ella. No podría soportar que alguien se ahogara delante de mí.

—¿Cómo se les ocurre? Solo quedan cuatro campeonatos antes de la final y ni siquiera tengo la jodida clasificación asegurada. —Dejo la tabla recostada en la arena y me acuclillo para ponerme a la altura de Payton—. Está claro que solo miran por el dinero, pero ¿no han pensado que esto puede afectar a mis entrenamientos y al rendimiento?

—Se ve que no —responde sosegado.

Pase lo que pase, Payton nunca pierde los nervios. Es la persona más tranquila que he conocido en mi vida. Aunque presumo que no es así, parece no tener ningún tipo de preocupación más allá de analizar al milímetro cada una de mis maniobras. Estoy

convencido de que esa es una de las razones por las que me llevo tan bien con él, me aporta la calma de la que carezco —además de ser el mejor entrenador del país—.

—A mí tampoco me gustan estas ocurrencias —comenta sin despegar la vista de su teléfono—. No obstante, no tiene por qué afectarte. Por lo que tengo entendido, no te quitará mucho tiempo y será siempre después del entrenamiento.

—Ya, pero…

—Tu imagen fuera del agua es igual de importante que dentro de ella —me interrumpe—. Ni tú, ni yo, ni ningún surfista profesional querría admitirlo; sin embargo, es la cruda realidad. Es mejor aceptarlo y continuar, no desgastes tus fuerzas en esto.

Payton está en lo cierto. Ninguno de nosotros podría surfear a estos niveles sin el apoyo de un patrocinador. No obstante, me estoy hartando de hacer de tripas corazón y acceder a todo lo que me piden.

Me hace una seña para que me siente a su lado y me pasa el teléfono.

—Estás ejecutando los aéreos sin la velocidad suficiente —me indica pausando la reproducción y haciéndola retroceder hasta el momento preciso—. Te lanzas desbocado a la maniobra y la haces antes de tiempo. —Asiento a la vez que escudriño los segundos de vídeo que se repiten una y otra vez—. Te pueden las ansias.

—Tienes razón —admito.

Payton siempre está en lo cierto. Por eso moví cielo y tierra para que me entrenara, y, desde que lo hace, mi calidad como deportista no ha hecho más que acrecentarse. Gracias a él, me he posicionado entre los mejores surfistas del panorama internacional en poco menos de tres años. Recompensar su dedicación y que le reconozcan su labor es una de mis motivaciones para convertirme en campeón del mundo —aunque no la más importante—. Sin embargo, el puñetero patrocinador parece querer todo lo contrario, no para de ponerme piedras en el camino. Solo espero que el embrollo en el que me han enredado no afecte a mi propósito.

8

Abi



No he pegado ojo en toda la noche pensando en lo que me espera hoy. A las once tengo la entrevista junto a Ryan Bailey en Surfers Paradise y estoy como un flan. Hana me ha hecho el favor de maquillarme de forma sutil antes de marcharse. Más bien, me ha obligado. «Ni en broma vas a salir en la televisión con ese careto que llevas». Esas fueron sus palabras exactas. Por lo menos, ha conseguido disimular las ojeras con las que he amanecido a causa de la falta de sueño.

No tengo ni idea de qué debería ponerme para la entrevista, pero al final me decanto por unos vaqueros ajustados y una camiseta corta sencilla de color blanco. Siempre será mejor no llamar la atención.

En unas horas todo el mundo sabrá que la chica del vídeo soy yo. No estoy para nada preparada. Después de darle muchas vueltas, se lo confesé a Ethan anoche. Preferí que se enterara por mí a que lo descubriera en la tele, y también resolví que sería mejor tener a alguien de mi parte de antemano para que colabore conmigo apagando el fuego en caso necesario. La única apreciación que me hizo al respecto fue su preocupación por si estaba bien tras lo sucedido. Le dio igual el tema del vídeo, la entrevista y que vaya a salir en la televisión por ello. En cambio, me mostró una posibilidad que yo no había tenido en cuenta: puede que este contacto con la

cadena me ayude en mi carrera como periodista. «No sabes si será un golpe de suerte». Ethan suele tener un punto de vista diferente al mío para todo y me hace ver las cosas desde otros prismas.

Llego a la zona de la playa donde hemos quedado diez minutos antes de la hora acordada. Ya tienen el montaje preparado. Hay dos cámaras, unos micrófonos y decenas de cables. La presentadora está leyendo unas notas en papel. La reconozco: es Sarah Johnson. Al igual que yo, estudió Periodismo en la Griffith. Ella terminaba la carrera el año que me matriculé y todo el mundo la conocía en la facultad. Era una belleza —y lo sigue siendo—. Nada más graduarse consiguió trabajo en Sports Life.

—¿Sarah Johnson? —digo nada más llegar a su lado. Levanta la mirada para observarme.

—Tú debes de ser Abigail. —Esboza una sonrisa y me estrecha la mano como saludo. Por supuesto, ella no me reconoce a mí—. Ya tenemos todo dispuesto. Solo falta que llegue Ryan.

Asiento y me hago a un lado para no estorbar. La observo mientras repasa sus notas y memoriza las preguntas. Me encantaría estar en su lugar ahora mismo; ser la periodista y no la entrevistada.

Se forma un pequeño revuelo a nuestro alrededor y me percato enseguida del porqué: Ryan Bailey acaba de llegar. Siento cosquillas en el estómago y me empiezan a sudar las manos. Nunca he conocido a un deportista de su nivel. Saluda con una enorme sonrisa a todos los presentes y Sarah va rauda a su encuentro. Hablan unos segundos, en los que ella no para de toquetearse el pelo. Por su actitud, diría que se han visto antes.

Veo que ambos andan en dirección a mí y me pongo cardiaca. Me empieza a picar la nariz y ya sé lo que viene a continuación. Cuando los tengo delante comienzo a estornudar sin que me dé tiempo a decir nada antes.

—¡Salud! —exclama Sarah sorprendida después del décimo estornudo.

—Gracias. —Me paso las manos por la cara para recomponerme.

—Ryan, esta es Abigail, la chica que salvaste.

—Encantado de conocerte. —Extiende la mano hacia mí—. Bueno, de volver a verte.

—Mucho gusto —respondo correspondiendo el gesto—. Yo…

Antes de que pueda agradecerle lo que hizo por mí, un cámara interrumpe la conversación para anunciar que debemos empezar con la grabación. Sarah se coloca en el centro de la zona marcada en la arena y nos indica que nos pongamos uno a cada lado. Cuando ya estoy en mi puesto, me doy cuenta de que Ryan está gesticulando mientras me mira. Hace un movimiento rápido con el dedo señalándose la cara. Arrugo las cejas, no entiendo qué pretende.

—El rímel… —logro escuchar.

Mierda. No me acordaba de que iba maquillada —la falta de costumbre—. No tengo mucho tiempo para reaccionar, tampoco un espejo en el que comprobar el estropicio que me habré hecho en la cara al frotármela antes. Desesperada, me paso los dedos por los párpados inferiores, procurando retirar lo que sea que se haya escurrido. Tras unos segundos, veo que Ryan alza el pulgar indicándome que el asunto está solucionado.

«Qué considerado por su parte».

La entrevista comienza.

—Estamos con los dos protagonistas del vídeo del momento —anuncia Sarah—. No creo que exista alguien en Gold Coast que no haya sido testigo del espectacular rescate que efectuó Ryan Bailey hace unos días.

El surfista sonríe ampliamente. Me agarro fuerte las manos, intentando controlar los nervios.

—Por suerte —prosigue la periodista—, estábamos en medio de una entrevista con Ryan en el momento en que ocurrió todo y logramos capturar la hazaña. A quien no conocíamos hasta ahora era a la otra protagonista de las imágenes. —La cámara se gira hacia mí. Trago saliva—. Pero Sports Life ha conseguido localizarla en exclusiva. Abigail Harris —me presenta. Sonrío con timidez y ella prosigue—. Podría decirse que ese día volviste a nacer.

Sarah procede a enchufarme el micrófono.

—Al… algo así, sí —balbuceo.

—¿Recuerdas qué te ocurrió?

Me aclaro un poco la voz antes de continuar.

—Solo quería darme un baño, por el calor que hacía. Había… había mucha corriente ese día, pero pensé que si me quedaba en la orilla no pasaría nada. Y, de buenas a primeras, una ola que no esperaba me arrastró.

—Ryan —se dirige entonces al surfista—, ¿qué se te pasó por la cabeza al ver la escena?

—No mucho. Fue una reacción automática. Escuché el barullo y enseguida me percaté de que había alguien en apuros. El resto lo ha visto todo el mundo.

Ryan responde con una soltura impresionante; se nota que está acostumbrado a realizar entrevistas de este tipo. No se atasca ni tartamudea como yo, habla con claridad alternando la mirada entre la presentadora y la cámara, su cuerpo está erguido pero relajado y sonríe todo el tiempo.

Mientras contesta a Sarah, me fijo en sus ojos. Son preciosos, de color verde con destellos dorados; y también el único recuerdo nítido que tengo del fatídico momento. Constituyen el broche perfecto de un rostro armónico. Lleva una barba bien arreglada, como de cuatro o cinco días, que le resalta la línea de la mandíbula. Tiene el pelo castaño, con el típico estilo surfero, ni largo ni corto, y algunos reflejos más claros, casi rubios hacia las puntas, que deben de ser efecto del sol. Me llama la atención un detalle del que no me había percatado antes: Ryan lleva un *piercing* en la nariz. Un aro dorado, sencillo y discreto.

No me extraña en absoluto que lo apoden el chico de oro. Podría decirse que es objetivamente atractivo —nadie lo pondría en duda—, y esa imagen está reforzada por el aura de alegría que crea a su alrededor, capaz de destensar cualquier situación. Hace sentir cómodos a quienes lo rodean sin apenas esfuerzo.

Sarah encadena varias preguntas dirigidas a Ryan, lo que me regala un tiempo para calmarme, aunque no estoy segura de si es de verdad posible.

—Chicos, Sports Life tiene una oferta para vosotros. —La periodista nos mira a ambos con la sonrisilla traviesa de quien se

guarda un secreto—. ¿Qué os parecería participar en vuestro propio programa de telerrealidad?

Abro los ojos como platos. Ryan hace una mueca graciosa, aunque no parece tan sorprendido como yo.

—Un programa en el que tú, Ryan, enseñarás a Abigail a surfear. —Sarah se dirige entonces a mí—. ¿Qué piensas, Abigail? No pareces tener mucha soltura dentro del agua… —Se ríe de su propio chiste—. Aprender de un profesional de este nivel no sucede todos los días.

—Eh… yo no… yo…

—¡Estaría encantado! —responde Ryan desviando la atención de nuevo hacia él.

El surfista parece estar disfrutando con la situación. ¿Cómo es posible? Debe de tener miles de compromisos profesionales a la altura de la temporada en la que estamos. Las miradas de Sarah y Ryan se clavan en mí.

—¿Qué me dices, Abigail? ¿Estás dispuesta a enfrentar este reto? —La periodista eleva las cejas esperando la única respuesta que quiere escuchar.

—Supongo que… ¿sí?

Sarah estalla en júbilo.

La retransmisión termina sin que yo sea plenamente consciente de lo que ha ocurrido en apenas diez minutos. El equipo recoge los bártulos y veo que Ryan se despide de la periodista y se aleja de nosotros. ¿Qué acabo de hacer?

9

Abi



Han pasado unas horas, pero sigo en trance. No paro de dar vueltas por toda la casa. ¿Qué delirio ha provocado que acepte semejante propuesta? ¿Cómo voy a protagonizar un programa de televisión? Y entonces caigo en la cuenta de que no solo saldré en la tele, sino que ¡voy a tener que aprender a surfear!

—Oh, Dios mío.

¿En qué momento ha decidido mi cerebro que esto era una buena idea? Tengo un total de cero habilidades deportivas. De hecho, soy la persona más torpe que conozco.

Salgo del ensimismamiento cuando escucho a Hana llegar a casa. Lanza las llaves en el plato de cerámica del mueble del recibidor y oigo sus pasos rápidos en dirección a mi habitación. Se apoya en el marco de la puerta y hacemos contacto visual. Todavía no ha dicho ni mu, pero ya me imagino lo que va a soltar por la boca.

—¡Vas a grabar un programa de televisión con Ryan Bailey!

Asiento. Me hago un ovillo sobre la cama y escondo la cara entre las rodillas.

—¡Qué puta pasada! —El entusiasmo de Hana es directamente proporcional a mi angustia. Se sienta a mi lado—. ¿Cómo es en persona?

—Parece agradable —respondo sin salir de mi escondrijo.

—Un punto a su favor, pero me refería a si está tan bueno como en los anuncios.

—Hana, ¿eres consciente de la estupidez que he cometido al aceptar esto?

—A mí me parece, de lejos, la mejor decisión que has tomado en mucho tiempo. —La miro incrédula—. ¿Sabes la de horas que vas a pasar al lado de semejante espectáculo de la naturaleza?

Arquea sobremanera las cejas y desvía la mirada imaginándose la situación. Niego con la cabeza. Mi amiga no tiene remedio.

—En serio, está buenísimo, ¿verdad? —insiste.

—Sí, es guapo —confirmo. Hana ahoga un grito contra el cojín de mi cama—. En algún momento tendré que tener una charla seria con Declan.

—Ni se te ocurra —me advierte recobrando la compostura.

—Voy a salir en la tele haciendo el payaso —me lamento—. Soy una persona negada para el deporte, tú más que nadie lo sabes.

—En eso tengo que darte la razón.

—El ridículo más grande de mi vida retransmitido a nivel nacional.

—A ver, relativicemos el asunto. Sports Life es una cadena de deportes con un público bastante específico. ¿Conoces a alguien fanático de su programación? Porque yo no —intenta tranquilizarme Hana.

—Con suerte, cuando descubran mi clara y evidente ineptitud para este asunto, cancelen el programa.

—Abi, no te viene mal salir de tu zona de confort. Además, quieres convertirte en periodista deportiva. ¿No crees que es una oportunidad de oro para hacer contactos?

Puede que sea la única parte positiva de todo esto. Si bien prefiero la prensa escrita, no estará mal conocer los entresijos del mundo televisivo. Sports Life es la cadena deportiva con mayor audiencia del país.

—Por otro lado, podrás conocer a Ryan Bailey más *íntimamente*. —Me observa pestañeando con la cabeza ladeada.

—Hana, por favor.

—¿Qué? Lo bueno que está es una verdad tan obvia que no merece la pena mencionarla, pero tú misma has dicho que parece agradable. Podría ser el candidato para cumplir tus propósitos de este año.

Sé a qué se refiere y no tengo ninguna intención de continuar por estos derroteros, así que le lanzo una mirada asesina.

—Vale, vale. No te lo vuelvo a mencionar. —Hace el gesto de cerrar una cremallera sobre sus labios y se levanta de la cama. Cuando parece que va a abandonar la habitación, se detiene en el quicio de la puerta y me guiña un ojo—. Por el momento.

—¡Hana!

Se marcha riéndose y yo me enrosco de nuevo sobre la cama, repasando cada momento de la entrevista y torturándome por haber aceptado esta ridícula propuesta. No sé si han pasado horas o tan solo cinco minutos cuando mi teléfono vibra. Es un mensaje de Grace.

¡Ethan me lo ha contado todo!

He salido de la biblioteca para ver la entrevista. ¡Es flipante que vayas a hacerlo!

Es una locura, Grace.

¡¿Qué dices?! Es alucinante.

No sabes lo que voy a fardar de que eres mi hermana.

Cuando mamá se entere (porque lo hará tarde o temprano), va a matarme.

Tranquila, no pienso decirle nada.

Hasta Grace, que ha crecido entre algodones, sabe lo que ocurrirá cuando lo descubra. Me conformaré con parecerle «alucinante» a mi hermana pequeña.

10

Ryan



No he visto a Miles desde que regresé del campeonato de Portugal, así que aprovecho que la entrevista no se ha alargado para pasarme por su casa. Con la tontería del puñetero programa de televisión, a partir de ahora tendré aún menos tiempo libre. No quiero desperdiciar ni un solo minuto.

Como acostumbro a hacer, doy dos golpes en la puerta y paso directamente. Nunca está cerrada con llave.

—¡¿Qué pasa, tío?! —grito desde la entrada.

—¡Ey! —me llama, e identifico que está en la cocina.

Al adentrarme en la casa compruebo que está bastante vacía. No hace mucho que Miles se ha mudado, así que le faltan muebles que montar, cortinas que poner y cajas que abrir. Sin embargo, el simple hecho de que viva de forma independiente me enorgullece al extremo.

Encuentro a Miles preparando el almuerzo. La cocina sí que está instalada al completo y ha quedado fenomenal. El diseño es moderno, con muebles en madera clara y una encimera de mármol blanco. Lo único que choca a primera vista son las medidas; todo está a una altura más baja de lo habitual para que mi amigo se las pueda apañar con la silla de ruedas.

Ya hace diez años del accidente de Miles y, aunque estoy habituado a verlo en esa silla, aún sigo echando de menos que me

acompañe a surfear.

Le doy un ligero apretón en el hombro a modo de saludo y me agacho para inspeccionar lo que está cocinando.

—¿Quieres quedarte a comer?

—Por supuesto.

Sirve dos platos de lo que parece ser arroz tres delicias —o arroz con cosas, según como se mire— y los acompaña con dos botellines de cerveza helada. Nos sentamos a la mesa.

—No te ha ido nada mal en Portugal —apunta Miles.

—Me quedé rascado porque estuve a punto de pasar a la quinta ronda, pero no pudo ser.

—Te mantienes cuarto en la clasificación, no ha sido un mal resultado.

—Pero no he podido recortarle puntos al cabrón de Benjamin —reconozco con una pizca de rabia en la voz, evidenciando que estoy decepcionado—. Sigue por delante de mí.

—Olvídate de Benjamin.

—Eso es imposible —replico dejando el tenedor a un lado para concentrarme en mi amigo—. Quiero ser mejor que él; enfrentarlo en un *heat* y pisotearlo hasta dejarlo por los suelos. Que aborrezca la idea de volver a subirse encima de una tabla después de eso.

—Ryan…

—¿Qué? Es la verdad. Es un hijo de puta y no merece estar ahí.

Doy un trago grande a mi cerveza. Miles resopla, aunque estoy seguro de que opina lo mismo. De hecho, con total seguridad, él lo odia todavía más que yo.

—Lo que tú quieres es convertirte en campeón del mundo y eso depende únicamente de ti. Arrastrar esta estúpida inquina contra él no te va a ayudar en absoluto.

—Está justificadísima. Diría que es jodidamente razonable. Tú más que nadie debería comprenderlo.

Nos mantenemos la mirada unos segundos. Entiendo que a Miles no le apetezca alimentar el rencor, pero los dos sabemos que estoy en lo cierto. Damos un par de bocados en silencio y decide cambiar de tema.

—He visto la entrevista. En el vídeo de tu heroicidad no se apreciaba lo mona que era la chica —comenta entre risitas.

Me encojo de hombros por toda respuesta.

—Venga —insiste—, no me digas que no le has echado el ojo ya.

—Me da igual que sea la mismísima *miss* Australia, su imprudencia ha terminado involucrándome en ese puñetero programa de televisión. ¿Crees que tengo tiempo para estas mierdas? —Miles niega sacudiendo la cabeza. Él sabe bien lo que conlleva ser surfista a estos niveles—. Pues al patrocinador le ha parecido una idea cojonuda. —Pongo los ojos en blanco.

—O cambias la manera en que afrontas estas obligaciones o será mejor que te busques otro patrocinador.

—No me hagas reír, Miles.

—Lo digo en serio. Cada vez te encuentro más agobiado con el tema de la publicidad y la promoción. Y estoy de acuerdo contigo, está empezando a ser excesivo.

Bebe el último sorbo de su cerveza y se dirige al frigorífico a por otra. Me hace una seña agitando el botellín en la mano para comprobar si también quiero una. Niego entrecerrando los ojos.

—No puedo hacer eso. Tide Motion me apoyó cuando no era nadie y…

—Eso no significa que puedan hacer contigo lo que quieran —me interrumpe, visiblemente irritado.

—En realidad, sí —contradigo—. Sí que pueden. Porque su dinero es el que paga las tablas, la fisioterapia, el entrenamiento personal, los viajes y a Payton.

Miles arruga el entrecejo, pero no prosigue con la conversación. Supongo que no quiere seguir metiendo el dedo en la llaga.

Después de recoger, salimos a la pequeña terraza en la parte trasera de la casa. Es curioso que el resto de la vivienda continúe manga por hombro, pero que la zona exterior esté terminada por completo. Tiene dos sillas de mimbre y una mesita a juego, una barbacoa de buen tamaño y algunas plantas en macetas de arcilla en uno de los extremos.

—¿Te apetece un cigarro? —me pregunta, señalando una cajetilla que tiene sobre la mesa.

Rechazo el ofrecimiento y él se enciende uno.

—¿Recuerdas cuando teníamos diecisiete y nos escondíamos para que no nos pillaran fumando? —rememora Miles tras la primera calada.

—Como para olvidarlo. Nos llevamos más de una bronca. —Los dos reímos—. Lo triste es que, diez años después, todavía tengo que ocultarme si me apetece fumarme uno.

—En qué te has convertido… —farfulla.

Eso mismo me pregunto yo. ¿En qué me he convertido?

—Lo bueno de que no me funcionen las piernas —comenta Miles— es que nadie se mete en lo que hago. ¿Te imaginas tratar de esconderme con esta silla? —se mofa.

Da otra calada y exhala el aire cargado de humo. Admiro su capacidad para reírse de sí mismo dada la situación, aunque a veces no sé cómo encajar sus chistes sobre discapacitados.

—¿Crees que este será el año? —me pregunta.

—¿A qué te refieres?

—El año en que te conviertas en campeón del mundo.

Suspiro.

—Ojalá, Miles.

—Sabes que lo serás algún día, ¿verdad? —asegura—. Aunque no suceda esta temporada.

No tengo ninguna certeza al respecto, pero lo anhelo desesperadamente.

11

Abi



Hoy es la primera grabación de *The Surf Mentor*. Es el nombre que le han puesto al programa de televisión en el que, sin ningún género de duda, voy a detestar participar. Tide Motion, el patrocinador de Ryan Bailey, me ha regalado varios conjuntos de bañadores y neoprenos con el fin de que los lleve en los entrenamientos. Sé que lo hacen para que la marca aparezca todo el tiempo en pantalla, pero lo agradezco en el alma. Mi colección de ropa de baño es casi inexistente y, desde luego, no tan bonita como la que me han facilitado.

Me presento en la playa de Burleigh Heads a la hora que he acordado con el equipo. Al llegar, diviso enseguida a los cámaras; son los mismos del día de la entrevista. También hay una persona a la que no conozco. Me dirijo hacia ellos intentando esconder que me tiemblan las piernas.

—Hola —saludo tímidamente cuando llego a su altura.

—¡Hola! Tú debes de ser Abigail. Soy Mike, el redactor del programa —se presenta.

—Mucho gusto —contesto estrechándole la mano.

—Ellos son Brody y Josh, nos acompañarán con las cámaras.

Los recibo con una sonrisa. Josh no repara en mí y Brody hace un gesto llevándose la mano a la frente, como si se tratara de un saludo militar. Parece simpático.

Los tres prosiguen con lo que se traían entre manos y me hago a un lado para no molestar. Antes de que pueda siquiera preguntarme dónde estará Ryan, lo diviso a lo lejos. Está saliendo del agua con la tabla. Deben de haber ajustado los horarios para coincidir con el final de su entrenamiento. Sería lo más lógico.

Desde el día de la entrevista he estado rumiando un pensamiento. No me he disculpado con Ryan por la reacción tan tibia que tuve cuando me sacó del agua. Apenas dije un «gracias» indiferente que, a todas luces, no fue suficiente para agradecerle que me salvara de morir ahogada. Quería haberlo hecho el día que nos encontramos de nuevo, pero no se dio la oportunidad. Creo que ahora es el momento, antes de que las cámaras comiencen a filmar este despropósito de programa. Camino hacia donde se encuentra.

—Hola, Ryan —digo al llegar a su lado.

Me devuelve una mirada hosca. Tiene una arruga en el entrecejo que no se suaviza con mi saludo, está bien asentada en su rostro. Me observa de arriba abajo sujetando con una mano la tabla clavada en la arena. Lleva el neopreno enrollado a la altura de la cintura, lo que le deja el torso al descubierto. Me da un poco de vergüenza interactuar con él a medio vestir, aunque tendré que acostumbrarme de aquí en adelante.

—Antes de empezar quería…

—Abigail, ¿verdad? —me interrumpe. Asiento—. No creas que me entusiasma tener que enseñarte a surfear para el disfrute de los telespectadores. Vengo obligado por mi patrocinador. Este follón está lejos de complacerme en ningún sentido, así que cumplamos con lo que tengamos que hacer y terminemos con esto rápido.

Guau. No me lo esperaba. Mantiene una mirada afilada y una actitud cortante, muy diferente a la imagen del surfista alegre y despreocupado que había conocido hasta ahora. Me sorprende un poco su reacción, pero solo puedo darle la razón en todo lo que me ha dicho.

—Lo entiendo perfectamente. A mí tampoco me haría gracia que me encasquetaran un despropósito así a estas alturas de la temporada. Seguro que tienes otros mil compromisos, además de la preparación y los entrenamientos. Siento que por mi culpa te hayas

visto envuelto en todo esto. —Su expresión se relaja un poco y se deshace la arruga que se le marcaba entre las cejas—. Créeme, a mí tampoco me hace ninguna ilusión, aunque ni por asomo este asunto tendrá un impacto en mi vida como podría tenerlo en la tuya. Tu única preocupación ahora mismo debería ser estar concentrado en los cuatro campeonatos que quedan por delante para asegurarte el pase a la final y no grabar un estúpido programa de televisión.

—Podrías haberte negado si no querías hacerlo —arguye Ryan —. Nos habría ahorrado un inconveniente a los dos.

—A mí también me han insinuado que *tenía* que aceptar la oferta, sin ni siquiera saber qué era lo que iban a proponerme.

—De puta madre… —ironiza, echándose el pelo mojado hacia atrás.

La situación está lejos de ser un encuentro distendido y agradable, lo que no nos lo pone nada fácil teniendo en cuenta que estaremos obligados a pasar muchas horas juntos en las próximas semanas.

—Yo… —titubeo, intentando retomar lo que había venido a decirle—. El día del incidente no te agradecí apropiadamente lo que hiciste por mí. Tampoco tuve oportunidad cuando nos entrevistaron. Siento haberme comportado así —me disculpo bajando la mirada—. Arriesgaste tu vida para sacarme del agua y yo…

—Sí me lo agradeciste —me interrumpe. Levanto la cabeza y me encuentro de nuevo con sus ojos verdes—. Sí me diste las gracias ese día, cuando te marchabas.

—El agradecimiento más patético de la historia. Me salvas de morir ahogada y yo suelto un simple «gracias» para después echar a correr.

—Fue más que suficiente. ¿Qué esperabas? Treinta segundos antes pensabas que ibas a morir.

—Aun así —insisto—, muchas gracias por rescatarme. Estaré siempre en deuda contigo.

—Si encuentras la manera de librarnos de este rollo, te cancelo la deuda.

Las comisuras de sus labios se elevan ligeramente. A mí se me forma una gran sonrisa. Al menos, se ha rebajado la crispación que

sentí al llegar.

—Bonito neopreno —comenta señalando la prenda.

La realidad es que es precioso; tiene un diseño sencillo de color violeta en la parte superior, hasta la línea baja del pecho, y el resto es granate. Me dejaron unos cuantos modelos diferentes, desde neoprenos completos —como el que llevo puesto— hasta otros trajes que se asemejan más a un bañador de manga larga.

—Cortesía de Tide Motion —respondo alegre.

—Cómo no. Que no falte la publicidad.

—Sospechaba que sería por eso y no un acto de generosidad desinteresado. Pero no puedo quejarme. No tenía ninguno —reconozco.

—Intuyo que no te has subido a una tabla en tu vida. —Ryan me observa con la cabeza ladeada y las cejas enarcadas esperando una respuesta más que obvia.

—Intuyes bien.

Me retiro el cabello detrás de las orejas y le aparto la mirada. Se me había olvidado por un segundo que tengo que aprender a surfear y que va a ser vergonzoso que un potencial campeón del mundo sea testigo de ello. Los nervios me atenazan de nuevo el estómago.

Escucho un silbido a lo lejos y cuando me giro compruebo que es una llamada de Mike para que nos unamos al equipo.

—Creo que nos reclaman —señalo. Comienzo a dar pasos para regresar con el resto del equipo.

—Ey. —Ryan hace que me detenga y me giro para mirarlo—. Ya que ninguno de los dos estamos aquí por voluntad propia, intentemos al menos que sea divertido. —Extiende la mano hacia mí.

—Claro —acepto, y se la estrecho con rapidez.

—Y perdona el mal rollo de antes. Estoy cabreado, pero no tendría que haberla tomado contigo —se disculpa, sosteniendo aún mi mano.

Ryan parece más relajado que al comienzo de nuestra conversación y eso me tranquiliza un poco. Ya bastante complicado va a ser para mí superar el día de hoy, así que agradezco que su

actitud sea más amable y conciliadora. No me quiero ni imaginar lo que supondría enfrentarme a esto con una mala cara de por medio.

Al reunirnos con Mike nos explica que ellos no intervendrán en absoluto. Le dan plena libertad a Ryan para que organice el entrenamiento —por llamarlo de alguna manera— como le plazca. Sí nos advierte de que, al finalizar, grabarán unos totales haciéndonos preguntas por separado.

Unos segundos después, los pilotos rojos de las cámaras se encienden y ya no hay vuelta atrás. Me tiembla todo el cuerpo y presiento lo que va a ocurrir. Como siempre, aparece un leve cosquilleo en la nariz que se va intensificando sin que pueda hacer nada por evitarlo hasta que se convierte en un picor insoportable.

—¡Achís! ¡Achís! ¡Achís! ¡Achís! —Parece que los estornudos van a cesar antes de lo que pensaba, pero no—. ¡Achís! ¡Achís! ¡Achís! ¡Achís!

—Joder… Si estás enferma podemos posponerlo —dice Ryan. Acto seguido le lanza una mirada a Mike.

—No, no —contesto apresurada.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy bien. Me pasa con cierta frecuencia —me excuso. Ryan se encoge de hombros, dando a entender que ha quedado satisfecho con la explicación.

Empieza mostrándome algunas características de la tabla y advirtiéndome de que debo sujetarme el *leash* al tobillo para no perderla nunca. Más me vale no extraviar ninguna. Aunque la que me han traído es para principiantes, no quiero ni imaginarme cuánto costará.

—Todavía no vamos a entrar al agua, pero quiero explicarte algunas nociones para cuando llegue el momento. —Ryan está muy serio desde que ha comenzado a hablar de seguridad—. Debes sortear las zonas peligrosas, como las que se encuentran cerca de las rocas o los arrecifes. Al adentrarte —prosigue—, evita hacerlo por donde rompen las olas para no entorpecer a otros surfistas.

—Tengo que adentrarme por el canal, ¿verdad? —pregunto señalando hacia el mar.

—Así es. —Me dedica una mirada de sorpresa.

Desde que me enteré de lo que tendría que hacer, he estado empapándome de este deporte. Ya tenía conocimientos sobre surf; los propios de alguien que desea convertirse algún día en periodista deportiva. Sin embargo, no incluían cómo se aprende a surfear. He investigado y visionado decenas de horas de vídeos acerca del tema para presentarme lo más preparada posible. Si bien, sé que la conexión entre mi cerebro y mi cuerpo no funciona correctamente. Por mucho que controle los términos y la teoría, no estoy segura de ser capaz de ejecutar nada de lo que se supone que voy a conseguir tras terminar este programa.

Ryan me pide que me tumbe boca abajo sobre la tabla y él hace lo mismo en la suya, a mi lado.

—A la hora de remar, tu cuerpo debe estar centrado, los pies juntos y relajados y el pecho ligeramente levantado para evitar que la punta de la tabla se hunda —explica mientras me muestra el movimiento.

Memorizo lo que me dice e intento imitarlo. Por la mueca de Ryan, debo de estar dando un espectáculo. Dios mío, y todavía no hemos salido de la arena. Se levanta con un movimiento ágil y se coloca en cuclillas a mi lado. Me junta los pies con sus manos y mi cuerpo se tensa de inmediato. Las noto calentitas, por lo que deduzco que mis piernas están heladas.

—Levanta un poquito más el pecho —me indica. Yo obedezco —. Eso es, ya lo tienes. Ahora vamos a practicar el *pop up*.

Ryan me muestra con detenimiento cada uno de los pasos para ponerme de pie en la tabla. Voy imitando sus movimientos al tiempo que me los enseña, aunque el resultado no se parece en nada a lo que él está haciendo. Empieza de cero y me da las instrucciones más despacio. Aun así, la torpeza rezuma por todos mis poros.

Ensayamos la maniobra una decena de veces, hasta que Ryan considera que ya no lo voy a poder hacer mejor, porque bien no me está saliendo.

—Ha llegado el momento, Abigail. Nos vamos al agua —anuncia con una sonrisa amplia.

—¿A las olas verdes? —pregunto aterrorizada.

Ryan me observa conteniendo una risa.

—Ni de coña. A la espuma. —Para mi tranquilidad, señala el lugar donde las olas están desechas—. Y recuerda: si vas a caer, tírate siempre a un lado, nunca hacia delante, y protégete la cabeza con las manos. ¿Entendido?

La expresión burlona ha desaparecido de su rostro y me mira con intensidad hasta que asiento. Se asegura de que el *leash* esté bien sujeto a mi tobillo y nos adentramos en el mar, él con su tabla y yo con la mía. Cuando el agua nos cubre buena parte de las piernas es el momento de subirse y remar. Él lo hace con la agilidad inherente a un profesional; yo, a duras penas consigo no caerme. Si ya me está costando mantener el balance estando acostada, no quiero pensar qué pasará al ponerme de pie.

Consigo dar unas cuantas brazadas, pero la punta de la tabla se hunde más de una vez y trago más agua de la que debería. Lo estoy pasando realmente mal.

—¡El pecho arriba! —escucho a mi lado.

Ryan no para de darme indicaciones recordándome lo que tengo que hacer. Lo que todavía no parece haber descubierto es que mis sinapsis neuromusculares están averiadas.

Llegamos al lugar que me señaló desde la orilla y me pide que me detenga.

—Vamos allá —me anima—. Como lo hemos hecho en la arena. Cobra, impulso, afianza el pie trasero y luego lanza el de delante.

Visualizo los pasos. Los tengo más que claros, no solo porque Ryan me los haya explicado unas cuantas veces, sino porque llevo días viendo vídeos de cómo se hace. No me gusta la sensación de enfrentarme a lo desconocido, algo que no controlo, por lo que siempre procuro anticiparme para no ir a ciegas. Sin embargo, no sé si en esta ocasión surtirá efecto.

Me impulso con los brazos y, para sorpresa de nadie, me caigo al agua antes de que pueda siquiera incorporarme. Lo intento varias veces más, siempre con el mismo resultado. Entonces diviso las cámaras en la orilla de la playa enfocándonos y recuerdo que este espectáculo está siendo grabado. El calor me abrasa las mejillas.

—¡Venga, Abigail! —me alienta Ryan—. Pareces una estrella de mar pegada a la tabla. ¡Inténtalo de nuevo!

A pesar de sus ánimos y de que me estoy esforzando como nunca, no consigo ponerme de pie sobre la tabla ni una sola vez. Se ha acabado el tiempo y Mike nos hace señas desde la arena indicándonos que volvamos a tierra.

Ryan es el primero en grabar los totales. Mike le hace un par de preguntas manteniéndose detrás de la cámara y él responde con esa afabilidad que le caracteriza. No escucho lo que dice, pero lo supongo. Cuando terminan con él, se reúnen conmigo y lo veo alejarse caminando por la playa.

—¿Cómo te has sentido en este primer día de entrenamiento?

—Está claro que no se me ha dado muy bien —respondo con timidez—. Procuraré dar más de mí la próxima vez.

—No fue una coincidencia que casi te ahogues aquel día —comenta el redactor soltando una risilla.

Aprieto los labios formando una línea fina. Las comisuras de mi boca se elevan un poco, pero no consigo esbozar una sonrisa.

El equipo se despide de mí al apagarse el piloto rojo de la cámara. Los detengo antes de que se marchen.

—¿Cuándo se emitirá el programa?

—El sábado —responde Mike, sin mirarme, mientras trastea con su teléfono.

—¡¿El sábado?! ¿Te refieres a *este* sábado?

El redactor me observa sorprendido, no se esperaba esta reacción.

—Sí, este sábado —confirma.

Pensaba que tendría unas semanas de margen para armar un plan. No les he contado a mis padres lo del programa, pero tengo que hacerlo antes de que se emita, o entonces sí que estaré en un buen lío. Mamá se pondrá echa una fiera si se entera por otra persona.

El equipo se marcha y me desplomo en la arena. Me tapo la cara con las manos, apretándome con fuerza la frente. ¿Qué voy a hacer?

Estoy a punto de soltar un grito, pero siento un pellizco en el hombro.

—¿Estás bien, estrella de mar?

12

Ryan



Me siento en la arena junto a Abigail, que tiene el rostro descompuesto. Parecía estar bien cuando hemos terminado el entrenamiento, pero es evidente que algo se ha torcido.

—Pensaba que te habías marchado —comenta.

—Me gusta quedarme un rato en la playa después de entrenar, mirando al horizonte. Es relajante.

No dice nada más. Se queda observando el mar con la vista perdida.

—Si estás así por el entreno, no te agobies. Ya te saldrá.

—No me ha pillado por sorpresa. Soy consciente de mis limitaciones.

—Ah, ¿sí? —Ella se encoge de hombros por toda respuesta—. A mí me ha parecido que controlas un poco de surf. Me has sorprendido.

—Una cosa es conocer la teoría —aclara mirándome— y otra bien distinta que mi cuerpo quiera colaborar en el asunto. Soy bastante torpe, como has podido comprobar hoy.

No puedo evitar reírme. Abigail arruga el ceño.

—Perdón —me disculpo juntando las manos delante de la cara. Ella pone los ojos en blanco—. ¿Por qué tienes conocimientos de surf cuando es evidente que no lo has practicado en tu vida?

—Me gustaría ser periodista deportiva algún día. —Su mirada se ilumina por primera vez desde que me he sentado a su lado—. Debo saberlo todo sobre el deporte que quiera cubrir.

—Interesante.

—¿El qué?

—Muy profesional por tu parte, pero la mitad de los periodistas con los que me cruzo tienen poca idea de cómo va la cosa.

—Lo sé. Te han hecho muchas entrevistas pésimas.

Giro el cuerpo hacia ella para poder verla al completo. Cada una de sus respuestas me sorprende más que la anterior.

—¿Has seguido mi carrera? —pregunto con interés.

—En el periódico han escrito algún que otro artículo sobre ti y sobre Benjamin Walker. No lo he redactado yo, aunque he colaborado con los datos de vuestras trayectorias.

—Espero que no haya sido otro de esos artículos de mierda sobre el chico de oro y lo magnífico que salgo en el anuncio del perfume. —Es lo que se escribe habitualmente acerca de mí, así que no me extrañaría.

—¿Por quién me tomas? —Abigail parece molesta por mi comentario—. No me prestaría a colaborar en una basura así. Eso no es periodismo deportivo.

—¿Para quién trabajas? Me encantaría leer eso que has escrito y comprobar si lo que dices es cierto.

—Para el *Gold Coast Insider*. Y ya te he dicho que no lo he escrito yo, solo he ayudado con los datos en la medida en que me lo han permitido. De normal hago tareas irrisorias y, de vez en cuando, me dejan colaborar con la sección de deportes.

—A ver qué tanto sabes sobre mí, Abigail. —Entrecierro los ojos para examinarla—. ¿Cuándo llegué por primera vez a la final de la WSL?

—La temporada pasada —responde sin apenas pensarlo—. Caíste en la semifinal con el actual campeón del mundo, Tyler Simmers.

—Eso ha sido rápido —reconozco—. Puede que cuestión de suerte. Es reciente.

Abigail se gira hacia mí y me entrega toda su atención. En el agua se la veía insegura, pero en este momento siento que podría abrasarme con la mirada que me está echando.

—Empezaste en el circuito *junior* con diecisiete años —comienza. Tengo la impresión de que ha interpretado mis palabras como un desafío—. En tu año debut pasaste desapercibido, y al cumplir los dieciocho ganaste tu primer evento en Snapper Rocks. Al año siguiente firmaste un contrato de patrocinio con Breakline Apparel, una marca modesta, pero que impulsó tu carrera en los inicios. Con veinte, dejaste el circuito *junior* para enfocarte en las series clasificatorias. Destacaste en algunas competiciones, como la de Squarema, en Brasil. A los veintiuno ya estabas dentro del top cien. —Abigail toma aire para continuar y yo no puedo hacer más que observarla embobado—. La temporada siguiente comenzaste a sobresalir, especialmente después de ganar una serie clasificatoria en Sudáfrica, lo que te impulsó en el *ranking*. Es entonces cuando Tide Motion se fijó en ti y te ofreció el contrato que ha hecho que tu carrera despegue. A los veintitrés conseguiste pasar el corte para el Championship Tour y…

—Para, para —le pido. Trago saliva asombrado—. ¿Cómo coño sabes todo eso?

—Ya te lo he dicho. Ayudé a un compañero del periódico a…

—Vale —la interrumpo—. Una cosa es que hayas recopilado la información, pero es imposible que lo sepas todo de memoria.

—Sí que es posible. Creo que ha quedado claro.

Nuestros ojos se encuentran y nos sostenemos la mirada durante unos segundos, hasta que ella la pasea por mi rostro y hace una pequeña mueca con la boca.

—No llevas el aro en la nariz —se percata.

—Me lo quito para entrenar. He tenido algún que otro percance desagradable.

—¿Debería hacer yo lo mismo con los míos? —pregunta llevándose una mano a la oreja. Me fijo en que la lleva repleta de *piercings*. Es una combinación armónica de pendientes y aros de diferentes tamaños. Le quedan bien. En la otra también tiene, pero no tantos.

—Tranquila, mientras sigas pegada a la tabla como una estrella de mar, poco te va a pasar.

Me río a carcajadas y ella esboza una sonrisa pequeña.

—¿Quieres dejar de llamarme «estrella de mar»?

—¿Por qué? Me parece que te va como anillo al dedo. —No responde. Juguetea con las manos en la arena, formando círculos—. Vale, vale —accedo—. Abigail Harris de aquí en adelante.

—Abi, mejor —murmura.

—¿Abi?

—Solo me llaman Abigail en el trabajo. O cuando se avecina una reprimenda de mis padres.

—Está bien, Abi.

Me mira a los ojos con una expresión tierna, complacida. Me doy cuenta de que son de un color azul precioso, casi aguamarina. Me recuerdan a las aguas cristalinas de la playa de Whiteheaven. Soy consciente de que permanezco demasiado tiempo con la mirada anclada en la suya, pero no puedo apartarla. Al final, es ella quien la retira.

Me toma por sorpresa cuando se levanta del suelo y se sacude la arena de las piernas.

—Nos vemos el próximo día.

Tras despedirse, se marcha andando descalza y la observo hasta que su imagen desaparece en el paseo. Pensaba que estaría cabreadísimo por tener que participar en este circo; en cambio, después del día de hoy, no encuentro ningún motivo para sentirme así.

13

Abi



Recojo a Grace en la biblioteca para llevarla a casa. Lo hago de vez en cuando para que no tome el autobús —el mismo en el que me subí cada día de mi vida en el último año de secundaria. Ventajas de ser la pequeña—. No obstante, esta vez albergo otras intenciones aparte de mimar a mi hermana. He estado evadiendo revelarles a mis padres lo del programa de televisión, pero ya no puedo posponerlo más porque *The Surf Mentor* se emite mañana.

La veo despedirse de un chico en las escaleras. Él no para de sonreírle mientras agita la mano para decirle adiós. «Qué monos». Me encantaría volver a esa época, cuando no me planteaba nada más allá del siguiente examen y solo estaba pendiente de sacar buenas notas y pasármelo bien con mis amigos.

—¿Qué tal el día? —le pregunto cuando sube al coche.

—Estoy agotada. Mamá me ha apuntado a un voluntariado en el centro de salud que está cerca del instituto. Según ella, me ayudará en el ingreso a la universidad. Pensaba descansar a la hora del almuerzo, pero he tenido que enlazar una cosa con otra hasta ahora.

Frunzo el ceño nada más escucharla. Sé a lo que se refiere porque a mí también me enrolaron en ese tipo de actividades en el último año de instituto. Es cierto que las toman en cuenta cuando aplicas a la universidad, aunque no son, ni por asomo,

imprescindibles. Y menos con el expediente de Grace. Intento contener un resoplido.

—Sabes que no tienes por qué hacerlo, ¿verdad?

—Que sí… —Creo que Grace empieza a cansarse de mis peroratas sobre este tema. Sin embargo, no pienso parar—. Han insistido tanto que pensé en darle una oportunidad. Solo será por quince días.

Aparco delante del bloque de apartamentos donde viven mis padres con una tirantez en el estómago que no me va a abandonar hasta que confiese. Así me siento, como si hubiese cometido un delito. Soy consciente de que no hay nada de malo en lo que estoy haciendo; sin embargo, no consigo librarme de la desazón por pensar que voy a decepcionarlos una vez más.

—¡Abi! —Papá nos recibe en la puerta, sorprendido de verme —. ¿Cómo estás, hija?

Nos da un beso en la mejilla a cada una.

—Quería hablar un momento con vosotros.

—Claro, pasa.

Grace se desploma en una de las butacas del salón, con las piernas colgando del reposabrazos. Tomo asiento cerca de ella y mi padre va en busca de mi madre.

—Hola, cariño —saluda mi madre para después darme un abrazo—. ¿Qué te trae por aquí a estas horas?

—He recogido a Grace en la biblioteca y… bueno, necesitaba hablar con vosotros.

—¿Qué ocurre?

Se dibuja una arruga en la frente de mi madre. Trago saliva. Contemplo cómo continuar por unas décimas de segundo y decido que la mejor opción es arrancar la tirita de golpe, sin miramientos.

—Estoy grabando un programa de televisión.

Mis padres se miran descolocados. Creo que ninguno de los dos sabe muy bien qué contestar.

—¿Tiene algo que ver con el periódico? —pregunta mi padre.

Sacudo la cabeza como respuesta.

—¿Entonces? —interviene mi madre.

Tres, dos, uno… Aquí va la bomba.

—Es un programa en el que un surfista profesional me enseña a surfear.

Pasan unos cuantos segundos en silencio, pero sus caras lo dicen todo.

—¿A qué viene esto, Abigail? —Mi madre permanece sentada tiesa, con los brazos cruzados.

Llegados a este punto, no me queda más remedio que contarles la historia de cómo Ryan Bailey me salvó hace unas semanas. Grace se encarga de mostrarles el vídeo. No dan crédito.

—A raíz del suceso, me ofrecieron participar en el programa.

—¿Y se puede saber por qué te prestas a eso? —Su expresión es de una evidente disconformidad.

—En el periódico me han insistido para que acepte. No sé… Quizás sea una oportunidad para mí.

Mi comentario carece de convicción alguna. Yo soy la primera a la que le cuesta verlo, a pesar de los consejos de Ethan y Hana.

—No veo en qué podría ayudarte en tu carrera formar parte de ese espectáculo.

—A hacer contactos, mamá. Me gusta el periódico, pero no sé qué me depara el futuro. Trabajar en alguna cadena de deportes tampoco estaría mal.

Mi madre hace una mueca con la boca que habla por sí sola.

—Ya deberías tener claro lo que quieres hacer en la vida, Abigail. Desde que abandonaste la medicina sigues dando palos de ciego. Tienes que centrarte de una vez.

—Lo estoy haciendo. Quiero dedicarme al periodismo deportivo y hay muchos caminos diferentes. Esta oportunidad puede abrirme paso en uno nuevo.

Se hace el silencio. Pesado. Tenso. Los rostros de mis padres no se relajan.

—Comprende que es un poco inesperado, por decirlo de alguna manera —apunta mi padre.

—Es lo más *random* que ha hecho Abi en mucho tiempo —interrumpe mi hermana—. Mola que flipas. Va a ser épico.

Aprovecho la coyuntura —gracias, Grace— para desviar la atención de mí.

—Se emite mañana en Sports Life, por si queréis verlo. Aunque os aviso de antemano que no esperéis gran cosa de mí como surfista.

—¡Yo no me lo pierdo! Y vosotros lo veréis conmigo —sentencia Grace—. Además, mamá, quien la entrena es el chico ese del anuncio que te gusta tanto, el del perfume.

Mi madre abre los ojos de par en par y se revuelve en el sillón. No sé cómo lo hace Grace, pero siempre consigue tocarle alguna fibra y sacarla de la rigidez estoica que la caracteriza.

Aunque no he conversado mucho con Ryan, sé que odia el anuncio en cuestión. Sin embargo, no hay nadie en todo el país que no lo haya visto. En la campaña publicitaria aparece de espaldas caminando hasta el borde del acantilado de Diamond Bay con un bañador muy corto de color blanco y se lanza de cabeza al mar. En la siguiente escena emerge a la superficie y se retira el pelo hacia atrás. Después mira a cámara con el rostro repleto de pequeñas gotas de agua y dice una frase ridícula en francés.

Lo conozco poco, aunque me imagino la cara que pondría al enterarse de lo que pretendían grabar. Tiene toda la pinta de haber sido cosa del patrocinador.

Mis padres no hacen más comentarios al respecto y respiro aliviada. Acompaño a Grace a su cuarto para hablar un ratito las dos solas.

—Gracias por echarme un cable antes.

—Se estaban poniendo un poco intensos. —Pone los ojos en blanco—. Es solo un programa de televisión.

Me encanta la actitud despreocupada de mi hermana pequeña. No lo sabe, pero aprendo mucho de ella, más de lo que se imagina.

—Oye, ¿quién era ese chico de la biblioteca?

—¿Hunter?

—Sí, supongo. Alto, moreno y muy mono.

—Es mi amigo.

—Ah —respondo decepcionada—. Por los ojitos que te ponía pensé que podría ser tu novio.

—Nah, somos amigos. Follamos a veces, pero nada más.

Me quedo atónita. Mis labios se separan sin emitir ningún sonido. Por la expresión de Grace, creo que tengo la cara descompuesta. Y no es para menos.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Dónde?

El estupor no me deja articular un discurso más coherente que ese. Mi hermana se ríe.

—Nos llevamos bien y tenemos química, así que a veces lo hacemos. En cuanto al dónde, te sorprendería la cantidad de cuartos vacíos que hay en el edificio de la biblioteca.

Me llevo la mano a la boca. Hace un momento esperaba que me confesara la ilusión de su primer amor, no que me hiciera imaginarla retozando en el cuarto del conserje. Estoy impactada.

—Ya que estás aquí, podrías darme algún consejo. Porque, a veces, cuando estamos…

—Grace —la interrumpo—, no quiero saber los detalles. Solo confío en que estés usando protección.

—Obvio que sí. ¿Te imaginas la cara de mamá si llego a casa con una ETS?

Mientras Grace se desternilla, yo sí que me la imagino. No tiene nada de gracia.

No sé cómo sentirme respecto a que mi hermana pequeña mantenga relaciones con chicos. Lamento no escuchar sus inquietudes, aunque no iba a serle de ninguna ayuda porque yo… nunca lo he hecho. No te tenido sexo con nadie.

Hace un tiempo no me importaba, pero esta situación ha empezado a incomodarme. Todas las personas que me rodean tienen experiencia en el tema —¡incluida mi hermana pequeña!— y me avergüenza admitir que, con veinticuatro años, yo no. Tal es así, que se ha convertido en uno de mis propósitos para este año. Sellé esta voluntad compartiendo un chupito con Hana en la fiesta de Nochevieja. Íbamos borrachísimas las dos y ese trago de seguro nos sobraba; sin embargo, a ninguna se nos ha olvidado lo que juré en ese momento. Mi amiga me lo recuerda cada tanto porque, aun habiéndole mostrado mi férrea determinación de perder la virginidad, ya han pasado cuatro meses y sigo en las mismas.

14

Abi



El lunes vuelve a haber revuelo cuando llego a la redacción, pero en esta ocasión soy consciente del porqué.

Vi el primer episodio de *The Surf Mentor* con Hana. Ella disfrutó cada segundo de la emisión. No paraba de hacer comentarios sobre Ryan, sus bíceps, su espalda y lo ajustado que le quedaba el neopreno. Nada nuevo.

Ethan me llamó para decirme que se sentía orgulloso de mi esfuerzo. Recalcó mucho el empeño que le estaba poniendo y no mencionó el resultado. No hacía falta comentar la obviedad. Grace me envío un millón de mensajes con *stickers* de todo tipo. Ella sigue entusiasmada por el hecho de que salga en televisión y poder contárselo a sus amigos del instituto. Sé que mis padres vieron el programa junto a mi hermana, aunque no he tenido noticias de ellos al respecto.

Para mí fue un suplicio de inicio a fin. Odié verme en pantalla. Mi torpeza fue la protagonista durante todo el programa. Adornaron las escenas con músicas simpáticas que me hacían parecer aún más ridícula.

Lo único que me sorprendió fue lo que contó Ryan en los totales al final del entrenamiento. Le preguntaron si creía que sería capaz de lograr surfear después de lo nefasto que había sido el día y su respuesta no fue para nada la que esperaba.

—Lo conseguirá, estoy convencido. No es fácil enfrentarse a algo nuevo para lo que no estás preparado. Primero tendrá que construir la confianza que le permita abordar este reto con seguridad en sí misma. Mientras tanto, lo seguiremos intentando.

Sus palabras me llegaron al alma.

La voz irritante de Connor me echa a patadas de mis pensamientos.

—Abigail, Abigail… —Sacude la cabeza con una actitud de suficiencia que me saca de quicio—. Que no te sorprenda si cancelan el programa. Creo que el surf no es lo tuyo. Más te vale centrarte en el periodismo.

Pestañeo sin decir nada. Es a la única persona en el mundo a la que me gustaría insultar a la cara. Por supuesto, ni se me ocurre hacerlo.

Connor se apoya sobre mi mesa, casi que se sienta sobre ella.

—Oye, ahora que vas a compartir tanto tiempo con Bailey, procura enterarte de todo lo que puedas. Mantén la antena puesta por si consigues alguna información.

—No se habla de nada que tenga que ver con su carrera durante el entrenamiento.

—De momento. Tú presta atención, que seguro que pillas algo. Para este asunto estoy disponible veinticuatro/siete.

Y un cuerno, Connor.

No pienso ser su espía ni, mucho menos, contar con él si descubro algo. En todo caso, utilizaría esa información a mi favor.

Le respondo con una media sonrisa y él se da por satisfecho. Levanta su trasero de mi mesa y vuelve a su puesto.

Hasta que lo ha mencionado, no se me había ocurrido ejercer de periodista mientras grabo el programa. Tampoco sé si me sentiría cómoda intentando averiguar información de esa forma. Recuerdo el comentario que me hizo mi madre hace unos días: «No veo en qué podría ayudarte en tu carrera». Por cómo se me ha acercado Connor, parece que sí es una baza para mí. Desconozco de qué manera la utilizaré, pero en algún momento me resultará de utilidad. Estoy segura.

A media mañana, en la pausa que hago para tomarme un café, descubro por qué Adams me *aconsejó* que aceptara la oferta de Sports Life. Han colgado algunos clips de vídeo del programa en la página web del periódico. «Nuestra periodista, Abigail Harris, protagonista de *The Surf Mentor*». Recuerdo que Adams me confesó que era amigo de un directivo de la cadena. Con total seguridad, ha llegado a un acuerdo con él para poder usar las imágenes del *reality* como cebo y así aumentar las visitas de la web. Por eso me insistió en que accediera a lo que me iban a pedir.

Todo el mundo se está aprovechando de mi fatídico percance salvo yo. Sports Life se saca un programa de la manga con uno de los surfistas del top diez. Tide Motion coloca su publicidad en una cadena deportiva puntera sin apenas esfuerzo. Connor cree que se beneficiará de mi relación con Ryan para obtener información. Adams le da visibilidad a la web del periódico sin mover un dedo. ¿Y yo qué?

Me siento frustrada por no tener el control de esta situación. Lavo la taza del café y la coloco en el escurreplatos mientras le doy vueltas al tema. Se están beneficiando de mí y no puedo hacer nada para evitarlo. ¿O sí? Cavilo una idea. Existe una posibilidad de que yo también saque rédito de esta circunstancia; de lo que no estoy segura es de si tendré el valor de llevarla a cabo.

Vuelvo a mi puesto y termino de corregir una de las cartas al director que saldrá en el próximo número para mandarla a maquetación. Esta vez he elegido un texto conmovedor sobre la invisibilidad de la tercera edad en nuestra sociedad. Lo ha enviado una señora de setenta y ocho años cuya escritura es inspiradora y sensible. Me dio un pellizco al corazón cuando la leí por primera vez y decidí inmediatamente que se iba a publicar. Tras unos meses encargándome de la sección, ya me dan cierta carta blanca para tomar este tipo de decisiones.

En lo que queda de jornada no paro de rumiar la idea que he tenido antes. Es un poco arriesgado y no quiero pasarme de lista. Temo las consecuencias. Sin embargo, me vienen a la cabeza las palabras que siempre me dice Ethan: «El no ya lo tienes». No hay

mayor verdad. Si no lo intento, está claro que me quedaré igual que estoy.

Ordeno la mesa, recojo mis cosas y, antes de marcharme, me detengo delante del despacho del director. «Voy a hacerlo». Levanto el puño para tocar; sin embargo, me freno a unos milímetros de la puerta. «Hoy no es el día», me digo a mí misma. Pero lo haré. Estoy convencida.

15

Ryan



Entrenar en Kirra me remueve las entrañas. No diría que lo detesto, pero, si puedo, lo evito. En realidad, solo vengo aquí cuando Payton me insiste. Hoy hay tubos espectaculares, profundos y rápidos. Son perfectos para pulir la técnica, así que no tengo escapatoria alguna.

La jornada está siendo especialmente extenuante. No hay casi nadie en el agua por la dificultad de las olas. He podido enlazar unos cuantos tubos seguidos sin necesidad de esperar. Sin embargo, la corriente empieza a ser demasiado fuerte y me está arrastrando hacia fuera con rapidez. Me acerco a la orilla sin aliento para recibir indicaciones de Payton.

—Con la velocidad que has salido en el último, puedes conectar la siguiente sección de la ola con un *floater* y cerrar con estilo. Tienes que pensar en las puntuaciones.

Asiento mientras lo escucho, con la respiración aún entrecortada. Me encanta que sea mi entrenador. Desde que formamos equipo mi técnica ha evolucionado hasta límites insospechados. Hay surfistas que nacen bendecidos con el don de practicar este deporte y que tienen una intuición natural para leer las olas. En mi caso, los resultados son fruto del trabajo duro. Con los años he ido desarrollando también esa capacidad de anticiparme a lo que el mar me ofrece. No obstante, me ha costado mucho esfuerzo y sacrificio.

—No tenemos más tiempo —me informa comprobando su reloj—. Volveremos la semana que viene.

Mientras Payton termina sus anotaciones siento un cosquilleo en la piel que me hace pensar que alguien me observa. No sé cómo explicarlo. Miro alrededor y no tardo en averiguar por qué. Es ella.

Me encuentro con los ojos azules de Abi examinándome. Está sentada a unos metros de mí, abrazada a sus piernas mientras la brisa hace ondear su cabello dorado. Se asemeja a la arena bajo sus pies, clara y brillante. Juguetea mordiéndose el labio inferior. Me sorprende encontrarla aquí. Entonces me percato de que lleva un neopreno puesto. Arrugo el ceño.

—Ryan, ¿me escuchas?

He ignorado por completo a Payton durante unos segundos.

—Dime.

—Ahora te quedas a grabar. El equipo debe de estar al llegar.

—¿Qué? No, imposible.

—Es lo que se había acordado con la cadena. Grabar los martes después de tu entrenamiento.

—¿Estáis locos? ¿Cómo vamos a hacerlo aquí? Es una temeridad.

—Yo no tomo las decisiones —se excusa.

—Payton, no pueden hacer que se meta al agua en esta playa —digo señalando a Abi—. ¿Has visto la corriente? Incluso yo lo he pasado mal ahí dentro. Me niego.

Mi entrenador se encoge de hombros.

—Sabes que no está en mis manos. A lo mejor te hacen caso a ti. Habla con el equipo del programa. —Me da un apretón en el hombro y se marcha.

Me froto la cabeza con las yemas de los dedos con fuerza hasta casi hacerme daño. ¿Cómo cojones se les ocurre que este puede ser un buen lugar para grabar? Ni de coña. No va a suceder. Esta playa es exigente incluso para un profesional, ¿cómo creen que puedo enseñar a una novata aquí? Es peligroso y una irresponsabilidad.

Noto el cuerpo tenso y la mandíbula encajada. El corazón me golpea con fuerza dentro del pecho y mil recuerdos afloran. Las

imágenes de hace diez años aparecen, consumiéndome igual que ese día. Un roce leve en el antebrazo me devuelve al presente.

—¿Estás bien?

Abi me observa preocupada. Sus ojos me recorren el rostro en busca de algún signo que le indique lo que ocurre.

—No sé a quién cojones se le ha ocurrido que podrías entrenar aquí, pero no lo vamos a hacer. Ni en sueños. —La miro a los ojos con fiereza.

Abi se queda petrificada. Sus labios se separan, pero no dice nada, solo me mantiene la mirada.

Diviso a Mike entrando a la playa seguido por los cámaras. Suelto la tabla y avanzo rápido a su encuentro. Me saluda a lo lejos con efusividad. Sin embargo, según me acerco, su expresión se va ensombreciendo poco a poco.

—Ni de puta coña vamos a grabar aquí hoy.

Enarca las cejas, desconcertado. Revisa un documento que trae en las manos y frunce el ceño.

—Está en la planificación —dice señalando el papel—. Nos han avisado esta mañana de que venías a entrenar aquí.

—Me la suda la planificación.

Mike se pone tenso.

—Ryan…

Le agarro el brazo con fuerza y para de hablar.

—Es una locura que Abi se meta ahí. —Señalo el mar—. Es complicado hasta para un profesional.

—Si queremos coincidir con tus entrenamientos no queda otra.

—Mike, no lo voy a permitir. Es una imprudencia.

—Digamos que es algo más arriesgado, de acuerdo. Pero no pasará nada. Estás tú aquí.

Resoplo. Su actitud me está haciendo perder los nervios. Me acerco aún más a él, hasta que queda menos de un palmo entre nuestros rostros, y le clavo la mirada.

—¿Vas a hacerte responsable si Abi se ahoga? —mascullo—. Porque yo no.

—Entiendo tu postura, Ryan. De verdad que sí. Pero tenemos que grabar hoy o no habrá emisión esta semana. Sabes cómo funciona esto.

No voy a permitir que Abi se juegue la vida por este estúpido programa. Lo único que les importa es conseguir las imágenes necesarias para montar el vídeo de esta semana, obviando los riesgos para los que estamos en el agua.

La rabia me conduce hasta una alternativa.

—¿Quieres tu puta grabación? La tendrás.

16

Abi



Estoy metida en el coche de producción. Solo me han dicho que hay un cambio de planes para hoy. Nada más. No sé qué ha ocurrido entre Mike y Ryan, pero no me cabe duda de que tiene algo que ver con esta decisión de última hora. Desde donde estaba no podía escuchar lo que se decían. No obstante, la expresión de Ryan daba miedo, incluso a tanta distancia. Era evidente que estaba enfadado.

El coche se detiene delante de una casita terrera en Burleigh Heads. Se encuentra en la colina, con unas vistas increíbles del mar. No es la vivienda más grande de la zona, aunque sí muy bonita. La fachada está cubierta por piedra de color claro y tanto la entreplanta como el techo son blancos. Al cruzar la valla alta que la separa de la calle descubro un pequeño jardín con césped y algunas rocas decorativas. Es la casa más espléndida en la que he estado en mi vida. Sin embargo, sigo sin saber qué hago aquí.

Veo aparecer a Ryan por un lateral, ya sin neopreno, vestido solo con un bañador recortado negro. Nos indica con un gesto que lo acompañemos y nos guía hacia la parte trasera de la vivienda. Me quedo sin palabras. Hay un espacio gigantesco, mucho mayor que el del jardín delantero, también cubierto por césped. Diviso una zona semitechada que alberga sillones con cojines color crema. Podría ser el rincón *chill out* de cualquier local de moda. En otro extremo diviso dos hamacas blancas y una tarima de madera a la que no le

encuentro explicación. En una esquina hay una ducha cobijada tras una pared de piedra igual a la de la fachada. La terraza está comunicada con la casa por un ventanal enorme, de suelo a techo. A través del mismo logro vislumbrar la sala de estar.

La gente del equipo comienza el montaje en la zona de césped y Ryan se acerca a mí.

—Ponte cómoda mientras esperas —sugiere señalando los sillones.

—¿Se puede saber dónde estamos?

—¿No te han dicho nada de camino? —pregunta extrañado.

—No… Tampoco he preguntado.

Sacude la cabeza de lado a lado.

—Bienvenida a mi casa —dice extendiendo los brazos. Me recuerda a Mufasa enseñándole a Simba los límites de su territorio.

Me sube un calor abrasador desde el estómago hasta la cara y se detiene en mis mejillas. ¡Estoy en la casa de Ryan Bailey! Jamás la ha mostrado en televisión o en la prensa escrita. No accede a realizar reportajes sobre su vida privada, así que me sorprende sobremanera que nos haya abierto las puertas de su hogar.

—¿Qué… qué se supone que vamos a hacer aquí?

—No podía permitir que te metieras al agua en esas condiciones, así que he tenido que buscar una alternativa.

Me quedo observándolo fijamente. Él esboza una leve sonrisa, apenas se elevan las comisuras de sus labios. Creo que está disfrutando con mi desconcierto.

—Vamos a hacer yoga —anuncia al fin.

—¿Qué?

—Yoga. Sabes lo que es, ¿no?

—Sí, claro que sé lo que es el yoga —replico con retintín—. Pero ¿por qué?

—Teníamos que grabar hoy sí o sí y el mar no era una opción. Así que les he propuesto un entrenamiento diferente. Un surfista no se hace solo sobre las olas, hay otras muchas facetas dentro de la preparación.

—No, no, no. Ni de broma.

—Me temo que sí, Abi.

—¡No me he preparado para esto! —Mi voz se eleva más de lo que hubiese querido, con un tono agudo al final. A Ryan se le escapa una risa—. Llevo una semana practicando el *pop up* para este día.

—Ya me demostrarás el avance en otra ocasión.

—El problema es que no sé nada sobre yoga. Podría haber dedicado la semana a empaparme acerca del tema para intentar no hacer un ridículo espantoso. Dios mío. Seré el hazmerreír de Queensland otra vez esta semana. ¿Cómo se supone que voy a practicar yoga con este neopreno? No es…

Ryan me agarra de los hombros para detener el bucle en el que me he metido e inclina mínimamente la cabeza hacia mí.

—Abi, fluye. —Pestañeo rápido, incapaz de apartar la mirada de sus ojos—. No necesitas tenerlo todo bajo control. Déjate llevar.

Me suelta y siento un escalofrío en la zona donde estaban sus manos hasta hace un instante. Se dirige entonces a la ducha exterior y abre el grifo, dejando correr el agua fría por su cuerpo. Lo observo unos segundos. Parece que la irritación que percibí en él en la playa ha desaparecido. Vuelve a ser el Ryan alegre y despreocupado, lo cual me provoca todavía más curiosidad por lo que ocurrió en Kirra. Por un momento imaginé que el enfado era debido al cambio de planes. Al descubrir que esta es su casa también se me pasó por la cabeza que no le hiciera ni pizca de gracia que le propusieran grabar aquí. Pero no parece ser el caso. Está relajado, tranquilo.

Me desplomo en uno de los sillones de la terraza y busco compulsivamente «iniciación al yoga» en mi teléfono. Abro el primer vídeo que aparece e intento verlo a doble velocidad. Desisto en pocos minutos. ¿Qué sentido tiene? Es imposible ponerme al día en el tiempo que quede para empezar con la grabación.

Mientras maldigo mi suerte y creo mil y un escenarios ficticios en mi cabeza, aparece en la terraza una joven que no había visto nunca. Va al encuentro de Ryan, que ya se está secando con una toalla, y le entrega una bolsa. Se marcha tan rápido como ha venido, no sin antes dedicarme una mirada que soy incapaz de definir. Desde luego, no ha sido cordial.

Ryan viene a mi encuentro y se sienta a mi lado.

—Ten. —Me entrega la bolsa—. Para que te cambies.

Inspecciono el contenido y descubro unos cuantos conjuntos deportivos. Por supuesto, de Tide Motion. Ryan abre la cristalera que da acceso al salón y me indica desde fuera dónde está el baño.

Igual que el resto de la casa, el baño es increíble. Está decorado en tonos blancos y crema, con detalles en madera y un lavabo de piedra natural. Diría que tiene un estilo mediterráneo, aunque el interiorismo no es mi fuerte. Extraigo la ropa que me ha entregado Ryan. Son conjuntos de top y malla en diferentes colores. Compruebo que se corresponden con mi talla y acabo eligiendo por la tonalidad. Me enfundo uno de color azul crayola. El top es precioso, con tiras que dejan al descubierto buena parte de la espalda.

Cuando regreso a la terraza ya está todo preparado. Hay dos esterillas sobre la tarima de madera central y las cámaras están apostadas alrededor. Ryan se ha puesto un pantalón corto también azul, pero más oscuro, y lleva el torso descubierto. Ahora que lo pienso, creo que lo he visto más veces medio desnudo que vestido al completo. Hay que reconocer que está de muy buen ver, lo propio de un deportista de alto nivel. «Me parezco a Hana». Sacudo la cabeza para deshacerme de esos pensamientos.

Ryan me hace una seña para que me una a él en la estructura de madera.

—Haremos una parte de mi rutina de yoga, lo más sencillo —me explica—. Antes de que empieces a reconcomerte de nuevo, no son posturas complicadas. Todo el mundo las puede hacer.

—Soy la persona menos agraciada de la historia en relación al deporte.

Ryan pone las manos en jarra.

—Hasta que no lo intentes, no lo sabremos.

—Te recuerdo que me bautizaste como «estrella de mar».

Sus labios se curvan y reprime una risa.

Mike nos da algunas indicaciones que tienen que ver con los planos y se encienden los pilotos de las cámaras. Ryan comienza con el saludo al sol, según ha nombrado él a la sucesión de movimientos que encadena. Me encuentro un poco más tranquila al comprobar que, tal y como me aseguró, no sería difícil. Le voy siguiendo el

ritmo a pesar de mi falta absoluta de elasticidad. Al contrario que él; Ryan es obscenamente flexible.

En pocos minutos nos envuelve la calma. Los estímulos externos han pasado a un segundo plano hasta casi desaparecer. Me concentro en mi cuerpo, en la respiración y en seguir a Ryan. De vez en cuando siento la brisa ligera o escucho el canto de algún pájaro. Las sensaciones que me invaden nada tienen que ver con las del primer día de grabación. En ese momento el agobio por no conseguirlo me consumía y era consciente todo el tiempo del ridículo que estaba haciendo. Sin embargo, sobre esta tarima me parece estar en otro mundo. La voz suave de Ryan me guía entre una postura y otra como un susurro traído por el viento.

—Nada mal, estrella de mar —murmura en mitad de un perro boca abajo. ¿Quién diantres se habrá inventado estos nombres?

—No me desconcentres o tendrás que comerte tus palabras.

Pasamos unos treinta minutos haciendo la rutina hasta que Mike nos interrumpe por primera vez desde que comenzó la grabación.

—Quizás podríais hacer alguna postura en pareja, para que haya más interacción entre vosotros —sugiere.

Ryan asiente confiado, como si lo tuviera todo bajo control. A mí me empiezan a temblar las piernas.

—Vamos a hacer *navasana* en pareja, el doble barco.

Arqueo las cejas esperando más indicaciones. Lo que acaba de decir y el chino distan poco para mí. No tarda en colocarse frente a mí sobre la esterilla. Me pide que le dé las manos y me sujeta firme a la par que con delicadeza. A continuación, me indica que junte las plantas de los pies con las suyas y emprende un camino ascendente estirando las piernas hacia el cielo. A él parece no costarle ningún esfuerzo. En cambio, mi cuerpo está temblando. Ryan asiente levemente, creo que en un intento de hacerme saber que lo estoy haciendo bien. Me tranquiliza.

La siguiente se llama *utkatasana* o la silla. Nos agarramos por los antebrazos y flexionamos las rodillas hasta quedar en una especie de sentadilla. En esta postura, mi cuerpo es el soporte del suyo y viceversa. Si uno afloja, el otro se va al suelo. Nuestras

miradas se encuentran enseguida. Ryan casi no pestañea, con los ojos clavados en los míos todo el tiempo. Se me eriza la piel. Aprovecho la coyuntura para analizarlos. Su color verde captó mi atención desde el día que me sacó del agua. Es casi lo único que recuerdo del momento. Me suelta un guiño inesperado acompañado de una sonrisilla que hace que me tambalee. Su agarre se intensifica y logro mantener el equilibrio.

—¿Probamos una postura más atrevida? —propone Ryan con la expresión maliciosa de quien conoce algo que el resto no.

Sin darme tiempo a responder, se tumba boca arriba y flexiona las rodillas.

—Ven —me indica haciendo un gesto con las manos—. Apoya las caderas sobre las plantas de mis pies.

—¿Qué vas a hacer?

—Confía, Abi.

Su voz es casi un susurro que me inspira una seguridad difícil de explicar, así que ejecuto lo que me dice. Cuando ya estoy apoyada me sujeta las manos y extiende las piernas hacia arriba, de manera que me quedo colgando sobre sus pies. Instintivamente elevo las piernas para mantenerme recta en el aire. Los brazos se me tambalean a pesar de su agarre, aunque consigue estabilizarnos.

—Pájaro frontal —dice, evidenciando en su voz el esfuerzo que hace—. Ahora vas a soltar las manos y las vas a estirar hacia delante.

—¿Qué? No. Ni en broma. Me caeré.

—No te vas a caer. Yo te sujeto.

¿Por qué sus palabras suenan tan convincentes? ¿Por qué confía en mis habilidades —nefastas, por cierto— más que yo? Mi cerebro es una montaña rusa ahora mismo. Mis pensamientos suben despacio guiados por mis convicciones y caen sin control cuando Ryan entra en la ecuación.

Voy deshaciendo el agarre de sus manos poco a poco. Las yemas de los dedos son las últimas en perder el contacto y alargo los brazos al frente como me ha indicado. No he hecho tanta fuerza en mi vida. Mi cuerpo se tensa al máximo para mantenerme en esa posición.

Tras unos segundos, cuando ya me encuentro más estable, empiezo a disfrutar. Siento su soporte firme bajo las caderas y me creo capaz de cualquier cosa encaramada allí arriba. Echo un vistazo hacia abajo y lo descubro observándome con una sonrisa que le llena el rostro. Diría que está satisfecho. Sus labios se mueven, pero no emiten ningún sonido. Dibujan un «bien hecho» que se queda solo para nosotros.

Cuando más confiada me siento, pierdo el equilibrio y acabo cayendo. Aterrizo sobre Ryan, que no ha tenido tiempo de sujetarme para que no le reviente la frente con la mía.

17

Ryan



—Perdóname, de verdad.

Abi se ha disculpado unas setecientas veces en los cinco minutos que llevamos dentro de casa. Le he dejado una bolsa de hielo para que se la ponga en la frente. Nos hemos dado un buen golpe, esa es la verdad. Creo que Abi comenzó a sentir dolor bastante rato después del impacto. En ese momento, sus mejillas se enrojecieron, se apartó con rapidez y empezó a estornudar sin control.

—Nos marchamos ya —anuncia Mike desde la terraza.

—¿Cómo tienes la frente? —le pregunta Brody a Abi.

Ella se aparta la bolsa de hielo y le muestra el chichón incipiente. Él hace una mueca conteniendo la risa.

—Tranquila, lo he captado todo en primer plano y has caído con mucho estilo —comenta con sorna. El tío es un cachondo.

Abi se tapa la cara. Seguro que está rememorando lo sucedido en su mente. El equipo abandona la terraza y ella se pone en pie.

—Es hora de que me vaya yo también.

—Quédate un rato más, hasta que se te baje la inflamación.

—No quiero molestar. Seguro que tienes mil cosas que hacer como para perder el tiempo esperando a que este chichón vuelva a su lugar. —Se señala la frente mientras habla.

—No molestas.

Se hace un extraño silencio. Abi juguetea con las manos, como si no supiera dónde meterlas.

—Además, en realidad ha sido culpa mía. Fui yo quien insistió en hacer esa postura. Qué menos que aguardar a que te recuperes.

—Tú también te has llevado un buen golpe.

Lo que dice es cierto. El taponazo me ha dolido bastante —aunque no lo reconoceré—, sobre todo porque me pilló desprevenido. Si hubiese estado concentrado, probablemente la hubiera sujetado a tiempo con las manos. Sin embargo, me perdí en el aroma a *monoi* de su cabello. Es dulce y delicado, como la flor de la que proviene. La fragancia me transportó a las playas de Oahu y me envolvieron los recuerdos de mi primer evento internacional.

—No ha sido para tanto. ¿Te apetece tomar algo? —Me observa dubitativa—. Lo que quieras. Café, té, zumo, una cervecita…

—Un zumo está bien.

Se lo acerco y me siento cerca de ella en el sillón.

—¿Puedo preguntarte algo? —Subo las piernas y las cruzo sobre el sofá. Ella asiente con la cabeza mientras da un sorbo al zumo—. ¿Por qué estornudas de esa manera?

Abi aprieta los labios, incómoda.

—Me pasa siempre que me pongo nerviosa. Es incontrolable. La incapacidad para coordinar mis movimientos no es lo único que está averiado en mi cuerpo.

—Hoy lo has hecho fenomenal. Un poco rígida…

—Anda ya —me interrumpe—. No te burles de mí.

—No estoy de coña. —Abi niega sacudiendo la cabeza—. Tienes una capacidad para despreciarte asombrosa. Creo que no he conocido a nadie que se tenga en tan baja estima como tú. Lo has hecho bien. Es la verdad.

Entreabre los labios, pero refrena lo que iba a decir y le da un trago al zumo. Fija la mirada en el aparador al otro lado de la sala.

—¿Eres tú? —pregunta señalando una fotografía.

Asiento.

—Mi amigo Miles y yo.

—Qué jovencito.

—¿Me estás llamando viejo? —Arqueo las cejas todo lo que puedo.

—No, no. No pretendía… Es que te ves muy joven y…

Suelto la risa que estaba conteniendo y se da cuenta de que la estoy vacilando. Miro la fotografía yo también. Somos Miles y yo cuando teníamos diecisiete años, una de las últimas veces que surfeamos juntos antes de su accidente. Me resisto a sustituirla por otra más reciente porque me gusta recordarnos así; sonrientes, ignorantes de cómo nos cambiaría la vida unos meses después.

Abi se levanta y se acerca al aparador para tomar otro portarretratos.

—¿Es tu madre? —pregunta—. Tenéis el mismo color de ojos.

Pasa el dedo por el cristal. Parece hipnotizada con la imagen. Sigo sus pasos y me coloco a su lado.

—Lo es. No obstante, que compartamos color de ojos es pura coincidencia. —Abi me mira extrañada. Me debato unos segundos entre seguir hablando o no. La conversación podría quedarse aquí sin más, no sería raro. Es algo que no suelo hablar con desconocidos, pero las palabras abandonan mi boca con una facilidad pasmosa—. Me encontró debajo de un puente.

—Deja de tomarme el pelo.

—No lo hago.

—Ryan, te burlas de mí cada cinco minutos. —Pone los ojos en blanco—. Eso mismo me decía mi hermano Ethan cuando éramos pequeños, que me habían encontrado en la calle.

—Soy adoptado, Abi. —La expresión de su rostro se transforma en décimas de segundo. Ahora seguro que se está maldiciendo por no haberme tomado en serio, pero no la dejo disculparse—. Aunque parezca mentira, ocurrió de verdad.

Me preparo para que me diga que lo siente. Aunque la haya cortado, seguro que lo hará. Para mí, ser adoptado es algo por lo que enorgullecerme. Sin embargo, cuando se lo cuento a alguien, suelen aparecer frases impregnadas de lástima o compasión.

—La probabilidad de que ocurra algo así es ínfima. —Me regaño al escucharla. Tiene la mirada perdida en algún punto por

encima de mí y hace microgestos con la cara. ¿Está calculando?—. Qué pena que no esté Hana, la averiguaría en un pispás.

—¿De qué va esto?

—El verde es uno de los colores de ojos más infrecuentes del mundo. Tan solo un dos por ciento de la población los tiene. Se necesita una combinación genética interesante para que aparezcan. Por eso me gustan tanto. Y porque cambian con la luz; me fascina. —La escucho ensimismado—. La probabilidad de que una persona con ojos verdes se encuentre y adopte a un bebé con la misma tonalidad exacta es mínima. Aunque habría que ceñirse a los datos de Australia, donde la prevalencia es mayor que la media global.

Vaya con Abi. Siento que acabo de asistir a una clase de biología —o de matemáticas, no estoy muy seguro—. Me ha recordado un poco al discurso que me soltó cuando le pregunté sobre mi carrera. Habla de datos con una convicción que, de no estarla observando, me haría pensar que lo está leyendo de un buscador. Su mirada se ilumina y frunce ligeramente el ceño, concentrada. Me divierte. Mi confesión podría haber derivado en un momento incómodo y, gracias a ella, no ha sido así.

—¿Te enseño algo peculiar de verdad?

Le hago un gesto con la mano para que me siga y salimos a la terraza. Busco el lugar idóneo para que los haces del sol incidan en mis ojos.

—Si te fijas bien, cuando me da la luz directamente, brillan. Pero brillan de verdad, como si tuviera algunos gránulos de purpurina dorada.

Abi me examina desde diferentes ángulos mientras mantengo los párpados abiertos, sin pestañear. Al fin se detiene y entonces frunce más el ceño. Se pone de puntillas y me agarra la cara. Se acerca mucho a mí.

—¿No es asombroso?

Espero a que me responda maravillada por el descubrimiento; sin embargo, de su boca sale una especie de jeroglífico indescifrable.

—Hialosis asteroide.

—¿Qué?

—Creo que se trata de hialosis asteroide.

—¿Qué coño es eso?

—La enfermedad de Benson. Una acumulación de pequeñas partículas de calcio y lípidos en el humor vítreo. Por eso parece que brilla como purpurina. Estoy casi segura, pero lo tendría que confirmar un oftalmólogo.

—Te estás quedando conmigo. —Sonrío en un intento de que me responda de la misma manera y me confirme que todo ese palabrerío es inventado. Sin embargo, Abi ni se inmuta—. Estás de coña, ¿verdad?

—Es benigno, no causa problemas de visión. Nunca lo había visto en persona. —Sus labios se curvan hacia arriba—. Tenías razón: es asombroso.

Me llevo la mano al pecho y noto el corazón desbocado. No sé muy bien cómo tomarme esta información. Abi percibe el desconcierto en mi rostro.

—Tranquilo, no te vas a morir. Si quieres, consulta con un especialista para corroborarlo, pero no te va a afectar en nada. Podrás seguir contando la historieta de tus ojos brillantes.

—Me has dejado loco —acierto a decir.

Ella sonríe y me guiña un ojo. Siento un leve cosquilleo en los brazos que se disipa en cuanto continúa hablando.

—Esto los hace aún más especiales.

Abi es una caja de sorpresas. No la conozco en absoluto, pero presiento que si sigo rascando su exterior precioso e inseguro descubriré universos enteros dentro de ella. No puedo negar que me pica la curiosidad.

El sol está apretando, así que nos dirigimos a los sillones que están a la sombra.

—Sin rodeos. ¿Cómo cojones sabías eso? —Muevo el dedo índice con rapidez de un ojo al otro. Ella toma aire y suspira.

—Estudié Medicina durante dos años y me estuve preparando para ello toda la adolescencia. Reconozco que tengo cierta facilidad para recordar datos.

—¿Cierta facilidad? —repito con ironía—. Eres como un puto libro abierto.

Abi se encoge de hombros para volver a dejarlos caídos. Mantiene un gesto serio, como si algo pesara dentro de ella. Carraspeo y me deshago del tono jocoso antes de preguntarle de nuevo.

—¿Por qué lo dejaste?

—No era lo mío, por más que pareciera que estaba hecha para ello. Tardé en darme cuenta. Era el camino que mis padres me marcaron desde niña y nunca dudé de que fuera lo correcto. Sin embargo, estudiando en Melbourne comencé a sentirme pequeñita. Sacaba buenas notas, pero no era feliz. El nudo se fue agrandando dentro de mí hasta que lo vi claro. Eso no era lo que yo quería.

—Lo dices con tristeza, como si fuera un fracaso.

—Decepcioné mucho a mis padres. Ambos son médicos, mi hermano mayor también y la pequeña va por el mismo camino. En parte, siento que les he fallado por no seguir esta especie de tradición familiar.

—Eso es una soberana estupidez. —Los ojos de Abi se abren de par en par, sorprendida por mi comentario—. Tus padres querrán lo mejor para ti, lo que te haga feliz, aunque no sea la medicina.

—No los conoces… Puede que no lo digan, pero este tema del periodismo les parece una ridiculez. A no ser que gane un Walkley o un Pulitzer, seguirán creyendo que es insuficiente. Piensan que desperdicio mi talento.

—¿Y qué piensas tú?

Abi se queda absorta un momento, analizando lo que quiera que sea que esté sintiendo respecto a este asunto.

—Es complicado.

No parece que quiera seguir hablando del tema, así que no insisto con más preguntas. Sin embargo, dejo flotando en el aire mi punto de vista para que lo recoja si lo desea.

—Estaba dándole vueltas y creo que ese talento tuyo le iría de perlas a una periodista deportiva. —Lo digo sin mirarla, como si mi referencia nada tuviera que ver con ella—. ¿Sabes la cantidad de datos, estadísticas, promedios, campeonatos o enfrentamientos que acumula un solo atleta? Es de locos.

Abi no me responde. Se le dibuja una pequeña sonrisa en el rostro, aunque cargada de tristeza.

18

Abi



Hana está eufórica. Lleva canturreando por casa toda la semana. Hace unos días la llamaron de la empresa donde hizo la entrevista de trabajo para ofrecerle un puesto en la administración. Esa noche gritamos, bailamos y nos emborrachamos con varias botellas de vino en el salón. Sin embargo, se ha empeñado en que lo celebremos de forma oficial.

Hana, Declan y yo estamos haciendo una cola kilométrica para intentar acceder al local de moda de la ciudad, el Ocean Club, en la azotea de un hotel en Surfers Paradise. Por lo que hemos visto en fotos, parece un bar paradisíaco que podría encontrarse en cualquier playa del Caribe. Predominan las estructuras de madera y la decoración con plantas naturales. Está dividido en varias zonas: una gran barra central circular, una pista de baile y un área de reservados, en una posición elevada con respecto al resto del local.

Llevamos más de una hora aquí y la fila apenas se ha movido.

—En serio, Hana. ¿No podemos ir a otro sitio? —me quejo.

—La ocasión lo merece. Ni recuerdo cuánto llevo queriendo venir. ¡Nos vamos a hacer unas fotos espectaculares!

—Me arden los pies y todavía no hemos entrado.

No suelo llevar tacones, pero mi amiga ha insistido en que me los ponga. Está tan entusiasmada que he claudicado a cada una de sus peticiones.

—Seamos positivos —interviene Declan—. Seguro que entramos pronto.

Al novio de Hana le gusta salir de fiesta lo mismo que a mí: nada. Pero haría cualquier cosa por ella. Vistos desde fuera, son una pareja extraña. Todo el mundo coincide en que no pegan. Declan es mucho más alto que ella —aunque eso no es muy difícil porque mi amiga mide, exactamente, metro y medio—. Hana tiene el pelo negro, la cara redonda, la nariz chata y los ojos rasgados. Declan cuenta con raíces irlandesas y cumple con todos los estereotipos: pálido de piel, con facciones cuadradas bastante marcadas, ojos azules y cabello cobrizo. A pesar de que comparten muchos gustos, sus personalidades son la noche y el día. Sin embargo, encajan como el engranaje de un reloj suizo, y así funciona su relación. Es sólida; el lugar neutral donde ambos se refugian cada vez que lo necesitan.

Media hora después, hemos avanzado un total de dos metros en la cola. Es desesperante. La gente a nuestro alrededor no para de parlotear sobre las ganas que tienen de entrar. Hana ya se ha hecho amiga de las chicas que tenemos delante. Son unos años mayores que nosotras y nos aseguran que el lugar merece la espera. Yo no las tengo todas conmigo.

Escucho murmullo a nuestras espaldas y capto frases sueltas. Un comentario me hace girarme.

—¿No es ese Ryan Bailey? ¿El chico de oro?

—Sí, tía. Es él.

Las chicas señalan hacia el otro lado de la calle y enseguida lo veo. Está diferente. Va vestido con un conjunto holgado de pantalón y camisa de lino beis y unas sandalias marrones. Su muñeca está repleta de pulseras y lleva el aro en la nariz. Charla alegre con los amigos que lo acompañan mientras camina con las manos metidas en los bolsillos.

Cruza la calle y se dirige hacia la fila. Pasa muy cerca de nosotros. Hana me lanza una mirada y sé lo que me quiere decir sin necesidad de que pronuncie una sola palabra. Pero no voy a saludarlo. Una cosa es que tenga que lidiar conmigo durante la grabación y otra que me entrometa también en su tiempo libre.

Cuando ya nos separan unos metros, Ryan se gira hacia atrás. Mueve la vista rápido entre la gente de la fila, entrecerrando ligeramente los ojos, como si buscara algo. Su mirada se encuentra con la mía y entonces se detiene. Una de las comisuras de sus labios se eleva y alza con suavidad las cejas a modo de saludo. Mi respuesta es una sonrisa. Vuelve junto a sus amigos, que están esperándolo en la entrada. Por supuesto, no necesitan hacer la cola. Ryan les choca la mano a los dos porteros y charla brevemente con uno de ellos antes de ingresar en el local.

—¡Tía! ¡Era él! —exclama Hana. Sus ojos están cerca de salírsele de las órbitas.

—¿Quién?

Declan aún es incapaz de descifrar las conversaciones silenciosas que mantenemos Abi y yo, y no se ha percatado de la situación.

—Ryan Bailey —contesto.

—¡Ostras! Tu entrenador.

Hana ha obligado a su novio a ver el programa.

Una presencia enorme interrumpe nuestra conversación. Es uno de los porteros del bar, el mismo con el que Ryan ha hablado hace un momento. Mantiene la cara de pocos amigos —supongo que es un requisito para el puesto— y las manos agarradas por delante, a la altura de su cadera.

—¿Abigail?

—Sí…

—Tus amigos y tú podéis pasar ya.

Nos indica que salgamos de la fila y que lo acompañemos hasta la entrada. Hana profiere un gritito de satisfacción. No hace falta ser un genio para deducir lo que ha ocurrido. Aun así, me cercioro con el chico de seguridad.

—¿Por qué nos cuelas?

—Bailey te ha incluido en la lista. A partir de ahora no tienes que hacer cola.

Un impulso eléctrico me recorre el cuerpo de forma intensa y me deja helada cuando se disipa. Ryan no tiene ninguna razón para hacerlo. Ya me ha salvado de una muerte segura, algo que no podré

compensarle mientras viva, y sigo acumulando favores. Me siento extraña, aunque, por otro lado, aliviada por no tener que soportar el suplicio de la espera. Hana está en una nube y el gesto de Ryan la mantendrá exultante lo que resta de noche.

Accedemos en ascensor hasta la azotea del hotel. Tengo que reconocer que el lugar tiene mucho encanto. La decoración te hace sentirte a gusto enseguida, como si te transportara a algún destino de vacaciones lejano. La música se escucha bien y no está demasiado alta. No cabe un alma. Nos abrimos hueco en la pista de baile, a unos metros del DJ. Declan se dirige a la barra para pedir las bebidas.

—No puedo creer que Bailey nos haya colado —dice Hana acercándose más a mí.

—Yo tampoco. No tenía por qué hacerlo.

—Exacto. —Hana entrecierra los ojos y me mira con picardía —. Lo ha hecho porque ha querido.

Me guiña un ojo y yo niego sacudiendo la cabeza.

—Los tiros no van por ahí, Hana. Te lo aseguro.

—No sé yo…

—Déjate de elucubrar hipótesis sin sentido. Es un chico amable, nada más.

Hana me mira de soslayo y hace una mueca divertida con la boca, pero no insiste. Comenzamos a bailar al ritmo del *afrobeat* que está sonando. He de admitir que la música no está nada mal. Por una vez coincido con mi amiga y creo que el lugar merece la pena.

Declan aparece con dos piñas coladas y una cerveza para él. Brindamos con efusividad deseando lo mejor para Hana en su nueva aventura laboral. Llevaba unas semanas agobiada con este asunto. Cada vez se visionaba con más claridad trabajando de camarera para sus padres. Les gestiona la contabilidad desde hace años, pero no sería suficiente para ellos si Hana no tuviera también un empleo estable. Dan por hecho que encargarse de los números es su responsabilidad como hija, no una obligación extra, así que la hubieran hecho trabajar en el restaurante.

Mi amiga está tan contenta que nos contagia sin esfuerzo a Declan y a mí. Nos bebemos los cócteles en un santiamén y

bailamos sin cesar. Su novio nos repone las bebidas sin necesidad de pedírselo. En cambio, vuelve con las manos vacías para él.

—¿No tomas nada más? —le pregunto cerca del oído.

—Hoy me encargo de llevaros a casa. No voy a beber más. Aprovechad para divertiros al máximo, emborracharos o lo que queráis.

Declan es un encanto. No puedo decir otra cosa de él. Su apariencia es masculina; si está serio, incluso ruda. Aun así, en cuanto abre la boca la bondad rezuma por cada poro de su piel. Trabaja muchísimo y a veces no dispone de todo el tiempo que le gustaría para estar con Hana. Sin embargo, solo tiene ojos para ella. Me he fijado en cómo la observaba mientras bailábamos. Ya llevan unos años juntos, pero sigue derritiéndose cuando la mira.

Hana insiste en que demos una vuelta por el bar, así que nos vamos moviendo entre la gente a la vez que bailamos hasta colocarnos en el lado opuesto al que estábamos. Mi amiga me va haciendo gestos con la cabeza y las cejas cada vez que aparece un chico guapo.

—¿Qué te parece ese? No está nada mal.

—Bueno… —Me giro y sigo bailando.

—Con esa actitud no vas a cumplir tu propósito de año nuevo —me recrimina.

—No quiero pensar en eso esta noche. Hoy es tu día. —La abrazo por el costado y la aprieto fuerte contra mí. Hana se queda conforme y continuamos bailando.

Desde esta posición se ven los reservados. En uno de ellos diviso a Ryan y a sus amigos. Los acompañan algunas chicas. Charlan animados y tienen varias botellas de alcohol sobre la mesa. Me fijo un poco más y reconozco a la joven que está sentada junto a Ryan. Es Olivia Kerr, la modelo. Hace tiempo se les relacionó románticamente, aunque ninguno de los dos lo confirmó. Se ven bastante cercanos. Mientras hablan y dan sorbos a sus bebidas, ella mantiene la mano en su muslo. Se nota que están cómodos el uno con el otro y se percibe cierta intimidad entre ellos.

Ryan dirige la mirada hacia la pista de baile y me pilla observándolo. Es demasiado tarde para disimular, así que no

reacciono, permanezco con los ojos clavados en él. Levanta su botellín de cerveza y me hace un gesto con la cabeza. Replico el movimiento con mi piña colada —la tercera— y ambos bebemos. Después del brindis en la distancia, me giro y continúo bailando con Hana y Declan. Procuro ignorar su presencia a mi espalda; sin embargo, cada cierto tiempo noto un cosquilleo que me recorre la columna vertebral, recordándome que está allí. Es muy raro. No somos amigos, pero tampoco desconocidos. Nos encontramos en un limbo de las relaciones personales difícil de catalogar. Pasamos mucho tiempo juntos en las grabaciones, incluso compartimos algunas confidencias la última vez en su casa. No obstante, fuera de esa burbuja me siento lejana a él, igual que en el bar. Él está unos escalones por encima de mí, pertenece a un mundo que no es el mío.

Mayo

.

RESULTADOS DEL POLYNESIAN WAVE MASTER

Tahití, Polinesia Francesa

	1er puesto	Ryan Bailey
	3er puesto	Benjamin Walker
	3er puesto	Kai Young
	5to puesto	Adriano Ferreira
	5to puesto	Heitor Alves
	9no puesto	Tyler Simmers

RANKING DE LA WSL TRAS EL SÉPTIMO EVENTO

1	Tyler Simmers (USA)	49,750 puntos
2	Adriano Ferreira (BRA)	48,975 puntos
3	Benjamin Walker (AUS)	42,780 puntos
4	Ryan Bailey (AUS)	42,130 puntos
5	Heitor Alves (BRA)	36,350 puntos
6	Kai Young (HAW)	35,195 puntos

19

Ryan



Es el primer puesto con el sabor más amargo de mi vida. No ha sido suficiente para sobrepasar a Benjamin en la clasificación. Tiene una puta estrella en el culo.

Doy sorbos a una cerveza, apoyado en la barra del bar del hotel donde nos quedamos la mayoría de surfistas del evento. Muchos de los otros participantes se han acercado para felicitarme por la victoria, la segunda de la temporada. Sé que debería sentirme eufórico por ello, pero no es así.

—Enhorabuena, tío —me felicita Tyler alzando la mano para chocarla con la mía.

—Gracias. Hoy no ha sido tu mejor día.

—Lo sé. Suerte que he logrado puntuar después del esguince —confiesa rozándose la rodilla—. No las tenía todas conmigo.

Tyler Simmers lleva una temporada increíble y ha liderado la clasificación desde el tercer evento. La regularidad en sus resultados es su piedra angular. Si las lesiones lo respetan, es más que probable que acabe alzándose con el título por segunda vez. El californiano es solo un año mayor que yo, pero consiguió entrar en la WSL mucho antes. Tiene experiencia, técnica, perseverancia y una humildad deslumbrante. Lo envidio en silencio y lucho por alcanzar el lugar que ocupa en el surf mundial. También lo aprecio

enormemente. Nos llevamos bien porque nuestra rivalidad se queda siempre en el mar.

Payton pasará a recogerme dentro de poco, así que apuro la cerveza y dejo el botellín vacío sobre la barra. Cuando me dispongo a salir, enfilo a Benjamin. Viene hacia mí trazando el recorrido que debería seguir yo para marcharme, así que no tengo forma de evitarlo.

—Felicidades, Ryan.

Le hago un gesto con la cabeza, pero no digo nada.

—Ni ganando el campeonato has conseguido pasarme —se burla.

Estoy tentado de borrarle la sonrisa socarrona que se le ha formado a hostias. Me contengo solo porque va en contra del código de conducta de la WSL y podrían sancionarme por ello. No le pienso dar el gusto de que me descalifiquen.

—Vete a la mierda.

—Tranquilo, tío. Estoy de coña. No quiero malos rollos.

Demasiado tarde, Benjamin. Llegas con diez años de retraso para eso.

—Sin «malos rollos»: eres un capullo engreído. La única clasificación que me preocupa es la de la final. Veremos cómo acaba la cosa.

Lo dejo con la palabra en la boca y abandono el bar. Es una mentira como una catedral que no me importe seguir por debajo de él en el *ranking*. No obstante, no tiene por qué saberlo.

—Seiscientos putos puntos.

—Déjalo ya, Ryan.

—Casi se queda en la primera ronda. Puta mala suerte.

Doy un golpe al cristal del coche. El taxista polinesio se sorprende y, acto seguido, Payton me fulmina con la mirada. Detesta que los deportistas que entrena sean irrespetuosos. Rectifico de inmediato disculpándome con el señor.

—Has hecho un campeonato espectacular. De diez. Por eso has ganado. Céntrate en eso.

—Ojalá pudiera.

—Puedes. Debes. La rabia no te lleva a ningún sitio, sino a tomar malas decisiones. —Me observa con una intensidad que pocas veces he recibido de él—. Esta semana te concierto una cita con la psicóloga.

—No me hace falta, Payton —rezongo.

—Vaya que sí —afirma arqueando las cejas.

La gestión de la ira es algo que he tenido que trabajar intensamente. No me parezco en nada al Ryan de veinte años que era capaz de destrozar cualquier objeto que se cruzara en su camino durante un estallido de cólera. He cambiado de forma radical. De vez en cuando protagonizo alguna salida de tono como la que acaba de acontecer en el taxi, pero nada tiene que ver con la persona que fui.

Esta transformación ha sido en su mayoría gracias a Payton. Su seguridad me calma, sus consejos me guían y su preocupación me abraza. Para mí significa mucho más que un simple entrenador. Es una figura que respeto y admiro y que, a la vez, estimo de verdad. Es de esas personas que consideras de la familia, aunque en el sentido estricto no formen parte de ella.

—¿No tendrás un chicle por ahí? —le pregunto—. Te pediría un cigarro, pero ya sé la respuesta.

Payton me dedica una mirada amenazante. Después, abre su neceser y me lanza un paquete sobre las piernas. Siempre los lleva consigo.

—Ya hemos hablado de este tema muchas veces, pero pienso que necesitas que te lo recuerde de nuevo. —Su actitud es relajada y segura al mismo tiempo. Tiene el aplomo de un guerrero de Terracota; firme, sereno, disciplinado—. Tu meta es coronarte como campeón del mundo y para ello solo necesitas trabajar en un objetivo, nada más. Debes esforzarte por convertirte en el mejor surfista que puedas ser. Se trata de una lucha contigo mismo. El resto de circunstancias carece de importancia en tu camino. Te enredas en pequeñas batallas que merman tu energía para la contienda final, ignorando que, ganando la guerra, conquistas todo lo demás. Me conoces y sabes que no le regalo los oídos a nadie. Creo firmemente en que puedes lograrlo, así que céntrate de una

vez. —Chasquea la lengua antes de continuar—. Es tu segunda victoria de la temporada y no estás pensando en cómo te consolidas en la clasificación para pasar a la final, sino en los puntos que te impiden arrebatarle a Walker su puesto. Esos sentimientos de rencor te arrastran al fondo, tiran de ti como un lastre que no te permite apreciar lo que hay en la superficie, la luz que atisbo en un horizonte cada vez más cercano: el título mundial.

El sermón de Payton hace que se me encoja el estómago, una tirantez que no para de recordarme que tiene razón.

20

Ryan

El agotamiento por el viaje no impide que se me escape una sonrisa al verla sentada en los escalones de entrada de mi casa. Ella me saluda agitando los dedos.

—Algo me decía que no ibas a estar de buen humor al regresar de Tahití y que no te vendría mal descargar un poco de tensión. ¿Me equivoco?

Olivia se pone en pie cuando llego a su altura. Lleva un vestido corto rosa, unas sandalias planas y el pelo negro suelto.

—Cómo me conoces…

Solo me da tiempo de cerrar la puerta de casa y dejar la maleta a un lado antes de que Olivia se abalance sobre mí. Nos besamos, le agarro el culo, enredo las manos en su pelo y vamos caminando a duras penas hasta llegar al salón. Su vestido se desliza y cae al suelo y mi ropa desaparece a la misma velocidad. Un segundo después estamos revolcándonos en el sillón.

Follar con Olivia es fácil y sin complicaciones. Nos conocemos, sabemos lo que nos gusta y, sobre todo, ninguno espera nada más del otro al acabar. Somos amigos. No de los que llamas a ver qué tal ha ido el día, pero sí de los que puedes tirar cuando lo necesitas. Y eso incluye nuestras urgencias físicas.

Que haya venido me da un respiro. Un paréntesis para desconectar de lo que ha ocurrido en el campeonato y de Benjamin.

Sé que en unos días se me irá pasando, aunque agradezco su gesto. Una buena tarde de sexo será de gran ayuda.

Olivia se dirige a la cocina descalza y con el cabello revuelto. Solo lleva puestas unas bragas diminutas. Abre la nevera y saca dos cervezas. Brindamos chocando los botellines cuando se reúne conmigo en el sofá.

—Gracias por venir.

—Gracias a ti por los orgasmos.

Me guiña un ojo y los dos nos echamos a reír.

—¿Una semana dura? —le pregunto.

—Más o menos como la tuya.

—De pena, entonces.

—Sí —confirma.

Nos tomamos las cervezas en silencio, disfrutando de una compañía cómoda que no requiere esfuerzo por parte de ninguno de los dos.

Recojo las prendas que están tiradas por el suelo y subo la maleta a mi habitación. Me doy una ducha rápida y me visto con ropa cómoda. Al bajar, descubro que Olivia se ha quedado dormida en el sofá. Me paro un momento a observarla. Respira acompasada, con las dos manos bajo la cabeza. Se la ve relajada. Me da pena romper su quietud, así que procuro no hacer ruido por un rato.

Retiro los botellines y salgo a la terraza. Ya ha oscurecido. Me tumbo en una de las hamacas y miro el cielo, despejado y plagado de estrellas. Me concentro un rato en los diminutos puntos brillantes y rumio todo lo que me ha dicho Payton estos días. No le falta razón en nada, pero qué duro se me está haciendo.

El ambiente ha refrescado en las últimas semanas y una ráfaga de aire me provoca un escalofrío. Vuelvo al interior y compruebo que Olivia continúa durmiendo. Me arrodillo junto al sillón para quedar a su altura. Con delicadeza, le retiro el pelo hacia un lado y le acaricio la mejilla. Abre los ojos, aún aletargada.

—Te has quedado dormida —susurro.

Se apresura a sentarse y se restriega la cara con ambas manos.

—Lo siento. Estaba agotada.

—No pasa nada.

Se coloca de nuevo el vestido y las sandalias, aunque no se molesta en arreglarse el pelo, simplemente se lo recoge en un moño desordenado. Me da un abrazo antes de dirigirse a la puerta.

—Nos vemos —se despide.

—Cuando quieras.

Cierra la puerta tras ella.

Tenemos ciertos acuerdos entre nosotros. Uno de ellos es nunca quedarse a dormir en casa del otro. A los dos nos parece que es una situación que podría llevar a confusión en algún momento y acercarnos más de lo debido, así que no lo hacemos. Bajo ninguna circunstancia.

Procuramos no mantener mucho contacto en público desde que se rumoreó en la prensa que éramos pareja. Nunca ha sido el caso, pero explicar lo que de verdad nos une tampoco era una opción. Tenemos también la norma de no interferir jamás si alguno de los dos se interesa por otra persona. Compartimos momentos juntos mientras los dos queramos, nada más. Es sencillo, cómodo y eficiente. Nuestros mundos ya nos aportan suficientes dolores de cabeza, así que esta relación despreocupada es un remanso de paz y desconexión dentro de la complicada vorágine que nos envuelve.

21

Abi



Gracias al programa, algunos de mis compañeros se han interesado por conocerme. Ya no soy solo la trabajadora ocasional, la de los recados y las tareas que nadie quiere asumir. Cada vez me incluyen más en sus conversaciones o me invitan a tomar un café con ellos en el descanso. Es innegable que al principio lo hacían para sacarme cotilleos sobre Ryan, especialmente las chicas de la oficina. Sin embargo, empiezo a notar que he conectado de forma genuina con algunas de ellas.

De lo que no he podido deshacerme es de la sensación de que el periódico saca provecho de mí sin yo recibir nada a cambio. Sé que debería tomar cartas en el asunto, si bien no he tenido el coraje suficiente para hacerlo.

—¿Todavía no has terminado con lo tuyo?

«Hace rato, imbécil». Es lo que querría haberle contestado a Connor. De momento, tampoco he reunido el valor para hacer algo así.

—Ya lo he acabado. Estoy revisando los datos que me has enviado —contesto con una sonrisa envenenada.

—Date prisa, los necesito para ya.

Se aleja a su puesto sin darme opción a responder. Es un engreído y se cree que soy su esclava o algo por el estilo. No formo parte de su departamento oficialmente, ni siquiera me han hecho

fija, pero se ha adueñado de mi tiempo como si le perteneciera por derecho. Maldito Connor.

Pese a que lo odie con todas mis fuerzas, es la única forma que tengo de colaborar en su sección. Respiro un par de veces y me crujo los nudillos antes de volver al trabajo. Connor me ha pedido que revise las estadísticas de los Titans para un reportaje que saldrá el fin de semana. Además del surf, me encantaría cubrir *rugby*, aunque sé que es casi imposible. Es el deporte más popular en el estado y solo los mejores se encargan de ello. Por el momento, me conformaré con aportar mi granito de arena.

Ya es la hora de salir. Sin embargo, Adams me ha hecho llamar a su despacho.

—¿Qué tal todo, Abigail? —me pregunta cuando accedo a la oficina.

—Bien.

—*The Surf Mentor* está siendo un éxito.

No lo catalogaría como tal, si bien es cierto que la audiencia ha aumentado en el segundo episodio.

—Yo no diría que…

—Deberíamos aprovechar el tirón —me interrumpe—. Sacarle más partido a este asunto.

Frunzo el ceño nada más escucharlo. No sé qué me va a requerir, pero tengo claro que esas palabras allanan el camino a una petición que tiene que ver con Ryan Bailey.

—¿Cuándo tienes la próxima grabación?

—Mañana.

—He estado pensando que podrías pedirle a Bailey que nos dé una entrevista. Acaba de regresar de coronarse en el Polynesian Wave Master y nos vendría de perlas que nos concediera una exclusiva.

Ahí está. La intención que ocultaban sus palabras.

—No sé, Adams… No suele aceptar entrevistas a no ser que medie el patrocinador.

—Tienes que intentarlo al menos. No eres una desconocida, quizás acceda si se lo pides tú.

—Aunque grabemos juntos, no somos tan cercanos.

—Hazlo, Abigail —decreta con gesto agrio.

Comprendo que no puedo continuar excusándome ante lo que me ha pedido, así que asiento en silencio.

Ethan ya está en la cafetería esperándome. No nos vemos desde la última comida familiar y me apetecía pasar tiempo con él. Tiene la tarde libre y ha cuadrado sus otras obligaciones para poder quedar conmigo un ratito. Se levanta de la silla y me da un abrazo fuerte cuando llego junto a él.

—¿Cómo estás, pequeña?

—Bien… ¿Qué tal te ha ido estos días?

—Tengo poca vida fuera del hospital, así que regular.

—Esto es para ti.

Le entrego una neverita repleta de táperes. Sé que se pasa el día en el hospital y el poco tiempo libre que tiene no lo dedica a cocinar. Me preocupa que no se alimente bien, así que, de vez en cuando, le preparo un buen arsenal de comida lista para calentar.

A Ethan no le hace falta comprobar qué hay en el interior porque lo sabe de sobra.

—¡Cómo te quiero, hermanita!

Una camarera aparece con un batido de vainilla enorme que lleva una buena cantidad de nata montada encima.

—Lo he pedido para ti —especifica Ethan—. Es tu favorito, ¿no?

—Gracias. —La cara se me ilumina como a una niña pequeña y él sonríe complacido. Doy un buen sorbo por la pajita.

—He visto el programa —comenta Ethan.

—Ah, ¿sí? Pensaba que no tenías tiempo para nada —ironizo.

—En las guardias nocturnas a veces hay muchas horas muertas.

—¿Qué te ha parecido? No hace falta que me confirmes que doy mucha pena.

Ethan sacude la cabeza, burlón.

—Los deportes nunca han sido lo tuyo…

Me echo a reír.

—No tiene sentido negarlo.

—Aunque parece que él sí que ve posibilidades en ti.

—¿Quién?

—Ryan Bailey.

Siento un cosquilleo en los brazos al escuchar su nombre.

—¿Lo dices por los comentarios al final del programa? Probablemente le hayan obligado a decir algo así. Tiene una imagen que mantener.

—Parecía sincero.

—Si tú lo dices…

—¿Estás disfrutando de la experiencia, por lo menos? —se preocupa.

—Vivo inmersa en la ansiedad cada vez que se acerca el día de la grabación. —El gesto de Ethan se tuerce al escucharme—. Cuando ya ha pasado no me parece tan terrible, pero sigo estando muy nerviosa con este asunto. —Mi hermano asiente despacio, guardándose cada una de las palabras que salen de mi boca—. Por otra parte, siento que todo el mundo intenta sacar provecho y que la única que no se beneficia en nada soy yo.

Siempre me ha resultado fácil abrirme con Ethan, estamos muy unidos. Estuvimos los dos solos siete años, hasta que nació Grace. También compartimos mucho tiempo cuando vivimos juntos en Melbourne.

—Explícate mejor. —Ethan remueve su café sin dejar de prestarme atención.

—En el periódico pretenden sacar rédito de todo esto. Cuelgan los vídeos en la web para aumentar las visitas y me insinúan que esté al loro por si descubro alguna información que puedan publicar. Hoy ha sido la última. El director quiere que consiga una entrevista en exclusiva con Ryan porque acaba de ganar el campeonato de Tahití.

—¿Cómo te hace sentir eso?

Me paro un momento para analizar la pregunta de Ethan e indagar rebuscando entre la amalgama de sentimientos que vagan a sus anchas en mi interior.

—Enfadada. Y frustrada.

—Pues ponle remedio cuanto antes, porque eso se va enquistando, haciéndote daño, y luego cuesta el doble sacarlo.

—¿Sabes? Llevo días dándole vueltas a algo —confieso. Relamo la nata adherida a la pajita y vuelvo a introducirla en el batido antes de continuar—. Quizás yo también podría beneficiarme de esta situación. —Ethan enarca las cejas y hace un ademán con la mano, pidiéndome que prosiga—. He pensado en plantearle al director del periódico que me incluya en la sección de deportes a cambio de todo lo que me pide con respecto al surfista.

—¿Por qué no lo has hecho aún?

—Porque no tengo el valor suficiente. No me atrevo.

Ethan alarga los brazos por encima de la mesa y me agarra las manos.

—¿Qué puede pasar? ¿Que te digan que no? En el peor de los casos, te quedarás igual que estás ahora, pero lo habrás intentado. Eres valiente, siempre lo has sido. —Ethan me mira intensamente y yo suspiro.

Por eso lo quiero tanto. No hay día que no me dé un buen consejo. Lo que me recuerda que tengo otro asunto del que hablarle.

—Cambiando de tema, quería comentarte algo sobre Grace.

—Dime.

Ethan me suelta las manos y se recoloca recto en su silla.

—A ver… no sé cómo decirte esto.

—Me estás asustando. ¿Qué pasa?

—Creo que deberías tener una conversación con ella sobre… sexo —suelto.

—¡¿Qué?! —Ethan se pone colorado—. ¿Por qué?

—Hace unas semanas me enteré de que se acuesta con chicos. Bueno, al menos con uno. —Ethan traga saliva.

—Es lo normal a su edad, ¿no? —Repiquetea con los dedos sobre la mesa—. ¿No sería mejor que este tipo de conversaciones las tuviera contigo?

Sacudo la pierna bajo la mesa. Ninguno de los dos estamos cómodos con este asunto. No es un tema que hayamos explorado antes como hermanos.

—Yo no la puedo aconsejar —admito.

—¿Y yo sí? Creo que tendrá más en común con tu visión del asunto que con la mía. Además…

—Ethan —lo interrumpo—, no la *puedo* aconsejar —enfatizo, ladeando a la vez la cabeza y mirándolo fijamente.

Entrecierra los ojos y frunce un poco el ceño. Me pregunta sin palabras si está comprendiendo lo que le quiero transmitir. Asiento de forma leve y él se frota la cara con ambas manos. No se esperaba estas dos confesiones repentinas sobre sus hermanas. Se revuelve en la silla evitando mirarme. Toma un sorbo de café y se decide al fin.

—¿De verdad que no…?

Suspiro por toda respuesta.

22

Abi



Me han citado en casa de Ryan de nuevo y me han avisado de que venga con ropa deportiva. Me enerva un poco que no me den más detalles. Cuando pregunto, la chica que me telefonea me asegura que ella no tiene más información y que es una mandada. Me imagino que repetiremos el yoga como la última vez. Por una parte, me tranquiliza no tener que volver al mar esta semana. Aunque he estado practicando hasta la saciedad en casa el movimiento para ponerme de pie en la tabla.

Toco el timbre de la puerta exterior y es Mike quien me abre.

—Hola, Abigail —me saluda alegre.

—¿Qué tal, Mike?

Emprendo el camino hacia la terraza trasera, pero el redactor me detiene agarrándome del codo.

—Por aquí.

Señala la entrada de la casa. Lo sigo sin tener ni idea de a dónde vamos. Bajamos unas escaleras y llegamos hasta lo que parece un sótano. Sin embargo, dista bastante de uno al uso. Es un gimnasio. Está repleto de máquinas de todo tipo y mancuernas de varios tamaños. Ryan espera sentado en un banco negro.

—Ey, Abi. —Sonríe y alza la mano a modo de saludo.

—¿Qué hacemos aquí?

—Hoy no hay olas en ningún sitio. Así que te toca acompañarme en mi entrenamiento. —Hace una mueca graciosa con la boca.

—No paráis de sorprenderme.

—¿No has venido preparada para esto? —se burla. Lo miro entornando los ojos.

—Evidentemente, no. —Los dos sonreímos—. Oye, gracias por colarnos la otra noche. No tenías por qué.

—Tampoco tenía por qué no. —Lo contemplo descolocada. Él continúa hablando mientras se ata los cordones de las zapatillas—. No me costaba nada y tú dejabas de perder el tiempo en esa fila interminable.

—Aun así, muchas gracias. Te debo otra.

Nuestra conversación se ve interrumpida por el golpe de una puerta al cerrarse. Aparece en el gimnasio el tío más grande que he visto en mi vida. Es mucho más alto que Ryan y está fuerte, *muy* fuerte. Me quedo obnubilada por unos segundos, observando cada uno de los músculos que están al descubierto.

—Este es Nash, mi entrenador —dice Ryan. Recobro el sentido en ese instante—. Ella es Abigail.

—Un placer. —La voz acompaña su imagen a la perfección. Es grave y profunda.

—Igualmente —respondo.

Antes de que pueda tomar conciencia de la situación, los pilotos de las cámaras se encienden y Nash nos pone a calentar haciendo ejercicios de movilidad. En los primeros cinco minutos ya estoy agotada. Esta sesión se me va a hacer eterna.

No he pisado un gimnasio en mi vida y todos los nombres que suelta Nash me suenan a chino, así que espero a que Ryan comience a ejecutar las series para luego imitarlo. Eso sí, con una décima parte del peso que está agarrando él. Mike le formula algunas preguntas al entrenador mientras nosotros sudamos la gota gorda, y este explica a cámara la importancia del trabajo de la fuerza funcional y la explosividad para los surfistas. ¿Cómo pretenden que me convierta en una si ni siquiera soy capaz de hacer estos ejercicios medianamente bien?

Después de incontables sentadillas, búlgaras, pesos muertos y saltos al cajón —he rezado por mi vida durante todo este ejercicio—, llega el turno de las planchas. El cuerpo me tiembla como si me estuvieran sacudiendo, y las gotas de sudor se escurren por mi frente hasta caer en la esterilla. Miro a Ryan de soslayo. Al igual que yo, está empapado, pero parece no costarle ningún esfuerzo mantenerse en la postura. Su tronco está recto, firme, no oscila ni un milímetro. Escucho a Nash de fondo comentar que la fuerza del *core* es imprescindible para gozar de estabilidad encima de la tabla. ¿Será por eso que no logro ponerme de pie sobre una?

Al terminar, estoy muerta. Me falta el aliento, mi rostro es del color de una granada, el pelo hace rato que ha cobrado vida propia y la ropa está de una tonalidad más oscura por culpa del sudor. Todo un cuadro.

Nash se marcha rápido porque tiene otros compromisos y el equipo comienza a recoger los bártulos. Brody se acerca a mí.

—Hoy no me has dado ningún momentazo —comenta socarrón. Me ofrece la mano para levantarme del suelo. La tomo con fuerza—. Hubiera apostado que te romperías la boca saltando al cajón.

—Siento no haber cumplido mi papel como bufón de la corte.

Los dos nos reímos. Al contrario que Josh, que siempre se mantiene en su lugar y apenas interacciona con nosotros, Brody distiende el ambiente de forma natural. Desborda simpatía.

Cuando se marcha, Ryan viene junto a mí. Apenas hemos hablado durante la sesión. Hubiera sido imposible, de todas formas.

—Has estado bien hoy.

—Ya, sí…

—De verdad —insiste.

—Tengo ojos en la cara, Ryan. Y tú, un espejo enorme en este gimnasio para que no me perdiera ni un solo detalle —contesto entre risas.

—Qué manía de echarte tierra encima. —Niega despacio sacudiendo la cabeza—. Esto es un entrenamiento de alto nivel. Has hecho más de lo que me esperaba.

Siento un pellizco en la boca del estómago. Lo está diciendo en serio; no capto ironía ni sarcasmo por su parte. Me muerdo la lengua para no continuar rebatiendo sus comentarios. En ese instante, recuerdo el *encargo* que debo cumplir hoy.

—Oye… tengo que comentarte algo.

—Si no te importa, vamos arriba. Me muero de sed —responde señalando al piso superior.

Lo acompaño hasta la cocina. Ryan sirve dos vasos grandes con agua y se sienta en uno de los taburetes de la isla. Lo imito.

—Tú dirás.

—Verás… en el periódico me han pedido que te ofrezca hacer una entrevista con nosotros. Sé de sobra que es un engorro para ti; solo te lo comento porque me obligan, pero sé que dirás que no y no hay ningún problema. Lo entiendo perfectamente. Es estúpido pensar que te sobre el tiempo para hablar con un diario local pequeño como el nuestro…

—Abi, respira.

—¿Qué?

—Que bajes las revoluciones. Te estás preguntando y contestando tú misma.

—Es que la respuesta se cae de madura. —Pongo los ojos en blanco.

Ryan ladea la cabeza y me observa unos segundos.

—¿Tan segura estás?

—No tengo duda alguna.

—Prueba.

Está apoyado en la encimera de la isla con el codo y se sujeta la cabeza con la mano. Me mira divertido, apretando ligeramente los labios, como si no quisiera que se le escapara una risa. Me tomo unos segundos. Analizo su expresión, pero no consigo averiguar si va en serio o intenta burlarse de mí.

—¿Querrías conceder una entrevista al *Gold Coast Insider*?

—Mmm. —Se acaricia el mentón como si estuviera pensativo —. ¿Te beneficia en algo a ti?

—¿Puedo ser sincera? —Ryan asiente curioso—. No sé si me beneficia o simplemente se aprovechan de mí. También me

aconsejaron participar en el programa, pero los únicos que obtienen ventajas son ellos.

—En tal caso, te voy a dar una respuesta condicional. Haré la entrevista solo si repercute de alguna manera en tu situación en el periódico.

—Eso es muy ambiguo. Y no depende de mí.

Ryan se encoge de hombros y lleva el vaso al fregadero. Suspiro. Debería estar dando saltos de alegría porque no se haya negado en rotundo, pero siento presión en el pecho. ¿Cómo voy a gestionar la situación?

—¿Te apetece comer algo? —pregunta mientras abre una alacena—. Te estás poniendo lívida…

Tiene razón. Toda la sangre de mi cuerpo se ha dirigido en tropel al centro del pecho, por lo que mi cara debe de estar pálida.

Observo que saca del armarito varios paquetes de *ramen* instantáneo.

—¿Vas a comerte eso? —Señalo los envoltorios coloridos y no puedo esconder una mueca de desagrado.

—Sí. ¿Qué pasa?

—Es una porquería. —Mi voz suena más seria y Ryan frunce el ceño. No sé si se molestará por mi intromisión, pero me veo en la obligación de ahorrarle esa bomba a su flora intestinal—. Está repleto de harinas, aceites refinados y aditivos de dudosa procedencia.

—Saben de puta madre —replica posando la mano sobre los paquetes— y están listos en un santiamén. Justo lo que necesito.

Arrugo la nariz y tuerzo la boca.

—No te vas a comer esa guarrada. Y menos después del ejercicio que acabas de hacer —lo reprendo—. ¿Dentro de todo este plan fantástico de entrenamiento no te pautan las comidas?

—¿Me estás riñendo? —arremete Ryan arrugando las cejas—. Como lo que me apetece y nadie se tiene que enterar de que no sigo la jodida dieta del nutricionista a pies juntillas —me advierte señalándome con el dedo.

Resoplo.

—¿Puedo echar un vistazo a la nevera?

Ryan duda unos segundos, descolocado con la pregunta. Me tomo su silencio como una afirmación y rodeo la isla hasta llegar al frigorífico. Indago en el interior en busca de algo que merezca la pena.

—¿Me das quince minutos? —pregunto girándome hacia él.

—¿Para qué?

—Para prepararte algo que merezca la pena llevarse a la boca.

Ryan suelta una risita.

—Adelante.

Me pongo manos a la obra al segundo. Rebusco en la cocina lo que me hace falta; el instinto me guía para encontrarlo sin necesidad de preguntar. Embadurno unas patatas con aceite de oliva y especias y las llevo al microondas dentro de un táper cerrado. Lavo y corto unos pimientos y unos espárragos y los salteo. Saco unos filetes de salmón que he visto en la nevera. Cuando la verdura está casi lista los meto en la plancha. El microondas pita y monto el plato en un periquete con todo lo que he preparado. Me sobran dos minutos.

Ryan está impactado cuando le pongo el plato delante. Se acerca para apreciar los olores que emanan de la comida.

—*Voilà*. Casi tan rápido como esa porquería precocinada, pero mucho más rico y saludable. Un plato equilibrado con nutrientes de calidad, antioxidantes y vitaminas. Todo lo que necesitas.

Ryan prueba la comida y la saborea con los ojos cerrados.

—Está riquísimo, Abi —elogia mientras mastica. Yo sonrío satisfecha—. Acompáñame.

Dudo un instante, pero me acabo sirviendo un plato igual al suyo y me siento de nuevo en el taburete a su lado. Disfrutamos de la comida en silencio durante unos minutos. Me complace contemplarlo saboreando lo que he cocinado. Siempre me ha henchido de gozo que lo que preparo agrade a los que lo prueban.

—Por cierto, enhorabuena por el primer puesto en Tahití —lo felicito.

—Gracias.

—Debes de estar eufórico.

—Nah. Sigo cuarto —suelta sin más.

Lo observo detenidamente. En su expresión no hay atisbo de alegría por la victoria.

—A mí me pareció increíble. Clavaste todos los aéreos.

—¿Has visto el campeonato?

—Claro. —Asiente impresionado—. Lo que no entiendo es por qué no pareces satisfecho con el resultado. —No hay respuesta por su parte. Continúa disfrutando de la comida—. En serio, tendrías que estar exultante.

Ryan deja los cubiertos a un lado y clava la mirada en mí.

—Porque Benjamin Walker sigue por delante de mí en la clasificación.

Su confesión me toma por sorpresa. Su expresión es seria, diría que está molesto por ello. Tiene la mandíbula tensa y me mira con intensidad.

—¿Contenta?

—Bueno, yo…

—Dejemos este tema.

Aquí hay algo que se me escapa. Nunca se ha dado a entender que Ryan y Benjamin tengan ninguna rencilla personal, mal rollo o rivalidad extrema; aunque es verdad que tampoco se les ha visto interactuar en demasía en público. La curiosidad me produce cosquillas en la piel, pero me refreno de continuar preguntando porque parece un asunto delicado para Ryan.

23

Abi



Sin saberlo, Ryan me regaló una carta con la que jugar y me insufló el coraje que me faltaba para atreverme a usarla. Los consejos de Ethan también me calaron. Como él dice: «¿Qué es lo peor que puede pasar?». Que me digan que no.

Entro por la redacción con paso firme. Normalmente me dirijo directa a mi mesa y comienzo a trabajar de inmediato, pero esta vez paro antes en el despacho de Adams. Respiro profundo delante de la puerta para intentar tranquilizarme y después doy dos toques suaves.

—Pasa. —Escucho la voz del director en el interior. Me mira sorprendido por encima de sus gafas de cerca.

—Buenos días. ¿Cómo estás, Adams?

—Al grano, no tengo tiempo.

Vaya. Me había armado un discurso en la cabeza para conducir la conversación hasta el punto que quería, aunque ahora no me sirve para nada.

—He conseguido la entrevista con Ryan Bailey.

—¡Es fantástico! —Se quita las gafas y las deja sobre la mesa. Esboza una sonrisa que le llega de oreja a oreja y trastea en su agenda—. Tenemos que planificarlo.

—Hay algo más —añado. Me dirige la mirada de nuevo. No hay vuelta atrás. Voy a soltarlo de una vez por todas—. Quiero que

me incluyas en la sección de deportes.

—Ya colaboras con deportes.

—No. Me refiero a ser parte del equipo, como el resto.

Adams frunce un poco el ceño. Parece que lo medita por un instante.

—No creo que estés preparada aún. Llevas poco tiempo con nosotros.

—He hecho un buen trabajo en todo lo que se me ha pedido hasta el momento.

—En eso tengo que darte la razón. Aun así, es muy pronto. —Descuelga el teléfono y le pide a Connor que se reúna con nosotros en el despacho.

Suspiro con sonoridad. No pretendía llegar a estos extremos, pero escuchar el nombre de Connor me ha puesto de muy mal humor.

—Bailey solo hará la entrevista conmigo —miento. Nunca me dijo eso, pero Adams no lo sabe. Y, técnicamente, debo conseguir un beneficio propio para que acceda, así que está más que justificado.

El director arruga las cejas todavía más.

—Puedes acompañar a Connor y hacerlo juntos.

—No haré la entrevista a menos que pertenezca de forma oficial al equipo de deportes.

Es el último as que me queda bajo la manga. Si este órdago no funciona, ya puedo despedirme de hacer carrera en el *Gold Coast Insider*.

—¿Me estás chantajeando? —pregunta sorprendido.

—Nada más lejos de la realidad. Solo te comento mis condiciones por haber conseguido la entrevista. Creo que es lo justo.

Me mantengo firme en mis palabras, agarrándome las manos por delante del cuerpo. Procuro que no se me note que, en realidad, estoy hecha un flan.

—De acuerdo —acepta al fin.

—¿De verdad?

—Pero sigues estando a cargo de las cartas al director —me advierte con mirada inquisitoria.

—Claro, sí. Por supuesto.

En ese instante aparece Connor en el despacho. Su simple presencia me irrita.

—Hemos conseguido la entrevista con Bailey —le informa Adams. Qué rápido se ha atribuido el éxito—. La harás con Abigail.

—¿Con Abigail? —pregunta incrédulo.

—A partir de hoy forma parte de la sección de deportes.

Esta revelación le sienta igual de bien que una patada en la entrepierna. Lo sé. Se me forma una media sonrisa de satisfacción.

Cuando salimos del despacho, Connor me sigue y me arrincona detrás de mi mesa, lejos de las miradas del resto de compañeros.

—¿Cómo coño lo has hecho para que te meta en el equipo?

—Con trabajo y esfuerzo. He demostrado que soy buena en lo que hago.

—No me lo creo. Eres una niñata, una simple ocasional. —Se acerca un poco más a mí y baja la voz—. ¿A quién te estás tirando? ¿A Bailey o a Adams?

Sus palabras me hieren y me ofenden a partes iguales. Ya tenía a Connor atragantado, pero ahora mismo me produce asco. El corazón me palpita a toda velocidad y lo escucho retumbar en mis oídos. Noto calor en las mejillas y aprieto los puños con fuerza, aunque no soy capaz de contestarle. Los sonidos no logran abandonar mi boca.

24

Ryan



Me encuentro satisfecho con el entrenamiento de hoy y lo corroboro en el rostro de Payton, que mantiene una media sonrisa de conformidad. No tiene ninguna corrección que hacerme. Paladeo el momento y me recreo un instante en esa sensación. No suele ocurrir.

Diviso a Abi a unos metros. Viene acompañada de un tío mayor, de unos treinta y tantos. Ella no para de frotarse una mano con la otra. Parece bastante incómoda. Hemos quedado para hacer la entrevista que le prometí. No me importaba pasarme por la redacción, pero ella ha insistido en que no quiere robarme ni un minuto más de lo necesario y ha preferido venir a mi encuentro después de entrenar.

Me despido de Payton y clavo la tabla en la arena. Me bajo el neopreno hasta la cintura y me acerco a ellos. Antes de que pueda abrir la boca para saludar a Abi, el tío da un paso para colocarse delante de ella y me ofrece la mano.

—Connor Meyer, del *Gold Coast Insider*.

—Ryan Bailey.

Comienza a agradecerme que haya accedido a entrevistarme con ellos. No para de hablar.

—Hola, Abi —saludo, interrumpiendo el discurso del periodista. Parece molestarle.

—¿Qué tal?

Está forzando una sonrisa. No la había visto tan incómoda nunca, ni siquiera cuando peor lo ha pasado grabando el programa.

—Si te parece, comenzamos —sugiere Connor.

—Claro, sí.

Abre una pequeña libreta con anotaciones y saca una grabadora.

—Has regresado como campeón del Polynesian Wave Master, tu primera victoria de la temporada. ¿Cómo te sientes?

—La segunda… —susurra Abi desde atrás, negando con la cabeza.

—Sí, a eso me refería. Tu segunda victoria de la temporada.

El tío ni se ha inmutado con la cagada. Por el contrario, es Abi la que está abochornada.

—Es un paso importante para la clasificación a la final. Cada punto cuenta, y llevarse una victoria a estas alturas es crucial.

Abi me observa con seriedad. Detecto un gesto ínfimo en sus ojos mientras respondo, como si me recordara que lo que afirmo no es exactamente lo que siento.

—El Championship Tour de Tahití es conocido por organizar las mejores fiestas de clausura. ¿Qué nos puedes contar sobre esto? ¿Algún secretillo de la velada?

Connor mantiene una mirada pícara que me revuelve el estómago. Pienso en cómo salir del paso, pero Abi se me adelanta.

—Te advertí que solo preguntas deportivas —masculla entre dientes, dirigiéndose a su compañero.

—Haz el favor de callarte —le responde con una sonrisa amenazante. Este tío es un imbécil.

Abi se muerde el labio y la veo apretar los puños, aunque no dice nada más. Entiendo que es su superior y no quiere pasarse de la raya. Sin embargo, a mí me la pela quién sea Connor. Y me toca los cojones el aire de suficiencia que trae consigo para la mierda de preguntas que me está haciendo.

—Abigail está en lo cierto. Acordé con ella los límites de esta entrevista. —No es verdad, pero disfruto poniendo al periodista en

un aprieto—. Quizás debería continuar ella formulando las preguntas.

—No, no —se apresura a contestar—. Es una simple aprendiz.

El desprecio con el que se refiere a Abi me enfurece. Sobre todo porque, por lo que me ha demostrado este tipo en los diez minutos que llevamos aquí, la creo mucho más capacitada a ella.

—Contestaré solo a las preguntas de Abigail.

Lo suelto relajado pero firme. Mantengo los brazos cruzados por debajo del pecho y no le aparto la mirada al imbécil ni un segundo. Contemplo la disconformidad reflejarse en su entrecejo. Resopla. Al final, le entrega el cuaderno de anotaciones a ella.

Abi se muestra descolocada con la situación unos instantes. Le sonrío y da un paso al frente; hasta ahora se había mantenido en un segundo plano. Ojea la libreta arrugando el ceño y acaba por ignorarla. Se centra entonces en mí.

—Llevas cuatro temporadas demostrando un desempeño notorio en la WSL. Destacan especialmente tus maniobras aéreas, las mismas que te han catapultado a conquistar el último evento. Sin embargo, ¿cuál dirías que es tu talón de Aquiles?

—Las ansias. Cuando visualizo una maniobra clara, a veces me dejo llevar por la adrenalina y me precipito, lo cual me conduce a cometer errores.

Abi asiente, concentrada mientras me escucha.

—De entre tus rivales, ¿quiénes son tus mayores referentes en la WSL?

No me equivocaba con ella. Definitivamente, sus preguntas son mucho más interesantes que las de su compañero.

—Sin duda, Tyler Simmers y Kai Young. De Tyler admiro su constancia y su serenidad. A pesar de los resultados en el último encuentro, no suele fallar. Además, en un surfista muy completo, domina todos los elementos; por eso es el actual campeón. De Kai me fascina cómo ejecuta los tubos. Es el mejor, sin discusión alguna. No hay nadie en el circuito que no aprecie su habilidad. Y, aunque no sea mi rival directa, Marina Cox hace unos *bottom turns* espectaculares. Es mi referente dentro de la liga femenina.

Abi asiente durante todo mi discurso y se le curvan los labios cuando menciono a Marina. No se lo esperaba.

—De hecho, caíste contra Simmers en las semifinales del año pasado. ¿Crees que podrás superarlo esta vez?

—No me gusta adelantarme a los acontecimientos. Solo puedo asegurarte que estoy dando todo de mí para llegar a lo más alto esta temporada.

Hacía tiempo que no disfrutaba en una entrevista. Por lo general, suelen ser un engorro. Sin embargo, por un momento se me olvida dónde estamos y quién es Abi. Escucho sus preguntas y dejo que las respuestas fluyan con naturalidad. La magia se rompe cuando el inútil de su compañero nos interrumpe.

—Hazle las otras preguntas —le ordena señalando la libreta.

Abi duda por un instante. Mira a Connor y luego a mí. Su compañero la observa con cara de pocos amigos. Pienso en intervenir, aunque ella se adelanta.

—Tenemos suficiente con esto —responde Abi.

—Abigail. —Connor habla con los dientes apretados, irritado.

Se produce un cruce tenso de miradas. Me asombra que ella no la aparte. Hace un rato se la veía nerviosa e intimidada por él. Me alegra descubrir que también puede sacar las garras.

—Lo siento, chicos, pero no tengo más tiempo. —Mi intervención ayuda a disipar la tirantez del ambiente.

Les estrecho la mano a ambos —a Connor por pura obligación —. Se me hace raro saludar a Abi de esta forma tan profesional cuando ya hemos compartido momentos de lo más bizarros.

—Encárgate tú de la transcripción. Me voy directo a cubrir el entrenamiento de los Titans.

Connor se aleja con paso rápido. Menos mal. Es insoportable. Abi resopla tras su marcha.

—Disculpa, Ryan. Connor es…

—Un capullo.

Abi abre los ojos sobremanera, sorprendida. Se echa a reír al instante.

—Gracias por decirlo tú primero. No puedo con él.

—Te entiendo.

—Y gracias también por echarme un cable antes. ¡No paro de deberte favores!

—Confiaba en que tus preguntas serían más interesantes que las suyas. No me equivocaba.

Abi me sonríe. La noto más relajada, más *ella*. Me alegra.

Caminamos juntos hasta mi furgoneta. Guardo la tabla y me bajo el neopreno para ponerme otra ropa. Ella se da la vuelta. Me hace gracia su intento de darme privacidad. Cuando ya estoy vestido, me subo al vehículo y Abi se planta al lado de la ventanilla.

—¿De verdad te ha gustado la entrevista?

Veo un destello de ilusión en sus ojos que me resulta adorable.

—La mejor en mucho tiempo.

Arranco la furgoneta después del halago, pero no se enciende. Miro extrañado el contacto y lo intento de nuevo. Hace un ruido raro, como chasquidos secos repetitivos que impiden que se encienda.

Mierda.

—¿Ocurre algo? —pregunta Abi, que todavía está junto a la ventanilla.

—Me he quedado sin batería. Joder, ahora no —maldigo—. Me están esperando.

—Si tienes prisa, puedo llevarte —se ofrece.

—¿Segura?

—Así voy descontando favores de la lista.

25

Ryan



—Ryan, es imposible que la tabla quepa en mi coche —asegura Abi.

—No la voy a dejar aquí, ni de coña.

—Se quedará dentro de tu furgoneta cerrada. ¿Qué puede pasar?

—Es mi tabla favorita. Me la hizo Kyle Evans. ¿Sabes cuánto tuve que esperar para poder acceder a un *shaper* de su nivel? Se viene con nosotros —respondo aferrándome a ella con todas mis fuerzas.

Le guardo un cariño especial a esta tabla porque fue la primera diseñada en exclusiva para mí. Después han venido muchas otras gracias al patrocinador, pero ninguna podrá ocupar nunca su lugar. A no ser que tenga que entrenar tubos u olas muy grandes, siempre la escojo por encima de las demás.

—Conduzco un Toyota Yaris. Es evidente que no va a caber.

Ignoro las quejas de Abi y continuamos andando hacia donde ha aparcado. Diez minutos después, tras algunos intentos frustrados, consigo encajar la tabla dentro de su coche. Ocupa todo el largo del vehículo, desde el maletero hasta el cuadro. Ella ha puesto cara de pocos amigos al comprobar el resultado, pero se ha guardado lo que fuera que estuviera pensando.

La situación es, cuando menos, cómica. Abi conduce y yo voy en el asiento del copiloto, pero la tabla hace de barrera entre

nosotros y apenas nos vemos los ojos por encima de ella. Ha tenido que alzarse para comprobar el retrovisor izquierdo más de una vez. No puedo evitar reírme, lo que provoca que Abi me lance miradas asesinas que me resultan más bien graciosas. Estoy conociendo una faceta nueva de ella.

Aparca frente a la casa de Miles, que está esperándome en el porche delantero. Parece confundido cuando nos ve bajar del coche y observa con atención la maniobra para sacar la tabla.

—¿Cómo coño has metido la tabla ahí?

—Eso mismo me pregunto yo —le responde Abi sin darme tiempo a intervenir. Su tono de reprimenda me divierte y esbozo una sonrisa.

—Eres Abigail, ¿verdad?

Ella asiente y se acerca a él.

—Y tú debes de ser Miles, si no me equivoco. —Le ofrece la mano a modo de saludo.

Ahora el atónito soy yo. ¿Cómo sabe que es Miles? Repaso mentalmente nuestras conversaciones. No recuerdo haberle hablado de él en ningún momento. Entonces me viene a la cabeza la imagen de Abi observando las fotos de mi salón. Arrugo el ceño. Es imposible que lo haya reconocido. En esa fotografía éramos todavía adolescentes y, además, está el tema de la silla.

—Me levantaría para ayudaros con la tabla, pero…

—¡Miles! —Jodida manía de hacer chistes sobre esto. Espero que Abi no se sienta incómoda—. No le hagas ni caso —digo dirigiéndome a ella.

—Tranquilo, siempre se requiere de alguien que mire sin hacer nada para que el trabajo salga bien —suelta entre risas.

Para mi sorpresa, Abi se muestra risueña y no parece tener ningún inconveniente con el humor de Miles.

Conseguimos sacar la tabla del coche sin ningún percance de por medio y la dejo apoyada en el porche.

—Gracias por traerme.

—No hay de qué. Nos vemos en el próximo entrenamiento.

—¿Te apetece tomar algo antes de irte? —propone Miles—. Así me pones al día del detrás de las cámaras con Ryan, que no

suelta prenda.

Abi me observa antes de responder. Creo que está buscando mi aprobación para aceptar la oferta de mi amigo, así que inclino un poco la cabeza a modo de afirmación.

—Claro. Me encantará contarte todos sus secretos oscuros.

La situación es un tanto surrealista, se mire por donde se mire. Estamos los tres sentados en el porche bebiéndonos unas cervezas. Abi ha asegurado que le parecía bien, pero, por sus muecas, deduzco que el amargor de la bebida no va con ella.

Me siento un tanto descolocado. Miles y Abi charlan como si se conocieran desde hace mil años. Me resulta extraño. Pertenecen a dos facetas diferentes de mi vida y verlos juntos no para de chocarme. Sin embargo, mi amigo está disfrutando de la conversación con ella. Por otro lado, no he visto en Abi ni un atisbo de pena por Miles. Lo trata igual que a mí, sin condescendencia. No es lo común.

Abi comprueba su reloj.

—La compañía es muy agradable, pero me marcho ya. Tengo una entrevista que transcribir. —Me hace un gesto cómplice.

Nos despedimos de ella en el porche y Miles y yo entramos de nuevo en su casa.

—Vaya con Abigail —me suelta nada más cerrar la puerta—. Me la imaginaba de otra manera por lo que he visto en el programa. Me ha sorprendido, es muy agradable.

—Lo es —corroboro.

—Y está buenísima.

—Miles…

—¿Qué? ¿Vas a negarlo?

Ignoro su comentario porque no puedo rebatírselo.

—Encima le hacen gracia mis chistes —continúa—. En otras circunstancias le habría entrado.

—¿Qué te lo impide?

—Vamos, Ryan. —Me observa con una expresión traviesa.

—No te sigo.

—Tú y ella… —insinúa.

—¿Qué? No. Estás completamente equivocado —niego apresurado.

—Se os ve la mar de cómodos el uno con el otro.

—Porque ya hemos coincidido unas cuantas veces a causa del programa. No hay más.

—Será por eso…

—Sí —me reafirmo.

—Claro.

26

Abi



Me he despertado más temprano de lo habitual. Supongo que serán los nervios por la grabación de hoy. Vuelvo a enfrentarme a la tabla y temo repetir el ridículo de la primera vez. He practicado hasta la saciedad en tierra firme, pero no las tengo todas conmigo una vez me meta al agua.

No paro de dar vueltas por casa, así que me voy a la playa, aunque no sea todavía la hora pactada.

Burleigh Heads está tranquilo; apenas hay algunos surfistas en el agua. Localizo enseguida a Ryan entre ellos. Da gusto verlo entrenar. Surca las olas de forma grácil, como si fuera lo más sencillo del mundo. Sé de primera mano todo el trabajo que se esconde detrás —lo estoy experimentando en mis propias carnes—; no obstante, no deja de maravillarme.

En los últimos días he estado analizando cómo se han cruzado nuestros caminos y se han entremezclado nuestras vidas. Un desconocido —bastante famoso— me salva y pone patas arriba mi existencia. Al comienzo me torturaba por todo lo que estaba sucediendo con este asunto: protagonizar un vídeo viral, salir en la tele, hacer el ridículo encima de una tabla, importunar a Ryan en su preparación… Sin embargo, mi visión ha cambiado. Gracias a lo ocurrido, he tenido el valor de pedirle a Adams que me incluya en la

sección de deportes con éxito y también de enfrentarme a Connor. En esto último aún necesito más práctica, pero he hecho avances.

La colaboración de Ryan ha tenido mucho que ver, no puedo negarlo. Fue el que me empujó a hacerlo y quien le paró en realidad los pies a Connor durante la entrevista. Me parece un tío genial. No tiene nada que ver con la imagen que se proyecta de él a nivel publicitario. Sí, es alegre y simpático, pero cuenta con bastantes más aristas en su personalidad. Es más competitivo de lo que imaginaba, tiene un punto testarudo, es generoso y diría también que desinteresado. Se preocupa genuinamente por quienes lo rodean y conserva amistades de su infancia. Intuyo además que esconde sombras que no me quiere dejar ver.

Ryan se acerca a la orilla y charla con su entrenador. Este le enseña algunos vídeos que ha grabado y le hace indicaciones. El surfista atiende con suma atención. Me fijo en el neopreno que lleva puesto. Hemos coincidido en la elección. Es el mismo diseño, amarillo y turquesa; el suyo de la línea masculina de Tide Motion y el mío, de la femenina.

Aún no es la hora de comenzar la grabación, ni siquiera ha llegado el equipo, pero el entrenador de Ryan se marcha y él no vuelve al agua. Alzo la mano y la muevo en el aire para que me vea. Se acerca a mí con pasos calmados y se sienta a mi lado.

—¿Vamos a tener que llamarnos antes de elegir neopreno? —bromea.

—Eso parece —río.

Nos quedamos en silencio unos instantes, contemplando el mar frente a nosotros. A estas horas de la mañana la playa está muy tranquila. Los surfistas que entrenan comienzan a marcharse y los aficionados aún no han llegado.

—Le caíste en gracia a mi amigo Miles —comenta.

—Él a mí también. Es superdivertido.

—Tiene un humor… peculiar.

—El de un superviviente.

Ryan me examina unos segundos con una expresión que no soy capaz de catalogar.

—Me sorprendió tu forma de interactuar con él. Tan natural, como si la silla no existiera.

Asiento. Sé perfectamente a qué se refiere.

—Si algo aprendí en mis prácticas en el hospital es que la lástima no suele ser de gran ayuda. Es más, incomoda a la otra persona en la mayoría de los casos. Es inevitable sentir compasión, pero procuro no mostrarla, de manera que no se impregne el ambiente de ese halo de pena. No sé si es lo correcto o no, aunque normalmente me funciona.

—Me gustó —asegura Ryan. Vuelve a mirar al frente y asiente de forma leve—. Miles también era surfista. Y mucho mejor que yo. Tenía un don para este deporte. Sabía leer el mar de una manera… no sé, como si pudiera predecir su comportamiento. Habría llegado lejos.

—¿Qué le ocurrió? —me atrevo a preguntar.

Ryan suspira y observa la arena bajo sus pies. Se toma unos segundos antes de responder.

—Un accidente en Kirra. La marea estaba baja y había corrientes fuertes. Aun así, nos metimos al agua. Teníamos diecisiete años y éramos unos inconscientes; nos creíamos intocables. En una caída, la ola lo arrastró con fuerza hacia el fondo y se golpeó en una zona de arena compacta.

Hace una pausa y traga saliva. Yo lo contemplo en silencio. No debe de ser fácil para él revivir ese momento.

—Tuve que sacarlo del agua porque no salía —prosigue—. Estaba semiinconsciente cuando alcanzamos la arena y lo primero que me dijo al espabilarse fue que no sentía las piernas. En ese momento se me vino el mundo encima, aunque ninguno de los dos fuimos conscientes de las consecuencias reales del accidente hasta que llegamos al hospital. Se rompió la L1 y le seccionó la médula.

—Qué horror… —musito. Él asiente—. Erais muy jóvenes.

En mi tiempo en el hospital presencié algunos casos similares, sobre todo relacionados con accidentes de tráfico, aunque nadie tan joven como el amigo de Ryan. La vida se tuerce en un instante, antes de que puedas ser capaz siquiera de comprenderlo.

—Demasiado jóvenes. Sobre todo Miles. Su vida se rompió en el momento que chocó contra el fondo.

—La tuya también —añado—. Es un impacto emocional durísimo que un amigo sufra algo así.

Ryan flexiona las piernas y apoya los brazos en las rodillas.

—Por un tiempo me sentí un ladrón, un impostor que ocupaba el lugar que le correspondía a él. Miles era quien de verdad tenía talento. Lo mío es fruto del esfuerzo y la cabezonería.

—Lo que le ocurrió a Miles fue una desgracia, por descontado, pero no te restes mérito por lo que has conseguido. A mí me parece igual de válido.

Ryan me mira de soslayo, aunque no dice nada más.

Vaya dos. Él preocupado por no tener talento —aunque no estoy muy segura de si eso es verdaderamente cierto o una apreciación suya— y yo por no estar aprovechando el mío.

Nos mantenemos en silencio un buen rato. No parece que Ryan pretenda continuar hablándome de este tema y yo tampoco insisto.

—He ido al oftalmólogo —suelta de repente—. Tenías razón con tu diagnóstico.

—¿De veras? —pregunto sorprendida. Se me escapa una risita de satisfacción.

—Pensaba que la medicina no era lo tuyo.

—Y no lo es. Pero no puedo deshacerme de esta forma de procesar la información.

Ryan relaja la postura y se apoya en la arena. Su mano roza ligeramente la mía. El contacto me toma desprevenida; sin embargo, no me resulta molesto en absoluto. La acaba separando unos centímetros.

—Cuando éramos adolescentes, mis padres nos organizaban competiciones de diagnóstico a mi hermano y a mí —comento—. Nos daban datos clínicos y nos permitían hacer seis preguntas antes de llegar a una conclusión. Mi hermana se salvó porque era demasiado pequeña en ese entonces. Después, nosotros ya nos habíamos marchado de casa.

—Es la tradición familiar más extraña que he escuchado en mi vida.

—Muy friki, sí —admito.

—Lo de tus hermanos me da mucha envidia. Tenerlos, me refiero. En casa siempre fuimos solo mi madre y yo.

Recuerdo la conversación sobre su adopción y me pregunto si quizás tenga hermanos y no lo sepa. Sería una pena.

—Cuando me dijiste que te encontraron debajo de un puente, ¿fue en sentido literal?

—Tal cual.

Entierro los pies en la arena y jugueteo con los dedos. ¿Quién podría abandonar a un bebé en la calle a su suerte?

—Mi madre salió ese día a dar un paseo y me encontró metido en un capazo. Dice que estaba envuelto en una manta y únicamente se me veían los ojos, mirando de un lado a otro sin parar. —Observo a Ryan mientras relata la historia. Su expresión es alegre—. Me contó que ya había perdido la esperanza de ser madre; rozaba los cuarenta, no tenía pareja y, en aquella época, la reproducción asistida en mujeres solteras no era algo común. Pero asegura que, en cuanto me vio, supo que iba a ser mi madre. Y así fue; con algunas trabas administrativas y litigios de por medio, lo consiguió.

—Podría parecer una historia triste por su comienzo; sin embargo, es preciosa.

Él me devuelve la mirada y sonríe. Yo no puedo hacer otra cosa que imitarlo. Permanecemos unos instantes con los ojos clavados el uno en el otro. ¿En qué momento hemos pasado de ser desconocidos a compartir este tipo de intimidades? No lo tengo claro, pero me siento a gusto cuando tenemos estas interacciones. Me resultan naturales, como si lleváramos mucho tiempo siendo amigos.

—A mi hermana Grace le encantaría venir a ver alguna de las grabaciones. Me lleva insistiendo desde que se emitió el primer programa. Podría invitarla un día, si no te parece mal.

—No sé si estoy preparado para lidiar también con una mini Abi —se burla.

—¡Oye! —Le doy un golpe en el brazo.

—Es broma, es broma… —dice mientras se frota donde le he dado, exagerando como si le hubiera hecho daño—. Que venga cuando quiera.

—¡Ey! ¡Chicos!

La voz de Mike interrumpe nuestra tranquilidad. Camina hacia nosotros seguido de Brody, con su sonrisita socarrona de siempre, y de Josh, que mantiene el gesto serio y distante habitual en él.

—¿Hoy vais de parejita? —pregunta Brody señalando nuestros neoprenos. Se ríe de su comentario sin esperar respuesta.

La llegada del equipo reactiva mi nerviosismo, que había quedado camuflado mientras charlaba con Ryan. Ahora noto cómo el corazón me bombea con fuerza dentro del pecho. Tengo que enfrentarme de nuevo a la tabla y al mar. No puedo parar de pensar en que me ocurrirá lo mismo que la primera vez y no seré capaz de ponerme de pie.

El equipo se prepara, Ryan coloca las tablas en la arena, Mike nos da indicaciones y las luces rojas de las cámaras se encienden. Comienza la tortura.

Al igual que el día que empezó el programa, practicamos el *pop up* en tierra. Lo he repetido hasta la saciedad estas semanas en el suelo de mi habitación, así que Ryan está conforme al primer intento. Diría que impresionado, incluso.

Me ata el *leash* al tobillo. Noto la calidez de sus dedos sobre la piel.

—Recuerda caer siempre hacia los lados y protegerte la cabeza con las manos.

Ryan abre los ojos un poco más cuando me habla sobre seguridad en el agua. Después de la conversación que hemos tenido hace un rato, lo entiendo mucho mejor. Asiento con movimientos firmes, demostrándole que le estoy prestando toda mi atención.

Nos metemos al agua.

El corazón me va a mil por hora.

Remo sobre la tabla hasta que Ryan me indica que hemos llegado al punto adecuado. Por lo menos, esta vez no he tragado agua en el trayecto y he conseguido que no se hunda la punta.

Sin embargo, cuando trato de ponerme de pie ocurre lo mismo de siempre. Me voy al agua de inmediato. Lo intento varias veces más sin éxito.

—¡Vamos, estrella de mar! ¡Demuéstrame que puedes hacerlo! —me grita Ryan.

Respiro profundo y resoplo después.

No, no puedo hacerlo. ¿Nadie se ha dado cuenta de que todo esto era una muy mala idea? Está claro que mi cuerpo no se hizo para este deporte —ni para ninguno, probablemente—.

Repito el movimiento con el mismo resultado. Me siento muy frustrada.

—¡Inténtalo de nuevo, Abi!

Una vez más.

Una caída más.

Además de frustrada, estoy avergonzada. Reprimo con todas mis fuerzas las ganas de llorar que tengo en este momento.

Ryan, que estaba a unos metros, se acerca a mí.

—¿Qué ocurre?

—No puedo, Ryan. No puedo hacerlo. Todo esto es un despropósito y una pérdida de tiempo porque no voy a ser capaz.

—Sí que puedes, Abi.

—Pero ¿tú me has visto? Es imposible.

—Eres capaz. Puedes hacerlo. Lo que pasa es que crees que no lo lograrás y estás visualizando el fracaso antes de haberlo intentado. Libérate de tus propias trabas. Piensa en todo lo que has practicado.

La respiración se me acelera y una pesadez me oprime el pecho, impidiéndome respirar con normalidad. Siento que me asfixio dentro del neopreno y, de forma instintiva, me llevo la mano al cuello de la prenda para intentar aliviar la sensación.

—¿Te molesta? —Hago un gesto afirmativo. No me salen las palabras—. Ábrelo y bájalo hasta la cintura si así estás más cómoda.

Sigo su consejo y deslizo la prenda. La sensación de agobio se aligera.

—Vamos a intentarlo otra vez.

—Ryan…

Interrumpe mis palabras sujetándome la cara con las manos y mirándome fijamente a los ojos.

—Vas a levantarte encima de la maldita tabla, Abi. Estoy convencido.

Remamos unos metros hasta colocarnos de nuevo. Esta vez, Ryan se queda muy cerca de mí, animándome todo el tiempo. Repito todo el proceso, tal y como he memorizado. Estiro los brazos, arqueo la espalda, afianzo la pierna trasera y lanzo la otra hacia delante sin muchas expectativas. Solo me concentro en la voz de Ryan a mi lado.

Me sorprendo cuando mi cuerpo se mantiene de pie sobre la tabla. Un segundo, dos segundos…

—¡Esa es mi estrella de mar! —escucho a Ryan pegado a mi tabla.

¿Lo he conseguido? ¡Lo he conseguido!

Un segundo después me desequilibro y me voy hacia el lado donde está él. Solo me da tiempo a protegerme la cabeza con las manos como tantas veces me ha insistido. A él también le pilla desprevenido mi caída y no se aparta.

La alegría por haber logrado ponerme de pie se desvanece por completo. Lo que ocurre al caerme al agua me hace querer hundirme hasta el fondo y no salir nunca más.

Da lo mismo los metros cúbicos de agua que me rodean y en los que podría haberme sumergido sin más. Da igual porque, si algo en mi vida puede salir mal, lo hará.

Al caer de la tabla, mis pechos aterrizan de lleno en la cara de Ryan. Le aplasto el rostro con las tetas, literalmente. Después me hundo en el agua, aunque la que me ahoga de verdad es la vergüenza. Tardo unos segundos más de lo que debería en salir a la superficie. Al final es Ryan quien me agarra por la cintura y me alza hacia fuera.

Evito encontrarme con su mirada a propósito. A pesar del agua fría, noto el ardor de la sangre que se me acumula en las mejillas.

—¡Lo has hecho, Abi! ¡Lo has conseguido!

Ryan grita emocionado. Yo continúo rehuyéndolo. Vuelve a agarrarme por la cintura y me eleva por encima de él. Es entonces cuando lo observo y descubro una sonrisa enorme en su rostro. Nuestras miradas se entrelazan por unos segundos, antes de que Ryan me lance de nuevo al mar. Por un momento parecemos adolescentes jugando a hacer aguadillas.

—Bien hecho, estrella de mar —escucho al salir a la superficie —. Al final voy a tener que quitarte el apodo.

Oigo vítores desde la orilla. Son Mike y Brody aplaudiendo y silbando. Ryan alza el puño en señal de victoria. Después me indica que me suba a la tabla y remamos de vuelta a la playa.

No sé si es muy bueno disimulando o no se ha percatado de la parte de mi cuerpo que ha impactado contra su rostro. Llego a pensar que, quizás, no ha sido tan evidente como lo he percibido yo. Esta idea se desvanece en cuanto pongo un pie en la arena.

—Abigail, Abigail… —Brody se me acerca con una sonrisilla traviesa—. Gracias por regalarme el mejor clip del programa hasta el momento.

Miro a Ryan de soslayo y lo descubro riendo mientras se baja la cremallera del neopreno. Sí, ha sido consciente de lo que ha ocurrido.

Estoy paralizada. No le digo nada a Brody ni al resto del equipo. Me limito a hacerles un gesto con la mano cuando se despiden para después desplomarme en la arena. Me abrazo las rodillas con fuerza y escondo la cabeza tras ellas. Intento hacer de mi cuerpo un ovillo apretado como los que va dejando Hana por el salón.

Noto una mano sobre el hombro y sé que se trata de Ryan. Mi piel se ha acostumbrado a su tacto y lo reconoce de inmediato. Aun así, no levanto la cabeza. No soy capaz de enfrentarlo teniendo la certeza de que es consciente de lo que ha ocurrido.

—Abi… —susurra. Yo no me muevo ni un milímetro—. Abigail Harris.

Su voz suena más seria de lo habitual, pero tampoco logra que me deshaga de mi armadura.

—Tendré que tomar medidas drásticas.

Escucho sus pasos sobre la arena, rodeándome. Por un momento me intriga saber qué está tramando, aunque me niego a alzar la vista. No tardo en averiguarlo. Siento sus manos colándose entre el ovillo de mi cuerpo para llegar a mi cintura y hacerme cosquillas. Resisto estoica todo lo que soy capaz, aferrándome con fuerza a las rodillas. Ryan no desiste e intensifica el ataque hasta que no puedo aguantarlo más. Levanto la cabeza y llevo las manos hacia las suyas para obligarlo a parar. Descubro que está arrodillado delante de mí, muy cerca. Se ríe y no ceja en su empeño de deshacerse de mi coraza. Me dejo caer para atrás riéndome yo también y le ruego que se detenga. Lo hace al instante.

Ryan se queda sentado frente a mí y me ofrece las manos para incorporarme. Quedamos cara a cara cuando lo hago.

—Por fin estás de vuelta —comenta.

—Acabo de pasar la mayor vergüenza de mi vida.

—Tonterías.

—Ryan… —Lo observo ladeando la cabeza—. ¿Crees que lo emitirán?

—¿Qué más da, Abi? ¡Te has puesto de pie en la puta tabla! Pensabas que no serías capaz y lo has sido. Eso es lo importante.

—Ya, claro. Pero es que no han sido tus tetas las que han caído sobre mi cara.

Las palabras me sorprenden más a mí que a Ryan. No sé cómo he tenido el valor de decir eso en voz alta.

—Ha sido un incidente sin importancia. Y no serán las primeras tetas que tenga sobre la cara.

—¡Ryan!

Él se ríe y después se inclina un poco hacia mí.

—No te rayes. Sal esta noche a celebrar que lo has logrado, echa un buen polvo y quítate la mala vibra de encima.

Mi cara es un poema. Le aparto la mirada, avergonzada. No sé qué es peor, si el accidente *tetil* o que me recuerde lo penosa que es mi inexistente vida sexual.

—¿Qué? —pregunta intrigado. Lo sigo evitando a toda costa —. ¿He dicho algo que te haya molestado?

Se forma un silencio incómodo. Yo lo noto, él seguro que también. No me insiste, pero tampoco dice nada más. El ambiente está raro entre nosotros y comienza a preocuparme que piense que es por algo que ha hecho él. Si no lo aclaro, es probable que se marche con esa idea.

No es algo que tuviera en mente compartir con Ryan —y prácticamente con nadie que conozca—, sin embargo, tampoco me resulta desagradable hacerlo partícipe. Al fin y al cabo, él me ha contado muchas cosas personales.

Suspiro y me giro de nuevo hacia él. Me busca con la mirada, tenso.

—No has dicho nada malo, tranquilo. Es solo que… que no lo he hecho nunca —confieso.

—¿El qué?

Dios mío. No esperaba tener que ser tan explícita.

—Acostarme con alguien.

No puede disimular la sorpresa.

—¿Cómo es eso siquiera posible?

—Ya lo sé. A mi edad no es ni medio normal, no hace falta que me lo recuerdes.

—No… no me refiero a eso. Es que mírate. —Me señala de arriba abajo—. Tu cara, tu cuerpo. Debes tener a los chicos haciendo cola por ti.

—No me hagas reír, Ryan. —Niego con la cabeza—. Aunque ese tampoco es el motivo.

—¿Por qué, entonces?

Me mira entre extrañado y fascinado. Parece que acaba de descubrir una especie animal que se creía extinta hace siglos.

—En resumidas cuentas, esperaba encontrar a alguien especial con quien hacerlo por primera vez. Creí haberlo hecho cuando empecé a salir con un compañero de la universidad, Jayson. —Nombrarlo me revuelve las tripas—. Estaba muy enamorada y pensaba que él también. Me dispuse a dar el paso con él y casi lo hago, pero en una fiesta en el campus unas amigas me advirtieron de que había apostado con sus colegas que conseguiría acostarse conmigo antes de acabar el cuatrimestre.

—Qué imbécil —me interrumpe. Asiento dándole la razón.

—Después de eso me cerré en banda a conocer a nadie y así he llegado hasta aquí. Tengo veinticuatro años y sigo siendo virgen.

—¿Puedo darte mi opinión?

—Adelante.

—Este tema de la primera vez, la virginidad y todo ese rollo no es más que un constructo social. La primera vez no es más importante ni menos que la quinta, tampoco tiene un valor especial más que el que la sociedad se ha empeñado en otorgarle. Así que no te rayes por eso.

—Ya, pero con mi edad… cualquier chico que quiera acostarse conmigo esperará más de mí; que sepa lo que hago como mínimo. Y eso me estresa. Se me ha pasado el tiempo de hacerlo con alguien especial y ahora juega en mi contra poniéndome nerviosa por las expectativas que vayan a tener de mí.

—Abi, si a alguien le interesas de verdad, le importará una mierda que no lo hayas hecho antes, créeme. Y si lo hace, es que es un capullo y entonces no deberías ni tocarlo con un palo. Tú misma te limitas con esos pensamientos y escenarios hipotéticos que te montas en la cabeza. Igual que cuando estás encima de la tabla.

Rumio las palabras de Ryan. Nadie me había dado una opinión como esta antes. Cierto es que solo lo saben Ethan y Hana. Mi amiga lleva mucho tiempo con Declan, así que su punto de vista es limitado. Ethan se quedó en *shock* cuando se lo confesé y no hemos tenido más conversaciones al respecto.

—Sé sincero conmigo —le pido—. ¿Me estoy perdiendo tanto?

—¿Va a influir mi respuesta en tus decisiones?

—No lo creo.

—Pues sí, algo te estás perdiendo. Algo maravilloso, en realidad.

Suspiro por enésima vez.

Me viene a la cabeza el día que coincidimos en el bar, cuando lo vi en el reservado con Olivia Kerr.

—Qué suerte tenéis los que estáis enamorados.

—No te sigo.

—Tener una relación estable con alguien a quien quieres y experimentar todo esto con esa persona especial.

—¿Te estás refiriendo a mí? —pregunta confundido, señalándose con el dedo.

No entiendo a qué viene el desconcierto.

—Claro. Tú y Olivia…

—No estamos juntos —se apresura a responder.

—No hace falta que lo niegues. No pienso publicar la exclusiva en el periódico —río.

—Es la verdad. No somos pareja —niega tajante—. Tampoco es mi intención tener ninguna.

—Os vi en el reservado del Ocean Club. Tenéis mucha complicidad.

—Somos amigos con beneficios. —Hace una pausa y resopla —. No sé por qué te cuento esto, la verdad. Olivia y yo nos acostamos de forma ocasional cuando nos apetece a los dos. Nada más.

—Ah —acierto a decir.

Este concepto me queda bastante lejano, así que prefiero no ahondar preguntándole sobre ello. No obstante, me centro en lo que ha dicho antes.

—¿Por qué no quieres tener pareja?

Ryan no me responde de inmediato. Creo que busca las palabras adecuadas para transmitirme lo que piensa.

—El amor requiere sacrificio por la otra persona. Esfuerzo, cuidados, presencia. Y en estos momentos no tengo tiempo para eso. No quiero ninguna distracción que me pueda hacer vacilar en el campeonato.

—No es que yo sea una entendida en el tema, pero, por lo que dice todo el mundo, el amor te encuentra aunque no lo estés buscando.

—Sé esconderme bien —sentencia.

—Me parece imposible, con la cantidad de chicas que beben los vientos por ti. Y no lo digo por decir, las he visto en los campeonatos.

—¿Piensas que puedo encontrar el amor ahí? —ironiza—. Eso es efímero. Les gusto por el morbo de la fama y la imagen que se proyecta de mí, no por quien soy en realidad. Nunca sé con qué intenciones se me acercan. No te voy a negar que a veces me aprovecho de las circunstancias para echar un polvo, pero te aseguro que ahí no está el amor.

Ryan y yo somos polos opuestos en este asunto. Siempre me he imaginado el sexo con alguien a quien quiera de verdad, con quien comparta una conexión más profunda que la física. Él hace todo lo contrario. Procura disfrutarlo sin que le acarree ninguna otra emoción u obligación. Me pregunto si sería capaz alguna vez de verlo de la misma forma que él.

27

Abi



Como era de esperar, el clip de mis tetas aplastando la cara de Ryan se ha hecho viral. El programa se emitió ayer y ya está circulando por toda la red. Tengo una llamada perdida de mi madre sin responder. Estoy segura de que es por eso, pero no he sido capaz de devolvérsela. Tampoco es que pueda escaparme de afrontarlo porque hoy hay comida familiar.

En otras circunstancias, estaría escondida bajo el edredón de mi cama; sin embargo, hoy sale la entrevista que le hice a Ryan. ¡Mi primera entrevista! Estoy eufórica, actualizando la web del periódico desde las seis de la mañana.

—¿Ya ha salido? —pregunta Hana desde la puerta de mi habitación. Viene cargando las agujetas y un ovillo de lana azul. Apenas ha tejido un par de hileras.

Sacudo la cabeza y se sienta a mi lado, concentrada en lo que está haciendo.

—¿En qué estás ahora?

—Un jersey para Declan.

—Aún hace mucho calor, Hana.

—Él es friolero.

Dudo mucho que Declan sea, precisamente, friolero. Más bien, me parece que lleva con orgullo lo que Hana le teje, aunque acabe con una urticaria por el calor.

Refresco la página del periódico.

—¡Ya está! —grito.

Hana deja a un lado sus herramientas y se centra en la pantalla de mi portátil. Junto al titular aparece una foto de Ryan que él mismo envió al periódico. Está en la playa, sujetando su tabla favorita —ahora sé que lo es—, con el neopreno a medio bajar y una sonrisa de oreja a oreja. Aunque es una buena instantánea, he de reconocer que no le hace justicia. Es mucho más guapo.

Hana comienza a leer la entrevista en voz alta, cambiando el tono entre pregunta y respuesta como si estuviera interpretando los personajes de Ryan y yo. Me saca una risilla.

Estoy feliz, muy feliz. Mi primera entrevista publicada.

No obstante, la alegría dura poco, lo que Hana tarda en llegar al final de la publicación. Ninguna de las dos damos crédito de lo que descubrimos.

—Una entrevista de Connor Meyer… —lee Hana.

Deslizo el ratón buscando más abajo. Mi nombre no aparece por ninguna parte.

—Connor… —musito.

—¡Qué pedazo de hijo de puta! —espeta mi amiga. Yo sigo en *shock*—. Te ha robado la entrevista.

Estoy desconcertada. Fui yo quien envió el documento a maquetación. Lo firmé con mi nombre y añadí el de Connor después. Sabía que no lo dejarían así; que, probablemente, figuraría el suyo primero y el mío al final. Aun así, me di el gusto de mandarlo de esa forma. Jamás me imaginé que me borrarían de un plumazo.

28

Ryan



Entrenar en Snapper Rocks se está convirtiendo en un infierno. La cantidad de gente que atesta el mar desde primera hora de la mañana es insoportable. Todos estamos aquí por lo mismo: Superbank, la ola perfecta. El *lineup* está tan abarrotado que es difícil conseguir la prioridad. Los profesionales y los locales lo tenemos más fácil en este sentido y, aun así, se aprovecha poco tiempo del que pasamos dentro del mar. Siempre hay follones entre los que ostentamos la preferencia y los turistas que intentan acceder a alguna ola. Aunque el localismo ya no es tan extremo como hace unos años, he visto de todo en estas aguas. Miradas amenazantes, empujones, tirones de pelo, puñetazos… Incluso más de una tabla rota en la cabeza de alguien. Procuro mantenerme al margen de ese tinglado.

—Buen entreno —apunta Payton.

—Demasiada gente en el agua.

—Lo sé, pero no podemos dejar de entrenar en Snapper. Deberías complementar con otra sesión esta tarde.

—Aquí no —aseguro.

Ni siquiera me apetece quedarme en la arena un rato, como acostumbro a hacer. Recojo mis cosas y lo guardo todo en la furgoneta. No sé por qué, pero me sobreviene el recuerdo de la

tabla encajada en el coche de Abi y sonrío. En realidad, me río en voz alta.

Creí que sería un fastidio tener que grabar el jodido programa de televisión; no obstante, me está pareciendo entretenido gracias a Abi. Es divertida, aunque la mayor parte del tiempo no sea consciente de ello. En realidad, aprecia pocas de todas las facetas positivas que tiene.

Recuerdo que me dijo que hoy saldría la entrevista que hicimos. Me meto en la web del *Gold Coast Insider* y no tardo en encontrar mi fotografía en la cabecera de la sección de deportes. La leo con calma, reviviendo cómo me sentí cuando respondía a sus preguntas. Me reafirmo en que es una de las mejores que me han hecho en los últimos tiempos. Disfruto del texto hasta que llego al final. Está firmada por el imbécil de su compañero y el nombre de Abi no aparece por ningún sitio. Qué cabronazo. Le ha robado la entrevista, y eso que él apenas participó.

Comienzo a sentirme incómodo con este hecho. No sé bien por qué, pero me molesta —mucho— que Abigail no figure como autora. Noto tensión en la cara y me descubro sujetando el teléfono con más fuerza de la necesaria. Odio que los demás se atribuyan un mérito que no es suyo, aunque esto me irrita especialmente.

Busco el contacto de Lisa, mi enlace con Tide Motion.

—¿Qué pasa, Ryan? —Suena preocupada. No es habitual que la llame. Por lo general se pone ella en contacto conmigo para informarme de los detalles de la publicidad y demás asuntos que me atan a la marca.

—¿Puedes conseguirme el teléfono de Abigail?

—No entiendo.

—Abigail Harris, la chica con la que grabo el programa.

—Sí, ya sé de quién me hablas. ¿Para qué lo quieres?

Buena pregunta. ¿De dónde viene este impulso por comunicarme con ella?

—Por un tema de la entrevista.

—Si quieres puedo encargarme yo.

Me lo estás poniendo difícil, Lisa.

—Prefiero ocuparme personalmente.

—Vale. Te envío un mensaje.

La notificación llega al momento de colgar la llamada. Me quedo un rato mirando el contacto. Lisa la ha guardado como «Abigail Surf Mentor». Podría dejarlo como está, pero me resulta frío, distante. Es lo que haría con la mayoría de personas con las que coincido a causa del patrocinador; sin embargo, creo que no le hace justicia a ella. No somos amigos. Tampoco simples compañeros de rodaje. Siento que existe cierta confianza entre nosotros, algo así como confidentes.

Sí. Esa definición me gusta.

Me decido por guardarla en el teléfono como «Estrella de mar». Se me escapa una sonrisa al grabar el contacto y, antes de que sea cien por cien consciente de lo que estoy haciendo, le escribo un mensaje.

29

Abi



—Me parece un despropósito absoluto. Y muy poco profesional por tu parte si lo que pretendes es labrarte una carrera en ese ámbito.

Hemos terminado de comer, pero mi madre sigue dándole vueltas al tema del vídeo de ayer. No le falta razón en que es un despropósito. Si pudiera elegir, jamás se hubiera emitido. Sin embargo, la televisión funciona así. Estos clips divertidos atraen más audiencia.

—Fue un accidente gracioso. Lo normal es que lo saquen —respondo intentando tranquilizar el ambiente.

—¡Y has conseguido ponerte de pie en la tabla! —me anima Ethan—. Eres una campeona.

Le sonrío con ternura.

—En eso tiene razón —interviene mi padre—. Tenía serias dudas de que fueras capaz.

—Ha sido épico —comenta Grace—. Estás *on fire*, hermana.

Parece que el aire no está tan pesado como antes, aunque mi madre no para de resoplar y poner caras.

—Tengo algo que contaros —anuncio. Todos los ojos se posan en mí—. Ya formo parte de la sección de deportes del periódico.

—¡Enhorabuena! —exclama mi hermano. Grace se abalanza sobre mí y me abraza.

—Eso es fantástico —dice mi padre.

Aunque estoy centrada en los arrumacos de Grace, por el rabillo del ojo veo una ligera afirmación por parte de mi madre. Es el mayor gesto de aprobación que he recibido en los últimos meses.

Quería llegar hoy a la comida y enseñarles la entrevista que le hice a Ryan. Mostrarles que estoy dando pasos en la dirección adecuada. Sin embargo, Connor me ha robado esta oportunidad y ahora no puedo hacer más que callar. Sería muy vergonzoso mostrarles mi trabajo con el nombre de otra persona. Mi madre iría a cuchillo a por mí.

Después de recoger la mesa, Ethan y yo acompañamos a Grace a su cuarto para estar a solas. En cuanto se cierra la puerta, mi hermana se cruza de brazos y tuerce el ceño.

—¿Se puede saber por qué le has contado a Ethan lo de Hunter? Qué vergüenza. Hablar con él de este tema me da mucho *cringe*.

Ethan retuerce las manos, incómodo. A saber qué le ha dicho.

—Solo… pretendía aconsejarte —contesta él.

—No pienso pasar por eso. Tienes la vida social de un caracol, no sé cómo crees que pueden servirme de algo tus consejos.

—Tampoco te pases, enana. Que no sepas lo que hago no quiere decir que no tenga vida.

—Sí, entre las cuatro paredes del hospital. Mucha vida… —se burla Grace.

—Te sorprendería descubrir lo que ocurre de puertas para adentro. —Ethan enarca las cejas y Grace pone cara de asco.

—Ya vale —los interrumpo—. Se lo conté porque pensé que podría aclararte alguna duda, si es que las tienes. Nunca ha habido secretos entre nosotros.

—Por eso te pregunté a ti —replica Grace—. De haber querido asesoramiento de este señor —dice señalándolo—, lo habría hecho directamente.

Ethan no para de hacer muecas con la boca, tenso. Termina por intervenir:

—Tú lo has dicho, Abi. No tenemos secretos entre nosotros.

Grace me mira, yo miro a Ethan, él nos observa a las dos. Suspiro.

—Está bien. Grace, se lo he contado porque yo no puedo serte de ninguna ayuda.

Frunce el ceño y me examina con los ojos entrecerrados. Dos segundos después, los abre de par en par. Se acaba de dar cuenta de lo que quiero decirle.

—Nooooo —exclama—. Imposible.

—Totalmente posible y real.

—No me lo creo —insiste.

—Pues créetelo. Nunca te he mentido.

—Me explota la cabeza.

Me siento sobre la alfombra y apoyo la espalda en la cama de Grace. Mis hermanos me acompañan, formando un pequeño triángulo.

—¿Es por eso que llevas todo el día con esa cara de seta? —pregunta Grace.

—Nada que ver. No es algo que me quite el sueño. —En realidad, un poquito sí.

—Entonces, ¿qué ocurre? —Ethan me pone la mano sobre la rodilla.

Saco el móvil del bolsillo y les enseño la publicación. Ethan comienza a leerla en voz alta.

—Mi primera entrevista. Aunque nunca podré atribuírmela.

Mis hermanos me analizan con preocupación hasta que Ethan descubre el motivo.

—¿Este Connor es el mismo Connor? —pregunta enfadado.

—Sí, el imbécil de la redacción y, ahora, mi jefe directo también.

Grace le arrebata el teléfono a Ethan y comprueba por sí misma de lo que estamos hablando.

—Será cerdo, el tío. Basura de persona.

Suena una notificación.

—Te han llegado mensajes de un número desconocido —me informa Grace para después pasarme el móvil.

Efectivamente, no conozco el número, pero no tengo ninguna duda de quién es el remitente.

Estrella de mar, hoy tengo entrenamiento de tarde en Currumbin Alley.

Sé que te gusta estar bien preparada. Si te apetece, puedes pasarte a practicar para el próximo programa un rato antes del atardecer.

Siento cosquillas en las piernas al leer el mensaje y noto que el corazón se me ha acelerado ligeramente. Es una tontería, pero me hace ilusión que haya tenido en cuenta mis preocupaciones. De nuevo, no tiene por qué.

Respondo todo lo rápido que me permiten los dedos.

Allí estaré.

30

Ryan



No he estado todo lo concentrado que debería durante el entrenamiento. No paro de mirar hacia la orilla por si llega Abi. No tiene sentido, lo sé, pero no puedo evitarlo.

Menos mal que Payton no está aquí. De vez en cuando se salta la segunda sesión si ya me ha visto por la mañana. Currumbin Alley no tiene una ola tan potente como Snapper Rocks, pero es perfecta para trabajar el *flow* y la cadencia de giros. En eso es en lo que he quedado con mi entrenador y en lo que me he centrado toda la tarde.

El sol ya no irradia con tanta fuerza y ha comenzado a caer. Descubro a Abi de pie en la arena. Me saluda con la mano en alto cuando hago contacto visual con ella. Remo de inmediato hacia la orilla.

—Qué… bonito.

Hoy no lleva un neopreno al uso, se parece más a un bañador con mangas. Tiene el fondo blanco, con un estampado rosa y verde en tonos pastel y una abertura central que deja parte de su abdomen a la vista. Le sienta fenomenal.

Abi se pasa las manos por el bañador un tanto incómoda, con timidez.

—Me daba pena no usarlos. Y no quiero aparecer vestida así en el programa. Me siento rara.

—Estás guapísima.

Sonríe y se aparta el pelo, colocándolo tras las orejas. Después mira hacia los lados.

—No veo mi tabla.

—Ya. Eh… es que de eso siempre se encarga la gente de Tide Motion. No lo había pensado. —Me paso la mano por el pelo—. No importa. Puedes usar la mía.

Abi hace una mueca.

—¿Seguro? Es tu favorita.

—Considérate afortunada. No suelo dejar subirse a nadie.

Los dos reímos.

Me sorprende que recuerde que esta es mi tabla favorita. Solo la vio una vez. Tengo muchas y se parecen bastante. Pasó lo mismo cuando conoció a Miles. Se ve que tiene una memoria sobrenatural, y no exclusivamente para los datos.

El sol está aún más bajo. No quedará mucho tiempo hasta el atardecer. Es la hora perfecta para surfear. Los colores que tiñen el cielo y los reflejos del agua crean un ambiente relajado. Me fascina.

Nos metemos al agua; Abi remando encima de la tabla y yo nadando a su lado. La noto menos tensa que cuando están las cámaras. Todavía no ha dicho ni una sola frase invalidante sobre sí misma. Una gran diferencia.

Le cuento de nuevo la secuencia para ejecutar el *pop up*. En realidad, no hace falta que se la recuerde porque se la sabe a la perfección; sin embargo, mis palabras parecen reafirmarla y darle algo más de confianza.

En el primer intento se cae al agua al instante. No digo nada, solo la ayudo a subirse de nuevo a la tabla. Prueba una segunda vez y consigue mantenerse de pie unos segundos.

—¡Bien, Abi! —grito desde el agua.

Lo repite unas cuantas veces y logra estar sobre la tabla más tiempo. Todo su cuerpo está tenso, rígido, como si temiera perder el equilibrio con tan solo pestañear. No obstante, no deja de sonreír. Lo está disfrutando.

Hace un parón para tomar aire antes de volver a remar. Aprovecho para nadar hasta ella.

—Lo estás pillando.

—¿Tú crees?

—Cada vez te mantienes por más tiempo.

—Me duele todo, pero me lo estoy pasando genial.

Se le forma la sonrisa más amplia que le he visto nunca y aparecen unos pequeños hoyuelos en sus mejillas de los que no me había percatado hasta ahora. Me quedo mirándola más de lo normal, pero soy incapaz de apartar los ojos de su rostro.

—¿Qué? —pregunta descolocada.

—¿Qué?

—Tengo algo en la cara, ¿verdad? ¿Un alga?

Se toquetea en busca de algún objeto extraño y no puedo hacer otra cosa que reírme. Se lo toma como una afirmación y continúa rebuscando incansable. Me sumerjo un instante y salgo a flote apoyando las manos en el borde de la tabla. Sacudo la cabeza con fuerza, salpicándole la cara con el agua de mi pelo.

—Vamos más adentro —propongo.

—¿Estás loco?

—No pasará nada. Estoy contigo.

—Ni de broma. No estoy preparada para eso.

—Venga, Abi. Las olas hoy son bastante mediocres.

—No menos mediocres que yo.

—Confía en mí.

—Yo confío en ti, esa no es la cuestión, pero…

—¿Confías en mí? —pregunto mirándola fijamente.

—Sí…

—No te muevas.

Nado hasta la parte trasera de la tabla y me subo en ella. Mi cuerpo queda tendido sobre sus piernas.

—¿Q-qué haces?

—Rema, Abi.

No hace más preguntas y comienza a remar. Yo hago lo mismo. Hacía tiempo que no compartía tabla con nadie. Va un poco más hundida de lo habitual, pero aguantaremos.

Avanzamos mar adentro. Tengo la intención de que intente coger una ola, una pequeña. Sin embargo, cambio de planes al

darme cuenta de que no estamos solos. Le digo a Abi que se detenga y le indico que se siente a horcajadas en la tabla. Yo también lo hago detrás de ella. Gira la cabeza y me mira por encima del hombro. Permanecemos muy cerca.

—¿Qué hacemos?

—No te muevas y mira debajo de nosotros.

Abi se lleva la mano a la boca cuando descubre una manada de delfines cruzando bajo la tabla.

—Nunca los había visto tan cerca.

—De vez en cuando aparecen por aquí. Surfear junto a ellos es fascinante.

Observa a un lado y a otro, siguiendo los movimientos de los delfines. Se asusta cuando saltan cerca de nosotros y, de forma instintiva, se echa para atrás. Termina apoyada en mi pecho. Percibo claramente el aroma que desprende su cabello, el mismo que me desconcentró mientras hacíamos yoga. Flores y coco, un billete directo a Pipeline, la mejor ola del mundo. Tengo gratos recuerdos del tiempo que pasé entrenando en Oahu por primera vez, y la fragancia del pelo de Abi me transporta a la sensación de estar allí sin que pueda remediarlo. Vuelve a separarse enseguida, en cuanto los animales se sumergen. Es extraño, me sentía más cómodo hace un instante.

—Es precioso. —No para de contemplar a su alrededor—. El cielo, los colores, los delfines.

—La *golden hour*. Mi momento preferido para disfrutar encima de las olas.

—Te lo estoy robando.

—Lo estamos compartiendo.

No puedo ver su rostro, pero juraría que sonríe. No ha parado de hacerlo en toda la tarde.

Salimos a la arena para disfrutar de la puesta de sol. Todavía quedan unos cuantos surfistas en el agua. Las condiciones no son espectaculares, pero, si no me acompañara Abi, yo también estaría ahí dentro.

Los dos somos espectadores silenciosos de lo que ocurre frente a nosotros. El sol sigue su camino imparable hacia la línea del

horizonte y el cielo está teñido de naranja. Observamos a los surfistas y, cada tanto, hago algún comentario sobre las maniobras que ejecutan. Hay gente muy buena.

Veo algo que no me gusta un pelo y me pongo en pie como un resorte. Un chico se ha colado en la ola que le pertenecía a otra surfista, impidiéndole tomarla. Cuando ella se lo recrimina, hace aspavientos y le grita. La discusión se va acalorando por momentos, sobre todo por la actitud del tipo, que no tiene razón. No están lejos de la orilla, así que alzo la voz.

—¡Déjala en paz!

—¡No te metas, imbécil! —me responde.

Siento que me hierve la sangre y acabo entrando al mar para acercarme más a ellos.

—Ryan… —escucho a mi espalda. Sin embargo, ignoro la llamada de Abi y continúo mi camino.

—Si no sabes surfear, no protestes —le dice el chico.

—Yo tenía la prioridad —responde ella. Está visiblemente enfadada, pero mucho más calmada que su acompañante.

—¡No tienes ni puta idea! —le chilla.

—El que no tiene ni puta idea eres tú —espeto. Solo nos separan unos pocos metros.

—Piérdete. No necesitamos al enterado de turno.

Me sale una risa socarrona. No lo puedo evitar.

—Ella estaba la primera del *lineup* y tú le has cortado el paso. Es sucio.

—¡Que te vayas a tomar por el culo! ¿Quién te crees que eres? ¿Tyler Simmers?

La chica enarca las cejas mirándome. Ella sí me ha reconocido, pero se ve que al tipejo le cuesta un poco más. Me cruzo de brazos y lo observo con la cabeza ladeada.

—Me encanta que me confundan con él, lo admiro.

—Es Ryan Bailey, imbécil —interviene la chica.

La cara del tipo cambia de color a una velocidad inusitada. Hace un sinfín de muecas con los músculos faciales. No sabe dónde meterse.

—Por capullos como tú no podemos entrenar tranquilos. Tienes suerte de la terapia que he hecho, porque a estas alturas ya te habría estampado la cara en la tabla. Nos harías un favor a todos saliendo del agua y dejando a quienes de verdad aman este deporte hacer lo suyo —digo señalando a la surfista.

Es incapaz de decir palabra. Solo coge su tabla y se marcha hacia la orilla.

—Gracias… —dice ella entonces.

—No hay de qué. Alguien tiene que pararle los pies a estos imbéciles. Por cierto, tu *cutback* es la hostia.

Intercambiamos algunas palabras más y vuelvo a la arena junto a Abi.

—¿Esto es habitual? —Está perpleja.

—Más de lo que crees.

—¿Lo ha hecho porque es una chica?

—No lo puedo asegurar, pero es probable, porque ella es mil veces mejor que él.

—Qué cabrón…

Me giro bruscamente hacia Abi, con los ojos bien abiertos.

—¿Has dicho «cabrón»?

Es la primera vez que la escucho pronunciar una palabra malsonante. Es… raro, cuando menos. Abi se lleva las manos a la boca.

—Perdón. Se me ha escapado.

—No te disculpes —río. Ahora mismo está muy graciosa. Me recuerda a una niña a la que pillan haciendo algo que no debe—. Yo las digo todo el tiempo.

—Que hayas intervenido dice mucho de ti —comenta.

—No puedo dejar pasar las injusticias. Me arden dentro.

Parece el momento adecuado para sacarle el tema por el que la invité a acompañarme hoy.

—Hablando de injusticias… he visto la entrevista. —Abi suspira y se abraza las rodillas—. ¿Lo sabías?

—No, me ha hecho una jugada sucia. Me da rabia porque era mi primera entrevista y estaba ilusionada. Quería contárselo a todo

el mundo, pero ahora me tengo que callar y que Connor se lleve el mérito.

—Podría llamar al periódico, en plan enfadado, y exigirles una rectificación —me ofrezco.

—No. No quiero que esto sea un inconveniente para ti, ya bastante has tenido con acceder a hacerla y con aguantarme en el programa.

—No me importa.

Abi niega sacudiendo la cabeza y no insisto más. Me entristece que no le den el crédito de algo que ha hecho y, además, muy bien. Sin embargo, no creo que sea adecuado saltarme su voluntad.

—Ese Connor sí que es un cabrón…

—Se merece una larga lista de descalificativos —responde.

—¡Connor, capullo! —grito mirando hacia el mar. Abi me mira algo avergonzada, pero riéndose—. ¿Quieres probar? Sienta de puta madre. ¡Imbécil!

Abi se ríe todavía más fuerte. Carraspea y se une al juego.

—¡Cabrón! —El grito le sale del alma.

—¡Soplapollas!

—¡Inútil!

—¡Desgraciado!

—¡Cucaracha!

Me desternillo al escuchar el último insulto que ha elegido.

—¿Cucaracha?

—¿Qué? Son asquerosas, como él.

Su expresión es más relajada y ha dejado de agarrarse las rodillas para apoyarse con las manos en la arena.

—Sé que esto no soluciona nada, pero espero que te sientas mejor.

Me mira a los ojos y todo su rostro desprende ternura.

—Le has dado la vuelta a mi día.

31

Abi



Nunca he pisado la oficina tan enfadada como ahora. Solo con saber que voy a verle la cara a Connor se incrementa mi mal humor. Sin embargo, no voy a dejarlo pasar. Ya he callado bastante y permitido que me pisotee más de la cuenta.

Dejo las cosas en mi mesa y me acerco a su puesto.

—¿Podemos hablar un momento?

Está tecleando en el ordenador y no levanta la mirada, a pesar de que me ha visto plantada delante de él.

—Tú dirás.

—Aquí no, en privado.

Se le forma una media sonrisa y mira de reojo a los compañeros que se sientan junto a él. Me acompaña hasta el *office* de la redacción. Lo contemplo fijamente, con los brazos cruzados bajo el pecho.

—¿Por qué lo has hecho?

—No tengo idea de lo que me hablas. —Su expresión dice todo lo contrario.

—Venga, Connor. ¿Me borras de la entrevista a propósito y ahora no tienes las agallas de reconocerlo?

Suelta una risa taimada.

—Alguien tenía que encargarse de ponerte en tu sitio. —Se apoya en la encimera cruzando un pie sobre otro. Quiere parecer

relajado y, al mismo tiempo, hacerme entender quién ostenta el poder en esta situación.

—No es culpa mía que el redactor jefe de deportes sea incapaz de conducir una entrevista. —Es la primera vez que lo ataco. Reconozco que me tiemblan las manos, pero me siento tremendamente bien.

—No te pases de la raya —me advierte.

—Alguien tenía que encargarse de decirte que eres un inútil integral.

Connor no se esperaba el ataque y se yergue de inmediato. Ya no le hace tanta gracia esta conversación.

—Abigail…

—Que sea la última vez que te metes con mi trabajo —lo interrumpo—. La próxima, no lo dejaré pasar.

Me marcho de la salita dejándolo con la palabra en la boca. Seguro que está irritado. Sé que me considera una especie inferior a la suya en todos los sentidos, así que me siento orgullosa de haber manejado el asunto como si no le tuviera el más mínimo respeto. Por dentro estaba aterrorizada, pero tengo que empezar a defender con uñas y dientes las cosas que me importan.

Desde mi mesa veo que vuelve a su puesto maldiciendo entre dientes. Cuando se sienta sonríe a los compañeros como si regresara de tomarse un café. Por nada del mundo quiere que descubran que «la niñata» le ha plantado cara.

Todavía no he terminado con el plan que estuve urdiendo anoche. Necesito recargar energía para enfrentarme al siguiente paso.

Compartir la tarde con Ryan me abrió los ojos. Él también parecía molesto con el hecho de que no apareciera mi nombre en la entrevista. Incluso se ofreció a intermediar en la situación. Bajo ningún concepto lo hubiera permitido, ya bastante le he trastocado la vida con mi aparición como para que solucione mis problemas. Sin embargo, presenciar cómo confrontó al surfista por considerar que se había cometido una injusticia me removió por dentro. Habría sido capaz de dar un paso al frente aun sin estar involucrado en el asunto.

Me dio mucho en qué pensar. Necesito un cambio de actitud si quiero abrirme paso en este mundo, porque habrá otros tantos Connor por el camino. Soy la primera que debe confiar en sí misma.

Aunque no volvimos a tocar el tema durante nuestra tarde juntos, no me quito de la cabeza la definición que hizo del amor el otro día. Sacrificio, esfuerzo, cuidados, presencia. Esas fueron las palabras que utilizó. Me asombra la profundidad de su pensamiento respecto a este asunto. Lo primero que se me viene a mí a la mente es sonrisas y cosquillas en la barriga. A su lado, parece una idea superficial, como si él hubiese levantado capas y capas para desgranar ese sentimiento hasta llegar a la conclusión que me transmitió. ¿Lo ha meditado tanto que ha perdido las ganas de enamorarse? Le faltó decirme que era un engorro. Poco puedo aportarle yo sobre esta cuestión. Sin embargo, no dejo de recordarlo y me provoca cierta incomodidad en el estómago.

Siempre lo he percibido como un tío relajado. Ciertamente, lo es en muchos aspectos —como en el sexo y sus amistades con beneficio, como él las llama—. No obstante, es una persona más complicada de lo que parece a simple vista, aunque no lo conozca tan en profundidad como para asegurarlo.

Me sorprendió que me contactara personalmente. Jamás lo hubiera esperado. Pero no puedo más que agradecerle que lo hiciera. Tornó un día gris en uno que recordaré de por vida. Fue extraño. No estaba nerviosa en el agua; tampoco temía hacer el ridículo, como me pasa cuando grabamos. Sentía que su presencia a unos metros de mí era más que suficiente para estar segura.

A mediodía, la redacción está casi despejada. Es el momento de cumplir mi segundo propósito del día. Toco en la puerta del despacho de Adams y entro con decisión cuando lo escucho darme paso.

—Tenemos que hablar de algo importante —anuncio.

Mi voz suena seria. El director no está acostumbrado a presenciar esta actitud en mí, así que me regala toda su atención.

—¿Qué ocurre?

—La entrevista que le hice a Ryan Bailey se ha publicado firmada por Connor. No fue él quien la hizo. Es más, puedo asegurarte que su única colaboración fue estorbar.

—Abigail, eres nueva en la sección. No quiero pataletas por estos asuntos. Cuando uno empieza siempre le toca hacer el trabajo sucio de los demás.

Mi comentario pretendía tantear la situación, aunque estaba segura de por dónde irían los tiros. No me equivocaba. Prosigo con mis intenciones.

—No es ese el problema. A Bailey no le ha sentado muy bien, que digamos.

—¿A qué te refieres? —pregunta interesado.

Lo siento, Ryan, pero tengo que utilizarte una vez más.

—Estuvo comentando que no entendía por qué figuraba un periodista que no lo había entrevistado. Que eso era faltar a la verdad y que no estaba conforme con el asunto. Habló de presentar una queja.

¿Se considera mentir exagerar *un poquito* la verdad? No lo creo.

—Eso no nos conviene, desde luego —responde serio.

—Me lo temía, por eso te lo comento. —Adams se frota el mentón con el ceño fruncido—. Quizás yo podría intermediar para que no lo haga.

—Eso sería estupendo, Abigail. —Su expresión se destensa, pero no le doy tiempo a disfrutarlo.

—Quiero algo a cambio.

Adams apoya los codos en la mesa y sopesa lo que he dicho por unos segundos.

—Te escucho.

—Me gustaría escribir un artículo sobre el papel de las mujeres en el mundo del surf.

—No lo veo…

—Ayer fui testigo del hostigamiento que sufren ciertas surfistas en el agua. Es un tema de actualidad. Podría intentar contactar con alguna profesional del circuito internacional y que nos diera su visión del asunto.

Defiendo la propuesta con vehemencia. Confío de verdad en mi idea.

Adams suspira. Se lo está pensando.

—Si no te convence, no pasa nada. Pero no seré yo quien se encargue de lidiar con Bailey…

Hago el amago de marcharme, pero Adams me detiene antes de que logre dar un paso.

—Está bien. Puedes escribir el artículo.

—Lo firmaré solo yo —añado. El director chasquea la lengua y resopla después.

—Me estás pidiendo demasiado en un solo día.

Me encojo de hombros, como si no me importara el resultado de esta conversación.

—La decisión es tuya, Adams.

—Qué remedio…

—Solo por confirmar, ¿eso es un sí?

—Sí, Abigail. Es un sí.

Junio

RESULTADOS DEL SQUAREMA SURF CLASSIC

Río de Janeiro, Brasil

	1er puesto	Thomas Wright
	2do puesto	Ryan Bailey
	3er puesto	Tyler Simmers
	3er puesto	Heitor Alves
	5to puesto	Kai Young
	5to puesto	Adriano Ferreira
	5to puesto	Benjamin Walker

RANKING DE LA WSL TRAS EL OCTAVO EVENTO

1	Tyler Simmers (USA)	55,835 puntos
2	Adriano Ferreira (BRA)	53,720 puntos
3	Ryan Bailey (AUS)	49,930 puntos
4	Benjamin Walker (AUS)	47,525 puntos
5	Heitor Alves (BRA)	42,435 puntos
6	Kai Young (HAW)	39,940 puntos

32

Ryan



Por un momento me he imaginado entrando en casa de Miles y chocando el pecho contra el suyo a modo de saludo, como si fuéramos orangutanes. Echo de menos ese tipo de interacciones con él.

Me recibe con dos cervezas frías en alto.

—¡Ha sido la polla! —exclama emocionado.

—Brutal, Miles.

Acabo de regresar del campeonato de Squarema en Brasil y estoy más eufórico que cuando me proclamé ganador del de Tahití, aun habiendo quedado segundo. Me tocó enfrentarme a Benjamin en los cuartos de final y lo fulminé. Clavé la primera de las olas y lo puse nervioso desde el inicio. No llegó al siete de puntuación. Gracias a eso, he ascendido al tercer puesto de la clasificación y ahora Benjamin ocupa el cuarto.

Salimos a la terraza trasera, mi lugar favorito de la casa de Miles.

—Tenías que haberle visto la cara cuando salió del agua y comprobó las puntuaciones.

—Que se joda. —Miles alza su cerveza—. Por un segundo puesto que sabe a campeón mundial.

Chocamos los botellines y damos un trago grande.

Contemplo a mi amigo tratando de imaginarme cómo lucirían nuestras vidas si no hubiera tenido el accidente. ¿Seríamos los dos profesionales del surf? ¿Ya se habría proclamado Miles campeón del mundo? ¿Nos habríamos distanciado por la rivalidad? Descarto esa última idea de inmediato. No, eso nunca nos pasaría a Miles y a mí. A diferencia de Benjamin, nosotros sí somos leales, casi familia. Apenas me acuerdo de cuando creía que lo éramos los tres.

—Tengo algo para celebrarlo… —Miles arquea una sola ceja y me enseña una bolsita con hierba.

—Miles…, sabes que no puedo.

—¿Uno solo? Entre los dos.

—¿Quieres que me cargue todo el campeonato por fumarme un porro? Si me toca control antidroga estoy fuera.

—La maría no está prohibida fuera de la competición. Estoy al tanto del reglamento.

—Algunos titulares son peores que una sanción de la WADA.

Miles se queda un instante en silencio, procesando mi respuesta.

—Tienes razón. —Guarda enseguida la marihuana—. Ha sido una estupidez.

—Lo podemos celebrar este fin de semana en el Ocean. He invitado a todos.

Agacha la cabeza y se frota las manos.

—No sé…

Yo sí lo sé. No quiere ir. Es reacio a salir de fiesta desde que va en la silla. Por mucha seguridad que proyecte y más chistes que haga sobre su discapacidad, creo que siente que incomoda a los demás por el hecho de que tengamos que adaptarnos a él. No todos los lugares son aptos para una silla de ruedas: pasillos estrechos, escalones, falta de espacio… En mi caso, me la pela el sitio al que vayamos si él se quiere apuntar. Es lo de menos. Lo que me importa de verdad es pasar tiempo con mi amigo.

—Tienes que estar. Eres mi mejor amigo, quiero celebrarlo contigo también.

—Ya veremos.

—En serio. Tienes que venir. —Miles no me responde—. A lo mejor coincidimos con Abi allí. Me la he encontrado alguna vez. —Lo miro de soslayo de forma sugerente. Sé que le gustó conocerla.

—Entonces puede que me lo piense.

—Puto vendido. Solo me haces caso cuando te hablo de mujeres.

Reímos los dos. Miles se enciende un cigarro y da unas cuantas caladas. Qué curioso, desde que regresé de Brasil no he tenido ganas de fumarme ninguno. Apoyo los pies en la mesita y me relajo sobre el respaldo del asiento.

—Vi el último episodio de *The Surf Mentor*. Fue… interesante. —Me mira con una sonrisa traviesa. Sé perfectamente a lo que se refiere.

—Por favor, no lo menciones. Y si la ves a ella, menos. Me ha costado sudor y lágrimas que se olvide del incidente.

—¿Por qué te has tomado tantas molestias? ¿Qué más te da lo que piense?

—A veces su cabeza va muy rápido y se imagina mil y una historias antes de que ocurran.

—¿Qué tiene eso que ver contigo?

—Que compartimos demasiadas horas juntos y no quiero que entre en bucle por estas mierdas. Nos lo haría más complicado a los dos.

Miles mueve la cabeza de arriba abajo lentamente. Diría que asiente, pero a una velocidad inferior a lo normal.

—Te preocupas por ella —afirma.

—¿Qué? No. Es solo que necesito grabar este programa en paz. Que no sea incómodo y se pase lo más rápido posible.

—Cualquiera lo diría —insiste.

—Por eso mismo la invité a surfear antes de marcharme a Brasil. A ver si con unas clases particulares mejora y no está tan insegura frente a la cámara.

—¿La has llevado a entrenar contigo? —se sorprende.

—A ver, no exactamente. Solo se pasó por una de las sesiones de la tarde para practicar un poco.

—Solos, al atardecer —recalca.

—Había mucha más gente en la playa.

—A la que no le dabas una clase particular de surf. No me jodas, Ryan. Solo me falta que me digas que visteis la puesta de sol subidos a una misma tabla.

Miles chasquea la lengua y resopla. Trago saliva, pero no respondo. Él me tantea con los ojos entrecerrados.

—¿Viste la puta puesta de sol con ella?

—Lo dices como si fuera una cita. Atardeció mientras estábamos allí. Y lo de la tabla fue solo una cuestión de logística porque…

—i¿La subiste a tu tabla?!

—Miles, de verdad, no es lo que…

—Dime que no era la de Kyle Evans —me interrumpe. Acerca su silla todo lo que puede a mí.

—Fue la que llevé a entrenar.

Miles rompe a reír de repente.

—Pensé que era el más lento de la sala —dice señalándose las piernas—, pero se ve que no. Te gusta.

—No me gusta.

—Ya lo creo que sí.

—No me gusta, Miles —insisto.

—Lo llevo pensando desde que vino a casa. La forma en que la miras…

—Sabes bien que no quiero nada con nadie.

—Yo no estoy diciendo que quieras pedirle matrimonio, pero te atrae. Reconócelo. Nadie puede reprochártelo, está buena de cojones.

Dejo de responderle a Miles y doy un buen trago a la cerveza. No quiero que siga insistiendo en esta conversación. Tiene razón en que Abi es preciosa; no obstante, no es esa la primera cualidad que me viene a la mente cuando pienso en ella. Su empatía y su empeño en hacerlo bien, sea lo que sea que se traiga entre manos. Eso es lo que más me llama la atención.

—¿También estará Olivia? —pregunta Miles.

—Es probable.

Nunca lo ha dicho abiertamente, pero sospecho que a mi amigo le gusta Olivia. Le cambia el rostro siempre que la menciono. Una vez le pregunté sin tapujos y se apresuró a negarlo. En ese entonces, ella y yo ya nos habíamos enrollado varias veces. Supongo que Miles no querría entrometerse. Aunque, en realidad, no hay nada en lo que inmiscuirse. No tenemos una relación ni la vamos a tener.

33

Abi



Es la primera vez que diría que estoy emocionada por la grabación. Me siento más confiada y soy capaz de visualizarme encima de la tabla surcando las olas.

Hoy Ryan no entrena, pero hemos quedado igualmente para no interferir con los compromisos promocionales que tiene el resto de la semana. Al llegar a la playa, el equipo ya está preparando las cámaras. Diviso a Ryan de espaldas, charlando con ellos. Me apresuro para alcanzarlos.

—¡Hola, chicos! —saludo alegre.

Cuando Ryan se gira me entra un ataque de risa sin que pueda remediarlo.

—No te rías.

—Demasiado tarde —respondo entre carcajadas.

Se ha afeitado la barba, dejándose un bigote ridículo muy gracioso.

—No tiene gracia, Abi. —Frunce el ceño como haría un niño pequeño cuando está molesto. Me provoca más risa todavía.

—Sí que la tiene…

—O reímos todos o ninguno.

Ryan se me acerca dando dos zancadas y comienza a hacerme cosquillas en la cintura. Me retuerzo sin parar de reírme, tanto por su aspecto como por los espasmos que siento en todo el

cuerpo. Lo veo sonreír. Me revuelvo para zafarme de su agarre, pero termino cayendo en la arena. No me da tiempo a reaccionar. Cuando me doy cuenta, me lleva cargada sobre el hombro, como si fuera un saco de patatas, y corre hacia el agua.

—¡Te devuelvo a tu hogar, estrella de mar!

Me lanza al agua fría sin piedad. Gracias que hoy me he puesto un neopreno completo y eso ha amortiguado el *shock*.

—No me va a dejar de parecer gracioso por muchas cosquillas que me hagas —digo al salir a la superficie. Me aparto el pelo mojado hacia atrás.

—No lo menciones más, por favor. Tengo que grabar una publicidad esta tarde y me han obligado —resopla.

—Procuraré hacer como que no lo veo —respondo guiñándole un ojo.

Salimos del agua y nos quedamos en el punto donde las olas nos acarician los pies con cada vaivén.

—Felicidades por Squarema. —Ryan sonríe de oreja a oreja—. El *heat* de la final fue increíble, aunque no lograras imponerte.

—¿Viste la final? —pregunta sorprendido.

—Te recuerdo que ya formo parte de la sección de deportes. Tengo que hacer bien mi trabajo. Me chupé el campeonato completo.

—Sin embargo, no he leído ninguna crónica firmada por ti —apunta. Yo suspiro.

—No son conceptos equivalentes —me lamento—. Aunque he conseguido que me dejen escribir un artículo sobre las mujeres en el surf. El incidente del otro día me dio mucho en qué pensar.

—Interesante. Es un buen tema. —Su expresión se suaviza y su mirada se vuelve más intensa—. Podría ponerte en contacto con Marina Cox, me llevo bien con ella.

—¿De veras?

—Claro. La conozco, estoy convencido de que le encantaría colaborar contigo en este asunto.

—¿Por qué me salvas siempre?

Las palabras se me escapan sin haber meditado lo que esconden. Ryan parece igual de sorprendido que yo.

—Yo… no…

—¡Chicos! —grita Mike desde atrás—. ¡Es hora de empezar!

Ryan sube enseguida para reunirse con el equipo. Parece explicarles algo. Mike asiente todo el tiempo y hace una mueca de aprobación con la boca. El surfista regresa con las dos tablas bajo los brazos.

—Haremos lo mismo que el último día. Intenta mantenerte todo lo que puedas sobre la tabla.

Como siempre, me ata el *leash* al tobillo antes de meternos al agua. Es la primera vez que no me siento ansiosa por este momento. Estoy convencida de que se debe a la práctica que hicimos a solas previa a su marcha a Brasil. Sé que soy capaz de hacerlo.

Remo hasta el punto que me indica Ryan y me pongo de pie en la tabla. No me ha costado tanto como en las ocasiones anteriores y soy capaz de sostenerme unos segundos, impulsada por una ola que me lleva hacia delante. Lo repetimos unas cuantas veces. Creo que comienza a resultarme divertido.

Todo el tiempo escucho a Ryan dándome ánimos. «¡Eso es!», «¡Tú puedes!», «¡Vamos, Abi!». Es reconfortante y me da mucha seguridad tenerlo a unos metros de distancia en el agua. Está sentado en su tabla, como cuando vimos los delfines. Se ha alejado un poco más de mí que en la última ocasión que grabamos. Creo que él también confiaba en que podía hacerlo bien sin más ayuda que sus gritos de aliento.

Salimos a la orilla para descansar unos segundos. Este deporte requiere mucho más esfuerzo del que pueda parecer desde fuera, y eso que solo trato de mantener el equilibrio.

—¿Estás preparada? —pregunta Ryan.

Bebe una botella pequeña de agua y casi se la termina de un solo trago. Algunas gotas resbalan de sus labios y le caen sobre el pecho. Se seca la boca con el antebrazo. Por un momento me parece estar dentro de un anuncio de esos que él mismo protagoniza.

—¿Para qué? —logro contestar, a pesar del ensimismamiento momentáneo.

—Vas a coger tu primera ola.

—Ryan, no creo que esté preparada para…

—Conmigo, en mi tabla —añade.

Sus palabras me silencian. Me dejan un instante sin respiración. Me toma de la muñeca y me arrastra con él al agua antes de que pueda pensarlo más.

—He traído la tabla más pesada que tengo para hacer esto.

Ya me había percatado de que era más grande que las otras que le he visto antes, pero no se me pasó por la cabeza lo que pretendía.

Nos tumbamos sobre ella igual que la tarde que estuvimos solos, yo delante y él detrás. Remamos a la par, adentrándonos mucho más de lo que lo he hecho anteriormente. Esperamos un rato hasta que comienza un nuevo set de olas.

—Solo tienes que ponerte de pie cuando te lo diga. Del resto me encargo yo.

Trago saliva. Tengo el corazón desbocado, podría abrirse paso a través de mi pecho en cualquier momento. Noto que Ryan da brazadas.

—¡Ahora, Abi!

No lo pienso. Tras su señal, me preparo y ejecuto el *pop up* como llevo practicando toda la mañana. Noto que él se pone de pie a la misma vez detrás de mí. No sé qué esperar a continuación; entonces, Ryan me sujeta fuerte por la cintura y la tabla se desliza por la ola con una suavidad increíble. La sensación que me inunda es indescriptible. Me siento libre, ligera, poderosa. Hace algunos giros no muy pronunciados. Entiendo que conmigo encima no puede desplegar maniobras muy elaboradas. Pero para mí es lo más. Estoy tan eufórica que grito. Escucho su risa cerca de mi oreja.

La ola se termina y la tabla pierde velocidad. Nos dejamos caer a un lado.

—Ha sido…

No encuentro la palabra para definirlo. En realidad, se me agolpan decenas de ellas en la punta de la lengua y ninguna tiene la suficiente entidad por sí misma para expresarme como quisiera.

—Mágico —dice Ryan.

Lo miro a los ojos. Los rayos del sol inciden en ellos y percibo los pequeños destellos dorados en sus lagunas verdes. Sé de lo que se trata, pero en este momento solo me recreo en lo bonito y especial de ese brillo.

—La primera vez que consigues cabalgar una ola es una sensación que no se olvida en la vida —añade—. Sé lo que sientes ahora mismo.

En ese instante soy consciente de todo lo que Ryan me ha regalado hasta ahora. Lo más importante, seguir viva, es evidente. Pero también una colección de momentos a su lado que me han hecho sentir fuerte, que puedo, que vale la pena lo que hago.

Ya no sé cómo agradecérselo. Aparto la tabla que flota entre nosotros y me cuelgo de su cuello, estrechándolo con todas mis fuerzas.

—Gracias, Ryan —le susurro en el oído.

—Lo que sea por ver una estrella de mar contenta.

Me aprieta contra su cuerpo pasándome los brazos por la espalda. Esa sensación reconfortante dura apenas unos segundos porque, después, me lanza al agua con energía. Se ríe y arrastra la tabla hasta la orilla.

Nos reunimos con el equipo en tierra firme.

—Ha sido sensacional —dice Brody a la vez que le choca la mano a Ryan. Después se gira hacia mí—. Hoy no he conseguido ninguna imagen graciosa de ti, me tendré que conformar con el bigotillo de este —se mofa. Lo acompaño en la burla—. Sin embargo, lo de los dos sobre la tabla ha estado increíble. Han salido unas tomas espectaculares.

Me sonríe con cariño y se vuelve para continuar recogiendo el equipo. Josh me mira por unos segundos y, como siempre, no dice nada.

—Sinceramente, no confiaba en que lo conseguirías —reconoce Mike—. Ryan estaba muy seguro desde la primera grabación. Admito que a mí me costaba verlo. Lo has hecho genial, Abi.

—Tengo al mejor maestro —contesto.

—En eso tengo que darte la razón. —Se gira y le choca la mano a Ryan—. Fantástico, como siempre. ¡Nos vemos la semana que viene!

Ryan y yo despedimos al equipo y luego nos sentamos en la arena. Charlar después de las grabaciones se ha convertido en una costumbre. No voy a negar que es la parte que más me gusta de todo esto.

—¿Qué vas a publicitar esta vez? —le pregunto señalando el bigote.

Ryan suspira.

—Una marca de champán, por lo visto. No tengo muy claro qué es lo que se traen entre manos, aunque prefiero no saberlo hasta llegar allí. Así me ahorro unos días de cabreo.

—Te hace muchísima ilusión —ironizo.

—Lo detesto.

—¿No te puedes negar?

Ryan se echa ligeramente hacia detrás, apoyándose sobre las manos y con la mirada fija en el mar.

—El patrocinador manda. No tengo voz ni voto.

—En algún punto estará el límite, ¿no? ¿Pueden exigirte lo que quieran, sin más?

—¿Sabes cuánta pasta se dejan en mí? Entrenadores, fisioterapeutas, tablas, ropa, viajes… Tide Motion tiene que percibir un beneficio económico superior a todo eso o no les sería rentable. ¿Podría negarme a ciertas cosas? Es probable, pero quizás supone renunciar a un entrenador como Payton y conformarme con cualquier otro. Bajo ningún concepto lo aceptaría, así que me toca tragar.

Qué diferente veo a Ryan ahora. Presuponía los esfuerzos y el sacrificio que requiere ser un deportista de élite, aunque no me imaginaba hasta qué punto su vida estaba manejada por otros. Es una especie de títere en manos de su patrocinador. Disponen de su imagen para hacer con ella lo que les plazca sin que él tenga oportunidad de opinar al respecto. Así de importante ha de ser el surf para Ryan.

Se incorpora de nuevo y se sacude la arena de las manos.

—¿Este sábado irás al Ocean? —me pregunta.

—No lo creo. Mi amiga Hana lleva días insistiéndome en que volvamos, pero no sé. ¿Por qué?

—Celebro el resultado de Squarema con todos mis amigos. Os podéis unir las dos, si queréis.

La proposición de Ryan me provoca un escalofrío. ¿Me está incluyendo dentro de su grupo? Es cierto que, con el paso de las semanas, somos bastante más cercanos que antes, aunque no diría que amigos. Inevitablemente, recuerdo la noche que nos encontramos allí. Nuestra relación ha cambiado mucho desde entonces.

—Lo pensaré. —Jugueteo hundiendo los dedos en la arena—. ¿Por qué celebrarlo ahora y no cuando ganaste en Tahití?

—Porque estoy tercero en la clasificación —asegura.

—Exacto. Vas tercero, no primero. Sé que es importante escalar posiciones de cara a las finales, pero no deja de parecerme extraño.

—Quiero ser campeón del mundo esta temporada. *Debo* serlo.

—Sigue sin convencerme. Habrías estado eufórico cuando regresaste de Tahití y no fue así. En cambio, ahora no puedes esconder tu satisfacción. Hay algo más.

—¿Intentas obtener una exclusiva? —me pregunta arqueando las cejas.

Me sonrojo. No era lo que buscaba, pero entiendo que lo haya interpretado así.

—No pretendía sonsacarte información —me apresuro a negar —. Lo siento si te he hecho sentir incómodo.

—Eres muy perspicaz, Abi. Te irá bien en el periodismo.

—De momento no tengo ningún resultado.

Ryan se gira hacia mí y cruza las piernas mientras me observa. Presiento que algo ha cambiado e imito su gesto para quedar de frente a él.

—Mi prioridad es ser campeón del mundo, pero también tengo otro objetivo. —Habla en un tono suave, como si me quisiera confesar un secreto que nadie más conoce—. Ganar a Benjamin Walker, sea como sea.

—Así que es por rivalidad.

—Es más que eso.

Se le tensa la mandíbula y aprieta los puños, el color blanco en los nudillos lo delata.

—¿Qué ocurre con él?

—Me lo guardo para mí. Es suficiente con que él y yo lo sepamos.

No insisto. Está claro que hay una historia personal detrás, algo que trasciende a la competición y que Ryan no desea compartir conmigo. ¿Me gustaría saberlo? Sin duda. Mi yo periodista está ávida de conocer el desencuentro. Sin embargo, es Abi la ¿amiga?, ¿confidente?, lo que quiera que seamos, la que se siente preocupada por él.

34

Abi



Escucho la puerta de casa abrirse mientras me preparo un café en la cocina. Aunque supongo que es Declan, me asomo con cierta inquietud. Es él. Hana le dejó un juego de llaves de nuestro piso, pero solo las utiliza cuando es estrictamente necesario. Lo veo entrar con una bolsa en la mano.

—Hana sigue en su cuarto —lo aviso—. Aún no se ha levantado.

—Me lo imaginaba —susurra—. Solo me paso a traer provisiones.

—¿No quieres que la llame?

Niega sacudiendo la cabeza para después entrar en la cocina. Saca de la bolsa una cantidad ingente de chocolates en todas las versiones posibles que coloca con pulcritud en la alacena de los *snacks*.

—¿Qué es todo esto? —Ahora susurramos los dos. No entiendo muy bien por qué.

—A Hana le viene el periodo hoy. Estoy reponiéndole sus chocolatinas favoritas.

La definición de santo se le queda corta al novio de mi amiga. ¿También está al tanto de su ciclo menstrual? Es asombroso.

Hana padece de endometriosis y tiene unas reglas horriblemente dolorosas. El chocolate y los analgésicos suelen ser

sus mejores compañeros esos días. A Declan no se le escapa ni un solo detalle.

—Me marcho al trabajo. Ya la llamaré más tarde.

—Estaré con ella, tranquilo.

La familia de Declan posee un negocio de organización de eventos y muchos fines de semana tiene que trabajar. Se ve que hoy es uno de esos días.

Lo despido en la puerta y me tumbo en el sofá. Enciendo la televisión y cambio los canales con rapidez. Hoy se emite *The Surf Mentor*. Al principio odiaba verme en la pantalla; sin embargo, de un tiempo a esta parte me encuentro más cómoda como espectadora de mi propio proceso. Tengo ganas de ver desde fuera lo que hicimos Ryan y yo el último día, cuando surfeé mi primera ola —con su ayuda, claro—.

Comienza la sintonía del programa y siento cosquillas en el estómago. Aparece Ryan con el bigote absurdo que lo obligaron a dejarse y se me escapa de nuevo la risa, igual que ese día. Las escenas se suceden, pero solo estoy centrada en observarlo a él. Su porte, su actitud, sus expresiones. Se le ve muy profesional durante toda la emisión. Habla con aplomo y seguridad, y sus gestos lo acompañan. También sonríe mucho, especialmente cuando consigo lo que me propone.

Se acerca el momento que llevaba esperando toda la semana. Estamos los dos tumbados sobre la tabla, remando. Hay una imagen aérea preciosa, grabada con un dron del que no fui consciente en ningún momento. La perspectiva es increíble. El mar azul turquesa y nosotros dos en su inmensidad, diminutos, braceando al unísono. Se escucha a Ryan darme la indicación y nos ponemos de pie. Aparece un primer plano de sus manos sosteniéndome por la cintura. De repente siento calor, me sonrojo. Contemplándolo desde fuera, me parece un gesto íntimo. ¿Me está dando vergüenza? Aquel día no lo viví así. Sentía una confianza plena en Ryan y su agarre me dio toda la seguridad que necesitaba para enfrentarme a ello.

La imagen se amplía de nuevo y la cámara sigue nuestro recorrido por la ola. Estoy maravillada con el resultado.

—¿Has hecho eso con Ryan Bailey?

Me giro y descubro a Hana de pie junto al sofá. No la he escuchado llegar. Tiene la voz más ronca y grave de lo habitual, probablemente porque se acaba de despertar.

—Fue increíble.

—Ya lo creo. Sobre todo la parte en la que se ancla a tu cintura como si fuera un salvavidas.

—Tenía que agarrarme para que no me fuera al agua. No seas mal pensada.

—Me sorprende que no te pusieras a estornudar como una loca en ese momento.

Ahora que lo pienso, hace ya un tiempo que no me ocurre. Más de lo normal, teniendo en cuenta las situaciones a las que me he tenido que enfrentar de un tiempo a esta parte. Casi no puedo recordar cuándo fue la última vez.

Hana se deja caer en el sillón y se hace una bolita pequeña. Cierra los ojos un instante.

—Declan se ha pasado por aquí hace un rato. Ha llenado la despensa de chocolatinas.

—Lo amo —responde sin abrir los ojos.

—¿Tiene algún defecto? Por más que lo pienso no se me ocurre ninguno.

—Es pelirrojo.

Me río. En efecto, no tiene ninguno. Parece que lo crearon en el cielo con la única misión de bajar a la Tierra a adorar a Hana.

—Tenía un plan que proponerte —menciono—, pero si estás así lo mejor será quedarnos en casa.

Hana abre un solo ojo y me mira.

—¿Qué plan?

—Ryan nos ha invitado al Ocean esta noche. Por lo visto se reúne con sus amigos para celebrar el resultado del último campeonato.

—¿*Nos*? ¿Me ha incluido? —Ahora tiene los dos ojos abiertos de par en par.

—Sí, a las dos. Supongo que no te apetecerá.

—No hay nada que un par de analgésicos no solucionen.

Llevo todo el día rumiando lo de los estornudos. Recuerdo las primeras veces que grabamos y lo nerviosa que me ponía antes de empezar. Sin embargo, esa sensación se ha esfumado, y creo que es gracias a Ryan. Es atento, se preocupa por que esté bien en los entrenamientos, y también seguro de sí mismo; tanto que es capaz de transmitirme esa convicción a mí.

Se me cruza una idea que jamás había tenido. Yo misma me sorprendo por estar pensando esto, pero me parece que Ryan sería un candidato perfecto para cumplir mi propósito de este año. Me fío de él, me hace sentir cómoda y… es guapo. *Muy* guapo. Me viene también a la cabeza su amistad con Olivia Kerr. Tiene experiencia de sobra en el sexo sin compromiso y confío en él lo suficiente sin que llegue a ser un amigo íntimo. Analizándolo de forma objetiva, no le encuentro pegas a este razonamiento, aunque lo descarto de inmediato porque es una idea ridícula.

—¿Ya estás lista? —me pregunta Hana, apoyada en el quicio de la puerta de mi habitación.

—Vámonos.

Me he puesto un vestido corto ceñido de color azul y unas plataformas doradas con la suela de esparto. Hana se ha encargado de maquillarme. A ella se le da infinitamente mejor que a mí. Ni en un millón de años sería capaz de lograr los delineados perfectos que se hace.

La cola del Ocean Club es más larga que la última vez que estuvimos aquí. En esta ocasión, no me preocupa. Nos dirigimos a la entrada y les doy mi nombre a los porteros. Desenganchan el cordón para dejarnos pasar con rapidez. Me siento un poco extraña recibiendo este trato; no soy nadie. Sin embargo, lo agradezco.

—No me puedo creer que vayamos a acceder al reservado de Ryan Bailey —comenta Hana emocionada—. Quizás haya más famosos allí.

—Creo que eso me resultaría incómodo. Si lo pienso en frío, no pintamos nada aquí.

—Si te ha invitado, por algo será —asegura—. ¿Cómo debería comportarme? No quiero caerle mal.

—Es un chico normal, Hana. Sé tú misma y punto. Y te advierto que no estaremos mucho tiempo. Saludamos, socializamos un rato y nos vamos.

—No seas aguafiestas, Abi. Me he atiborrado de ibuprofeno para acompañarte, así que no nos iremos hasta que se me pase el efecto por lo menos.

Suspiro. Quizás no haya sido tan buena idea traerme a Hana conmigo.

Subimos las escaleras que conducen a los reservados y nos encontramos con otro chico de seguridad al final. Vuelvo a dar mi nombre. Lo comprueba en la lista y se aparta a un lado para darnos paso.

El local luce bien diferente desde allí arriba. Podemos ver toda la sala. La gente bailando en la pista, la barra atestada, la cabina iluminada del DJ…

Nos adentramos en el reservado y enseguida diviso a Ryan. Está hablando con sus amigos, riendo. Me dirijo a saludarlo —es lo suyo, se trata del anfitrión—, pero me topo con Miles en el camino.

—¡Miles! —grito por encima de la música. Me inclino hacia él para saludarlo con un abrazo. Me lo devuelve.

—Menos mal que has llegado. Esta fiesta es un muermo total. Me pillas a punto de salir corriendo.

Me río con su chiste mientras él da un sorbo a su bebida, intentando aparentar indiferencia.

—Te presento a mi amiga Hana. Este es Miles.

—Un placer —saluda él estrechándole la mano.

—Igualmente.

Noto que Hana se ha quedado un poco tensa con el encuentro. Es probable que el comentario de Miles la haya pillado por sorpresa.

Su actitud jocosa constante me hace gracia. Sé que puede tratarse de un mecanismo de defensa, un escudo que lo protege de las miradas compasivas y que lo ayuda a relacionarse con el resto del mundo. A mí me agrada mucho su compañía. Lo sentí así cuando nos conocimos y hoy lo constato de nuevo.

—¿Os apetece beber algo? Podéis pedir lo que queráis, invita mi amigo, el surfista famoso.

Mi amiga cambia la expresión en cuanto lo escucha.

—Dos piñas coladas por aquí —le pide al primer camarero que se cruza en su camino.

—Ojo con el alcohol —le advierto—, que estás dopada hasta las cejas.

Noto el roce de una mano sobre el hombro. Antes de darme la vuelta ya sé de quién se trata.

—Te invito a mi fiesta y estás de cháchara con este personaje en vez de venir a saludarme.

Ryan luce espectacular, muy diferente a verlo con neopreno. Viste un pantalón ancho de color verde oscuro y una camisa calada de manga corta en tonos beis. Lleva los dos primeros botones desabrochados, enseñando la piel bronceada. Fuera de la ropa deportiva, parece preferir los tejidos ligeros y sueltos. Lo entiendo; se pasa el día con trajes ajustadísimos para entrenar.

—Abigail tiene criterio —responde Miles.

—Enhorabuena por el campeonato de Squarema. Otra vez. —Ryan sonríe—. Esta es mi amiga Hana.

Ella da un paso al frente bien dispuesta y lo saluda con entusiasmo.

—Felicidades y gracias por invitarme a mí también. —Hana señala a su alrededor—. Este reservado es otro mundo.

—Espero que disfrutéis de la noche.

Algunos de sus amigos vienen a buscarlo.

—Tío, ¿has visto que…? —El chico alto que le pasa a Ryan el brazo por los hombros se interrumpe a sí mismo—. Oye, ¿tú no eres la del programa de televisión?

—Sí… —respondo con timidez. ¿Me ha reconocido?

El resto del grupito se junta a nuestro alrededor.

—¡No me pierdo un episodio! Teníamos apuestas sobre si serías capaz de lograrlo o no. El cabrón de Ryan no suelta prenda ni nos avanza nada por más que le insistimos.

—¿Eres Abigail? —pregunta otro de sus amigos.

Se forma un pequeño revuelo y las miradas del grupito se dirigen a mí. No sé dónde meterme. Soy incapaz de procesar todos los comentarios que hacen. Observo de un lado a otro intentando no perderme en la conversación, pero no paran de parlotear e interrumpirse entre gritos.

—Ya está bien —interviene Ryan—. No la atosiguéis. Abi, estos son todos mis colegas. A Miles ya lo conoces, y los demás son Ted, Dave, Ashton y Liam. —Señala a cada uno de ellos mientras habla—. No es necesario que recuerdes sus nombres.

Tras la caótica presentación, Ryan reagrupa a sus amigos y se los lleva a otra zona del reservado. Sigo impactada con el hecho de que me hayan reconocido. Por suerte, el camarero aparece con las piñas coladas que ha pedido Hana. Brindamos entre nosotras y con Miles para después dar un buen trago a las bebidas. No me sorprende lo rico que está el cóctel.

Charlamos con Miles, bebemos y bailamos. Él se anima también a acompañarnos y nos turnamos para hacer girar su silla. Mi piña colada desaparece a toda velocidad, pero no tardan en reponérmela. La atención en los reservados nada tiene que ver con el resto del local. Abajo hay que abrirse paso entre la multitud para conseguir llegar a la barra; aquí, los camareros no paran de pasearse preguntando si necesitamos algo.

Después de la segunda copa, llega la tercera y una cuarta también. Me encuentro algo mareada, aunque no ceso de bailar y brincar junto a Hana. Ella ha seguido mi consejo y ha limitado su ingesta de alcohol —a regañadientes, eso sí—. No nos hemos separado de Miles en todo el tiempo. Ryan se ha acercado un par de veces, pero no pudimos mantener más que alguna charla fugaz. El resto de invitados requieren su atención. No obstante, me estoy divirtiendo muchísimo.

Hana se me acerca al oído.

—Me marcho a casa. Se me está pasando el efecto del chute de analgésicos.

—Claro. Vámonos.

—No. Quédate tú, lo estás pasando genial y aún es temprano.

—¿Estás segura? ¿No quieres que te acompañe?

—He avisado a Declan para que me recoja y me lleve a casa. No te preocupes por eso.

Hana me abraza fuerte y después se despide de Miles chocándole la mano. Al final, parece que ellos también han congeniado.

Es la primera vez que sigo de fiesta sin mi amiga. Normalmente es ella la que no se quiere marchar y yo la que tiene que arrastrarla de vuelta a casa. Puede que sea por el efecto del alcohol. He bebido mucho más de lo habitual en mí y ya tengo otra piña colada en la mano. Están deliciosas.

De todas las personas del reservado, hay una a la que reconozco: Olivia Kerr. Llegó un rato después que nosotras y se acopló con los colegas de Ryan de entrada. No se ha separado de ellos. Ha mantenido unas cuantas conversaciones con el surfista. Él asegura que son solo amigos, no obstante, se desprende una intimidad entre ellos que flota en el aire. Están más cerca de lo habitual y tienen un contacto físico que no veo con el resto de las chicas de la fiesta. También me he fijado en que es ella quien lo inicia. Se engancha de su brazo o le toca el pelo cada tanto.

¿Sería capaz yo también de actuar así? Experimentar el sexo sin compromiso, sin que involucre ningún tipo de sentimiento. Ahora que tengo unas cuantas copas encima, la idea que se coló en mi mente antes de venir a la fiesta regresa con fuerza. Sacudo la cabeza para hacerla desaparecer. Ni en un millón de años un chico como Ryan accedería a tal cosa conmigo. Sé dónde está mi límite; solo hay que ver a Olivia.

He calado a Miles mirándola en más de una ocasión. Cualquiera diría que le gusta, aunque no sé si mi juicio será acertado, dada la relación que mantiene su amigo con ella.

—¿Me acompañas a fumar? —me pregunta Miles sacudiendo una cajetilla de tabaco.

—¡Claro!

A partir de la cuarta copa, todas mis respuestas están siendo eufóricas. Me emociono de más y me tropiezo con mis pies, perdiendo el equilibrio. Miles me sujeta el brazo; aun así, caigo sobre su regazo.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! ¿Te he hecho daño? —Intento levantarme, pero él me lo impide.

—¿Tengo que recordarte que no siento nada de cintura para abajo? —Niega con la cabeza a la vez que arquea las cejas. Vuelve un instante la cabeza y después hace rodar la silla—. Anda, que te llevo.

El trayecto hasta la terraza para fumadores es escaso, pero me lo paso pipa sobre el regazo de Miles. Al llegar, abandono el cómodo asiento para quedarme de pie, apoyada en la barandilla metálica. Hace un poco de frío.

—¿Quieres uno? —me ofrece.

—No fumo.

—Haces bien.

Miles se enciende el cigarro y da una calada honda para después expulsar el humo con lentitud. Lo observo. Es una persona importante para Ryan. Sé por lo que tuvieron que pasar cuando eran adolescentes, y que sigan tan unidos habla muy bien de ambos. Especialmente de Ryan. Ha llegado lejos en el mundo del surf; sin embargo, no se ha olvidado de dónde viene ni de quiénes lo rodeaban desde el comienzo.

—Me he dado cuenta de las miradas que le lanzas a Oliva Kerr. —Tengo la lengua suelta. Bebo un sorbo de mi cóctel, no vaya a ser que la lucidez de la sobriedad me sorprenda en medio de una conversación incómoda—. Te gusta, ¿verdad?

—¿A quién no le gusta Olivia?

—Ryan no lo sabe.

—No tiene por qué. No hay nada que saber.

—Sois amigos y… bueno, él se está enrollando con la chica que te gusta. Quizás sí que deba tener conocimiento.

—¿El alcohol te hace irte de la lengua? —Da otra calada.

—Puede. —Se me escapa una risita tonta.

—Me atrae Olivia —confiesa—, pero ella es como Ryan. No le interesan las relaciones serias, solo quiere pasarlo bien, sin ataduras. A mí eso no me va. Así que da lo mismo cuánto me guste o me deje de gustar. ¿Lo entiendes? —Asiento.

—Tranquilo, te guardaré el secreto. —Me cubro los labios con el dedo índice.

—Dudo que recuerdes esta conversación mañana.

Me giro y observo el paseo de Surfers Paradise a nuestros pies. Se ve distinto desde arriba. La música no consigue acallar del todo el sonido del mar, aunque no puedo ver las olas rompiendo en la orilla.

—¿Estabais aquí? —escucho detrás de mí. Me vuelvo de inmediato.

—Gracias que ha venido Abigail para salvar esta fiesta.

Se me escapa de nuevo una risita ridícula.

—Abi —respondo—. Llámame Abi.

—Vaya, vaya. Mis amigos se hacen colegas a mis espaldas.

Miles y yo nos miramos y sonreímos con complicidad. Es un tío genial.

—¿Estás celoso? —pregunta Miles riendo.

—Un poco sí, casi no he podido hablar con Abi en toda la noche.

—¡Pues aquí me tienes! —Tengo que dejar de beber piñas coladas porque ya no controlo el volumen de mi voz.

—¿Volvemos dentro? —sugiere Ryan—. Hace frío, vas a pillar un resfriado.

Señala mis hombros al descubierto. Es cierto que no voy vestida como para estar al aire libre en una madrugada de finales de otoño.

Regresamos al interior del local. Miles se detiene a hablar con otros amigos y Ryan y yo nos quedamos solos. Comienza a sonar *Water* de Tyla y no puedo evitar moverme.

—¡Me encanta esta canción!

—¿Quieres bailar? —Extiende su mano hacia mí a modo de proposición.

No lo dudo un instante. Apoyo la copa en una mesa alta y le agarro la mano. Empiezo a bailar frente a Ryan al ritmo de la música y él me sigue. Tengo que reconocer que no se le da nada mal. Me da una vuelta. Tras el giro, me apoyo sobre sus hombros. Nuestros cuerpos se acercan inevitablemente, pero no dejamos de movernos.

Percibo su perfume. Es fresco, con la intensidad justa para agradar. Normalmente huele a protector solar, así que me sorprende conocer su aroma. Bajo la mirada y me encuentro con su pecho medio descubierto. Lo he visto mil veces cuando se quita el neopreno, pero esta vez siento algo distinto. Es… sugerente. Cierro los ojos un instante y después me centro de nuevo en su rostro. Ya no hay rastro del bigote gracioso que le vi la última vez. En cambio, un vello ligero le cubre la mitad inferior de la cara, una barba de tres o cuatro días. Le queda bien. Levanto un poco más la mirada y me fijo en el aro de la nariz. Cuánto me gusta. Termino el recorrido en sus ojos verdes, esos que tanto me llaman la atención. El único detalle que se me quedó grabado del día que me rescató en el agua.

Quizás haya bebido más de la cuenta —mucho más—, y sé que estoy un poco piripi. No tengo dudas porque me empieza a parecer razonable contarle a Ryan que él sería el candidato ideal para ejecutar mi plan de perder la virginidad. Sí. ¿Qué podría pasar?

Me acerco a su oído.

—Quiero hacerlo contigo.

—¿El qué?

—Mi primera vez.

—¡¿Qué?! —Ryan se separa un poco, mirándome como si hubiera dicho una barbaridad.

—Lo que has oído.

—Estás chiflada. Y un poco borracha también.

—No, lo digo en serio. Quiero hacerlo contigo.

Se inclina hacia mí y me habla muy cerca. Su respiración me acaricia el cuello.

—Abi, no vamos a tener esta conversación mientras estás bebida, porque mañana te arrepentirás de todo lo que estás diciendo y no serás capaz ni de mirarme a la cara. Eso si te acuerdas, claro.

—Vamos, Ryan. Si lo haces con todas.

—No lo hago con todas.

—Con muchas, sí. Yo podría ser otra de tantas.

—No, Abi.

—¿No?

—No —responde tajante.

—Si es porque no te atraigo en absoluto puedes decírmelo.

—Ese no es el problema.

—¿Y cuál es entonces?

—Abi, estás borracha.

—No te creo. Puedes rechazarme sin más, decirme que te horripila la idea de acostarte conmigo. Prefiero la verdad a las excusas.

Ryan aprieta los labios. Se está callando algo.

—Reconócelo —insisto—. En serio, no me lo voy a tomar mal.

Se acerca todo lo que puede a mí y me susurra en el oído.

—Te follaría aquí mismo, en el baño o en la parte trasera del reservado. Eso da igual. Créeme cuando te digo que ese no es el problema. Y, ahora, deja de insistir y vamos a bailar.

Se separa de mí y me da otra vuelta. Continuamos bailando en silencio. Después de su comentario me he quedado sin palabras. ¿Qué podría responder a eso? Sin embargo, estoy acalorada. Un fuego interno me recorre y se asienta en la parte baja de mi abdomen.

La canción termina y Ryan se marcha con sus amigos. Sigo sus pasos con la mirada, paralizada. Miles viene a dar conmigo.

—¿Te encuentras bien?

Me dejo caer sobre uno de los asientos.

No, no estoy nada bien.

35

Ryan



Todavía no supero la proposición de Abi en la fiesta de la otra noche. No es que no me haya ocurrido antes que una chica me haga ese tipo de insinuaciones —es más, me sucede con cierta frecuencia—, aunque no lo esperaba para nada de ella. Tengo claro que fue todo producto del alcohol y que jamás se atrevería a decirme algo así estando sobria. Sin embargo, no deja de sorprenderme.

Lo más probable es que no se acuerde de nada. Y es lo mejor para ella. Me imagino contándole la situación y Abi estornudando doscientas veces al enterarse de lo que hizo. Sería gracioso ver su reacción, pero no se lo diré. Tampoco quiero que pase un mal trago.

Sentí un escalofrío cuando me lo dijo. «Quiero hacerlo contigo». Sus palabras resuenan desde entonces en mi cabeza, a cada rato. Por un momento vacilé. Estuve tentado de soltarle un sí. La música, el baile, la luz tenue, sus labios jugosos, el alcohol… Todo sumaba. Su aliento a ron y a piña, por más apetecible que se presentara, fue lo que me detuvo. Menos mal que no perdí el norte. Hubiera sido un error.

Hoy volvemos a grabar en casa. Según la cadena, los episodios relacionados con mi vida como surfista tienen buena aceptación, así que han decidido intercalarlos con los entrenamientos en el mar. Fue una solución improvisada la primera vez que lo hicimos, cuando pretendían que Abi se metiera en Kirra,

pero resulta que ha funcionado. No me queda tan claro cómo saldrá lo de hoy… Voy a tener que desplegar todas mis dotes interpretativas para que parezca que esta farsa forma parte de mi vida real.

Tocan el timbre. Espero encontrarme al equipo, no obstante, se trata de mi madre.

—Hola, cariño.

—¿Qué haces aquí? —La saludo con un beso en la mejilla.

—Tu cocina clama a gritos que nadie la utiliza. Vengo a darle un toque hogareño para disimular.

—Eres la mejor.

Me río y me hago a un lado para que pase. Viene cargada con una bolsa de rafia grande. Coloca unos paños sobre la encimera de granito que combinan con los tonos de mi cocina —¿quién los necesita teniendo servilletas?—. Pega una pizarra magnética en la puerta de la nevera e inclina la cabeza para valorar si tiene el ángulo adecuado. Saca también un recipiente metálico en forma de cestita que va repleto de huevos para dejarlo a un lado de la isla. Rellena el frutero que nunca utilizo con manzanas y después guarda dos delantales a juego en uno de los cajones vacíos.

—Así está mejor. —Mira a su alrededor con satisfacción.

—No tenías que haberte molestado. Es solo un programa de televisión.

—Por eso mismo, Ryan. No quiero que la gente piense que tienes la cocina de decoración.

—Es la verdad, mamá. Sabes que solo utilizo el microondas.

El timbre vuelve a sonar.

—¿Ya están aquí? Será mejor que me marche.

Me acompaña hasta la entrada y al abrir la puerta descubrimos a Abi al otro lado. Por un momento se sorprende, pero reacciona con rapidez esbozando una sonrisa enorme.

—Hola —saluda alegre—. Usted es la madre de Ryan, ¿verdad?

—¿Abigail? —responde ella—. ¡Eres mucho más guapa en persona!

Abi se ríe negando con la cabeza.

—No te quedes ahí fuera, pasa. —Mi madre me aparta de un empujón con el codo para despejar la entrada.

—No sabía que usted estaría hoy con nosotros.

—Tranquila, me marcho enseguida. Solo he venido a tunearle un poco la cocina al desastre de mi hijo. No me hubiera extrañado encontrarme telarañas ahí.

Abi echa una ojeada.

—Se nota la diferencia. Ahora parece que algún ser humano habita en esta casa —se burla ella.

—Dejad de meteros conmigo, que estoy presente —me quejo.

Ellas se miran y se sonríen. Mi madre le agarra las manos a Abi.

—No te conozco de nada, pero quería decirte que estoy orgullosa de tu progreso. ¡No me pierdo un solo programa! Al principio lo veía por mi hijo, sin embargo, me has cautivado. Transmites alegría y bondad a través de la pantalla y, ahora que te veo en persona, lo confirmo. Espero que Ryan te esté tratando bien. —Se vuelve hacia mí como si me advirtiera de que debo comportarme—. Si no, házmelo saber.

—No se preocupe. Su hijo es maravilloso conmigo.

Siento un pellizco en el pecho al escuchar a Abi hablar sobre mí.

—Os dejo para que os preparéis. Además, tengo muchas cosas que hacer —dice consultando su reloj.

—¿Voluntariado? —le pregunto.

—Sí. Hoy visito un hogar para mujeres víctimas de violencia de género.

—Trabajas más después de jubilarte que cuando estabas en activo.

—Por eso me mantengo joven. —Se acerca y me da un abrazo —. Te quiero, hijo.

—Te quiero, mamá.

—Encantada de conocerla, señora Bailey.

La acompaño para despedirla en la puerta. Cuando cierro, me invade cierto nerviosismo por quedarme a solas con Abi. No sé muy bien qué esperar de esta situación.

—¿Te has estudiado el guion? —rompe ella el silencio—. Tiene que parecer que de verdad te preocupas por tu alimentación —se mofa.

—Sí, me lo he leído. Tranquila. ¿Qué hay de ti? ¿Has tenido tiempo de revisarlo?

Me mira frunciendo el ceño.

—¿No te han avisado? Lo he escrito yo.

¿Qué? ¿Desde cuándo Abi está tan involucrada con la productora? Percibe el desconcierto en mi cara.

—Me llamaron para corroborar que no tenía inconveniente en hacer esto, pero todavía estaban perdidos sobre cómo enfocarlo, así que me ofrecí a escribirlo. De todas maneras, seré yo quien tenga que cocinar la mayoría de platos, así que lo mejor era diseñarlo a mi medida.

A Mike le pareció una idea estupenda grabar un programa sobre mi alimentación. Si supiera que la mayor parte de mi comida se basa en precocinados, no la consideraría tan buena. Abi y yo tendremos que hacer una especie de *batch cooking* preparando los platos que, en teoría, como en una semana.

Abi se pasea por la cocina abriendo y cerrando cajones; comprueba dónde está todo lo que necesitaremos. La observo con detenimiento. Se muestra tranquila, para nada incómoda. No se acuerda de lo que ocurrió la otra noche, me juego lo que sea. En caso contrario, sería un manojo de nervios y no me miraría a los ojos como lo ha hecho.

—Tu madre es un amor —dice sonriendo.

—Lo es. Siempre está pendiente de los demás y deseosa de echar una mano allá donde pueda. Era trabajadora social hasta hace muy poco.

Asiente apretando los labios.

—Tienes un gran referente.

El sonido del timbre interrumpe nuestra conversación. Mike, Josh y Brody irrumpen en la casa, acabando con cualquier atisbo de quietud que hubiera en ella. Despliegan su material habitual y, en segundos, la cocina queda cubierta de cables tirados por el suelo.

—¿Te gustó el último episodio, Abi? —pregunta Brody. Una de las comisuras de sus labios se curva de forma pronunciada—. El plano de los dos cabalgando la ola fue brutal.

—Tengo que darte la razón en eso. Aunque me conmovió más la imagen del dron. Sentí un cosquilleo al verla.

—Ah. Ese plano es de Josh —desvela señalando a su compañero sin mucho entusiasmo.

—Me encantó, Josh —halaga Abi.

El chico hace un gesto leve con la cabeza y sigue a lo suyo. Creo que todavía no lo he escuchado decir ni una sola palabra.

Repasamos el texto con Mike. Es la primera vez que la grabación está guionizada. No me siento muy cómodo al respecto, pero tampoco tengo voz ni voto en todo esto. Que Abi se haya ocupado de la planificación me deja un poco más tranquilo. Ha hecho un buen trabajo intentando que parezca lo más natural posible, aunque ella y yo sabemos bien que es una mentira clamorosa.

Nos posicionamos tras la isla y comienza el rodaje. Procuro parecer seguro y convencido de todo lo que le explico a Abi sobre mi alimentación, y ella me escucha como si no tuviera ni idea del asunto. A la hora de cocinar, se ocupa de lo más complicado y me deja a mí las tareas que hasta un idiota podría hacer. Quienes nos conozcan sabrán de inmediato que todo es una farsa, aunque, por la expresión de Mike, parecemos convincentes.

Finalizamos en el tiempo previsto y sin incidentes. Me asombra que haya salido bien a la primera. Despido a Mike y los cámaras, que tienen otra grabación a la que acudir. Cuando regreso a la cocina, Abi está terminando de guardar la comida que ha preparado en recipientes de cristal. Le pega a cada uno una etiqueta con la fecha y lo que contiene para después colocar una parte en la nevera y la otra en el congelador.

—No te quejarás, estás surtido de comida por una buena temporada.

—Puede que haya sido el mejor episodio hasta el momento. Por lo menos me llevo algo.

Abi sacude la cabeza como si no le hiciera gracia mi comentario, pero junta los labios con fuerza para no sonreír. Me gusta verla haciendo algo que domina. Al contrario que en el agua, se la ve segura y confiada, como si nadie pudiera derrotarla. Se maneja con desparpajo en la cocina, procura mantener todo ordenado y limpio mientras trabaja y, además, lo que ha preparado huele que alimenta.

—Estas manzanas tienen pinta de que se echarán a perder olvidadas en el frutero. —Me mira arqueando las cejas.

—Ni confirmo ni desmiento.

—¿Hacemos un pastel con ellas?

La pregunta me pilla desprevenido, pero acabo asintiendo con la cabeza antes de ser siquiera consciente de ello. Me pongo el delantal de nuevo y me coloco a su lado.

—Esta vez lo haces tú —me ordena.

Desliza un bol delante de mí y me va pasando los ingredientes. Me da indicaciones precisas de lo que tengo que hacer y yo intento por todos los medios que no parezca un despropósito.

—Bate con más fuerza o los ingredientes no se ligarán en la vida.

Obedezco al instante, pero me paso con la energía y le salpico la cara con la mezcla.

—¡Oye! —se queja.

—No ha sido a propósito.

Abi se limpia pasándose la mano por la cara, pero le quedan algunas motitas en la mejilla. Me acerco a ella y la ayudo arrastrando las pequeñas gotas de masa con el pulgar.

Estar tan próximo a ella me transporta directo a la noche en el Ocean. Se me acelera el corazón solo con recordarlo, así que me aparto.

—¿Te incomodo?

Abi mantiene la mirada fija en mí, agarrándose las manos. Me concentro en limpiar la masa derramada en la encimera.

—No, para nada. ¿Por qué habrías de hacerlo?

—Por lo de la otra noche.

Me paro en seco y le devuelvo la mirada. ¿Se acuerda? Tardo unos segundos en responder.

—¿A qué te refieres? —Opto por no darme por aludido—. Estabas un poco perjudicada —me río.

—Me acuerdo de todo —afirma con seguridad.

—Con la cantidad de alcohol que corría por tus venas, permíteme que lo dude.

Me mira con la misma expresión que cuando la reté a contarme lo que sabía de mi carrera profesional.

—Llegué con Hana y nos encontramos a Miles. Estábamos charlando con él cuando apareciste. Te presenté a mi amiga y luego se unieron tus colegas, Ted, Dave, Ashton y Liam, por este orden. Desapareciste un buen rato con ellos, y mi amiga y yo bailamos casi toda la noche con Miles. También bebí algunas piñas coladas. Unas cuantas. Coincidimos de nuevo en la terraza cuando Miles me contaba que… Bueno, eso no puedo decirlo. Y me invitaste a bailar dentro. Sonaba *Water* y entonces yo te pregunté que si querías acostarte conmigo.

—Abi…

—Declinaste la proposición varias veces aduciendo que estaba borracha. Y yo insistí, mucho, hasta que me confesaste que me folla…

—¡Para! Vale, vale. Me queda claro que te acuerdas de todo.

Jodida memoria prodigiosa de Abi; no deja de funcionar aun estando colocada.

—Dijiste que no ibas a tener esa conversación mientras estuviera bebida. Ahora no lo estoy. —Apoya la cadera en la encimera y cruza los brazos por debajo del pecho.

—Abi, es una locura.

—¿Por qué?

—Pues porque lo es.

—No es un motivo convincente. Igual piensas que fue un arrebato porque iba borracha; y puede que, en parte, me atreviera por eso mismo, pero cuanto más lo medito, más razonable me parece.

—Abi…

—Tómatelo como otro entrenamiento más, solo que en otro campo. Lo hacemos, me quito esta cruz de encima y seguimos con nuestras vidas como hasta ahora. Lo mismo que haces con Olivia. ¿Qué más te da?

—Esto es surrealista, Abigail. —Frunce el ceño al escuchar su nombre completo—. No entiendo cómo estás siendo capaz de proponerme tal cosa cuando eres un manojo de nervios para todo.

—Porque estoy decidida.

Sé que es una mala idea. Pésima, en realidad. Porque conozco a las tías y también a Abi; el riesgo de que se enamore por ser su primera vez es grande. Si se tratara de otra persona no le daría ni una sola vuelta, me lanzaría sin más, pero Abi me importa. Después de pasar tantas horas juntos en el agua —y fuera de ella—, se ha convertido en una amiga, una confidente. No quiero chafarlo bajo ningún concepto. No obstante, hay que reconocer que está muy buena, aunque ella no se lo crea. Quizás por eso mismo me lo parece, porque vive ajena a las reacciones que provoca en los demás. O, al menos, en mí.

—¿Estás convencida? —No termino de creérmela.

—Sí.

Me acerco a ella con pasos lentos y la hago retroceder hasta que su espalda queda pegada a la pared.

—Vamos a comprobar si es verdad.

Apoyo las manos a los lados de su cara y después inclino la cabeza en busca de sus labios. Me detengo a un milímetro de distancia. Siento su respiración agitada sobre mi piel. Cierra los ojos y aprieta los puños con fuerza; yo también estoy tentado de cerrar los míos. El aroma de su cabello lo inunda todo. Detecto un ligero temblor en su cuerpo y enseguida se lleva una mano a la nariz.

—¡Achís! ¡Achís! ¡Achís!

Me separo unos pasos. Lo sabía.

—Tus estornudos son como un detector de mentiras. No estás segura, ni convencida, ni decidida. —Se rasca la nariz con rapidez y retira la humedad que cubre sus párpados inferiores con el dorso de la mano. Después me mira fijamente—. Te aprecio, Abi, pero no creo que…

No me deja terminar la frase. Se me acerca de una zancada, se alza sobre las puntas de los pies y me besa. Movido por el instinto más que por la razón, la rodeo por la cintura y la aproximo a mí todo lo que puedo. Abi no rompe el contacto ni un instante. Me recreo en su boca, suave, dulce. Recorro sus labios con los míos en una caricia y ella vuelve a atraparlos. Yo también la beso, despacio, con calma, reconociendo sus límites. Es la jodida mejor sensación del mundo.

Abi se aleja unos centímetros de mi boca. Su respiración agitada se entremezcla con la mía.

—Joder… —mascullo.

—¿Te convence esto?

36

Abi



—¡¿Que has hecho quéééééé?!

Los ojos de Hana están a punto de salírsele de las órbitas.

—Le he pedido a Ryan que se acueste conmigo.

—¡Ya te he escuchado! Pero es que no logro procesarlo.

Camina por el salón de forma errática, de un lado a otro, sin rumbo.

—Tú misma me lo insinuaste.

—Abi, ni en cien mil años habría imaginado que lo harías de verdad.

—Aún no lo he hecho.

—Te recuerdo que has quedado con él… —comprueba su reloj — en menos de veinticuatro horas. No entiendo por qué no estás histérica.

—Es curioso, sí. —A mí también me sorprende mi actitud—. Pero te prometo que estoy tranquila. Supongo que mañana será diferente.

—Abi, ¡vas a follarte a Bailey!

—¡Hana! —Me tapo la cara un momento. Escucharlo así, a viva voz… todavía me choca.

—¿Qué vas a ponerte? ¿Te has depilado? ¿Dónde habéis quedado? ¿Cómo crees que besará? ¡Ahhhh!

—Un conjunto. Todavía no. En su casa. Besa bien.

Hana se queda petrificada ante la segunda confesión del día. Me mira, frunce el ceño y entreabre los labios.

—¿Os habéis besado? —pregunta al fin.

—Ayer, durante la conversación.

—¿Cómo se pasa de hablar a besarse y a acordar tener sexo en una misma tarde? Explícamelo porque me estoy perdiendo.

—Ryan no creía que yo estuviera tan decidida como le aseguraba, así que hizo el amago de besarme para ver cómo reaccionaba. Por supuesto, aparecieron mis adorados estornudos.

—Cómo no.

—Me puse nerviosa, es verdad. Tenerlo tan cerca… —Sacudo la cabeza—. Pero era cierto que estaba totalmente convencida, así que me armé de valor y lo besé yo a él.

—¡Oh, Dios! —Mi amiga se cubre la boca con la mano—. ¡Quiero todos los detalles!

—Fue… fantástico. Corto pero electrizante.

Cuando Ryan se me acercó tanto pensé que me desmayaría. Desde que sentí su aliento con aroma a menta acariciarme el rostro se me desbocó el corazón. Solo veía sus labios casi pegados a mí. A pesar del incidente de los estornudos, no me permití perder la oportunidad de besarlo. No es que tuviera expectativas de cómo sería, pero no creo que hubiera podido llegar a imaginarlo tampoco. Ryan sabe lo que hace.

Hana se sienta a mi lado en el sofá y ahoga un grito con uno de los cojines.

—Esto me recuerda a mis primeras quedadas con Declan, cuando todo era emoción y nervios y nos estábamos enamorando.

—No te equivoques, Hana. Esto es solo sexo, nada de amor. Hemos acordado unas reglas.

En realidad, Ryan estableció una serie de normas a las que ceñirnos y que debía aceptar si quería que continuara con el asunto. No tuve nada que objetar porque todas me parecieron más que razonables. Además, él es quien tiene una dilatada experiencia en esto del sexo sin compromiso.

Apenas me da tiempo a dejar mis cosas sobre la mesa. Tenemos una reunión de planificación a primera hora y algunos de mis compañeros ya están esperando en la sala de juntas. Me uno a ellos tomándome el último sorbo del café que he pillado de camino al trabajo. En pocos minutos el equipo ya está al completo y Connor lidera la junta sentado en la cabecera. Va distribuyendo las tareas entre los periodistas que forman parte de la sección. No me sorprende que a mí me toque cubrir un torneo juvenil de baloncesto que organiza el ayuntamiento y que suscita cero interés fuera de quienes participan en él.

Aunque Connor me parezca un ser detestable, entiendo que me asigne lo que nadie más quiere. Soy la última en unirme al equipo; tengo que ganarme el derecho para ascender dentro de él. Estoy convencida de que el artículo que estoy escribiendo me ayudará en ese proceso.

—¿Alguna otra cosa más? —pregunta Connor con intención de dar por zanjada la reunión.

Alzo la mano.

—Me gustaría saber cuándo se estima publicar mi artículo para ceñirme a la fecha límite.

—¿Qué artículo?

—El del papel de la mujer en el mundo del surf.

—¿Y quién te ha dicho que lo escribas? —Su tono evidencia que está molesto. Me habla con suficiencia y un poco de desprecio también.

—Se lo propuse a Adams y me ha dado luz verde para hacerlo.

Frunce el ceño al conocer esta información. Sinceramente, pensaba que estaba al tanto del asunto. Se ve que el director no se lo ha comunicado.

—Tendré que consultarlo con él. Avánzame el contenido.

—Será un reflejo de las desigualdades que enfrentan las mujeres en ese deporte. Contará con…

—No le veo la conveniencia —me interrumpe.

—¿Perdona?

—Lo que oyes. No tengo claro a quién podría interesarle algo así.

Será cerdo. Aprieto los puños con fuerza bajo la mesa. Me niego a quedarme callada ante semejante ataque.

—Probablemente al cincuenta por ciento de la población, que tiene que afrontar situaciones parecidas en otros ámbitos de su vida.

—Chorradas.

La conversación se está tornando tensa. Mis compañeros se lanzan miraditas mientras intentan mantener la compostura.

—Las mujeres federadas en Australia suponen un cuarenta por ciento del total de surfistas, pero tienen muchas más dificultades que sus compañeros para conseguir patrocinios. Hasta el circuito de la WSL admite menos participantes que en su versión masculina. Las profesionales merecen ser escuchadas —defiendo.

—Este rollo feminista acabará por contaminarlo todo.

Hace una mueca de desdén y busca complicidad entre los compañeros. Los demás evitan mirarlo, pero tampoco se pronuncian ante ese comentario asqueroso. Me está revolviendo las tripas. Es despreciable como periodista y hoy me termina de confirmar que también como persona.

Me siento más furiosa de lo habitual. Me viene a la mente el encontronazo de la surfista en Currumbin Alley, el mismo que me dio la idea para este artículo. También recuerdo cómo Ryan la defendió sin contemplaciones. Tengo que ser valiente.

—Será que estamos hasta las narices de que nos pregunten a quién nos hemos follado para llegar donde estamos —espeto mirándolo a los ojos, sin vacilar. Por cómo traga saliva sé que se ha dado por aludido. Es lo que pretendía.

—Abigail…

—Si no quieres darme una fecha lo hablaré yo misma con Adams. De todas formas, él ya lo ha aprobado, así que tu opinión sobre el tema no es relevante. ¿Hemos terminado?

Observo caras de incredulidad y alguna risita contenida. Sé que mis compañeros, especialmente las chicas, tampoco tragan a Connor. Espero unos segundos, pero él no añade nada, así que recojo mis cosas y me marcho a mi puesto.

Cuando estoy sola proceso lo que acabo de hacer. ¡Ha sido increíble!

Aunque me aterrorizaba el hecho de enfrentarme a Connor, he tenido las agallas de hacerlo y me siento fenomenal, como si me hubieran quitado veinte kilos de encima. Las palabras de mi hermano resuenan con fuerza: «Eres valiente, Abi». Cada vez creo más que de verdad lo soy.

Connor no se dirige a mí en el resto de la jornada. Doy gracias por ello. Sin embargo, cuando me tomo un descanso mis compañeras de deportes aparecen en el *office* instantes después de que cruce el umbral. Últimamente he estado haciendo buenas migas con Lilian y Cleo.

—Lo que has hecho hoy… —comienza Cleo.

—… ha sido la hostia —sentencia Lilian.

—Este es mi tercer año aquí y nunca se me ha ocurrido contestarle a Connor —susurra Cleo a la vez que se ajusta las enormes gafas de pasta al puente de la nariz.

—Ya era hora de que alguien lo pusiera en su lugar —replica Lilian.

—Estoy cansada de callármelo todo —confieso procurando no elevar la voz.

—No sé cómo ha tenido tanto éxito con lo imbécil que es. —Cleo y yo asentimos. Es lo que todas pensamos.

—No sabéis la vergüenza que me hizo pasar el día de la entrevista a Ryan Bailey. —Me miran con atención, expectantes por los detalles—. Le avisé a conciencia de que se limitara a preguntarle por su carrera y el campeonato, que no iba a contestar nada de índole personal o que no tuviera que ver con el deporte. Le faltó tiempo para intentar sonsacarle acerca de las fiestas en Tahití.

—Típico de Connor. —Lilian da un sorbo a su café.

—Solo espero que esto no te traiga consecuencias —dice Cleo —. Es una persona vengativa, se asegurará de ponerte piedras en el camino.

El director aparece por la sala de descanso y terminamos nuestra conversación de forma abrupta.

—Lo que te decía, el café torrefacto me sienta fatal. Por eso me traigo el mío, de tueste natural —disimula Lilian. Si algún día se cansa del periodismo podría ser actriz.

Saber que mis compañeras me apoyan me inyecta un chute extra de energía que me viene de perlas. Tras acabar mis tareas de la sección de deportes comienzo a revisar las cartas al director. Adams me incluyó en el equipo, pero no me liberó de esta carga. Me pongo los cascos con música para aislarme del bullicio de la redacción y concentrarme de lleno. Necesito terminar lo antes posible porque hoy no puedo retrasarme ni un minuto.

Esta tarde he quedado con Ryan.

37

Ryan



No entiendo por qué estoy nervioso. Debería ser al revés, Abi es la que tendría que estar como un flan. Pienso en todo lo que podría salir mal y en cómo se complicarían las cosas entre nosotros después. Aunque mantuvimos una charla sobre este tema hace tiempo, sospecho que para ella lo de la primera vez continúa teniendo importancia. Habla de ello como una carga que se quiere quitar de encima cuanto antes, pero no me lo termino de creer.

Cuantas más vueltas le doy, más me parece un error. Si lo analizo de forma fría y racional, está claro que lo es. Pero, joder… aquel beso… Se me eriza la piel cada vez que lo recuerdo. No tenía intención de besarla realmente, solo la puse entre la espada y la pared para amedrentar lo que se me antojaba una falsa seguridad. Sin embargo, ella me enredó a mí. Me pilló con la guardia baja porque no lo esperaba para nada, y no pensé, me dejé llevar. Carezco de palabras adecuadas para definirlo. Fue suave, cálido, dulce, eléctrico. No tengo claro si me hubiera separado de su boca de no haberlo hecho ella.

Hasta entonces no había pensado en Abi de ese modo. Me siento cómodo cuando está a mi alrededor, pero en ningún momento imaginé que trascendería a otro plano. Sin embargo, después de probar sus labios, no paro de fantasear con lo que sucederá esta

tarde. Tras besarla, me parece haber caído en una trampa de la que soy incapaz de salir.

Por eso terminé aceptando la proposición y ahora mismo ya no hay marcha atrás. Ya no tengo tiempo de poner ninguna excusa porque Abi acaba de tocar el timbre.

Viste una falda corta de cuadros y un top negro de manga larga que deja ver su ombligo. Le sienta fenomenal, aunque no supera el traje azul que llevaba la otra noche en el Ocean. Se le ceñía al cuerpo resaltando cada una de sus curvas. Aprieto los párpados con fuerza un instante para que desaparezca esa imagen.

—Hola… —Me saluda moviendo la mano con timidez.

—Pasa.

Joder, esto es raro de cojones.

Abi camina hacia el centro del salón y yo no sé muy bien qué hacer más allá de carraspear para deshacerme del nerviosismo. Nos envuelve un silencio tenso.

—Vale, esto es raro —comenta Abi. Se gira de golpe hacia mí.

—Gracias por decirlo tú.

—Pero no me voy a echar atrás —asegura.

—¿Recuerdas las reglas? —Después de soltarlo me parece casi una pregunta retórica. Por supuesto que se acuerda, Abi no se olvida de nada. Asiente con la cabeza—. De todas formas, será mejor dejarlo claro de nuevo, por si las moscas.

—Como quieras.

—Solo será una vez, nada más. No quiero correr el riesgo de que te enamores de mí.

—Eso es culpa de la oxitocina.

—¿Qué? —pregunto descolocado.

—Durante el sexo se libera oxitocina, una hormona que facilita los vínculos emocionales y… nada, sigue.

Me cuesta unos segundos volver a hilar el discurso.

—Norma número dos: hacemos lo que tengamos que hacer y luego te marchas. Nada de quedarte a dormir.

—Entendido.

—Y, por último, después de esto seguiremos viéndonos como si no hubiera ocurrido nada. No quiero tensión ni situaciones

extrañas. Seremos Ryan el entrenador y Abi la aspirante a surfista, como hasta ahora.

—Está bien. —Deja caer el bolso en el sillón y acorta la distancia entre nosotros—. ¿Empezamos?

Trago saliva. Lo dice como si fuera un acuerdo empresarial o algo así, pero su cuerpo se mueve sinuoso mientras se acerca a mí, provocando que se me pasen cientos de imágenes por la mente.

—Aquí no. Vamos arriba.

No me doy tiempo de pensarlo más, la agarro de la muñeca y subimos al segundo piso; ese lugar que muy pocas personas han pisado. Nada más traspasar la puerta de mi dormitorio tiro de su mano hasta colocarla en mi hombro. Inclino la cabeza hacia ella y siento exactamente lo mismo que el último día en la cocina. Una expectación vibrante que de seguro me haría temblar si la alargara más de lo debido. No puedo hacerlo, y tampoco quiero.

Le rozo la nariz con la mía en un preludio de lo que está por acontecer y la beso. Tengo que contenerme para que no parezca que llevo cuarenta y ocho horas esperando este momento. He intentado engañarme a mí mismo, justificar mis pensamientos, buscar mil excusas, pero acariciar sus labios me arroja la verdad que me esforzaba por ocultar a la cara. Deseaba que esto sucediera.

Abi se deja llevar, respondiendo a todos mis movimientos, mis caricias, mis besos. Sus manos se aventuran a deslizarse por mi torso y su roce me quema la piel, aun estando al resguardo de la ropa que todavía no me explico por qué sigue en su sitio. Paseo los labios con mimo por su cuello y a ella se le escapa un suspiro. Se sujeta con fuerza a mis costados. ¿Excitación, miedo, inseguridad, incomodidad? Me asaltan las dudas.

—Abi —susurro sin dejar de besarle el cuello—, tienes que decirme si algo no te gusta.

—Ajá…

—Si te molesta, te incomoda o quieres parar. En cualquier momento.

—Sí —jadea.

Me separo de su piel sedosa y detengo la mirada en sus ojos azules como el mar. Su respiración está descontrolada. Enredo los

dedos entre los mechones dorados de su pelo, los mismos que desprenden la fragancia que me hace enloquecer.

—Es importante, Abi.

—Deja de hablar y bésame.

Me presiona la cintura para que nuestros cuerpos queden en contacto de nuevo y es ella quien se lanza a mis labios. Ya estaba duro, pero ahora se me hace insoportable no bajarme los pantalones de un tirón. «Frénate, Ryan». Me lo repito hasta la saciedad. Me conformo con quitarme la camiseta. Abi me contempla como si fuera la primera vez que me ve sin ropa, cuando, en realidad, me ha visto más veces de esta guisa que vestido. Supongo que la situación la lleva a pensar de otra manera. Meto la mano poco a poco por dentro de su top, avanzando centímetro a centímetro, de forma lenta pero segura. Le toco un pecho por encima del sujetador y ella se estremece.

Aunque en aquella ocasión hice como si nada, la imagen de sus pechos cayendo sobre mi cara es imborrable. La he recreado en mi cabeza y reconozco que vi ese fragmento del episodio varias veces.

Meto la mano por dentro del sujetador y me recreo en la suavidad de sus senos y la dureza de sus pezones.

La vibración de mi teléfono contra la madera de la cómoda nos interrumpe.

—Ni caso —le digo.

Continúo saboreando su boca, hundiendo las yemas de los dedos en su carne, acariciando, apretando, rozando. Pero el móvil vuelve a vibrar con insistencia. Junto la frente con la suya y resoplo frustrado.

—Dame un minuto —mascullo.

Compruebo el teléfono y descubro que se trata de Miles. No suele llamarme. Arrugo el ceño y le devuelvo la llamada.

—¿Qué pasa, tío?

—Te estoy esperando. No te habrás olvidado, ¿verdad?

«Mierda». Sí que me he olvidado.

—Qué va —disimulo—. Se me complicó un poco el entrenamiento. Estoy ahí en diez minutos.

Dejo el teléfono a un lado y me froto la cara con una mano. Es el peor momento del mundo, pero no puedo fallarle a mi amigo.

—Lo siento, Abi. Había quedado con Miles para montarle los muebles que le han llegado y se me pasó. Esto me sabe fatal, pero es que…

—Tienes que ir —responde acomodándose la ropa.

—¿Segura?

Asiente con firmeza.

—Podría… acompañarte, si no te importa. Miles me agrada mucho y entre los dos seguro que terminamos antes. ¡Se me da genial interpretar instrucciones de montaje! —ríe.

Sus labios están un poco hinchados, de un tono rosa muy apetecible. Me detengo a observarlos más tiempo de lo debido. En estas circunstancias creo que accedería a todo lo que me pidiera.

—Vamos.

Nunca el trayecto a casa de Miles me había parecido tan corto ni tan emocionante. Dentro de la furgoneta se respira una intimidad extraña. Una que grita: «¿Qué coño pasa con vosotros dos?». He rozado el muslo de Abi varias veces al cambiar la marcha y me resulta lo más natural del mundo, como si el tacto de su piel me perteneciera de alguna manera que no consigo comprender. Procuro serenarme antes de bajar del coche.

Entramos en casa de Miles sin llamar y él no disimula la sorpresa. Me dirige la mirada enarcando las cejas.

—¿A qué debo el honor de que me honre con su presencia esta bella damisela?

Mi amigo simula una especie de reverencia y Abi se ríe.

—Acabábamos de terminar de grabar y se ofreció a acompañarme —miento descaradamente porque no quisiera poner a Abi en ningún aprieto. Me parece la excusa más plausible.

—No sé por qué me parece que vais a necesitar mi ayuda —se burla ella cruzando los brazos delante del pecho.

—Yo, desde luego —responde Miles—. Me juego lo que sea a que no has visto ningún montador parapléjico en Ikea.

Abi se golpetea los labios con el dedo, simulando estar pensativa.

—Tengo mis dudas.

Abi tiene muchas cosas buenas. Muchísimas. Pero la forma en que interactúa con Miles me derrite. Porque encaja sus bromas de manera natural, le sigue el juego, lo trata de tú a tú y siempre con una sonrisa. Aunque no compartí demasiado tiempo con ellos la noche en la discoteca, sí que los tenía ubicados todo el rato y comprobaba de vez en cuando lo que hacían. La vi beber con él, charlar, bailar, reírse. Se sentó en su regazo sin dudarlo —lo que me provocó una punzada en el estómago y, además, mi amigo se encargó de restregármelo con una miradita insinuante—. Quiero a Miles con cada célula de mi cuerpo, es mi familia, y que otra persona lo tenga en consideración de esa forma me desarma.

Abrimos los paquetes que contienen los muebles y Abi se hace con los planos de inmediato. Como me advirtió, es un hacha de la interpretación de jeroglíficos del bricolaje. Pasamos lo que queda de tarde entre llaves Allen, tornillos de doscientos tamaños diferentes y cervezas. Bueno, en esto último Abi no se anima. Por fin ha reconocido que la detesta.

Miles aprovecha que ella se ausenta al baño para asediarme con preguntas.

—¿Qué pasa aquí?

—¿A qué te refieres? —Sigo concentrado intentando encajar un cajón de la cómoda que estamos montando.

—Huelo de lejos algo entre vosotros dos —dice en voz baja.

—No hay nada, Miles.

—No me lo creo. Te he pillado mirándole los muslos como si fueran un caramelito que te mueres por devorar.

—Eres un exagerado.

—No te juzgo, más bien te comprendo. Es una chica estupenda y está buenísima. A mí también se me van los ojos.

—¡Miles! —Lo miro amenazante.

Una de las comisuras de su boca se curva hacia arriba y me doy cuenta de que he caído en su trampa. Intentaba provocarme y no le ha hecho falta más que una frase.

—Lo sabía. Hay algo.

—Shhh —lo interrumpo—. Ni se te ocurra decir algo así delante de ella.

—Tranquilo, no pensaba hacer de casamentero. Y menos tuyo. Eres un muy mal partido. Si Abi me pidiera mi opinión le recomendaría que huya lo más lejos posible de ti.

—Quién necesita enemigos teniendo colegas como tú. —Frunzo el ceño—. No creo que esté tan mal como me pintas.

—Si eliminamos de la ecuación tu aversión al compromiso, no, no estás tan mal.

—No tengo «aversión al compromiso». Tú más que nadie en mi vida sabes por qué no puedo permitirme el lujo de enamorarme. Me distraería de mi objetivo.

—El amor suma, Ryan. No resta.

Escucho la puerta del baño abrirse y me mantengo en silencio, disimulando que la conversación con Miles no ha tenido lugar. Sin embargo, no me saco sus palabras de la cabeza.

Antes de que anochezca, dejamos lista la cómoda, una mesa de centro para el salón y la estantería del baño. La casa de Miles va tomando forma. Abi y yo subimos a la furgoneta y nos despedimos agitando las manos a través de la ventanilla. El sol se está poniendo.

—Puedo llevarte a casa —le digo a Abi. Es tarde, nuestro plan se ha visto truncado y, con toda seguridad, estará cansada.

—Mi coche está en la tuya.

Asiento dándole la razón. Conduzco en silencio, impregnado de ese ambiente que se forma cuando estamos a solas. Ahora soy más consciente de la tensión, de esas cosquillas que corretean por mi piel; pero, siendo sincero, creo que lleva tiempo acompañándonos. Miro atrás y no encuentro ni un momento que hayamos compartido en el que no lo vea. Mentiría si dijera que no me siento algo decepcionado porque la noche acabe así. No tengo claro qué pasará de aquí en adelante. ¿Haremos como si este día nunca hubiera existido, o quizás Abi reúna el coraje para proponérmelo de nuevo? En todo caso, sé que yo no lo haré.

Aparco en la calle, justo detrás del coche de Abi.

—Ha sido un día… interesante —comento. Tengo las manos metidas en los bolsillos porque no sé qué hacer con ellas.

—Nada ha salido como tenía en mente —ríe ella.

—No sé qué deberíamos hacer con este asunto. Nuestro acuerdo no estipulaba cómo solventar contingencias —bromeo.

—¿Y si seguimos donde lo habíamos dejado?

38

Abi



Mi corazón late descontrolado cuando Ryan me toma de la mano y me hace seguirlo al interior de su casa. Subimos directamente al dormitorio, sin preguntas, sin preámbulos. Los dos sabemos lo que va a ocurrir. «¡Va a pasar!».

Volvemos a estar plantados en su dormitorio y noto la misma tensión que hace unas horas, como si el *impasse* de la visita a Miles no hubiera existido. Sus ojos me recorren unos segundos y siento que la mirada de Ryan me arde en la piel. Percibo una expresión en él que no me había mostrado hasta el momento. No sé cómo definirla, pero parece que se refrenara a sí mismo.

No voy a esperar más. Me acerco a él y me recibe entre sus brazos. He estado en contacto con su cuerpo prácticamente desde que nos conocemos, pero la sensación ahora mismo es bien distinta. Sus labios se pasean por mi rostro y me erizo, las piernas me flaquean. Mi boca busca la suya, ingobernable, como si fuera atraída por un imán de neodimio. Su calidez, su humedad, el sabor a menta. Me acogen igual que un hogar.

Me cuelgo de su cuello y lo beso con más determinación. Él no se amilana y desliza las manos por mi espalda para atraerme a él con fuerza por la cintura. Cuando me atreví a proponerle esto a Ryan no me imaginaba que me sentiría así. Cada célula de mi cuerpo

palpita al ritmo que marcan sus labios y mi piel responde obediente al tacto de sus dedos.

Ryan se deshace de mi camiseta con una habilidad asombrosa y va directo a mis pechos. Los toca primero y después hunde su cara en ellos para besarlos. La visión me provoca un *déjà vu* y se me escapa una risita. El surfista abandona de inmediato las caricias.

—¿Todo bien?

Su mirada es ahora más seria, casi inquisitiva.

—Sí, es solo que acabo de recordar el accidente de… bueno, ya sabes. El *aterrizaje*.

Esboza una sonrisa ladeada —muy sexi, tengo que reconocer — y arquea ligeramente las cejas.

—No veía el momento de repetirlo.

El tacto de sus palabras en mi interior es comparable al roce de sus manos por mi cuerpo. Me encienden. Lo arrastro hacia mí de nuevo, enredando los dedos en su pelo ondulado. Antes de que pueda sentir su contacto, él se frena. Son solo unos pocos centímetros de distancia, pero se me antojan un abismo en este instante.

—Acuérdate de lo que hablamos. Tienes que hacerme saber si algo te incomoda.

—Por el momento va todo bien —susurro.

—No me dejes seguir con algo que no te guste pensando que es lo normal. En serio.

—Vale. —Su voz tiene pinceladas ásperas, iguales que las que utiliza al recordarme cómo debo caer de la tabla al agua. Es preocupación. Le acaricio la mejilla—. Pero yo también quiero saber lo que te gusta y lo que no. Explícame lo que tengo que hacer.

—Esto no es una clase de surf, Abi. —Me da un beso en la comisura de la boca.

—No, es una clase de sexo.

Ryan se ríe sobre mis labios.

—Solo tienes que dejarte llevar.

—De verdad. Yo también quiero que… bueno, que te lo pases bien.

—Estás de suerte, porque a mí lo que me gusta es hacer disfrutar a la otra persona.

Devora de nuevo mi boca; esta vez sin cortapisas, sin freno. Me tomo sus palabras como un mantra y me dejo guiar por él, sin pensar, sin analizar, sin cuestionarme qué viene después —al menos, todo lo que soy capaz de hacerlo—. Se deshace de su ropa y mi falda sin parar de tocarme un instante. Cierro los ojos y me abandono a la sensación de ser arcilla entre sus manos, respondiendo a su calor, a su presión, maleable. Juguetea con la cinturilla de las bragas e interna los dedos en ellas. Se me corta la respiración. Sus caricias son delicadas, lentas, con tiento, hasta que se encuentran con la humedad de mis pliegues.

—Joder, Abi… —masculla—. Estás muy mojada.

Me sonrojo.

—¿No te gusta?

—Todo lo contrario.

Ryan respira en mi cuello y lo besa al tiempo que continúa tocándome. Es una sensación completamente nueva para mí. Me cuesta unos segundos deshacerme de la sorpresa para rendirme a ella. Empiezo a comprender todo lo que me he perdido hasta ahora. Acompaño los vaivenes de su mano con el movimiento de mi pelvis, buscando el ritmo exacto, y él se acompasa al instante. Sabe escuchar, aunque de mi boca no salga ni una sola palabra.

Me tumba en la cama y es en ese momento cuando percibo el bulto bajo su ropa interior. Lo contemplo con descaro los pocos segundos que tarda en tenderse sobre mí y abalanzarse a mis labios. Entonces lo siento. La dureza de su entrepierna rozándose contra mí. Me pierdo en la sensación de esa fricción, en el tacto de sus manos recorriendo cada rincón de mi piel, en mi boca atrapando la suya y pidiéndole más en silencio.

Desliza las bragas, que acaban desapareciendo de mi vista, y no aparta la mirada de mis ojos conforme desciende hasta esconderse entre mis muslos. Cuando noto su lengua rozarme me arqueo. Tiemblo, se me entrecorta la respiración y me asedian unas olas eléctricas desde el centro del cuerpo. «¿Por qué no he hecho

esto antes?», es el único pensamiento que discierno mientras me ahogo en el placer.

Ryan abandona su escondite dejándome una sensación de vacío indescriptible que se va desvaneciendo a medida que asciende por mi piel hasta encontrarse con mis labios. Me envalentono por el subidón y le bajo los calzoncillos. Pensé que me daría vergüenza, pero nada más lejos de la realidad. Verlo tan duro me excita todavía más y lo toco. Torpemente, he que reconocer. No tengo ni idea de lo que hago. Él pone la mano sobre la mía y me enseña sin palabras cómo le gusta. Me adapto a su ritmo con facilidad.

—¿Estás preparada? —me susurra al oído—. Porque yo no aguanto más.

—Sí…

Ryan se coloca un preservativo —supongo que con la destreza de quien lo ha hecho miles de veces— y me observa una vez más.

—¿Segura?

—Lo estoy deseando.

Lo que sucede a continuación me rompe los esquemas. Se interna en mí despacio, con cautela. Al principio es… extraño, pero a medida que se desliza una y otra vez me acostumbro y quiero más. Me descubro clavándole los dedos en la espalda para acercarlo todo lo posible a mí. Ryan lo interpreta a la perfección e incrementa el ritmo. Se me escapan gemidos que no sabía que me pertenecían hasta ahora y se entremezclan con los jadeos y los gruñidos de él. Me acaricia también con la mano sin dejar de moverse y yo comienzo una escalada que no sé a dónde me lleva, pero a la que no opongo resistencia. Noto que mi cuerpo se tensa, el placer va en aumento, la cadencia cada vez más vertiginosa, la respiración agitada. Y estallo sin remedio, entre espasmos, como si algo caliente se derramara dentro de mí. Él lo hace justo después, con la frente apoyada en la mía y las manos ancladas en mis caderas.

Ha sido ES. PEC. TA. CU. LAR.

Todo lo que había fantaseado sobre el asunto se queda corto. Muy lejos de lo que imaginaba. Ha sido mil veces mejor.

Ryan se hace a un lado y quedamos tendidos boca arriba, con un vaivén coordinado de nuestros pechos, tratando de recobrar el

aliento. Me mira y me besa en la mejilla.

—¿Estás bien?

He perdido la cuenta de cuántas veces se ha asegurado de si estoy bien. Me enternece.

—Mejor que bien.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Lo es.

De repente me da vergüenza mantenerle la mirada. Me sonrojo. Él hace como que no se da cuenta, pero lo ha visto. Me coloco la ropa interior y la camiseta y permanezco sentada en la cama. Ryan se pone los calzoncillos, creo que más por mí que por él.

Y ahora esto sí que es raro. ¿Qué se hace después de haberte acostado por primera vez con alguien que no te es nada? Porque si fuéramos novios está claro que nos acurrucaríamos, nos perderíamos en caricias tiernas y dormiríamos juntos. Sin embargo, eso está lejos de suceder.

—¿Lo… has pasado bien? —Soy consciente de que ha sonado ridículo, pero no tengo ni idea de qué decir.

Ryan se ríe.

—Sé que ahora tu cerebro está desbocado, sumido en una espiral de pensamientos y análisis de datos. —Tiene razón—. No te rayes, no pienses en nada.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

Se hace un pequeño silencio. Los dos miramos a distintos puntos de la habitación sin saber muy bien qué decir.

—No quiero que te vayas sin darte las gracias —comenta Ryan.

Menos mal que ha roto el silencio.

—¿Por?

—Lo que has hecho hoy con Miles; no tenías por qué.

—No ha sido nada.

—Adoro la forma en que lo tratas —confiesa—. No todo el mundo es así. Es mi mejor amigo, una de las personas más importantes en mi vida. Por él he llegado tan lejos en el surf, le debo mucho.

Relajo la postura y me acomodo apoyándome en el cabecero de la cama. Ryan me imita.

—¿Te sientes de alguna manera responsable de lo que le pasó?

Esta pregunta llevaba tiempo rondándome la cabeza, aunque no pensé que encontraría la ocasión para formulársela.

—Haces preguntas difíciles, Abigail Harris.

—Son las únicas que te llevan a alguna parte.

—Me fustigué mucho tiempo con los «y si». ¿Y si no le hubiera propuesto ir a Kirra? ¿Y si nos hubiéramos marchado cuando la corriente se intensificó? ¿Y si me hubiera dado cuenta antes de que no salía del agua? Sé que lo que ocurrió fue un accidente fortuito, nadie tiene la culpa, pero es inevitable que te asedien esos pensamientos.

—Lo comprendo.

—Sí me siento responsable de su bienestar ahora. De que viva la mejor vida posible y que no dude ni un instante de que nuestra amistad es inquebrantable a pesar de las circunstancias. También de cumplir nuestra promesa.

Clava los ojos en los míos. El verde de sus iris está más oscuro en la penumbra y no hay rastro de los destellos dorados.

—¿De qué se trata?

—Con diecisiete años nos prometimos que alguno de los dos se convertiría en campeón del mundo. Siempre pensé que sería él; sin embargo, ahora el único que puede lograrlo soy yo. El título no es solo por mí, sino por Miles. Se lo debo.

Tenía la convicción de que la competitividad y el ego eran los mayores motores de un deportista de élite. Me equivocaba profundamente. Jamás hubiera imaginado las motivaciones de Ryan.

—Es una cuenta atrás un tanto angustiosa —confiesa.

—Vas muy bien, Ryan. Estás entre los mejores.

—Exacto, estoy entre ellos, pero no soy el mejor. Tengo veintisiete años, a lo sumo me quedarán ocho en la élite, máximo diez. Ese es el tiempo del que dispongo para conseguirlo.

Empiezo a entenderlo mucho mejor. El ahínco con el que entrena, el compromiso con cada uno de los aspectos de su

preparación —salvo la alimentación—, la forma en que absorbe todas las palabras que pronuncia su entrenador y su pasividad ante los requerimientos del patrocinador. Todo por Miles.

—¿Y qué es lo que de verdad quiere Ryan? —le pregunto—. Fuera de promesas por cumplir, ¿qué deseas tú?

—Quiero surfear sin presión más allá de la que me ponga yo. El título mundial es un caramelito, pero sería feliz solo con vivir de esto, sin pensar en si estoy o no dentro del top cinco o de cuántos puntos le saco a Benjamin.

Eso último se le ha escapado. Me intriga qué ocurrió entre ellos y por qué lo tiene enfilado. Ahora que lo conozco mejor, no creo que tenga nada que ver con rencillas de la competición. Hay algo más.

—Lo de Benjamin…

—No quiero hablar de él —me interrumpe—. Ha sido una noche estupenda como para empañarla dedicándole un mísero segundo. —Ryan se levanta de la cama y da por zanjado el asunto —. Me doy una ducha rápida y te acompaño al coche.

Desaparece en pocos pasos y enseguida escucho el agua correr.

Tiene razón en que hemos compartido una noche estupenda, en muchos sentidos. Me sonrojo al recordar lo que ha ocurrido hace unos minutos. Descubrir el sexo con Ryan ha sido extraordinario y me reafirma en la determinación de elegirlo a él. Sin embargo, me quedo con las confesiones de después, las que lo dibujan como la persona que mi intuición me decía que era.

Cierro los párpados un instante y rememoro cada minuto del día de hoy.

Abro los ojos sobresaltada. Creo que me he quedado dormida, aunque me tranquiliza escuchar el sonido del agua desde el baño. Habrán sido unos segundos. Mi cuerpo está aletargado, pero me encuentro feliz. Me incorporo en la cama para ponerme la falda que sigue tirada en el suelo. Entonces aparece Ryan, cubierto con una toalla de cintura para abajo. Hace solo un ratito que lo he visto

desnudo al completo; sin embargo, esta imagen no deja de maravillarme. Me ruborizo.

—Buenos días —me saluda enarcando las cejas.

Su saludo me descoloca; es imposible que se haya dado cuenta de que me he quedado traspuesta unos minutos. Estaba en el baño. Sus ojos presentan un brillo diferente al de antes, más iluminados. Ahora que lo pienso, parece que hay más luz en la habitación.

—Son las nueve.

—¿Cómo que las nueve? Hace rato que fueron las nueve —respondo extrañada.

—De la mañana —puntualiza.

Me invaden los siete males y compruebo en el teléfono que tiene razón. ¡Es de día! Por eso la luz en la habitación, se están colando los rayos del sol entre los huecos de los estores. ¿Cómo es posible?

—¡¿Por qué no me has despertado?!

—Lo intenté. Susurré tu nombre varias veces anoche, pero desistí cuando no hiciste ni el más mínimo amago de recobrar la consciencia. Así que te dejé dormir. Al amanecer fui a entrenar y al regresar seguías en los mundos de Morfeo. Me estabas empezando a acojonar.

—¡Lo siento! He incumplido las normas, pero no lo he hecho aposta. Lo lamento de verdad.

—No te rayes, estrella de mar. Ahora que lo pienso, has hecho honor a tu apodo, bien espatarrada en mi cama —se burla.

Ya no sé ni dónde meterme. Ryan accedió tras mis presiones y he acabado saltándome una de sus normas. Qué vergüenza.

Me termino de vestir a toda prisa bajo la vigilancia de su sonrisa maliciosa. Al menos no está enfadado conmigo. La parte positiva de ser tan torpe en otras cosas es que está acostumbrado a mis cagadas.

—¿Te apetece desayunar? —me pregunta.

—No pienso seguir alargando este bochorno gratuitamente. ¡Nos vemos en la próxima grabación!

Bajo las escaleras corriendo y me marcho sin mirar atrás. Solo espero que de aquí a unos días se me olvide este incidente, igual que el de las tetas, y él lo guarde en su «colección de momentos vergonzosos de Abi» junto a todos los demás.

39

Ryan



¿Cómo le digo a Abi que no? Que no intenté despertarla anoche. Que al descubrirla durmiendo plácidamente en mi cama lo único que quería era que se quedara allí para siempre. Que la observé durante mucho tiempo, más del que estoy dispuesto a reconocer, y recorrí con la mirada cada centímetro de su piel. Que me tumbé a su lado y acompasé mi respiración con la suya para que ni el más mínimo movimiento la hiciera abandonar su sueño. Que me contuve para no abrazarla y hundir la nariz en su cabello. Que al despertar por la mañana sonreí al verla a un palmo de mí.

¿Cómo le explico que soy yo quien ha roto las reglas?

Sabía que esto sería un error. No tendría que haber accedido a su petición porque, desde el momento en que mis labios probaron los suyos, no me quito a Abi de la puta cabeza.

40

Ryan



Llevo todo el entrenamiento desconcentrado y sé exactamente cuál es la razón: en un rato me reencontraré con Abi. No hemos tenido contacto desde que se marchó de casa hace unos días, avergonzada por haberse quedado dormida como un angelito en mi cama. A partir de entonces soy incapaz de dejar de pensar en ella. Intento focalizar mi mente en las sesiones de entreno, en el ejercicio, en las reuniones con el patrocinador o en las charlas de Payton, pero siempre aparece su imagen para interrumpirme.

Es la primera vez que me pasa algo así. Sí que he estado expectante por acostarme con alguna chica o contento de volverla a ver; sin embargo, nada parecido a lo que siento ahora. Vivo impregnado del recuerdo de su aroma, arrullado por el eco de su voz dulce, erizado tan solo imaginando que sus manos se pasean de nuevo por mi piel.

Y sé que tengo que parar esto. Sea como sea. No puedo permitirme el lujo de perder el norte de esta manera cuando solo quedan dos campeonatos antes de la final.

—¿Qué te pasa, Ryan? Estás distraído —me recrimina Payton.

—Supongo que no es mi mejor día.

—Céntrate. No queda nada para el Fiyi Tide Pro.

—Lo sé, Payton.

—Cloudbreak es una ola exigente, necesitas estar al cien por cien para hacer una buena lectura del *reef*. Acuérdate de lo que le pasó a Ferreira el año pasado.

En Fiyi hay un fondo coralino que tiene lo mismo de bonito que de peligroso. Adriano Ferreira se envalentonó con la marea demasiado baja y le salió mal. Acabó impactando contra el arrecife y se hizo la espalda un cristo. Por suerte, no fue a mayores, le bastaron unos cuantos puntos de sutura. Podría haberse matado.

—No hace falta que me lo recuerdes —respondo con cara de desagrado. La cantidad de sangre fue escandalosa.

—Pues aparca lo que sea que esté acaparando tu atención ahora mismo y concéntrate en los tubos.

Hago lo que me pide. Me adentro de nuevo en el mar y visualizo todo el tiempo el campeonato. Rememoro las maniobras de mis contrincantes y las mías también. Se me viene a la cabeza la actuación de Benjamin en Sudáfrica, cuando se alzó con la victoria. Me repatea lo bien que lo hizo. No es casualidad que esté dentro del top cinco, pero lo sigo detestando igualmente. Hago un par de tubos más, movido por la rabia que le tengo.

—¡Ahora sí, Ryan! ¡Ahora sí! —grita mi entrenador desde la orilla.

No falla. Mi motivación de pisotear a Benjamin nunca se queda sin gasolina.

Salgo del agua para que Payton me dé las últimas indicaciones antes de irse. Aunque hago como que le presto atención, en realidad no estoy escuchando ni una sola de las palabras que pronuncia. Abi espera a unos metros y no puedo ignorar el hecho de que está preciosa. Le digo que sí unas cuantas veces a Payton sin tener ni idea de lo que me aconseja, y consigo que se dé por satisfecho y se marche.

Abi está sentada sobre su tabla y me saluda alegre, como siempre. Ha escogido un neopreno corto, de los que parecen un bañador. Tiene un patrón geométrico que mezcla gris, amarillo, rosa y azul, y que se ajusta a su cuerpo como un guante. No puedo apartar los ojos de ella.

—Ey. —Me siento a su lado.

—No has hecho muy buen entreno hoy —comenta. No durará mucho encima de una tabla, pero ojo crítico sí que tiene.

—Un asco, sí.

Me habla como es habitual en ella. No detecto nada diferente, a pesar de lo que vivimos hace dos noches. Es verdad que entraba dentro de nuestro acuerdo precisamente que fuera así; sin embargo, a mí me está costando horrores no arrimarme más a ella para sentir el tacto de su piel contra la mía.

—Estás… Te queda muy bien. —Señalo el bañador. Ella me sonríe como respuesta—. Pensaba que no querías grabar con estos.

—Sí, yo también lo creía. No sé. Hoy me ha apetecido ponérmelo —afirma observando el dibujo de la prenda— y me he dicho a mí misma: «¿Por qué no?».

—Me gusta. Esa frase debería ser tu mantra también encima de la tabla.

Nuestra conversación se ve interrumpida por la llegada de los chicos. Nos saludamos como siempre, preparan el equipo, una breve charla con Mike y nos metemos al agua.

—Vas a intentar coger una ola tú sola —le anuncio a Abi. Sé cómo se va a poner, así que espero hasta el último momento para revelárselo.

—Vale.

—¿Vale? —pregunto sorprendido. ¿Cómo que «vale», sin más? Me esperaba un pequeño berrinche de los suyos enumerándome las razones por las que no podría siquiera intentarlo.

—Si tú crees que estoy preparada para hacerlo, confío en ti. Siempre ves más allá de lo que yo soy capaz.

Se me para el corazón. «Confío en ti». No es la primera vez que escucho esas tres palabras de su boca, pero ahora mismo rebotan fuerte en el interior de mi pecho. Sé que se me ha formado una sonrisa que es imposible de disimular, así que me giro para mirar al horizonte un instante y que ella no se percate de que la contemplo embobado.

Nos adentramos en el mar remando y permanezco cerca de ella para indicarle cuándo iniciar la maniobra. Lo intenta varias veces

sin éxito. Ya consigue ponerse de pie sin dificultad, pero manejar la ola se le está atragantando.

—¡Tú puedes, Abi! ¡Mantén el centro fuerte y déjate llevar por el empuje del agua!

Mis palabras conjuran una suerte de hechizo que hace que Abi se deslice por la siguiente ola hasta que esta se consume.

—¡Síííí! —grito.

Me apresuro a remar hasta ella. Está pletórica, chillando emocionada. No termina de creerse lo que acaba de ocurrir.

—¡Lo he conseguido! —exclama cuando llego junto a ella.

—Lo has hecho. Lo has logrado tú sola.

El agua nos llega por la cintura y Abi no para de dar saltitos con una mano apoyada en la tabla.

—Es gracias a ti, Ryan. No hubiera pasado del nivel «estrella de mar» de no ser por ti.

La abarco entera entre mis brazos. Presenciar su alegría me termina de desconectar el cerebro y no medio en las decisiones que tomo. Noto una ligera tensión en ella al principio, pero después me aprieta fuerte la espalda. Está eufórica. Me separo un poco.

—Te dije que podrías.

Me regala una media sonrisa tan tierna que me dan ganas de acunarle la cara con las manos. Necesito deshacerme de esta sensación lo más rápido posible porque ya no respondo de mis actos. Opto por chincharla haciéndole cosquillas —las bromas siempre funcionan para relajar el ambiente—. Ella se revuelve intentando escapar a la vez que se ríe a carcajadas. La termino cargando al hombro.

—¡Ryan! —grita pataleando.

Hago caso omiso a sus quejas y me lanzo con ella al agua, sumergiendo las ganas que tengo de abrazarla mientras se pone el sol y de besarla hasta que vuelva a salir.

41

Abi



No asimilo que haya sido capaz de surfear una ola yo sola. Tampoco me creo la forma en que he conseguido mantener el tipo para cumplir con las normas de Ryan después de lo que hicimos la otra noche. Estaba nerviosa, pero pude disimularlo bastante bien. Me dio un ataque de estornudos nada más verlo; por suerte, él no fue consciente porque estaba en el agua.

Actuar como si lo que hicimos no hubiese ocurrido fue algo que pactamos de antemano. ¿Ha sido raro? Desde luego. No en el sentido de incómodo, para nada. Pero ¡lo he visto desnudo! ¡Y hemos hecho todo tipo de guarradas! Es difícil obviar que no ha sucedido.

Me siento agradecida con Ryan porque se prestara a mi petición, así que no voy a traspasar ninguna de las líneas que él marcó. La que más me va a costar aceptar es la de no repetir. Si soy sincera conmigo misma, me encantaría hacerlo de nuevo con él. Fue maravilloso, como fuegos artificiales. Cualquier descripción que haga se queda corta. Había leído todo tipo de cosas sobre la primera vez —sí, porque para esto también fui preparada— y muchas de ellas estaban lejos de relatarlo como una experiencia gratificante. Iba mentalizada para ello, pero resultó ser lo contrario. Sin embargo, aunque me muera por revivirlo, respeto profundamente sus reglas y sé que no quiere involucrarse más de la cuenta con nadie. Está

centrado en su carrera deportiva, y los motivos que se esconden detrás de esa dedicación plena me parecen loables.

Es un gran chico, no puedo decir otra cosa de Ryan. Y me alegro de haberlo elegido a él.

Antes de meter la llave en la cerradura de casa escucho gritos desde el interior. Abro la puerta lo más rápido que puedo. Hana parece poseída. Tiene la cara hinchada, los ojos enrojecidos y le lanza objetos a Declan sin contemplaciones.

—¡Que te vayas!

—Hana, por favor, déjame que…

—¡Desaparece de mi vida, cabrón! ¡Vete de aquí!

Me coloco al lado de mi amiga. No sé qué esperar de esta situación.

—¿Qué pasa, Hana? —le pregunto mientras le agarro el antebrazo. Ella hace caso omiso.

—¡¿No me has oído?! ¡Qué te pires!

—Solo quiero explicártelo —suplica él.

Declan tiene la cara descompuesta. ¿Qué diablos les habrá ocurrido? Hana está fuera de sí; nunca la había visto tratar de esta forma a su novio.

—Declan, creo que lo mejor es que te vayas —determino—. Está claro que no te va a escuchar ahora mismo.

El novio de Hana resopla y recoge su chaqueta de la mesita de centro para después marcharse. Ella prorrumpe en llanto en cuanto se cierra la puerta. La abrazo.

—¿Qué ocurre? —susurro.

Los hipidos le impiden hablar. Le acaricio la espalda con suavidad mientras permito que se desahogue sobre mi pecho. Se separa unos minutos después, dejándome un cerco húmedo en la camiseta. Respira con un poco más de normalidad, aunque las lágrimas no paran de resbalar por sus mejillas.

—Es un hijo de puta —sentencia.

—Como comprenderás, necesito una explicación más detallada, porque hasta ayer era el novio perfecto.

—Se estaba follando a otra.

—¡¿Qué?!

No me lo creo. Imposible. Declan bebe los vientos por Hana.

—Me dijo que hoy no podía quedar porque tenía que trabajar. Se me ocurrió ir a darle una sorpresa al evento, porque nunca lo hago, porque es siempre él quien cuida de mí. Maldita la hora. Lo encontré en el cuarto del servicio tirándose a una de las camareras.

Me tapo la boca. Si tuviera que elegir una persona por la que poner la mano en el fuego sería Declan. Me habría quemado.

—No… no lo entiendo.

—Era una preocupación que no tenía con él. Ni se me pasaba por la cabeza. Y, por los comentarios que escuché de pasada cuando se destapó el pastel, no parece que sea la primera vez que lo hace.

—Hana…

—Encima el muy cabrón ha tenido los cojones de decirme que me quiere, que era solo sexo. Que no concibe una vida sin mí, que soy su amor verdadero. Pero ¡sorpresa! ¡Me follo a otras! Qué asco.

—Qué cínico.

—¿Cómo puedes amar a una persona y acostarte con todas las que se te paseen por delante? No me cabe en la cabeza. Y, para colmo, ha intentado insinuarme que yo tenía parte de responsabilidad en el asunto. Que nuestro sexo no era suficiente. ¿Hola? Podría habérsele ocurrido hablarlo conmigo antes de follarse a medio estado de Queensland.

—Eso sí que no, Hana. Olvídate de esas palabras ahora mismo. Es su responsabilidad al cien por cien. Tenía un compromiso contigo y no lo ha respetado, te ha hecho daño, además de poner tu salud en riesgo.

Con esta última confesión he pasado de venerar a Declan a odiarlo profundamente. ¿Quién se cree que es para endosarle la responsabilidad de sus actos a Hana cuando ella lo único que ha hecho es quererlo?

Pienso en Ryan y en su lista de normas para liarse con alguien. Ahora lo entiendo mejor que nunca. No quiere acarrear con problemas que desvíen su foco de lo que de verdad le importa. Visto lo visto, parece lo más racional.

42

Ryan



Después del último entrenamiento, cuento las horas para volver a ver a Abi. No tengo ningún pretexto con el que contactarla, así que no me queda otra que esperar a la próxima grabación.

«¿Qué coño te pasa, Ryan? Estás obsesionado».

Por suerte, he convencido a Miles de que salga conmigo de nuevo. Sé que se lo pasó bien la última vez y el Ocean no es un lugar incómodo para él. En el reservado hay espacio de sobra y, además, se puede subir en ascensor, por lo que no se siente un incordio. Aunque no lo es. Miles nunca es una molestia, sean cuales sean las circunstancias. No para mí.

Los botellines se agolpan en la mesa del reservado. He bebido más cerveza de la que debería. A Payton no le haría ni puta gracia si se enterase. Miles me ha seguido el ritmo —en parte, por eso se me ha ido un poco de las manos— y también anda algo colocado. Según él solo ha fumado tabaco. Sus pupilas no dicen lo mismo.

La maría lo ayudó a no enloquecer tras su accidente. Soportaba dolores fortísimos. Los médicos aseguraban que era parte de un proceso normal de lesión medular. Uno de ellos le recomendó probar con el CBD para calmarlos e incluso se lo recetó. El compuesto se vende por separado, pero Miles resolvió que prefería fumarse un porro directamente. Yo lo acompañé más de una vez,

pero dejé de hacerlo cuando me metí de lleno en el circuito profesional.

Estoy sentado en uno de los sillones bajos, arrellanado en el respaldo, siguiendo con la cabeza el ritmo del *afro house* que suena. Olivia viene a dar conmigo.

—¿Estás de relax? —pregunta alegre.

—Dándole margen a mi cuerpo para que procese el alcohol que me he bebido.

—Hola, Miles.

—Ey… —responde él poco emocionado.

Olivia se acurruca a mi lado y me habla bajito. Noto su respiración en el cuello.

—¿Le hacemos una visita a la parte de atrás del reservado? —propone. Me acaricia el brazo de forma sugerente.

De normal, continuaríamos la conversación intercambiando comentarios indecentes hasta que no pudiera ocultar el bulto bajo los pantalones y nos escabulliríamos a la parte privada de la discoteca para echar un buen polvo. Eso es lo que pasa siempre. No obstante, soy incapaz de visualizarme haciéndolo hoy.

—Mejor lo dejamos para otro día —le respondo. Olivia me contempla sorprendida. No está acostumbrada a que la rechace.

—Claro, sin problema.

Se levanta del sofá y se une al grupito de mis colegas como si nada hubiese ocurrido.

—¿Qué le pasa a la modelo internacional? —Miles me observa alzando una sola ceja.

—Nada.

—¿Problemas en el paraíso? —se mofa.

Niego con la cabeza entrecerrando los ojos. Cuando se trata de Olivia, me ando con pies de plomo y medito bien qué decir y qué no delante de Miles.

—¿Esa no es Abi? —dice mi amigo con la vista fija en la zona baja de la discoteca.

Me incorporo de un respingo.

—Está con Hana —añade mientras señala a un punto concreto de la pista de baile.

El corazón me da un vuelco cuando la localizo. Sí, es ella. Baila desenfadada con su amiga, sacudiendo la cabeza de un lado a otro. Su cabello se balancea siguiendo sus movimientos y refleja los destellos de los focos de la pista. Lleva un mono negro que se le ajusta en los lugares perfectos para resaltar su cuerpo escultural. Me pierdo en sus curvas hasta que la voz de Miles me hace regresar.

—Ahora que me fijo, su amiga no está nada mal.

—Llámalas —suelto. Miles me mira extrañado—. Así saludas a la amiga.

Es una excusa casi desesperada, pero creo que ha funcionado. Miles se acerca a la barandilla del reservado y hace aspavientos con las manos hasta que las chicas lo divisan. Con un gesto les indica que suban. Me mantengo sentado, proyectando una despreocupación totalmente fingida.

—¡Hola, chicos! —saluda Abi en cuanto llega. No le suelta la mano a Hana, parece bastante perjudicada.

—¿Qué dice la aspirante a surfista? —pregunta Miles—. Estás mejorando más rápido de lo que aposté.

—Tengo un buen maestro. —Abi me señala inclinando la cabeza hacia mí. Los dos se ríen—. ¿Cómo estás, Ryan?

—Todo bien. —Doy un sorbo a la cerveza.

Hana comienza a desgañitarse cantando la canción que suena —o intentándolo—. Miles se ríe y Abi pone los ojos en blanco.

—No te preocupes, que me la llevo abajo en breve.

—¿Qué le pasa? —me intereso. Su amiga permanece ajena a nuestra conversación.

—Que ha bebido más de la cuenta intentando ahogar a Declan en alcohol.

—¿A Declan? —repite Miles.

—Su novio. Perdón, *exnovio* —aclara Abi.

La expresión de mi amigo cambia. Repliega los párpados como si le hubieran arrojado agua fría a la cara. Pareciera que se le ha pasado el subidón de golpe.

—¿La ha dejado? —pregunta.

—Al revés. Hana lo ha mandado a la mierda. Le ha puesto los cuernos con a saber cuántas chicas. Ahora está en esa fase del

duelo en la que intenta convencerme de que le da lo mismo y asegura que necesita salir a pasárselo bien. Mañana estará llorando por las esquinas como estos días atrás.

—Qué capullo, el tío. —Mi amigo se dirige entonces a Hana—. Tienes suerte de haberte quitado a ese gilipollas de encima.

—¡Miles! —grita ella como si no lo hubiera visto hasta entonces. Lo saluda con un abrazo—. Los tíos con *mullet* siempre me han dado repelús, pero tengo que reconocer que a ti te favorece.

Se tambalea y pierde el equilibrio. Abi logra que caiga en uno de los sillones. Se sienta después entre su amiga y yo.

—Vaya faena lo de Hana —le digo.

—Sí. Lo peor de todo es que no se veía venir. Era el tío perfecto.

—Esos son los peores —apunto.

—Después de esto te entiendo mejor. Es normal que no quieras enamorarte y exponerte a que te destrocen el corazón de esta manera.

Efectivamente, ese es mi argumento. El que llevo defendiendo desde que entré al circuito profesional. El que le expliqué a Abi aquel día en la playa. Entonces, ¿por qué se me atragantan sus palabras? No me ha gustado escucharlas en su boca.

—No todos los tíos son como el ex de tu amiga.

—Por suerte. —Abi me mira con intensidad—. Tú no eres así. Tienes un sistema propio que te funciona y que, además, deja las cosas claras desde el principio. Las dos partes saben a lo que atenerse todo el tiempo. Cuando me lo contaste pensé que era frío, pero he llegado a la conclusión de que es todo lo contrario. Te preocupas de que no exista ningún malentendido que pueda dañar a la otra persona.

—Abi…

«¿Cómo te explico que mi sistema hace aguas? Que cuando te veo quiero saltarme todas las reglas que impuse. Que la marea azul de tus ojos me sacude con fuerza cada vez que me miras».

—Me la llevo a la pista antes de que monte algún numerito aquí arriba. —Abi tira del brazo de su amiga hasta que consigue ponerla en pie—. ¡Nos vemos otro día!

Sigo sus pasos hasta que desaparece por la escalera del reservado.

—El alcohol no es buen compañero en las penas. Mañana tendrá una resaca brutal y se sentirá todavía peor —comenta Miles.

—Pues tú vas fino también —replico—, y no solo de alcohol.

Mi amigo se encoge de hombros.

Me paso el resto de la noche echando ojeadas a la zona baja, cerciorándome en todo momento de dónde se encuentran Abi y su amiga. Las veo bailar y saltar animadas. También forcejear por un cóctel que Abi procura que Hana no se beba. Hace ya un rato que se les han unido dos chicos. Se ríen juntos y se dicen cosas al oído —es lo normal, ¿no? La música está demasiado alta—. Cada vez están más cerca.

Ahora soy incapaz de apartar la mirada de la pista. El rubio alto le ha pasado el brazo a Abi por los hombros y no se despega de ella. Analizo su expresión. Sonríe, parece cómoda. Me asaltan unas ansias feroces por bajar del reservado a toda prisa y plantarme en medio de los dos. El sentido común me frena. Sin embargo, algo arde dentro de mí cuando compruebo que se marchan los cuatro juntos.

43

Abi



Despertarme al lado de un pseudoextraño no es la mejor experiencia de mi vida. Cada vez cobran más sentido las normas de Ryan. «No quedarse a dormir bajo ningún concepto». Ahora entiendo el porqué. El rubio y yo nos miramos sin saber qué decir.

—Creo que mejor me marcho.

—Por favor.

Se viste y se pasa la mano por el pelo para intentar adecentarlo un poco. Lo acompaño hasta la puerta bajo la atenta mirada de Hana, que está hecha un ovillo en el sillón, con unas ojeras que se le unen con las mejillas.

—Vaya, vaya con mi amiga la puritana. ¿Estás cogiendo carrerilla?

—Ni me lo nombres. ¿Qué hay de su amigo? —pregunto.

—Lo despaché poco después de llegar a casa. No estoy preparada para dejar que otro chico se meta en mi cama.

Asiento. Estaba más que claro, me alegro de que se diera cuenta a tiempo.

—Entonces, ¿estás recuperando el tiempo perdido? —Sus cejas se arquean insinuantes. Es la expresión más agradable que ha reflejado su rostro en la última semana.

—Eso pretendía, pero ha sido horrible —me sincero.

Hana se incorpora y se sienta con las piernas cruzadas.

—¿En serio? ¿Tan mal te ha ido?

—No sé cómo definir la experiencia. ¿Sosa? ¿Apática? No veía la hora de que terminara.

—Abi, las primeras veces están lejos de ser perfectas.

—Sin embargo, con Ryan lo fue. Emocionante, excitante, placentero. ¿Cómo puede ser tan dispar el sexo? No logro comprenderlo. Entiendo que haya ciertas diferencias, pero ha sido como las dos caras de una moneda. Nada que ver.

—Porque depende de con quién lo hagas —afirma Hana.

—O sea, que estoy vendida al chico de turno. Es todo cuestión de suerte.

Hana se ríe con cierto pesar.

—Es cuestión de conexión y de sentimientos. Esa es mi opinión.

—¿Y qué diferencia hay entre Ryan y este chico?

—No sé, dímelo tú.

Me quedo pensando. *A priori* no encuentro ninguna, salvo la confianza que tengo con Ryan. Somos amigos. Sea lo que sea, lo cierto es que ahora me apetece todavía más liarme de nuevo con él. Un deseo que guardaré para mí. Me invade una sensación amarga en la boca del estómago. ¿Sentiría Ryan aquella mañana lo mismo que yo al despertar acompañada? Sé que su norma iba más bien encaminada a no generar más intimidad de la debida, pero puede que le molestara encontrarme allí al amanecer, aunque no lo haya dicho. Por nada del mundo querría causarle incomodidad o malestar.

—Prefiero no pensar. Tengo la mente embotada.

—Por la mala follada —se burla Hana.

—No lo descarto. —Le acaricio el pelo—. ¿Cómo te encuentras?

—Mal. Como si me hubiese pasado una apisonadora por encima.

—Te advertí que pararas cuando llevabas cinco copas.

—Ojalá fuera por eso… —se lamenta.

La estrecho entre mis brazos. Me duele verla así. Ella es la fuerte de las dos, la que puede con el mundo, la que nunca flaquea. Declan ha hecho añicos su vida y también su futuro, el que veía

nítido ante ella. Lo único que deseo es que lo supere pronto para que vuelva a ser la misma guerrera de antes. La que con su escaso metro y medio se enfrenta a todo lo que se le ponga por delante como una leona.

—No sé si te acuerdas, pero anoche le dijiste a Miles que te encantaba su *mullet*. —Intento sacarle una sonrisa.

—¿Qué? Ni de coña.

—Verdad verdadera.

—¡Odio los *mullet*! Son una aberración estética.

—Menos el de Miles, por lo que se ve —río. Hana me mira descompuesta.

—Recuérdame que no vuelva a beber en lo que queda de año.

44

Ryan



Veo aparecer a Abi corriendo, intentando que no se le entierren los pies en la arena. Ha escogido un neopreno largo. Es lo normal, el agua cada vez está más fría, aunque no evita que la decepción se asiente bajo mi esternón. Aun así, está preciosa. La sigue una chica.

—Lo siento mucho —se disculpa al reunirse con nosotros. Es la primera vez que llega tarde a la grabación. Siempre la encuentro sentada en la arena antes de que termine de entrenar—. Me he enredado con un asunto del trabajo.

—No pasa nada, Abigail —responde Brody quitándole hierro al asunto—. Aún estamos montando.

—Esta es mi hermana Grace.

—¡Hola! —saluda la joven con tono alegre.

Tiene un ligero parecido con Abi, aunque su cabello es más oscuro y es un pelín más baja que ella.

—Encantado, Grace —respondo.

—No me creo que esté frente a ti —suelta—. ¡Llevo semanas pidiéndole a Abi que me traiga!

Río por toda respuesta. La seguridad que le falta a Abi para según qué cosas le sobra a su hermana.

—Siéntate por detrás del equipo y procura no molestar —le advierte Abi—. Y si te llama mamá ni se te ocurra contestar o se nos cae el pelo a las dos.

—Entendido.

Grace obedece a su hermana.

—Debería estar en la biblioteca ahora mismo, pero es *muy* insistente. No he podido decirle que no.

—A mí no me molesta.

—Gracias. —Sonríe y yo me derrito—. Se me ha hecho tarde porque estaba entrevistando a Marina Cox.

—Ah, ¿sí? ¿Qué tal ha ido? —me intereso.

—Genial. Es un encanto y me ha dado mucha tela que cortar. Sin duda, sus aportaciones van a enriquecer el artículo. Tengo que darte las gracias de nuevo por esto.

Abi me da un ligero apretón en el hombro. Me recorre un escalofrío y me asaltan *flashes* de aquella noche. Me froto la mandíbula para disimular la tensión. También recuerdo al rubio alto de mirada intensa que le pasaba el brazo a ella por encima. Me arde la boca del estómago. ¿Qué habrá ocurrido entre ellos? Lo mejor es que ni lo mencione. No tiene que darme ningún tipo de explicación al respecto y creo que tampoco me sentará bien averiguarlo. No, no es una buena idea preguntar.

—Te fuiste bien acompañada el sábado.

«Mierda».

—¿A qué te refieres?

«Joder. Ahora no puedo parar».

—Metro noventa, rubio, mirada penetrante. —Intento parecer despreocupado.

—Bueno…

—¿Bueno?

Enarco las cejas. He detectado una mueca en su rostro que no sé qué significa. Ella baja un poco la voz.

—¿Puedo contarte esto en calidad de… *entrenador*?

Trago saliva. No me gusta el cariz que está tomando esta conversación porque sospecho lo que viene a continuación, pero asiento de todos modos.

—Fue horroroso. Si tuviera que ponerle una reseña sería un uno sobre cinco.

Se me encienden todas las alarmas y doy un paso hacia ella. Noto tensión en los músculos de la cara.

—¿Te trató mal?

—No, nada que ver. El chico era un encanto. Digamos que… no conectamos en *otras* materias.

—¿Un polvo de mierda?

—Nefasto.

Me relajo un poco al constatar que no era lo que me imaginaba. Sin embargo, también se va engrosando el nudo que tengo alojado en el estómago. ¿Qué esperaba? ¿Que después de mí no se acostara con nadie más? Precisamente eso era lo que buscaba, quitarse la cruz de la virginidad. Aun así, me molesta. Ni se me ocurriría decirle nada al respecto, aunque no puedo evitar que me incomode. Lo único que me consuela es que ha sido un mal polvo. ¿Qué reseña me daría a mí?

—¡Al agua, chicos! —interrumpe Mike. Qué oportuno.

Hacemos un entrenamiento calcado al de la sesión anterior, solo que esta vez Abi es capaz de mantenerse más tiempo sobre la tabla y ha surfeado varias olas pequeñas. Está mejorando a pasos agigantados y ya no la escucho echarse tierra encima cada vez que se mete en el mar como ocurría al principio. Su hermana la ha estado animando sin parar desde la arena. Por cómo lo hace, intuyo que la admira. No me extraña, Abi es digna de adoración.

—¿Quieres probar un tubo? —le propongo.

—¿Crees que puedo hacerlo?

—Tú sola no, pero conmigo en la tabla sí.

Se le forma una sonrisa enorme en el rostro que parece acariciarme el corazón. Asiente enérgica. Informo a Mike y a los cámaras de lo que vamos a hacer para que estén preparados. Josh saca el dron de inmediato.

Remamos mar adentro, los dos acostados sobre la misma tabla. La he traído a propósito por si tenía la oportunidad de hacer algo así, no me escondo. Espero a la ola perfecta con paciencia. Le indico a Abi que se ponga de pie y yo la sigo después, sujetándola por la cintura. No estoy seguro de que le haga falta, pero me aferro

a ella igualmente. Nos deslizamos dentro del tubo y ella grita de emoción. El corazón me palpita desbocado.

—Roza la pared de la ola —le digo.

Abi extiende el brazo y surca el agua con los dedos.

Es una sensación indescriptible. El surf, el tubo y Abi en una misma ecuación. Es perfecto.

La ola es más rápida de lo que me imaginé, así que intento frenar con el brazo trasero. Al estar Abi conmigo en la tabla la postura es un poco forzada. Aun así, la aguanto para terminar el tubo. Noto un pinchazo en el hombro.

Caemos al agua cuando la ola se extingue. Abi emerge exultante; tiene la cara de una niña pequeña en la feria. El cuerpo me pide abrazarla y hago el amago de atraerla hacia mí. Sin embargo, me detengo antes de llegar a ella. Vuelve el pinchazo; un dolor incisivo en el hombro. Muevo el brazo en distintas direcciones y la molestia aparece cada vez que lo elevo, más intensa que antes. Mala señal.

—¿Qué ocurre? —se preocupa.

—El hombro. Me he hecho daño.

El dolor no cesa. Al contrario, va en aumento y no me gusta un pelo. Una lesión ahora podría joderme lo que queda de temporada.

—Tienes que mirártelo —determina Abi. Agarra la tabla y me hace una seña para que la siga hasta la orilla.

Llamo de inmediato a mi entrenador una vez piso tierra firme.

—Payton, creo que me he jodido el hombro. Necesito que me vean.

—¿Qué ha ocurrido?

—He notado un pinchazo frenando en un tubo. El dolor no se va.

—Te llamo enseguida.

Todos están serios. Forman una especie de corrillo a unos pasos de mí. Transcurren pocos minutos hasta que el teléfono suena.

—La fisio y el médico están con el equipo *junior* en Melbourne. Vuelven en dos días.

—¡No puedo esperar dos días! —alzo la voz más de lo debido.

Todos me observan en silencio. Abi se retira unos metros con su teléfono en la oreja.

—Veré lo que puedo hacer. Intentaré encontrar un fisioterapeuta que te vea hoy, pero no hay muchos en quienes confíe de verdad.

La llamada se corta y me tenso. Aprieto el móvil con fuerza, aunque en realidad querría lanzarlo contra el suelo. Me contengo. Abi vuelve a acercarse a nosotros con una expresión que nunca le había visto.

—Ven conmigo —me ordena.

45

Abi



No le doy tiempo a Ryan para que responda. Le agarro la mano y lo obligo a seguirme hasta el aparcamiento. Grace viene tras nosotros.

—Vuelve a la biblioteca en el bus —le ordeno.

Entiende la gravedad del asunto de inmediato y no rechista. Le desea a Ryan que se recupere y se dirige a la parada de autobús.

Continúo tirando de su mano hasta que nos plantamos delante de mi coche.

—¿A dónde vamos? —pregunta entonces. Parece algo desconcertado, pero siento que se dejaría guiar por mí con los ojos cerrados.

—Al hospital.

Se suelta de mi agarre.

—No voy a dejar que me toque el hombro cualquiera.

—No es *cualquiera* quien va a verte. Es mi hermano Ethan, el mejor traumatólogo de su promoción.

El recorrido hasta el hospital es bastante tenso. Hay un silencio denso en el interior del coche que ninguno de los dos se atreve a romper. Yo me siento fatal. No paro de pensar que se ha lesionado por mi culpa.

Ethan nos está esperando en la puerta. Arquea una ceja cuando nos ve bajar del coche. No nos hemos quitado los neoprenos, no había tiempo para eso.

—Ni se te ocurra decir que menudas pintas llevamos —le advierto. Él levanta las manos en son de paz.

—Soy Ethan, el hermano de Abi —se presenta.

—Ryan. —Le estrecha la mano.

Seguimos a mi hermano por el hospital hasta que llegamos a su consulta. Le pide a Ryan que se siente en la camilla y le inspecciona el hombro, tocando por todos lados y movilizándolo después. Ryan sisea y arruga el rostro por el dolor.

—Tiene pinta de ser el manguito rotador —asevera Ethan—. Saldremos de dudas con una resonancia.

—Eso va a tardar días —se queja Ryan.

—Estás de suerte. Tengo un colega en radiología y nos ha hecho un hueco.

Ethan nos conduce por el hospital hasta llegar a la zona de las pruebas de imagen. Me maravilla ver a mi hermano así, desenvolviéndose como todo un profesional a pesar de no ser adjunto todavía. Camina decidido, se nota que está en su ambiente. Estoy orgullosa de él.

Por otro lado, Ryan está cabizbajo e inusualmente callado. Su expresión es tensa, rígida. Se le tienen que estar pasando mil cosas por la cabeza ahora mismo. El próximo campeonato es en menos de una semana, el penúltimo antes de las finales. Debe de sentirse agobiadísimo.

Un enfermero acompaña a Ryan a la sala de resonancia e Ethan me permite quedarme con él y su compañero radiólogo visualizando las imágenes. Nunca llegué a estudiar ninguna asignatura de radiodiagnóstico, así que no soy capaz de discernir nada de lo que veo. Mi mirada se desvía a la otra pantalla, en la que aparece Ryan dentro de la máquina. Aunque no se mueve, aprieta los labios con fuerza y tiene una arruga bien marcada entre las cejas. Escucho a Ethan intercambiar opiniones con su compañero, pero no proceso lo que dicen, no puedo dejar de contemplar a Ryan.

Regresamos a la consulta.

—Efectivamente, se trata del manguito rotador —anuncia Ethan. Enseguida observo a Ryan; tiene la misma expresión que dentro de la máquina de resonancia, y ahora también presencio

cómo aprieta los puños con fuerza. Sus nudillos están blancos—. Por suerte no hay roturas, solo inflamación. Es una tendinitis.

Ryan exhala una gran cantidad de aire que debía de estar conteniendo desde hace rato.

—Te recomiendo frío y descanso. Sobre todo descanso, aunque eso ya lo sabrás —añade mi hermano.

—Compito la semana que viene.

—Si haces un sobreesfuerzo en estas condiciones podría ir a mayores.

—Tengo que competir. *Voy* a competir. No puedo permitirme el lujo de no puntuar faltando solo dos encuentros para la final.

Ethan resopla.

—Antiinflamatorios, hielo, terapia manual y *kinesiotape*. Ni se te ocurra meterte al agua de momento, espera lo máximo posible. Sabes que tus fisioterapeutas van a decirte lo mismo que yo.

Ryan asiente, pero su expresión no se destensa.

—Gracias, Ethan.

—Dáselas a mi hermana. No tenía otra opción si quería seguir con vida.

Ryan se gira entonces hacia mí y me contempla con intensidad. No conocía esta faceta suya. Está enfadado, replegado en sí mismo. Es evidente que la rabia lo consume, y no es para menos.

Me despido de Ethan con un abrazo y abandonamos el hospital. Ryan camina por delante de mí, con paso acelerado. Una vez estamos en el aparcamiento se detiene y apoya las manos en las rodillas.

—¡Joder! ¡No, joder! —Se yergue de nuevo, con los puños apretados.

—Ryan…

—¡Mierda! ¡Cómo la he jodido!

No me escucha ni me ve. Le toco el brazo bueno con suavidad.

—Ryan… —susurro otra vez.

Sus ojos conectan con los míos. Veo la ira en ellos.

—Necesito fumarme un cigarro —suelta.

—Tú no fumas —le recuerdo. Al menos, eso creo.

—¿Tú también vas a decirme lo que puedo y lo que no puedo hacer?

Me quedo callada, observándolo. No puedo imaginarme cómo se siente ahora mismo. Jamás me había hablado así. No hay atisbo del Ryan despreocupado y bromista; su rostro se ha ensombrecido y sus líneas de expresión están más marcadas que nunca.

—No. Solo quiero ayudarte.

Algo cambia. Creo que por fin me escucha de verdad, que mis palabras traspasan la barrera de tensión que lo envuelve.

—Mierda… Lo siento, Abi. Tú no tienes la culpa de nada.

—Quizás un poco sí que la tenga. Te has lesionado por hacer el tubo conmigo.

—¿Qué? No.

—Vamos, Ryan, no soy idiota. Estabas perfectamente hasta ese momento.

—Abi, es el resultado de un entrenamiento de alta intensidad. Llevo doblando entrenos desde la semana pasada. Podía haberme pasado en cualquier momento.

Trago saliva. Sé que no quiere que me sienta culpable por esto, pero es inevitable. Sin embargo, dejo de insistir en el asunto. No necesita soportar otra carga más sobre sus hombros.

—En serio, quiero un cigarro.

Lo decía de verdad. No tenía ni idea de que Ryan fumara. Nunca lo ha hecho en mi presencia y su aliento no huele a tabaco. He probado sus labios y no había ni rastro de nicotina en ellos.

—¿Necesitas relajarte? —le pregunto. Ha empezado a sacudir una pierna.

—Algo así.

—Entra conmigo al coche.

Abro la puerta del asiento trasero y le hago un ademán para que se suba. Lo veo hacer una mueca con los labios, sorprendido.

—Abi, no creo que…

—No te imagines cosas raras. Solo entra.

Termina haciéndome caso. Yo lo sigo al interior y me siento con la espalda apoyada en la puerta. Le pido que se recueste boca

arriba contra mi cuerpo.

—No sé qué pretendes con todo esto.

—Me adueño de tus palabras: «Déjate llevar, fluye».

Refunfuña, pero sigue mis instrucciones. Su cabeza queda alojada en el centro de mi pecho. Enredo los dedos entre su cabello y le masajeo el cuero cabelludo con delicadeza. Me concentro en respirar con tranquilidad.

—Mi hermano, ese tan bien plantado que acabas de conocer, se ponía tremendamente nervioso en la época de exámenes en la facultad. Le podía el miedo a fallar. Cuando se volvía insoportable, lo acurrucaba conmigo de esta manera y le hacía este mismo masaje. Lo acariciaba despacio, con calma, y le decía que se concentrara solo en esa sensación. —Ryan cierra los ojos—. Apoyaba la cabeza en mi pecho, igual que tú ahora, para sentir mi respiración y acompasarse con ella. Siempre conseguía apaciguarlo.

Es lo que está ocurriendo con Ryan. Percibo menos tensión en su rostro e inspira a la misma velocidad que yo.

—Son técnicas de relajación normales y corrientes. Aprendí algunas para echarle una mano con su ansiedad. Después probó la meditación y le ha ido muy bien.

—Qué suerte tiene tu hermano.

—¿Porque le funciona la meditación?

—Porque te tiene a ti.

—Los hermanos estamos para eso.

He sentido cosquillas en el estómago al escucharlo, pero me concentro en seguir acariciándole la cabeza.

—Consientes a tu hermana pequeña, se ve a la legua, y proteges a tu hermano mayor. Te encargas de todos los que estamos a tu alrededor, pero ¿quién cuida de ti? —Abre los ojos y engancha la mirada con la mía—. ¿Quién te cuida a ti, Abi?

46

Ryan



No sé si son las técnicas de relajación o el calor del cuerpo de Abi, pero las ganas de destrozar algo a patadas se han disipado. Ella continúa moviendo los dedos en círculos sobre mi cabeza, con un ritmo fijo, suave. Su pecho sube y baja despacio, indicándome cuándo tengo que respirar. Me he acomodado en su abrazo y temo hacer cualquier movimiento por si rompo el instante.

No quiero que acabe.

Nunca.

Además de su respiración calmada y sus caricias tranquilizadoras, me envuelve su aroma. Abro los ojos de nuevo y me encuentro con su mirada sonriente. Abi es la combinación perfecta de todo lo que adoro. El mar en sus ojos azules; su cabello dorado que recuerda a la arena sedosa; su tacto suave, como el de las olas al mecerte; y su olor… Hoy es una mezcla de *monoi* y salitre, delicado y salvaje a la vez, como Pipeline.

No lo dudó un instante.

Hizo lo que estuvo en su mano para intentar ayudarme. Y lo sigue haciendo. Quiero quedarme acunado en su regazo para siempre.

Dos golpecitos en el cristal me devuelven a la realidad. Abi se revuelve en el asiento hasta quedar bien sentada de nuevo y ejerce una ligera presión con la mano en mi espalda para indicarme que

haga lo mismo. Todo rastro de calma en la cara de Abi ha desparecido. Una señora con bata blanca nos observa por fuera del coche.

Me sobresaltan los estornudos de Abi. Cuatro, para ser exactos. Hacía tiempo que no le ocurría, lo que me indica que está nerviosa.

—Hola, mamá —saluda al bajar—. Este es Ryan.

—Encantado, señora Harris.

—El surfista —responde ella estrechando mi mano.

Asiento en silencio. Nos mira a ambos de arriba abajo.

—Ryan ha tenido un accidente entrenando y hemos venido directos para que Ethan le echara un vistazo al hombro —se excusa Abi sin que nadie le haya preguntado.

—Me lo ha dicho. Nos hemos encontrado en el *hall*. ¿Nos tomamos un café? —propone.

—No creo que Ryan tenga tiempo para eso, y, bueno, así vestidos…

—Ya te has paseado por medio hospital con ese neopreno, no creo que pase nada por pisar la cafetería así.

El tono de la madre de Abi es… serio. No sabría cómo describirlo. Ella me mira vacilante.

—Tengo tiempo para un café —contesto.

Al entrar en la cafetería la señora Harris saluda a algunos colegas y luego nos sentamos en una mesa al fondo. Nos sirven dos cafés con leche a Abi y a mí, y uno solo a su madre.

—Supongo que estabais grabando.

—Sí —responde Abi.

—¿Es grave? —pregunta dirigiéndose a mí.

—Tendinitis del manguito rotador. Nada incompatible con la competición.

—Ten cuidado —me advierte.

No suelo ponerme nervioso cuando conozco a alguien; estoy acostumbrado. Sin embargo, me siento tenso alrededor de la señora Harris. Tengo la sensación de estar enfrentándome a un tercer grado continuo. Abi también parece incómoda.

—Ya te dije que este programa no iba a traerte nada bueno —le dice. Abi agacha la cabeza.

—No ha sido por el programa —intervengo—. Es una consecuencia de la sobrecarga de la temporada. He tenido suerte de que solo sea esto.

La madre de Abi asiente y remueve el café.

—¿Cómo va la cosa en el periódico? ¿Ya te han hecho fija?

—Aún no… Pero estoy escribiendo un artículo en solitario sobre el papel de la mujer en el surf. Gracias a Ryan he conseguido entrevistar a Marina Cox. Seguro que destacará y, bueno…, quién sabe, quizás me ofrezcan un contrato indefinido.

La madre de Abi suspira, como si no le gustara lo que escucha. Abi traga saliva.

—Espero que todo este tema del programa de televisión no te esté descentrando de tus objetivos. Aunque tampoco me queda claro que los tengas muy definidos.

Será su madre, pero me empieza a molestar.

—¿Sabes, Ryan? A Abi le auguraba un futuro brillante en la medicina. Tiene un don para esto. Por desgracia, decidió tomar otro camino. Podría ser muy exitosa ahora mismo.

Empiezo a comprender ciertas actitudes de Abi. Su autoestima, la necesidad de estar preparada para todo y hacerlo a la perfección. ¿Qué es toda esta presión?

—Su hija ya es muy exitosa.

La señora Harris me mira perpleja, como si lo que le acabo de decir fuera imposible.

—Ha abandonado un camino fácil para el que se había preparado toda su vida y en el que, sin duda, le hubiera ido muy bien para perseguir sus propios sueños. Hace su trabajo de forma exquisita; lo sé porque me ha entrevistado. Va a ser una periodista excelente. Se está enfrentando a un programa de televisión que le encasquetó su jefe de improviso con una actitud envidiable. Además, ha conseguido aprender a surfear mucho antes de lo que pensábamos y ha sido capaz de guionizar ella sola un episodio. —Abi posa la mano en mi muslo y me da un apretón. Con la mirada intenta decirme que pare. No me da la gana—. Y, por encima de

todo eso, es buena persona, educada, agradable y se preocupa por que todos los que la rodean estén bien. Si eso no le parece ser exitosa…

La madre de Abi carraspea y da un sorbo a su café apartando la mirada un instante.

—Puede lograr lo que ella quiera —acaba diciendo.

Descubro una media sonrisa en el rostro de Abi. Parece que no está acostumbrada a recibir elogios por parte de su madre que no tengan que ver con su prodigioso cerebro.

La rabia por la lesión ha pasado a un segundo plano. Me preocupa mucho más que Abi esté bien.

Regresamos al aparcamiento tras despedirnos de su madre.

—Lo de antes…

—No dejes que nadie te haga creer que lo que haces no tiene importancia —la interrumpo—. La tiene para ti y es más que suficiente.

—Ryan… gracias.

—Cada vez me doy más cuenta de lo valiente que eres. No tengo claro que yo fuera capaz de continuar en el surf si mi madre no me apoyara al cien por cien. Eres…

Eres increíble a mis ojos. Eres preciosa. Eres buena. Eres audaz. Eres graciosa y torpe también. Eres… Eres más de lo que puedo manejar ahora mismo. Eres perfecta.

Julio

RESULTADOS DEL FIJI TIDE PRO

Cloudbreak, Fiji

	1er puesto	Kai Young
	2do puesto	Tyler Simmers
	3er puesto	Benjamin Walker
	3er puesto	Heitor Alves
	5to puesto	Adriano Ferreira
	9no puesto	Ryan Bailey

RANKING DE LA WSL TRAS EL NOVENO EVENTO

1	Tyler Simmers (USA)	63,635 puntos
2	Adriano Ferreira (BRA)	59,805 puntos
3	Benjamin Walker (AUS)	53,610 puntos
4	Ryan Bailey (AUS)	53,250 puntos
5	Kai Young (HAW)	49,940 puntos
6	Heitor Alves (BRA)	48,520 puntos

47

Abi



Me he chupado el Fiji Tides Pro de cabo a rabo, aun teniendo que despertarme de madrugada para ver los primeros *heats*. Cada vez que salía Ryan tenía el corazón en un puño. Cuando se caía de la tabla, dejaba de respirar hasta que lo veía emerger de nuevo y comprobaba la expresión de su cara.

No ha sido su mejor campeonato, desde luego. Consiguió llegar a la ronda cuatro, pero cayó contra un surfista que va muy por debajo de él en la clasificación. Aun así, logró puntuar, que era lo más importante. 3320 puntos que le permiten continuar en el top cinco, aunque lo han relegado de nuevo a la cuarta posición. Benjamin Walker vuelve a ostentar el tercer puesto.

Puedo imaginarme cómo se siente Ryan ahora mismo. Desconozco el motivo por el que tiene el férreo deseo de sobrepasarlo, pero sé que es importante para él y eso me basta.

Esta semana no tenemos grabación. Por una vez el patrocinador se ha mostrado razonable y ha accedido a darle un descanso para que se recupere. Emitirán una especie de episodio de mejores momentos hasta ahora. Me alegro de que le dejen parar; no obstante, me hubiera gustado verlo.

Sigo sintiéndome culpable por lo que le pasó. Es difícil gestionar esta emoción, aunque él me repitiera en más de una ocasión que no tenía nada que ver conmigo.

He estado tentada de enviarle un mensaje durante la competición, pero deseché la idea porque no sé cómo podría sentarle en estas circunstancias. No sé si quiere que alguien lo apoye o prefiere no tener contacto.

No nos encontramos desde el día del hospital. Sin embargo, las palabras que le dijo a mi madre se repiten en bucle en mi mente, a todas horas, en cualquier situación. Y siempre aparece un cosquilleo en mi vientre. Tengo la sensación de que percibe cosas en mí de las que yo misma no soy consciente. La manera en que me describió me hizo sentir valiosa. ¿Importante quizás? No lo tengo claro.

Estoy terminando de redactar el artículo en el que llevo semanas trabajando. Lo he releído infinidad de veces para dejarlo perfecto. Marina Cox se mostró muy interesada en el tema y me pasó los contactos de otras surfistas profesionales que me han hecho llegar sus opiniones. «Es la hostia». Me tapo la boca como si los demás fuesen capaces de escuchar lo que pienso.

Adams irrumpe en el centro de la redacción acaparando la atención de todos.

—Como sabéis, esta semana el periódico cumple quince años. Celebraremos el aniversario el sábado con una cena en el Gray Pearl. ¡Quiero veros a todos allí!

Adams está entusiasmado. Creo que no sale de fiesta desde que tuvo a las gemelas —ya tienen cinco años—. Sin embargo, a mí me hace entre cero y ninguna ilusión tener que encontrarme con según que compañeros fuera de la oficina. Y con «según qué compañeros» me refiero a Connor.

Desde nuestro encontronazo en la reunión ha mantenido las distancias, lo cual me ha dado un respiro, pero no lo soporto. Ha llegado a un punto en el que escuchar su voz me irrita. Tendré que hacer de tripas corazón para compartir mesa con él.

El Gray Pearl es un restaurante bastante refinado especializado en mariscos. Al menos, cenaré de diez esta noche.

Cleo, Lilian y yo hemos quedado en encontrarnos a una manzana del local para llegar a la vez y asegurarnos de que nos sentamos juntas. El plan funciona y nos ubicamos en uno de los extremos de la enorme mesa que nos han preparado. El resto del equipo se une poco a poco. Adams ocupa la cabecera y Connor no se ha colocado lo suficientemente lejos como para no tenerlo a la vista. Por suerte, tampoco está tan cerca para verme en la obligación de entablar conversación con él.

Van dejando bandejas con moluscos variados sobre la mesa y nos ponemos las botas. Cleo y Lilian son estupendas. Nos pasamos la noche riendo y bromeando entre nosotras. También nos tomamos alguna que otra copa de vino. Todo el mundo está más relajado de lo habitual, fuera del ambiente de prisas de la redacción.

Me ausento un momento al servicio. Me miro en el espejo del lavamanos y compruebo que tengo las mejillas sonrosadas. Es la hora de dejar de beber. Al salir del baño me encuentro a Connor apoyado en la pared del estrecho pasillo. Lo ignoro con toda la intención; sin embargo, me detiene agarrándome por la muñeca cuando paso a su lado.

—¿Qué haces? Suéltame.

No me hace caso.

—No creas que se me ha olvidado.

Clavo la mirada en sus ojos. Me suelta la mano cuando se cerciora de que tiene mi atención.

—Lo que hiciste en la reunión estuvo fuera de lugar.

—No creo que más de lo que te has pasado tú de la raya.

—Pero resulta que yo soy tu jefe, no una simple ocasional a la que Adams puede echar a la puta calle en cuanto se canse.

—Pues con más razón te deberías comportar.

—¿Vas a sermonearme? ¿Tú? —Me mira con desprecio. Siempre lo hace, en realidad, aunque esta noche lo enfatiza aún más —. No eres nadie.

—Para no ser nadie, parece que me tienes bastante en cuenta. Pasa de mí; cuanto más lejos, mejor.

—No voy a consentir que una trepa como tú ponga en entredicho mi trabajo.

No sé si son los vinos o la confianza que últimamente me invade sin previo aviso lo que me suelta la lengua.

—¿No será que temes que una *novata* como yo airee lo pésimo profesional que es Connor Meyer? Pensaba que eras simplemente idiota, pero al verte trabajar en campo la primera vez me quedó claro que no eres tan bueno como te pintan. Deberías darme las gracias por que tu nombre figure en la entrevista de Bailey. A mí tampoco se me ha olvidado.

—Serás zorra.

Hace el amago de volver a agarrarme por la muñeca, aunque lo evito. Está enfurecido.

—Ni se te ocurra tocarme.

Regreso a la mesa con paso rápido y el estómago revuelto. Cuando pienso que Connor no puede caer más bajo siempre acaba sorprendiéndome. Se ha pasado de la raya muchas veces, se merece que presente una queja por acoso. Desestimo la idea con rapidez. Es su palabra contra la mía.

—Deberíamos continuar la fiesta en otro lado —propone Adams fuera del restaurante. Está desatado. No se ha visto en otra y quiere aprovechar hasta el último minuto del día de hoy.

—El Ocean está cerca de aquí —dice un compañero de sucesos.

—Siempre hay cola para entrar —se queja Mia, de política.

—¿Os apetece ir al Ocean? —les pregunto a Lilian y a Cloe en voz baja. Ellas asienten—. ¡Vamos al Ocean! —Elevo la voz.

Se suceden unos «Venga, va», «Vamos, que nunca salimos todos juntos» y nos encaminamos al local andando.

La cola es igual de larga que siempre y se escuchan algunas quejas, entre las que destaca la de Connor. Río para dentro.

—Cloe, Lilian, venid conmigo.

Ellas me observan extrañadas; aun así, me siguen. Nos saltamos la fila y vamos directas a la entrada. Le sonrío al portero enorme, que me reconoce al instante y desengancha el cordón dorado. Le echo una mirada a Connor antes de entrar al local. «Chúpate esa, capullo». Me da pena por algunos de mis compañeros, pero no puedo colarlos a todos.

—Flipo contigo, Abi. ¿Qué ha sido eso? —suelta Lilian sin salir de su asombro.

—¡Me siento como si fuera famosa! Estas cosas no me pasan a mí.

—Vamos a disfrutar, chicas.

Nos adentramos en la pista sin siquiera pasar por la barra a pedir nada —tampoco es que nos haga falta—. La música en este sitio es demasiado buena. Nos dejamos llevar las tres por el ritmo.

Echo un vistazo a la planta alta casi de forma inconsciente. Rastreo los reservados, pero no encuentro a Ryan. Tengo que reconocer que estoy decepcionada. Todas las veces que he venido al Ocean, él siempre ha estado observando desde arriba. Devuelvo la atención a las chicas y seguimos bailando.

Una mano se posa en mi hombro.

—¿Abigail?

Un tío altísimo de pelo castaño y ojos color miel me mira arqueando las cejas. Enseguida lo reconozco.

—Benjamin Walker —digo extrañada.

¿Por qué sabe de mi existencia Walker?

—Dudaba si eras tú —responde cerca de mi oído.

—¿Me conoces?

—He visto el programa. Era de los que apostaba que no lo conseguirías. —Esboza una sonrisa socarrona.

—Siento no haber cumplido tus expectativas. Tengo un buen maestro.

Hace una mueca, pero la deshace con rapidez. Está muy cerca.

—A Ryan le ha tocado la lotería. No todos tenemos la suerte de enseñar a surfear a una belleza como tú.

Me ruborizo. ¿Es su actitud habitual o está flirteando conmigo?

Benjamin es atractivo, sin duda. Tiene unas facciones muy masculinas, manos grandes, es alto y huele muy bien. Sin embargo, recuerdo la expresión de Ryan cada vez que lo nombro.

—¿Sois amigos? —pregunto.

—Mmm, algo así. —Su respuesta me descoloca—. ¿Habría algún problema si fuésemos colegas?

—No, al contrario.

—Bien. —Me contempla de arriba abajo—. Estás a palo seco. ¿Te apetece tomar algo?

—Una piña colada estaría bien.

Benjamin asiente y se dirige a la barra.

—i¿Ese era Benjamin Walker?! —exclama Cleo.

—Eso parece —respondo despreocupada.

—¿Desde cuándo te has convertido en una puta celebridad? —pregunta Lilian—. ¿Conoces a todos los surfistas de la WSL? ¿Te dejan pasar sin hacer cola en cada uno de los locales de moda?

—Solo tengo pase aquí gracias a Ryan. Y no, no conozco a ningún otro surfista de la WSL. Benjamin me ha reconocido por el programa.

Aparece con dos cócteles en la mano e interrumpe nuestra conversación. Las chicas se hacen a un lado de inmediato, todavía obnubiladas con la presencia del surfista.

—Para ti, encanto. —Me ofrece una de las copas. Doy un sorbo y compruebo que el barman no ha perdido el toque desde la última vez que estuve aquí.

—Gracias.

—Te invitaría a bailar, pero tengo dos pies izquierdos.

—No se te nota en el agua —bromeo.

—¿Me has visto competir?

—Puede que no sepas este detalle, pero soy periodista deportiva. Felicidades por el campeonato de Fiji. Lo hiciste muy bien.

—Le di una pequeña paliza a Ryan, sí.

—No os enfrentasteis en ninguna ronda, así que no creo que pueda considerarse como paliza.

Se acerca un poco más a mí.

—Cómo lo defiendes…

—Soy objetiva, nada más.

Él asiente lentamente.

—¿Qué le ocurrió? Sé que tiene algún tipo de lesión que no quiere reconocer.

—Si sois tan amigos, deberías preguntárselo tú, ¿no? O igual es que no eres su colega, como dices.

Tengo claro que no lo es, pero me estoy divirtiendo con este juego. Se ríe elevando solo una de las comisuras de los labios.

—Es muy lista, señorita Harris —dice muy cerca de mi cara; tan cerca que puedo sentir su respiración.

Me encojo de hombros y empiezo a bailar.

48

Ryan



Vuelvo de fumarme un cigarro en la terraza y descubro que el reservado está lleno de tías. Mis amigos deben de haber pensado que me subiría el ánimo. Nada más lejos de la realidad. No obstante, que aprovechen ellos la circunstancia. Veo a Olivia en una esquina con Liam y Dave. Por otro lado está ¿Sophia? ¿Sarah? En fin, la periodista que me entrevistaba el día que salvé a Abi y que acabó esa noche en los asientos de detrás de mi furgoneta. Puede que en otras circunstancias me sintiera atraído por ellas. Solo sexo, sin complicaciones. Las dos están tremendas. Sin embargo, ahora mismo no me inspiran absolutamente nada.

«¿Qué coño te pasa, Ryan?».

Me apoyo en la barandilla del reservado y bebo del botellín. El sabor de la cerveza se mezcla con el regusto del tabaco. Ha sido una semana difícil y no he sabido decirle que no a un cigarro. Bueno, a varios.

Algo atrapa mi atención. Es Benjamin en el centro de la pista. «¿También tengo que verle el careto aquí?». Suelto un bufido y estoy a punto de retirarme con la intención de que desaparezca de mi vista, pero me detengo en seco. Benjamin se aparta un poco y distingo un rostro más que familiar tras él.

Es Abi.

Con un conjunto blanco de falda larga y crop top que quita el sentido.

Es Abi hablando con Benjamin.

Agarro la barandilla con fuerza. ¿Qué hace con él? ¿Por qué charlan tan amigables? Los dos tienen un cóctel en la mano. Se me forma un nudo en la barriga. Benjamin se acerca mucho a ella cuando le habla y también le ha rozado el brazo en varias ocasiones.

No lo puedo soportar.

Bajo las escaleras del reservado saltándome escalones y me abro paso entre la marabunta de gente que atesta la planta baja. Llego hasta ellos en pocos segundos y agarro a Abi por la parte posterior del brazo.

—¡Hola! —saluda animada.

—Ryan —dice él.

—Si no te importa, Benjamin, tengo algo que hablar con Abigail.

—Adelante, no me importa —responde haciendo un ademán. Será gilipollas.

—En privado —especifico.

Abi me observa contrariada.

—¿Nos disculpas, Benjamin? —le pide ella.

Asiente sonriéndole y se marcha hacia la zona de la barra.

—Ryan… Pensaba que no estabas aquí. —Me sonríe con esa expresión tan tierna que me derrite.

—Benjamin no es trigo limpio —suelto—. No deberías estar con él.

—No hemos hablado mucho, pero parece simpático.

—En serio, Abi. Líate con quien quieras menos con Walker. No con él. —Me observa con sorpresa.

—¿Es por esa rivalidad que tenéis?

—Joder, Abi, no. En serio, hazme caso. Enreda a las chicas con su palabrería y luego las trata muy mal. Ha tenido incidentes en más de un campeonato, pero su patrocinador siempre le resuelve la papeleta y nunca trasciende. De verdad, no te acerques a él.

—Vale.

—¿Segura?

—Sí. Si me lo dices es por algo. Confío en ti.

Siento que alguien me estruja el corazón.

—¿Esta copa te la ha traído Benjamin? —Ella asiente y yo se la quito de las manos—. No te la bebas. —Abi frunce el ceño, preocupada—. Solo por si acaso. Me quedo contigo un rato.

Dejo el vaso en una de las mesas altas que está cerca y me apresuro a regresar junto a ella.

Abi se engancha a mi cuello y comienza a bailar. Deslizo las manos por su espalda y me detengo a la altura de la cintura para seguirle el ritmo. Se aproxima a mi oído.

—¿Me estabas vigilando desde ahí arriba?

Su tono de voz es diferente al habitual, más sugerente.

—Siempre te tengo en el punto de mira. —Sonríe complacida.

—Te busqué al llegar, pensé que no estabas en la discoteca.

Me encojo de hombros por toda respuesta. Luego le agarro el brazo y le doy una vuelta mientras bailamos.

—Estás guapísima hoy.

—Todo lo que no sea un neopreno tiene las de ganar —se ríe.

—Los neoprenos también te sientan fenomenal.

La conversación va tomando poco a poco matices de coqueteo y la tensión entre nosotros escala a la par.

Me contempla con detenimiento y yo no aparto la mirada.

—Me has espantado al ligue de la noche. ¿Cómo piensas solucionarlo? —bromea. En esta ocasión no me hace ni puta gracia escucharla.

—Lo que quieras mientras te mantengas alejada de él.

Me roza la mejilla con la mano y la desliza después por mi cuello. Me da un escalofrío de lo más agradable. Se inclina de nuevo hacia mí.

—Lo que quiero supondría saltarnos otra de tus normas —susurra.

El corazón me va a mil.

—¿Cuál de ellas? —pregunto, como si no supiera a cuál se refiere.

—La de no repetir.

Bajo un poco las manos hasta sus caderas y la acerco todavía más a mí. No parece que le moleste.

—Abi…

—Lo sé, lo sé. No vamos a hacerlo más porque no quieres que me enamore de ti. Lo tengo claro.

«No, Abi, no lo tienes nada claro. Ni yo tampoco».

—Es arriesgado.

Detecto un destello en su mirada.

—Ajá.

—Demasiado arriesgado. —Enredo una mano en su cabello mientras seguimos bailando. Cierra los ojos por un instante.

—Y una pena. Porque me muero de ganas de volver a hacerlo contigo.

—Joder…

«Es un error». Me lo repito hasta la saciedad. «Es un error, Ryan». Pero ya da igual lo que me diga a mí mismo, porque sujeto la mano de Abi y la arrastro conmigo a través de la discoteca.

Nos introducimos en los baños de la parte de atrás del reservado y no tardo un segundo en encajarla entre la pared y mi cuerpo. Le sujeto la cara con una mano y la beso como si me fuera la vida en ello.

—Has fumado —dice contra mis labios, pero no se aparta.

—¿Te molesta? —No hago ni el mínimo amago de separarme de ella.

La contestación de Abi es un beso profundo y húmedo en el que enredamos las lenguas. Le lamo el cuello a la vez que deslizo una mano por debajo del top. Ella jadea.

—Quiero probar algo —dice con la respiración entrecortada.

—Solo tienes que pedirlo —susurro contra su oído. Se arquea y se le eriza la piel de la nuca.

Dirige las manos a mis pantalones y en un movimiento fugaz deja a la vista la erección que lleva acompañándome desde que estábamos en la pista. Se arrodilla.

«Mierda».

—¿Estás segura de que…?

No logro terminar la frase. Echo la cabeza hacia atrás en cuanto noto el calor de su boca ahí abajo.

—¿Así está bien?

—Abi…

—Dime algo.

—Joder…

Se detiene un momento y me mira a los ojos. Esta imagen no se me va a olvidar en la vida.

—Abi, puedes hacerme lo que quieras. —Le acaricio el pelo—. Como quieras, cuando quieras, donde quieras.

Se da por satisfecha con mi respuesta y prosigue.

Me vuelve loco. Sabía que esto era un error, porque, si ya no me la quitaba de la cabeza, después de esta noche querré todavía más de ella.

La hago incorporarse tirando de sus brazos y la beso otra vez. Lento, suave, disfrutando de cada roce. La estrecho de manera que no queda ningún centímetro de su cuerpo que no esté en contacto con el mío. Ella se deja guiar por mí.

Abi frunce el ceño cuando me separo y me visto con rapidez. No comprende que la haya dejado echa un desastre, aunque no es lo que se imagina.

—Vámonos a casa.

Sus ojos se iluminan de nuevo. No dice nada, solo se agarra con fuerza de la mano que le tiendo.

No me la quiero follar en el Ocean —aunque ha sido difícil controlarme—. Aquí lo he hecho con decenas de tías que no me importaban una mierda. Bajo ningún concepto pretendo que parezca que es una más de tantas. Porque no lo es.

No entiendo qué poder ejerce sobre mí. Llevo años liándome con chicas sin mayores consecuencias. Un intercambio consentido, rápido y placentero. Pero Abi… me gusta más de lo que me atrevo a reconocer. Y no me conviene en absoluto. No ahora. Lo he reprimido durante semanas y me ha estallado en la cara en cuanto la he visto alrededor de Benjamin.

Subimos la escalera de mi casa a trompicones. Nuestros labios no se han separado un instante. Palpitan doloridos, aunque

deseosos de continuar aprisionándose.

—Joder, Abi. Eres preciosa.

Más besos.

—Eres una puta diosa…

Me aventuro a recorrer su piel a lametones. Ella no para de suspirar.

—¿Te acuerdas de las reglas?

—A estas alturas nos las hemos saltado todas. —Se arquea cuando le chupo los pezones.

—No…, me refiero a que tienes que decirme si algo no te gusta.

—Ah, sí. Eso sí.

La sujeto por la cintura y la tumbo en la cama. Se sorprende por el movimiento inesperado, pero ríe al instante.

—Eres perfecta, Abi.

La contemplo arrodillado ante ella.

—Hoy estás hablador —apunta.

—La otra vez no te quería asustar —confieso—, pero prepárate para que te diga todo lo que estoy pensando. No sabes la cantidad de cochinadas que quiero hacerte.

Se le escapa una risita que me indica lo conforme que está con el asunto.

—No nos va a bastar con esta noche —susurra.

No, Abi. Ni esta noche ni cien más serán suficientes para mí.

Me enredo con su cuerpo, la acaricio y la beso por todos lados. Entierro los dedos en su cabello y nos fundimos en uno mirándonos a los ojos. Abi desata en mí el fervor de las primeras veces, a pesar de ser ella quien no tiene experiencia. Cuando estamos juntos el mundo me parece nuevo y excitante, más intenso que nunca en la vida. Sus jadeos y gritos, música para mis oídos.

Estamos desnudos, pegajosos y agotados. Una gota de sudor recorre la espalda de Abi; la atrapo con la lengua antes de que desaparezca.

—¡Ryan! —se queja—. ¿No te da asco?

—Nada de ti podría darme asco.

Se gira curiosa hacia mí. Tiene las mejillas sonrosadas, el pelo revuelto y los labios hinchados. Está espectacular.

—¿Ni aunque mi plato favorito fueran los ojos de ballena al *grill*?

—Nop.

—¿Y si no me duchara en un mes?

—Mmm, tampoco.

—Eso es asqueroso, Ryan. Reconócelo.

—Ya me encargaría yo de lamerte de arriba abajo como un gatito.

Se ríe a carcajadas. El sonido de la felicidad. Luego me observa un poco más seria. Me acaricia el pelo con sus finos dedos. Cierro los ojos de forma intermitente, dejándome llevar a ratos por la sensación de su tacto y reabriéndolos cuando considero que ha transcurrido demasiado tiempo sin verla.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro —contesto.

—Pero no me des largas —me advierte. Asiento—. ¿Qué ocurre con Benjamin?

Me enerva escuchar ese nombre en su voz. Debería estar prohibido por ley.

No me gusta hablar de lo que pasó con él; sin embargo, se lo debo. Abi ha confiado en mí con los ojos cerrados. Merece saber el porqué.

—Miles, Benjamin y yo éramos amigos. Siempre estábamos juntos. A los tres nos apasionaba el surf, pero eran él y Miles quienes despuntaban realmente. —Abi me escucha con atención sin dejar de acariciarme—. Unas semanas antes del accidente en Kirra, Quicksilver contactó con Miles para ofrecerle un contrato *junior*. Fue la hostia; una marca como esa no suele patrocinar a adolescentes, sino a surfistas consagrados. Aún no había firmado con ellos cuando sufrió la lesión.

Abi me roza con los dedos, con un ritmo suave, me observa y asiente mirándome a los ojos.

—Cuando Miles aún continuaba ingresado, Benjamin desapareció del mapa. No se pasó ni una sola vez por el hospital. Yo le intentaba justificar a Miles su ausencia inventándome que no soportaba los hospitales. Sin embargo, la realidad no tardó en destaparse. Después del accidente, Benjamin contactó con Quicksilver para informarles de la situación. Estaba claro que cancelarían la firma sí o sí, Miles no iba a poder surfear nunca más, pero se aprovechó de la desgracia de su amigo para ofrecerse como reemplazo. Le robó el contrato a Miles en el peor momento de su vida.

El gesto de Abi se tuerce.

—No lo puedo creer —masculla.

—Yo tampoco creía que fuera cierto hasta que lo enfrenté. Me quedé devastado.

—Normal. Era vuestro amigo y traicionó la confianza que teníais.

—Por eso es tan importante para mí ganarle. Es por Miles, por la amistad que nos unía y que Benjamin rompió en pedazos. Porque destrozó a mi amigo cuando más hundido estaba.

—Te entiendo, Ryan.

—Y con el paso del tiempo se ha ido ganando mi animadversión todavía más. Es un pésimo compañero. No solo conmigo, sino con todos en el circuito. Y, bueno, tampoco comparto lo que hace en su vida privada.

—Gracias por advertirme.

—No permitiría que se acercara a ti bajo ningún concepto. Lo siento si me he entrometido, pero debía hacerlo.

Permanecemos unos instantes con las miradas enganchadas. Ninguno de los dos parpadea ni tampoco la aparta.

—Dame unos minutos para recobrar el aliento y me marcho. Te prometo que no voy a quedarme dormida. —Abi junta las manos y pone ojos de corderito.

La atraigo hacia mí agarrándola por la cintura y la abrazo con todo el cuerpo. Más bien la atrapo pasándole una pierna por encima también.

—No hace falta que te vayas. Es muy tarde —susurro.

Luego entierro la nariz en su cuello e inspiro con fuerza, recreándome en el delicioso aroma que desprende.

Abi no dice nada ni opone resistencia a la prisión de carne y piel en la que la he encerrado. Unos minutos después, su respiración contra mi pecho se torna suave y rítmica, como una nana dulce que me arrulla hasta quedarme dormido.

49

Abi



—¿Dónde estuviste anoche? —pregunta Hana frunciendo el ceño—. No me avisaste de que dormirías fuera.

Es cierto. Se me pasó totalmente. Por la mañana descubrí que tenía una veintena de mensajes suyos. Desde que rompió con Declan está más apegada a mí que nunca. Intenta retomar las riendas de su vida tras la monumental decepción de saber que su novio no era la persona que creía.

—Me quedé en casa de Ryan.

Decirlo me resulta raro; aun así, la sonrisa que se me forma al recordarlo es imposible de disimular.

—¡¿Qué?! ¿No decías que sería una vez y no más?

—Eso creía. Pero anoche una cosa llevó a la otra y…

—Abi —me interrumpe—, ¿qué está pasando?

—No es lo que te imaginas —niego agitando las manos—. Es solo sexo.

—Tu cara no dice lo mismo.

—De verdad. Él está cerrado al amor y yo he aceptado sus condiciones.

Aunque ya nos las hemos saltado casi todas.

Varias veces.

Me sorprendió que me invitara a quedarme a dormir, no obstante, no hice el más mínimo esfuerzo por resistirme. Estaba a

gusto.

Lo de anoche fue diferente. Sus besos sabían a tabaco y desesperación. Sé que Ryan está rayado por la lesión, por sus resultados en el último campeonato y porque Benjamin haya vuelto a sobrepasarlo. Le agradezco que me advirtiera sobre él; también que se sincerara conmigo respecto a lo que hizo en el pasado. Supongo que verlo orbitar a mi alrededor en el Ocean lo terminó de sacar de sus casillas y lo llevó a saltarse de forma consciente sus propias normas.

No me quejo. Para nada. Lo de anoche… guau, es lo único que puedo decir. La cosa subió de nivel unos cuantos peldaños. Creía que todo acabaría en un polvo en los baños del Ocean, pero no. Ahora que lo pienso, tampoco me importaría vivir esa experiencia. También he descubierto que se puede tener más de un orgasmo seguido. Me tiemblan las piernas al recordarlo.

«Abi, vuelve en ti».

Sacudo la cabeza para que se desvanezcan las imágenes de anoche.

Me pasé semanas queriendo repetir; ahora que ha sucedido vuelvo a desearlo profundamente. Sin embargo, tengo que andarme con pies de plomo. Debo cumplir la única norma que seguimos respetando, la de que nos veamos como si nada hubiese pasado. Que seamos siendo ¿amigos?, sin importar lo demás.

Esta vez me va a costar.

—No has tocado las agujetas en mucho tiempo —observo. Llevan días clavadas en un ovillo azul marino apartado en un rincón del salón. No es propio de Hana, y menos estando ya en invierno.

—No me apetece. Me recuerda al innombrable.

—Tendremos que buscar una manera de disociar esos recuerdos, porque no vamos a permitirle que te arrebate tu pasatiempo favorito.

Hana suspira y se deja caer en el sofá.

—No tengo energía, Abi. Voy al trabajo porque es indispensable, pero no me quedan fuerzas para hacer nada más con mi vida ahora mismo. Encima he tenido que edulcorarles lo de la ruptura a mis padres. No se lo merece.

—¿Qué les has contado?

—Una milonga sobre que no tenemos los mismos objetivos vitales.

—¿Se lo han tragado? A mí me suena a excusa barata.

—Supongo que no, pero, si les cuento la verdad, mi padre es capaz de descargar un camión de hígados de pollo en la puerta de su casa.

Lo visualizo y me río. Sí, el padre de Hana sería capaz de hacer algo así.

—No me parece tan mala idea… Piénsatelo.

Consigo arrancarle la primera sonrisa desde que he llegado.

50

Ryan



La fisioterapeuta me ha dado luz verde para retomar el entrenamiento de fuerza centrado en el tren superior. Ya casi no me molesta el hombro, pero debo ir con cuidado. He invitado a Miles a que se una. No me apetece estar solo con Nash. Necesito conversación para alejar la mente de todo lo que ha sucedido últimamente. El campeonato de Fiji, el imbécil de Benjamin y… Abi.

Suena el timbre. Abro la puerta y me encuentro a Miles, que me choca la mano como saludo.

—¿Qué tal, tío?

Por el tono, sé que me está tanteando. Me conoce más que nadie y sabe de sobra que estoy jodido.

—Bien —miento.

Nash aún no ha llegado y aprovecho para trasladar a Miles al gimnasio. Está en el sótano y la única forma de bajar es por una escalera. A él no le hace gracia, pero, cuando insisto lo suficiente, accede.

—Voy a tener que pagarte la instalación de un ascensor —dice cuando lo llevo cogido en brazos.

—Gano lo suficiente como para permitírmelo.

—Entonces es que no me aprecias tanto como afirmas.

—En realidad, me gusta darte este tratamiento de princesa. —Le guiño un ojo.

Me da un puñetazo en el brazo que me hace arrugarme.

—Cabrón.

—Me quieres.

—Te adoro.

Me apresuro a bajar la silla después.

—¿Qué toca hoy? —pregunta.

—Pecho y tríceps. Luego tendré que hacer algo de pliometría también.

—Mi favorito. ¿Crees que batiré mi marca personal de salto? —bromea. Sacudo la cabeza.

—Todavía no entiendo cómo eres capaz de hacer esos chistes.

—Es eso o la depresión.

—Entonces los seguiré tolerando.

Nash aparece y comenzamos el entreno. *Press* en todas sus versiones, fondos, flexiones y poleas. Cuando me toca centrarme en la pliometría, Miles continúa trabajando los brazos.

Hora y media después, Nash se marcha y nosotros estamos sudados y destruidos. Le paso una botella de agua a Miles y me siento en el banco.

—Estás fuerte, cabrón —digo tocándole el bíceps.

—Prueba a moverte todo el día con los brazos. No te haría falta tanto entrenamiento en el gimnasio.

Esto lo dice en serio, aunque me consta que entrena de forma rigurosa.

—Fiji, una puta mierda, ¿no? —suelta.

—Y de las grandes.

—Estabas lesionado. Que hayas puntuado es todo un logro.

—No es suficiente.

—Ahora me vendrás con la cantinela de que Benjamin ha vuelto a pasarte y bla, bla, bla.

—Es la verdad.

—Sigues en la pomada y solo queda una competición antes de la final. ¿Por qué no te olvidas de él?

—No puedo. Quiero aplastarlo como a una cucaracha. No se merece nada mejor. Te lo debo.

Miles me mira serio.

—Ryan, ya está bien. Yo solo quiero verte triunfar. Me importa una puta mierda lo que ocurra con Benjamin.

—Ah, ¿sí? ¿Te gustaría verlo subido a lo más alto del podio recibiendo la medalla de oro? —le recrimino.

—No lo disfrutaría. No porque gane él, sino por no verte a ti en ese lugar. Porque es tu sueño.

—¿Ya se te ha olvidado lo que te hizo?

—Claro que no. Pero ¿qué gano guardando ese jodido rencor dentro de mí? ¿Acaso voy a volver a caminar? ¿O a retroceder en el tiempo para no meterme en el agua y firmar el contrato con Quicksilver? Eso no va a suceder, Ryan. Esta es la realidad —afirma señalándose las piernas—. No quiero que malgastes tu vida y tu salud en una cruzada contra él.

—No es mi sueño —respondo. Él me mira contrariado —. Es el nuestro.

Después de que me suelte toda clase de insultos en el proceso de volver a subirlo al salón, invito a Miles a comer.

—Esto está riquísimo —dice sorprendido. Saborea el pollo al curry como si fuera lo mejor que ha probado en su vida—. ¿Dónde lo has comprado? No me creo que lo hayas hecho tú.

—Fue Abi. La comida que preparó hace un par de programas.

—Así que también cocina de la hostia.

—Eso parece.

—Es perfecta para ti.

Me atraganto al escucharlo. Bebo agua hasta que se me pasa.

—Hay algo que no me estás contando. Lo sé —asegura. No le falta razón; no obstante, permanezco callado—. Puedes quedarte en silencio y guardártelo para ti, como haces siempre, pero sé que no me equivoco.

—Estoy hecho un lío —confieso.

—Te gusta. —Ni siquiera se ha molestado en que parezca una pregunta.

—Es una larga historia de la que no te voy a dar los detalles. Me acosté con ella.

—¿Y? —Lo miro con el ceño fruncido. La pregunta me molesta —. Lo mismo que con Olivia y otras tantas.

No, no es lo mismo. No siento nada cuando nombra a Olivia. En cambio…

—Supongo que sí.

—¿A qué viene entonces esa cara compungida? Aprovecha.

Suspiro.

—Ryan. —Miles me contempla con la cabeza ladeada—. ¿Por qué no eres sincero por una vez? ¿Abi significa para ti lo mismo que las demás?

—No me la quito de la puta cabeza —reconozco—. Desde que nos liamos solo pienso en ella. Todo el tiempo.

—¿Incluso cuando te enrollas con otra?

Carraspeo incómodo.

—No…

—No, ¿qué?

—No he estado con nadie después de Abi.

—Ahí tienes tu respuesta. ¿Por qué te cuesta admitir que te gusta? Que sientes algo más por ella.

—Me vuelve loco, Miles. Pero no es el momento.

Mi amigo resopla.

—Se ve a la legua que te fascina. Desde el primer día que apareciste con ella se te notaba. No entiendo por qué te empeñas en apartarte.

—No es el momento —le repito.

En realidad, me lo digo a mí mismo para tratar de convencerme de no flaquear de nuevo.

51

Abi



Es la primera vez en mucho tiempo que una comida familiar no me incomoda de antemano. Estoy loca de contenta porque ayer entregué mi artículo en solitario a maquetación. Saldrá mañana, en la edición dominical. Lo he titulado *La mirada femenina en el surf*. Ahonda en las dificultades que afrontan las mujeres en comparación con sus compañeros. Toca el tema de los patrocinios, de las diferencias en el circuito profesional entre una categoría y otra, de la brecha salarial y de la discriminación generalizada incluso a nivel *amateur*. Marina Cox y las otras surfistas con las que me puso en contacto se han mojado. Estoy más que satisfecha con el resultado; es lo mejor que he escrito hasta el momento, sin duda.

Aparco delante del edificio de mis padres y subo en el ascensor portando un bizcocho de calabaza. Es una de mis elaboraciones estrella. Mi padre abre la puerta y me da un beso. La casa está extrañamente silenciosa.

—Eres la primera en llegar —me informa.

Suelo retrasarme a propósito para asegurarme de que mis hermanos estén ya en casa al llegar. Me siento mejor cuando estamos los tres.

Camino hacia la cocina para dejar el bizcocho. Mi madre está atareada terminando de preparar el almuerzo.

—Qué bien huele. ¿Qué estás cocinando?

—Un *risotto* trufado con alcachofas —responde sin dejar de remover.

Esa combinación me abre el apetito solo de escucharla. Mi madre está más callada de lo habitual.

—Tienes que pasarme la receta —le pido—. He traído bizcocho de calabaza para el postre.

—Déjalo en la encimera para servirlo después —me indica.

¿Y ya? ¿No va a preguntarme si me he asegurado de endulzarlo con dátiles y no con azúcar?

—¿Dónde están todos?

—Tu hermano viene directo del hospital. Está de saliente. Se habrá liado con algo a última hora. Grace ha salido con sus amigos. Debe de estar al llegar.

Noto algo y no sé qué es. Nos envuelve una atmósfera extraña, poco común en esta casa. No es desagradable, pero me inquieta.

Mi madre apaga el fuego y me observa. Está seria —nada raro en ella—; sin embargo, parece que le da vueltas a algo.

—¿Piensas que no te apoyo? —me suelta.

La pregunta me pilla desprevenida. Creo que se refleja en mi rostro.

—Eh…

—Creo que puedes ser la mejor periodista de Australia.

Vale. ¿Qué narices está pasando hoy aquí?

—Mamá…

—Es solo que te veo perdida, como dando tumbos. Si de verdad esto es lo que quieres, dalo todo hasta el final. Sigo pensando que serías una médica extraordinaria, pero lo que yo opine da igual.

Trago saliva. Mi madre me ha dicho que me apoya. Bueno, no exactamente, pero es a lo que se refiere con esta retahíla.

—Lo tengo muy claro. Ahora más que nunca —respondo.

—Bien.

Se gira y prosigue con las preparaciones.

Estoy estupefacta. No tengo dudas de por qué ha surgido esta conversación. Otra cosa más que debo agradecerle a Ryan. A veces

me da la sensación de que aterrizó en mi vida para recomponer todo lo que estaba roto, para encajar lo que permanecía fuera de su sitio.

—Ayúdame con esto —me pide—. Eres la única de esta casa que parece haber heredado la mano en la cocina.

Sonrío por primera vez en mucho tiempo estando aquí.

Mis hermanos no tardan en llegar y nos sentamos todos juntos a comer. Tengo que reconocer que lo disfruto. Después del postre, Ethan, Grace y yo nos retiramos a la habitación de mi hermana. Como siempre, nos acomodamos en la alfombra a los pies de la cama formando un triángulo.

—Pareces un muerto viviente —le digo a Ethan. Las ojeras le llegan hasta los pómulos.

—Llevo más de veinticuatro horas despierto. Ha sido una guardia horrible.

—Otra razón más para elegir dermatología —apunta Grace—. No pienso pasarme la juventud de guardia en guardia.

Grace tiene las cosas muy claras. Sobre todo, que quiere vivir la vida al máximo.

—¿A dónde has ido hoy? —le pregunto.

—¿Quieres la versión oficial o la de verdad? —La contemplo intrigada—. A mamá le he dicho que iba a quedar con mis amigas, pero en realidad he estado con Hunter. Me ha invitado a hacer *paddle surf* con él.

A Grace se le forma una sonrisilla tonta.

—O sea, que también os veis fuera de la biblioteca y sus cuartos de la limpieza —señalo.

—Últimamente, sí.

Ethan y Grace se miran y hacen alguna que otra mueca con las cejas. Es como si se comunicaran sin palabras. No me gusta que tengan secretos.

—¿Qué hay de ti, Abi? —pregunta Ethan.

—Todo bien. Estoy emocionada porque mañana sale el artículo que llevo semanas escribiendo.

—Eso es fantástico —me felicita Grace—. Oye y… ¿qué tal Ryan? ¿Cómo va su lesión?

—Ya está mejor, o eso creo. —La otra noche no parecía tener ningún tipo de problema con los movimientos en la cama. Me ruborizo—. De bajón porque ha perdido una posición en el *ranking*.

Mis hermanos vuelven a mirarse de forma extraña.

—Vale. ¿Alguien puede explicarme qué está pasando aquí? —Los señalo alternativamente.

—¿Qué hay entre vosotros? —inquiere Ethan, directo.

—¿Qué?

—En el hospital… se podía cortar la tensión entre vosotros. Y tú llevabas un semblante que madre mía. Estuve a punto de enchufarte una mascarilla de oxígeno porque tenía serias dudas de que estuvieras respirando con normalidad.

—Y, en la playa —continúa Grace—, Ryan no te quitaba el ojo de encima. No como un entrenador, estaba embelesado con tenerte delante.

Miro a Ethan. Luego a Grace. No puedo mentir a mis hermanos.

—Nos hemos acostado.

Grace profiere un grito de emoción y se lleva la mano a la boca. «La hostia», la escucho decir. Ethan se mantiene más sereno, pero con los ojos abiertos como platos.

—¿Estáis saliendo?

—No, para nada. No van por ahí los tiros.

—Explícate —pide Grace.

—Es algo así como lo tuyo con Hunter. Un intercambio acordado.

—Hablas como si se tratara de un contrato —señala Ethan— y no es lo que parecía. En absoluto.

—Coincido.

—Lo último que quiere Ryan es una relación. Está centrado en su carrera. Le pedí que… bueno, ya sabéis. Aceptó con una serie de normas y a eso nos hemos atenido. Más o menos.

—¿Qué tal folla el chico de oro?

—¡Grace! —interrumpe Ethan. Tiene la cara descompuesta. Creo que sigue sin estar preparado para escuchar a sus hermanas

pequeñas hablar sobre este tema sin tapujos—. No queremos saber los detalles.

—Habla por ti, *viejuno* —le replica Grace.

Mi teléfono suena. Reconozco el número de inmediato, es del periódico.

—Abigail Harris —respondo.

—Soy Tim, de maquetación —escucho al otro lado—. Tenemos un problema. Tu artículo no está.

Se me encoge el estómago.

—¿Cómo que no está? Lo subí ayer antes de irme. Lo revisé quinientas veces, sin exagerar. Es más, os llamé para cerciorarme de que todo estaba correcto.

—Lo recuerdo, pero no está. He entrado en el servidor y no lo encuentro por ningún sitio. Tenemos que cerrar la edición de mañana en una hora.

—Estaré ahí en diez minutos.

52

Abi



Tim me enseña las carpetas del servidor y, efectivamente, no hay ni rastro del artículo. Busco con urgencia al guardia de seguridad para que me abra la oficina y poder acceder a mi ordenador.

El archivo tampoco está.

En este momento doy gracias por ser una persona precavida de más. Guardé el artículo en mi nube personal. Lo descargo y vuelvo a subirlo al servidor. Confirmo con Tim que lo ha recibido correctamente.

—¿Entra en la edición de mañana? —pregunto preocupada.

—Descuida. Tengo tiempo de sobra.

Vuelvo a respirar después de colgar el teléfono. Se me arremolina una sensación de disgusto bajo el esternón. Que el archivo desapareciera del servidor podría justificarse con algún fallo informático —poco probable, aunque no imposible—, pero que no esté guardado en local en mi ordenador huele a chamusquina.

El vigilante cierra la oficina tras salir yo y descendemos juntos en el ascensor.

—¿Hay alguna posibilidad de que pueda tener acceso a las cámaras de seguridad de la oficina?

—No, señorita. No estoy autorizado para enseñarlas a menos que sea orden del director.

—No encuentro algo importante y necesito comprobar si lo dejé en algún lugar que no recuerdo. Podrían despedirme —miento.

El señor parece pensarlo.

—Le recompensaría. —Me apresuro a sacar la cartera del bolso.

—¿Podrías firmarme un autógrafo a cambio? —Me quedo mirándolo con cara de no comprender nada—. Mi hija no se pierde ni uno de tus programas y…

—Claro. Uno y los que hagan falta.

Empiezo a sacarle partido a esto del programa.

Una vez en la sala de vigilancia, le pido que me ponga el vídeo de ayer a partir de la hora a la que me fui de la redacción. No había casi nadie, me marché de las últimas. Acelero la grabación hacia delante. Ninguno de mis compañeros se acerca a mi mesa y poco a poco van abandonando la oficina hasta que se queda desierta y con las luces apagadas. No me conformo. Sigo escudriñando las imágenes, a pesar de que todos los fotogramas son idénticos.

Cuando el vídeo indica que han pasado dos horas desde que se fue la última persona, vuelve a encenderse una luz. Aparece Connor cruzando la redacción. Primero se detiene en su puesto y trastea unos segundos. Nada sospechoso. Sin embargo, después de apagarlo se dirige al mío. Mira a su alrededor y se mete en mi ordenador. Tarda apenas unos minutos y se marcha tan campante.

«Qué hijo de puta».

Ha sido él. No hay dudas.

Me come la rabia. ¿Ha sido capaz de llegar tan lejos? ¿Qué narices le he hecho para que me trate así? Aunque el artículo vaya a salir igualmente, no puedo deshacerme de esta opresión en el pecho.

Deambulo por fuera del edificio del periódico un rato. No sé qué hacer con lo que he descubierto. La sensación amarga no se desvanece. No me apetece regresar a casa de mis padres, tampoco irme a la mía. Hana no está en su mejor momento como para irle con el cuento de lo que ha hecho Connor. Solo se me ocurre un sitio en el que me gustaría estar.

53

Ryan



Las molestias en el hombro se han desvanecido y he vuelto a los dobles entrenos en el agua. Aunque no me duele, sigo siendo cauteloso con las maniobras. Falta poco para el atardecer y me quedo un momento sentado a horcajadas sobre la tabla contemplando el horizonte. Es una estampa que nunca pasa desapercibida a mis ojos, aun presenciándola casi a diario.

Salgo del agua cargando la tabla y me encuentro con algo que no esperaba: la mirada de Abi clavada en mí. Se me acelera el pulso al instante.

Está sentada en la arena, abrazándose las piernas. Me saltan las alarmas al fijarme en su expresión.

—¿Qué ocurre? —le pregunto cuando llego a su lado.

—Nada…

Me siento junto a ella.

—Llevas escrito en la cara que te ha pasado algo. Nada bueno, además.

Suspira. Yo junto las cejas, analizando cada uno de los microgestos que hace.

—Connor me la ha jugado —confiesa.

—¿Qué te ha hecho?

—Ha borrado mi artículo de surf, el que salía mañana. Por suerte lo he conseguido solucionar a tiempo.

Su voz no se anima ni un ápice y se me parte el corazón. Siento muchas cosas a la vez. Lo primero que distingo es rabia hacia Connor; lo haría entrar en razón a hostias, tantas como fueran necesarias para que no se acercara a Abi nunca más. Por otro lado, estoy acongojado. Me duele lo que le ha ocurrido como si me lo hubieran hecho en mis propias carnes. Quiero abrazarla, consolarla, apretarle la mano fuerte, besarle la frente y decirle que no pasa nada. Sin embargo, no me muevo.

—¿Qué harás al respecto?

—Todavía no lo sé.

—No puedes dejar que te avasalle. No lo permitas. Ya se aprovechó con la entrevista.

—Parece que su posición le permite hacer lo que quiera.

Agarro a Abi del brazo y la hago girarse para que me mire a los ojos.

—No voy a tolerar que ese mierda te intente pisotear. Si no le paras los pies tú, lo haré yo.

Abi me observa con los ojos bien abiertos, como si no fuera capaz de procesar lo que acabo de decirle. Yo tampoco termino de creerme lo que he soltado por la boca. Pero es que es inevitable. Cuando algo malo le ocurre a Abi me siento en la necesidad de solucionarlo. Sea lo que sea.

Me doy cuenta de que todavía le sujeto el brazo y lo suelto con suavidad. En cuanto el contacto de nuestra piel se pierde, ella se estremece con un escalofrío. Me mira un instante y se lanza hacia mí. Se apoya en mi pecho y se me abraza con fuerza a la nuca. Me pilla desprevenido, aunque me hundo en su abrigo como si fuera lo que llevo esperando una eternidad —en realidad, lo es—. La aprieto contra mí poniéndole las manos en la espalda y descanso la mejilla sobre su cabeza. Se repliega formando un ovillo apretado y la acuno con todo mi cuerpo.

—¿Por qué me trata así? —se lamenta contra mi pecho. La voz se le quiebra.

—Es un capullo, y los capullos se comportan así.

—Lo único que he hecho ha sido esforzarme en hacer un buen trabajo. No es justo que intente hundirme de esta manera.

—Abi. —Le sujeto la cara con las manos y la obligo a mirarme. Sus mejillas están bañadas en lágrimas. No lo soporto—. Representas una amenaza para él. Eres una periodista muy talentosa y tiene miedo de que le hagas sombra. Por eso te quiere joder. Pero tú no vas a dejar que lo consiga; porque eres mejor que él. Mejor profesional y mejor persona también. Ni siquiera he leído el artículo y ya sé que es una pasada solo con oírte comentar pinceladas sobre él.

Le limpio las lágrimas que le empañan el rostro y vuelve a refugiarse en mi pecho. No opongo ninguna resistencia. La estrecho con todo mi cuerpo y le acaricio el pelo despacio, así como ella me tranquilizó cuando me lesioné. Estoy mojado, aunque no parece importarle. A mí tampoco me molesta llevar el neopreno adherido por tanto tiempo porque el calor de su cuerpo traspasa el tejido y me calienta el alma.

Permanecemos inmóviles un largo rato. La luz se ha desvanecido por completo, el sol está oculto y solo llegan a nosotros los pequeños haces de las farolas de la avenida.

Hace rato que Abi ha dejado de sollozar, y no se mueve ni un milímetro. Sé lo que le ocurre: está agotada emocionalmente y su cuerpo lo refleja.

Con cuidado, la alzo en brazos y camino hasta la furgoneta sin importarme que la tabla se quede en la arena. Ahora mismo me da igual que no esté ahí cuando regrese a por ella mañana. Porque no pienso dejar a Abi ni un minuto sola.

La siento en el lugar del copiloto. No se queja, no se opone, tampoco dice nada; se deja llevar por mí. Conduzco hasta mi casa.

No me gusta entrar con el neopreno puesto ni sin haber pasado por la ducha de la terraza para que la arena no se cuele dentro. No obstante, en esta ocasión no me importa lo más mínimo. Avanzo descalzo con ella en brazos y la llevo hasta el dormitorio. La desvisto con delicadeza para luego colocarle una camiseta de las mías. A pesar de lo íntimo de la situación, no me asalta ningún pensamiento sexual. Solo quiero que esté cómoda, tranquila, arropada.

Me ducho lo más rápido que puedo para reunirme con ella en la cama. Me tumbo en el otro extremo y ella me observa con esos ojos azules que ya se asemejan más a un mar en calma. Estoy lo suficientemente separado como para que no malinterprete la situación, aunque me muero por estrujarla contra mí. En cambio, le acaricio el pelo hasta que se queda dormida.

54

Abi



—Lo de quedarme a dormir se está pasando de castaño oscuro, ¿no?

Es lo primero que le digo a Ryan nada más despertar. Interpreto la mueca que hace como de alivio.

Ayer me desconecté por completo después de llorar a mares por lo que me hizo Connor. Hoy me siento mejor. Vuelvo a ser yo.

—Bueno, lo de anoche no cuenta porque no…

Se detiene. Efectivamente, anoche no ocurrió nada entre nosotros. Nada de todo lo que me muero de ganas de hacer con él. No obstante, me sentí muy bien. Acogida, protegida, cuidada.

—Tu artículo es la polla —me dice. Arrugo el ceño—. Lo he leído en la página del periódico —me explica mientras sacude su teléfono.

No son ni las ocho de la mañana, pero él ya se ha leído mi artículo. Antes siquiera de levantarse de la cama. Siento el corazón calentito.

Le arrebato el teléfono de las manos y observo la publicación ensimismada. Releo cada frase —aunque me las sé de memoria— y deslizo el artículo poco a poco, deteniéndome en cada detalle, hasta que llego al final: «Abigail Harris». Mi nombre tras el texto, en solitario, bien visible. Se me encienden las mejillas de emoción.

—Enhorabuena. —Ryan despliega una sonrisa que le cubre medio rostro.

Acepto desayunar con él —algo que preparo yo, por supuesto — y me marcho. Ryan insiste en llevarme, pero me niego en rotundo. Ya bastante tuvo anoche con recoger mis despojos e intentar recomponerme como pudo. Se lo agradezco en el alma. Era la única persona que me venía a la mente cuando salí de la redacción, no sé por qué, e incluso respondió mejor de lo que había imaginado.

Espero por fuera de un kiosco a que traigan la prensa y compro unos cuantos ejemplares del *Gold Coast Insider*. Paso rápido por casa de mis padres para dejarles una copia para ellos y otra para Ethan. La tercera me la llevo al piso.

Hana me recibe con los brazos cruzados y una sola ceja arqueada. Me recrimina en silencio que haya pasado otra noche fuera de casa.

—No tengo tiempo para explicaciones. ¡Han publicado mi artículo!

Le lanzo el periódico y ella lo atrapa como puede. Pasa las hojas a toda prisa hasta que lo encuentra. Lo lee en voz alta, enfatizando aquellas frases que le llaman la atención. «Las mujeres enfrentan un doble desafío cuando se suben a una tabla. No solo tienen que domar las olas, sino luchar contra una estructura que las desfavorece por sistema». «Marina Cox, triple campeona del mundo y ganadora de infinidad de campeonatos nacionales e internacionales, nos cuenta la batalla que tuvo que emprender para conseguir un patrocinio a la altura de sus habilidades».

A Hana se le rayan los ojos.

—Estoy tan feliz por ti…

La abrazo con fuerza.

Me pasé el domingo entrando y saliendo de la web del periódico para ver el artículo. Ha tenido gran aceptación y acumula decenas de comentarios, muy por encima de la media habitual del diario. Esta validación externa me afianza todavía más para lo que voy a hacer.

Ryan me rogó que no dejara estar lo de Connor, aunque no se saliera con la suya. Esa noche estaba bloqueada, pero tengo claro que esto no se va a quedar así. Ya he decidido cómo lo gestionaré.

Llego el lunes a la redacción con una sonrisa de oreja a oreja. No permito que se me borre cuando veo la cara de Connor, aunque le dedico una mirada afilada. Puede que piense que no sospecho nada de lo que ha hecho. Algunos compañeros me felicitan por el artículo, casi todos de otros equipos. La sección de deportes permanece inusualmente callada. Salvo Lilian y Cleo, que se acercan a mi puesto en cuanto llego para darme la enhorabuena.

Me dirijo al despacho de Adams y toco antes de entrar.

—¿Podemos hablar un segundo?

—Claro. De hecho, tengo que felicitarte por el artículo. Está teniendo muy buena aceptación.

—Registra más visitas y comentarios que el resto de la sección —puntualizo.

—Exacto.

—Casi no se publica.

—¿A qué te refieres?

—A que lo dejé preparado el viernes antes de marcharse y subido al servidor de maquetación, pero alguien lo hizo desaparecer.

Adams frunce el ceño y cruza los brazos sobre el pecho.

—Tuvo que ser un fallo informático.

—También desapareció de mi ordenador.

—Lo que insinúas es grave, Abi.

—Fue Connor —suelto.

—Abigail, no puedes acusar a alguien a la ligera.

—Tengo la certeza de que fue él. Llámalo y lo comprobamos, si quieres.

Adams resopla y se pasa la mano por la frente, dubitativo.

—No veo por qué Connor haría algo así —insiste.

—Si no tiene nada que esconder no le importará que le preguntes, ¿no? En tal caso, le pediré disculpas por el malentendido.

Adams accede a regañadientes y acaba llamando a Connor para que se reúna con nosotros.

—¿Qué ocurre? —pregunta al entrar, no sin antes dedicarme una mirada de desdén.

—Es por el artículo de Abigail… —comienza Adams—. Al parecer, hubo algún problema en el servidor y no llegó a maquetación.

Connor eleva ligeramente las cejas, pero no hace amago de darse por aludido.

—En realidad —interrumpo—, lo que quiere preguntarte Adams es por qué borraste mi artículo del servidor.

La cara de los dos es un poema. La del director es de sorpresa, porque no se esperaba que hiciera una acusación así; la de Connor de incredulidad camuflada con una fachada de ofensa.

—¿Me estás acusando de saborearte? —pregunta señalándose a sí mismo con la mano en el pecho. Como si no lo hubiera visto hacerlo con mis propios ojos.

—Exacto.

—Adams, no voy a tolerar que esta niñata se meta con mi trabajo y mis principios.

—Connor, lo sé… A mí tampoco me cuadraba su explicación, pero está convencida.

—¿Quién coño te crees, eh? —espeta—. ¿Porque hayas publicado una mierda de artículo piensas que eres la nueva estrella de deportes?

—Nada más lejos de la realidad —respondo calmada.

Sabía que se pondría así y que no admitiría lo que hizo por voluntad propia. Me alegro de haber grabado con el móvil las imágenes de las cámaras en un despiste del vigilante.

—Como parece que la honestidad no es uno de tus *principios* —digo mirándolo fijamente—, tendremos que ver el vídeo de las cámaras de seguridad. —Le paso el teléfono a Adams para que lo compruebe—. En las imágenes apareces por la redacción dos horas después de habernos marchado todos, y te acercas a mi puesto para hacer algo en el ordenador. Tardas apenas unos minutos, lo justo para borrar cualquier rastro de mi artículo.

Lo suelto sin apartarle la mirada ni un segundo.

—Adams, no creerás a esta antes que a mí, ¿verdad?

El director se pellizca el puente de la nariz.

—Lo estoy viendo, Connor.

—Solo espero que las consecuencias estén a la altura de sus acciones.

—¡¿Estás loca?! —me grita.

—He dejado pasar otras muchas cosas, como que eliminara mi colaboración en la entrevista de Bailey, que se dirija a mí con desprecio y que se pase de la raya con sus comentarios. No voy a tolerar que esto quede impune.

Después de soltar mi retahíla, abandono el despacho sin esperar respuesta de Adams. A Connor se lo llevan los demonios. Ahora me odiará todavía más, pero espero que aprenda la lección. Salgo de esa oficina sintiéndome mucho más ligera de lo que he llegado por la mañana.

Antes de ponerme al día con el trabajo, siento la necesidad de hacérselo saber a Ryan.

He puesto los puntos sobre las íes en el periódico. No sé qué pasará, pero me he quedado a gusto.

¿Le has llenado la mesa a Connor de pintadas que ponen «capullo»?

Sonrío a la pantalla del teléfono como si lo tuviera delante. Sé con exactitud qué cara está poniendo mientras escribe.

Me he quejado formalmente, aunque creo que eso hubiese sido aún más reconfortante. Tengo que replantearme mis formas de venganza.

Puedo asesorarte cuando quieras. No tienes más que pedirlo ;)

Lo tendré en cuenta la próxima vez que un compañero quiera cargarse mi inexistente trayectoria profesional.

Bien hecho, estrella de mar. Confiaba en que te plantarías. Estoy orgulloso de ti.

Y ahora siento un cosquilleo calentito que me acelera el corazón. Ryan siempre tiene las palabras perfectas.

55

Ryan



Hoy grabamos un programa muy especial. Es el penúltimo y reconozco que se me ha pasado demasiado rápido. Abi va a tener su propia tabla hecha a medida. La cadena propuso hacerlo con Kyle Evans, el mejor de todos. Sin embargo, Abi se mostró en desacuerdo y planteó otra opción.

«Yo no soy nadie en el mundo del surf. Que Kyle me confeccione una tabla es casi una ofensa. Además, él ya tiene todo el reconocimiento que necesita. En cambio, podríamos hacerlo con un *shaper* que esté empezando, al igual que yo. Alguien a quien de verdad le beneficie colaborar con el programa». Esas fueron sus palabras exactas. Ella siempre preocupada por los demás.

Tengo que reconocer que es una idea cojonuda, como todo lo que se le ocurre.

Llego a Rainbow Bay y el equipo ya está ahí. Los diviso de lejos, charlando con Abi. Me tomo mi tiempo para reunirme con ellos, aprovechando para contemplarla. Se ha puesto un vaquero ajustado que acaricia cada una de sus curvas y un jersey fino de color coral. Ese tono le favorece, contrasta con su pelo rubio y realza sus ojos claros.

—Hola, chicos. Abi —saludo al llegar.

—Ey, tío. —Brody me recibe chocándome la mano.

Mike me da una palmada en la espalda mientras revisa sus notas y Josh hace su habitual, silencioso y casi imperceptible saludo agachando la cabeza.

—¿Cómo está tu hombro? —se interesa Abi.

—Ya no me duele nada.

Hago varios movimientos de rotación para demostrárselo. Ella sonríe.

—Mi hermano me ha pedido que te diga que puede volver a revisártelo en el hospital.

—Es un detalle por su parte y se lo agradezco, pero mi médico y mi fisioterapeuta ya me hacen el seguimiento.

Abi asiente, conforme con mi respuesta.

—A ver, chicos —interrumpe Mike—. La idea es que vayamos caminando hasta el taller y mientras os haré preguntas desde detrás de cámaras. ¿Alguna duda?

Negamos al unísono.

—Nosotros estamos preparados —informa Brody.

—Comencemos entonces.

Tal y como nos ha adelantado, Mike se queda fuera del plano, entre Brody y Josh, y empezamos a andar hacia el taller de Niklas Lindström.

Fue Abi quien se encargó de buscar al *shaper*. Niklas es de origen sueco, afincado en la Gold Coast desde que era adolescente. Lleva unos años dedicándose a la fabricación de tablas. No ha colaborado con surfistas de primer nivel, pero al fisgonear en sus redes sociales se nota el esmero y cariño que pone en cada una de sus creaciones. Fue eso lo que llamó la atención de Abi y me pidió opinión para los aspectos más técnicos. El tío hace un buen trabajo.

Abi y yo caminamos uno al lado del otro.

—¿Cómo te sientes al saber que tendrás tu propia tabla hecha a medida? —pregunta Mike.

—Aún no me lo creo. Parece irreal. ¡Hace unas cuantas semanas no podía mantenerme encima de una!

Se me escapa una risita. Abi está cómoda, muy diferente a como empezó todo esto.

—Ryan, ¿creías que llegaríamos aquí en algún momento?

—No lo dudaba —respondo con seguridad. Ella me dedica una mirada cargada de emoción.

—¿Por qué?

—Abigail tiene muchas cualidades positivas, pero destacan entre todas su tesón y las ganas de hacerlo bien. El esfuerzo siempre trae su recompensa.

—Abigail, ¿qué resaltarías de Ryan como entrenador?

Lo piensa unos segundos y yo me muero por escuchar la respuesta.

—Su paciencia. Un profesional de su nivel no debería perder el tiempo enseñándome a mí. —Me sonríe—. Sin embargo, lo ha hecho con gusto, animándome una y otra vez hasta que lo conseguí. No se rindió conmigo.

Las palabras de Abi me hacen suspirar. Espero que no haya quedado registrado en cámara.

Cada vez es más difícil.

Cada vez me cuesta más actuar como si nada hubiera pasado. Como si no la hubiera estrechado entre mis brazos la noche entera después de tener el sexo más apasionante de mi vida.

Cruzamos un par de callejones y llegamos al pequeño estudio de Niklas Lindström, quien nos espera sonriente en la entrada. Es el típico sueco que parece descendiente directo de los vikingos. Altísimo, fuerte, rubio y con el pelo recogido en un moño. El local es muy coqueto, con puertas de madera y una infinidad de manchas de colores desperdigadas por el suelo; también en sus manos. El olor a cera y resina lo inunda todo.

—Bienvenidos —nos recibe.

Abi y yo le estrechamos la mano y Mike le hace algunas preguntas de presentación. Después recorremos el estudio observando varios trabajos que ha terminado y fotos de su porfolio.

—Pongo el alma en cada tabla —dice recorriendo la que acaba de terminar con las yemas de los dedos.

—Es un trabajo impresionante —alaba Abi.

—Y bien, ¿cómo quieres que sea tu tabla? —pregunta observándola.

—No soy una experta en la materia, pero he investigado un poco sobre el asunto. —No, no ha investigado. Estoy seguro de que se ha leído todos los artículos existentes acerca de elegir la tabla perfecta—. Creo que lo que más se adapta a mis habilidades es una *softboard* híbrida.

—De eso nada —interrumpo. Ambos me miran sorprendidos —. Necesitas una *mid-length*. Puede que ahora seas una principiante, pero en muy poco tiempo se te quedará obsoleta la otra.

—Estoy de acuerdo con Ryan —comenta Niklas.

—Una *mid-length* ancha, con volumen, *squash tail* y tres quillas. *Nose* ancha y redondeada.

El *shaper* asiente tomando nota mental. ¿Se habrá notado mucho que no he parado de pensar en cuál sería la tabla perfecta para Abi?

—Solo nos falta discutir el diseño.

—Esto sí que lo tengo clarísimo —asegura Abi—. Quiero una estrella de mar. En el centro, justo donde apoyo los pies al levantarme.

Me mira y sonríe, y a mí se me derrite el corazón. Quiero abrazarla fuerte.

56

Abi



Han pasado unos días desde el incidente con Connor. Él ha seguido viniendo a trabajar como si nada hasta ayer, aunque estaba extrañamente callado. Según los compañeros de deportes, se ha tomado lo que resta de semana de vacaciones. Nadie en la redacción se ha enterado de lo ocurrido.

Adams me llama a su despacho.

—Siéntate.

No respondo nada, solo hago lo que me dice.

—Hemos decidido suspender a Connor de empleo y sueldo por tres días a partir de hoy.

Asiento, interesada, esperando a que prosiga. Sin embargo, no añade nada más.

—¿Y qué más? —pregunto tras unos segundos incómodos.

—Nada más, esa es la sanción.

Me hierve la sangre. Intenta arruinar el trabajo de una compañera y solo se lleva tres días en casa sin cobrar. Es de chiste.

—Me gustaría una disculpa pública también. Es algo muy grave; los demás deberían estar al tanto.

Adams se encoge de hombros.

—Eso es algo que tendría que decidir él. No puedo obligarlo a que se disculpe.

—O sea, que tiene una sanción de tres días, pero le cuenta al resto del equipo que se marcha de vacaciones y aquí no ha pasado nada, ¿no? No creo que sea justo.

—Es lo que hay, Abigail. Connor lleva con nosotros muchísimos años y es un gran profesional. No vamos a condenarlo por cometer un error.

—No me pidas que colabore en la mentira. —Me levanto indignada para abandonar el despacho. Sin embargo, Adams me detiene.

—Abigail, una cosa más. —Me giro para mirarlo—. El último campeonato de la WSL se celebra en Victoria. He pensado que podrías desplazarte allí para hacer la crónica. ¿Qué te parece?

Me parece que si hubiera recibido esta propuesta hace unos días estaría encantada, agradecida y se me aguarían los ojos de la emoción. Sin embargo, ahora mismo la percibo como una contrapartida para que no revolucione el avispero, para que me quede calladita. Aun así, no puedo desperdiciar esta oportunidad.

—Lo haré —respondo seria.

No añado nada más y salgo del despacho. Lilian y Cloe detectan en mi actitud que algo no va bien y se acercan a hablar conmigo.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —pregunta Lilian.

—Connor no está de vacaciones —revelo—, lo han suspendido tres días por intentar sabotear mi artículo.

No voy a ser partícipe de ocultar lo que ha hecho y que salga de rositas como si nada hubiera pasado.

—¿Qué? —Cleo no da crédito.

—Borró el documento del servidor de maquetación y luego se metió a hurtadillas en mi ordenador para hacerlo desaparecer ahí también. El artículo salió porque siempre guardo una copia en mi nube personal.

—Es increíble —se indigna Lilian—. Una cosa es aguantar sus comentarios malintencionados, y otra bien distinta que juegue con nuestro trabajo.

—Es un ser despreciable.

—No voy a colaborar con su mentira haciendo ver que está de vacaciones.

—Claro que no. No se lo merece —enfatiza Lilian.

—Adams me ha ofrecido que vaya al último campeonato de la WSL para hacer la crónica —las informo.

—¡Eso es fantástico! —exclama Cleo.

—Ya, pero no puedo disfrutarlo. Sé que lo hace para mantenerme callada.

—Sea por lo que sea, es una oportunidad de oro. Tienes que aprovecharla —me aconseja Lilian.

—Lo sé.

Aunque me haya llegado de esta manera tan fea, no puedo decir que no. Es una oportunidad única siendo todavía ocasional. Y, quién sabe, quizás me lleve a un contrato fijo si lo hago bien.

Mi mente vuela hacia otro lugar. Si viajo a Victoria podré ver a Ryan competir en primera persona, no por televisión. Me hace ilusión. Hemos compartido tanto… Me apena que vaya a terminar el programa. Esta semana grabaremos el último episodio y después se acabó.

No sé explicar en qué punto estamos. No tengo ni idea de si nos seguiremos viendo cuando todo esto acabe. Me encantaría que lo hiciéramos. Ryan ha ocupado una parte importante de mi vida en los últimos meses y sé que lo echaré de menos si perdemos el contacto. Imaginarlo me encoge el estómago. ¿Qué pensará él? Sé que me aprecia, pero soy incapaz de vaticinar lo que sucederá de aquí en adelante.

57

Abi



The Surf Mentor terminará donde empezó: en Burleigh Heads. Me invade una sensación contradictoria cuando piso la arena de la playa. Estoy orgullosa por todo lo que he logrado por el camino, aunque también apenada por que se acabe. Quién iba a decirme que disfrutaría de la experiencia que en un principio odié con todas mis fuerzas.

Esta vez soy de las últimas en llegar. El equipo ya está preparado, pero detecto que hay más gente de la habitual. Conforme me acerco descubro que han venido Hana, Ethan y Grace. Me da una punzada en el estómago y tengo que alzar la vista un momento para reprimir las lágrimas. Me acompañan para apoyarme en el programa final.

—Me dijiste que ibas a casa de tus padres —le recrimino a Hana.

—Una mentirijilla piadosa —ríe.

—Grace. —La abrazo por el costado—. Mamá se va a enfadar si se entera de que estás aquí.

—Tranquila, lo sabe. Y me ha dicho que te desea lo mejor para hoy.

—No sé qué le has hecho —interviene Ethan—, pero últimamente está más blanda.

—¿Y tú? ¿No tienes que trabajar?

—He cambiado algunos turnos para poder estar aquí.

Lo abrazo con fuerza. Estoy tan feliz de tener a todas las personas importantes de mi vida aquí conmigo…

—¿Ya nos vamos a poner lacrimógenos? —dice Ryan. Me sonríe de oreja a oreja, aunque hay algo diferente en su expresión —. Ven conmigo.

Me tiende la mano y yo la agarro sin dudar. El tacto de su piel me provoca un escalofrío y la aprieto con más fuerza. Josh nos sigue con la cámara.

—Tienes que cerrar los ojos —me pide Ryan.

Lo hago sin cuestionarlo, y él me los cubre con la mano para asegurarse. Camina detrás de mí y me va guiando por la arena.

—Ya puedes abrirlos.

—Oh, Dios mío —exclamo llevándome las manos a la boca.

Tengo delante de mí la tabla más bonita que he visto jamás; la tabla que Niklas Lindström ha hecho para mí. Tiene el fondo blanco y una gran estrella de mar anaranjada en el centro. Alrededor de la estrella hay salpicaduras de pintura negra que quedan como pequeñas motitas esparcidas por la superficie. Es increíble.

—Es perfecta.

—Lo es —asegura Ryan—. Es una tabla preciosa, como tú — me susurra al oído.

Se me acelera el corazón. No sé si por el impacto de descubrir mi tabla, por las palabras de Ryan o por todo el conjunto. Al final, acabo derramando una lágrima.

Nos metemos al agua poco después. Qué diferente me siento en comparación con el primer día. Estoy confiada, sé que lo conseguiré. Y tener a Ryan junto a mí solo lo mejora. Me hace estar tranquila, serena. Nada malo puede ocurrir si él rema a mi lado.

Me resulta natural estar sobre la tabla en el agua. Remar, impulsarme, dejarme guiar por el vaivén del mar. Todavía parezco patética haciéndolo, soy consciente de ello. Sin embargo, soy capaz de surfear algunas olas sin caerme. No hemos tenido tiempo de que Ryan me enseñe a hacer giros ni otras maniobras, pero me doy por satisfecha. Supongo que podré aprender eso más adelante. «¿En serio estoy pensando en seguir con esto por mi cuenta?».

Escucho los gritos de ánimo de mis hermanos y de Hana desde la orilla. También las palabras de aliento de Ryan cerca de mí.

—¿Quieres que terminemos esto como lo empezamos? —me propone—. Los dos sobre la misma tabla.

Me he fijado en que ha traído su tabla más pesada. Sospechaba que me lo pediría desde el principio.

—Claro que sí.

El dron de Josh sobrevuela por encima de nosotros. Sé que esta toma va a ser espectacular, el broche de oro del programa. Ryan no tiene prisa, espera paciente la ola perfecta. Cuando por fin se decide me indica que reme y luego el momento exacto en el que ponerme de pie. Su cuerpo queda muy cerca del mío, noto su calor a mi espalda. Estiro los brazos para no desequilibrarme.

—Aprendes rápido, estrella de mar.

Aun así, se aferra a mi cintura. Creo que ya no lo necesito para mantenerme en pie, pero no me disgusta en absoluto. Ryan me sorprende haciendo un *bottom turn* suave. Grito emocionada y escucho su risa detrás de mí. ¡Mi primer giro encima de la tabla! Cómo no, de la mano de Ryan.

Todos se vuelven locos en la orilla, incluso los del equipo. Bueno, todos menos Josh, que se mantiene estoico. Aunque he creído percibir cómo se le dibujaba una sonrisa tenue.

Ryan y yo nos tiramos al agua cuando la ola se extingue y al emerger nuestras miradas se encuentran. Esta es una de las imágenes que más me gustan de él; en su medio, con el rostro cubierto de pequeñas gotitas y el pelo mojado hacia detrás. No puedo evitar pensar que es guapísimo. La luz del sol se refleja en sus ojos y aparecen los destellos brillantes que hacía tiempo que no veía. Me acerco a él para observarlo mejor.

—Tus ojos.

—¿Lo de los asteroides? —se ríe—. Me has jodido la frase de la purpurina para ligar.

—Son preciosos igualmente.

Ryan traga saliva y se esfuma todo rastro de su expresión bromista. Me contempla por unos segundos y me abraza con firmeza. Me arropa entre sus brazos fuertes mientras aletea con los

pies para que no nos hundamos. Solo me suelta cuando escuchamos a Mike gritar desde la orilla.

—¡Hemos terminado, chicos!

No puedo evitar derramar más de una lágrima cuando me despido del equipo. Voy a extrañar el entusiasmo de Mike, las bromas de Brody y… bueno, la presencia de Josh. Ryan está más serio de lo habitual y me percato de que traga saliva en varias ocasiones. Está conteniendo algo, aunque no sé el qué.

—No llores, Abi. Nos veremos en unos días en la fiesta de fin de programa —me anima Brody.

—Lo sé, pero me da pena que acabe.

—No te pareces en nada a la chica aterrorizada del primer programa —comenta Mike—. Lo has hecho genial, semana tras semana. Eres una valiente.

—¡Así no voy a parar de llorar! —Me limpio las lágrimas con el dorso de la mano.

Cuando se marchan, Ethan se apresura a abrazarme.

—Estoy tan orgulloso de ti, pequeña.

—Eres la mejor, hermanita. —Grace se une a nuestro abrazo y me estrujan fuerte entre los dos.

—¡No me dejéis al margen!

Hana aparece y formamos una piña todos juntos.

Después de calmarme, nos dejan a Ryan y a mí a solas para que nos despidamos.

—Supongo que se ha terminado —le digo.

—No seas dramática. Nos veremos en la fiesta.

—Pero ya no habrá más olas, ni más «Tú puedes, Abi». Voy a echarlo de menos.

Ryan aprieta la mandíbula y mira hacia el suelo. Juguetea con los pies en la arena.

—Yo también te echaré de menos —confiesa.

Se me corta la respiración. Sus palabras parecen sinceras. Ryan Bailey, el chico de oro, el surfista más prometedor de la Gold Coast, extrañará entrenar a una patosa como yo. Es demasiado bueno. Me alegro del casi ahogamiento de aquel día porque me condujo hasta él.

—Hay algo que no te he contado. —Me observa con atención —. Iré a Victoria para hacer la crónica del último campeonato de la temporada.

Su mirada se ilumina.

—¿En serio? ¡Eso es fantástico!

—Lo es.

—Por fin empiezan a apreciar el talento que tienes.

—No estoy segura de que sea por eso —reconozco.

—No te hagas de menos, Abi. Te envían porque eres buena en lo que haces.

Su confianza en mí no tiene límites.

58

Ryan



La fiesta de fin de programa se celebra en un local pijísimo en Broadbeach. Aunque me lo han recomendado, me niego a ponerme traje para esto. No soporto estar constreñido en esa ropa incómoda. He elegido un conjunto holgado de lino gris claro que me representa mucho más.

Al llegar descubro que han montado un *photocall* por fuera para que la prensa nos pueda hacer fotos. Cómo lo odio. Aun así, pongo mi mejor sonrisa y saludo a las cámaras. Una de las chicas de la organización me pide que espere a un lado. No entiendo muy bien por qué, pero obedezco. Estoy acostumbrado a seguir instrucciones en este tipo de eventos sin cuestionarme qué sentido tienen. Sin embargo, no tardo en descubrirlo.

Un coche de producción se detiene en la calle, frente a nosotros, y Abi se baja. Joder… está espectacular. Lleva un vestido largo color lavanda que le deja media espalda al descubierto. Acaricia sus curvas de forma sutil, insinuándolas sin pegarse demasiado a su cuerpo. Se ha arreglado el pelo con unas ondas suaves.

Está preciosa.

Es preciosa.

Camina firme sobre unos tacones plateados hasta que llega al *photocall*. Se nota que no está cómoda posando, pero sonríe. Le

sacan unas cuantas fotografías y luego me llaman a mí para que me coloque junto a ella.

—Hola… —me saluda, con una gran sonrisa.

—Estás deslumbrante.

—Gracias. Tú también.

Me acerco más a ella, riéndome.

—¿Puedes creerte que me han intentado convencer de que me ponga un esmoquin? —digo con sorna.

—Esa persona no estaba en su sano juicio.

Los fotógrafos reclaman nuestra atención para que posemos. «Más cerca», nos piden. Estoy tentado de colocar la palma de la mano en su espalda, pero sé que el simple roce de su piel provocaría en mí una reacción incontrolable, así que me abstengo. Me contengo y miro con garbo a las cámaras.

Cuando entramos al local, todo el mundo quiere hablar con nosotros. Nos separan casi al instante para presentarnos a patrocinadores, jefazos de la cadena, personajes públicos y algunos fans del programa que han sido seleccionados a través de un sorteo. Es agotador.

Los directivos de Tide Motion también están presentes y me pasean por la sala entablando conversación con algunos benefactores de la marca que han asistido al evento.

Grabar el programa con Abi me gustaba; esto lo aborrezco.

Un ejecutivo de Sports Life se sube al atril para hablarnos. Se deshace en elogios hacia todos los que hemos participado en el programa y comenta el éxito que ha tenido, mostrando en la pantalla la curva ascendente de audiencias. Y, como en todo lo que funciona, intentan estirar el chicle lo máximo posible.

—Es momento de anunciar que tendremos una entrevista con los dos protagonistas de *The Surf Mentor* para comentar las escenas más memorables del programa. —El público estalla en gritos de júbilo. Miro a Abi de soslayo, que está al otro lado de la sala; sonríe tensa—. Será a la vuelta del último campeonato de la WSL. Ryan, ¡esperamos que regreses clasificado para la final!

El directivo levanta su copa de champán y los asistentes aplauden con entusiasmo. Fuerzo una sonrisa y alzo mi copa

también.

Después de interminables felicitaciones y apretones de manos a diestro y siniestro, me dejan un rato en paz. Voy en busca de Abi.

—¿Cómo estás? —le pregunto bajito.

—Los tacones me matan, me han presentado a más gente de la que puedo recordar y no me gusta nada la bebida.

—Reconoce que mañana te acordarás de los nombres de todas y cada una de las personas de esta sala —bromeo.

—Sin comentarios.

Me río.

—¿Quieres bailar? —Tiendo una mano hacia ella y la acepta sin pensarlo.

—La música tampoco es tan buena como en el Ocean —dice aproximándose a mí.

—Esta gente no sabe divertirse.

Le doy una vuelta y después de girar acaba mucho más cerca de mí. Casi por instinto, poso la mano en la parte baja de su espalda. Justo lo que trataba de evitar. Tiene la piel cálida y suave; me esfuerzo para no acariciarla.

Tengo que controlarme. En unos días me marcho a Victoria y he de estar completamente concentrado. Es la prueba de fuego para la final. Los únicos que están matemáticamente clasificados son Simmers y Ferreira. Los demás nos la jugamos en este último encuentro. No puedo permitirme que este lío me descentre. Y es peligroso, porque un simple roce de Abi consigue que vuele lejos. Lejos del campeonato, de la clasificación, del patrocinador, de Benjamin…

—Hoy estás preciosa —le susurro al oído. Hago todo lo contrario de lo que me digo a mí mismo—. Aunque me gustas más con neopreno.

—Pensaba que me preferías sin ropa.

Me tenso al completo. Ella se ríe.

—Abi...

—Era una broma. A mí me gustas así, con la ropa que te da la gana ponerte, no con la que te obligan. Porque eres tú; el Ryan que no le enseñas a casi nadie.

Tiene razón. Muchos creen conocerme por lo que se proyecta de mí, pero pocos lo hacen de verdad. A Abi le he enseñado esa parte de mí que guardo receloso. Y no me importa. Delante de ella no necesito fingir.

—¿Cuál de los dos Ryan prefieres?

—El oculto, sin duda.

—¿Porque sientes que conoces algo que los demás no?

—No —niega tajante—. Porque es el de verdad. El que no esconde sus sentimientos aunque le duelan. El que lucha consigo mismo para ser mejor. El que está lejos de ser perfecto, pero sabe reconocer cuándo se equivoca. El que se sacrifica.

No he parado de mirarle los labios durante toda la conversación. He estado a punto de hacerla callar con un beso. Tengo el corazón desbocado, tanto por lo que veo como por lo que escucho. Aun así, me contengo.

—¿Y si salimos de aquí? —Necesito desaparecer a algún lugar donde no haya decenas de miradas puestas en mí.

—Nos echarán en falta.

—No por mucho tiempo. Solo hasta la siguiente copa.

Abi me dedica una sonrisa cómplice, con los ojos ligeramente entrecerrados. Miro a nuestro alrededor y localizo una puerta lateral por la que salir con más discreción. Echo a andar hacia allí y Abi me sigue detrás, como quien no quiere la cosa. Echo otra ojeada antes de abrirla y nos escabullimos sin que nadie se percate. La agarro de la mano y corremos por un estrecho pasillo que va a dar a un callejón del lateral del local. La risa de Abi lo inunda todo.

Cruzamos la avenida y nos adentramos en la playa. Abi se deshace de los tacones y pone cara de alivio al instante. Nos sentamos lo más cerca que podemos de la orilla, donde la luz de las farolas apenas nos alcanza, en la frontera entre la arena seca y la mojada.

—¿Qué opinas de la entrevista? —me pregunta.

—Mmm… que hubiera preferido un especial surfeando.

—Lo voy a echar de menos.

—¿El qué?

—Ponerme el neopreno para venir contigo a entrenar.

—Al final te has enganchado al surf.

—Digamos que sí.

—Te invitaría a que me acompañes alguna vez, pero lo que viene ahora va a ser caótico. Si consigo clasificarme, claro.

Abi me mira con seriedad.

—Vas a estar en esa final —asegura. Estoy a punto de replicarle, pero no me deja—. Y me da igual que me digas que no hay nada decidido hasta el último momento. Sé que irás a California.

Lo dice con tanta convicción que no soy capaz de rebatírselo. Podría contarle todas las casuísticas que me dejarían fuera de la final; no obstante, la fiereza con la que me observa me detiene en seco. Me limito a contemplarla en silencio.

Abi dirige la mirada al mar; oscuro, batiente, rítmico. Apoya la cabeza en mi hombro y permanecemos inmóviles en esa posición por un buen rato.

—El olor de tu pelo…

Lo envuelve todo. Es tan agradable que desearía enterrar la nariz en su cabello por el resto de la noche.

—*Monoi*.

—Lo sé. Me recuerda a Pipeline.

—Tu primer encuentro internacional.

La hago incorporarse de golpe porque me giro con brusquedad. Le sujeto la cara con una mano apoyada en su mejilla.

—Lo sabes…

—No hay nada que se me escape de tu carrera.

Me pierdo en su mirada tierna, en el sonido del mar que nos envuelve, en el aroma de su pelo, en lo guapa que está, en sus labios entreabiertos. Y la beso. La beso como si necesitara su aire para respirar. Me corresponde enseguida. Me inclino hacia ella hasta que la hago caer de espaldas sin despegarme ni un instante de su boca.

Una fuerza dentro de mí me empuja a devorarla sin pensar en las consecuencias. Me obliga a morderle el labio y entrelazar la lengua con la suya hasta dejarla sin respiración. Abi está a mi merced, encerrada entre mis antebrazos, atrapada en mi boca. No parece importarle.

Reduzco el ritmo. Me recreo en el roce de mis labios contra su boca. Ella me recorre la espalda con las manos, erizándome la piel. Hace rato que estoy empalmado. Abi es consciente y frota la pelvis contra mí de forma sutil; sin aspavientos, se mueve despacio, como si la mecieran las olas. Podría quedarme en este punto una eternidad completa.

—Vámonos a casa —murmura contra mi boca.

Su voz me arroja a la realidad de golpe. Me separo de ella y la contemplo. Abi intenta conectar con mi mirada para saber lo que ha pasado. Me aparto y vuelvo a sentarme en la arena. He perdido el control.

—¿Qué pasa? —pregunta al incorporarse. Está desconcertada, y con razón.

—No deberíamos hacer esto.

—Ya lo hemos hecho, Ryan —me recuerda.

—Sí, pero no puede volver a ocurrir. Lo dejé claro cuando… bueno, cuando empezó todo esto.

—También nos lo saltamos. Con gusto.

Me cuesta un mundo rechazarla.

—Abi, no.

—Ryan, mírame. Mírame —repite girándome la cara hacia ella —. Los dos queremos hacerlo, no lo niegues. ¿Qué problema hay?

Un problema grande. Un problemón que desconoce.

—No insistas, Abi. No podemos.

—No te entiendo, Ryan. Esto es lo que tú haces siempre, acostarte con chicas sin compromiso.

—No es lo mismo.

—Sí que lo es. Y no me vengas con el rollo de que no quieres que me enamore de ti.

—No hay ni punto de comparación, Abi.

—¿Cuál es la diferencia entonces? ¿Por qué con Olivia sí, pero conmigo no?

Parece dolida. Esto es precisamente lo que quería evitar, no puedo hacerle daño a Abi.

—Porque me gustas.

Se hace el silencio tras mi confesión. Abi me analiza, descolocada.

—Siento algo por ti que es muy diferente a lo que tengo con Olivia o las demás. Quiero más. Cuando estoy contigo se me olvida todo, no soy capaz de controlarme. Desearía tenerte a mi lado las veinticuatro horas del día. Despertarnos para surfear al amanecer, volver a casa y ducharnos desnudos en la terraza mientras nos besamos, hacerte el amor y desayunar algo delicioso que prepares con esas manos bendecidas para la cocina. Y follarte otra vez y quedarnos enredados en las sábanas sin pensar qué viene después. —Aparto la mirada—. Y es peligroso, Abi. Porque debo concentrarme en el campeonato, porque tengo que dar el cien por cien para lograr mi objetivo y no hay cabida para esto. Lo último que querría en el mundo es herirte, así que lo mejor es que paremos aquí.

—Ryan…

—Te aprecio demasiado, Abi. No quiero que te confundas por mi forma de actuar ni porque haya sido tu primera vez. Acabaríamos mal. Olvida que todo esto ha ocurrido.

Abi me contempla con los ojos aguados. No habla, solo me observa. Quiero abrazarla desesperadamente. Deseo hacerle todo lo que le he dicho que no haremos nunca más. Sin embargo, me levanto y me marcho sin mirar atrás.

Agosto

59

Abi

El periplo hasta llegar a Victoria es interminable y agotador. Vuelo a Melbourne y luego tomo un tren y varios autobuses. Llevo más de ocho horas de viaje, aunque estar exhausta no me ha impedido dejar de pensar en Ryan.

No nos hemos visto desde la fiesta de fin de programa; cuando me hizo una confesión que no me esperaba y que aún no he sido capaz de digerir. Es imposible que yo le guste, con todas las chicas que tiene a su alrededor. Verdaderas bellezas, como Olivia. Pero lo dijo convencido.

Algo se removió en mi interior al escucharlo y no sé cómo sentirme al respecto. Me había autoconvencido de que lo nuestro sería únicamente sexo sin compromiso. Así me lo aseguró. Además, bajo ningún concepto creí que sus sentimientos por mí fueran más allá. Me advirtió que no me enamorara de él, y he procurado con todas mis fuerzas que eso no ocurra.

Sea como sea, Ryan no está dispuesto a tener a nadie a su lado ahora mismo, así que no tiene sentido darle más vueltas. Debo deshacerme de este lío interno que llevo antes de pisar Bells Beach. En primer lugar, porque necesito hacer un trabajo exquisito si quiero que me sigan encomendando estas tareas; y, en segundo, porque no me voy a saltar la única regla que aún no hemos roto. El sexo ocasional no podía afectar a nuestra relación y tener conocimiento

de esto tampoco lo hará. Valoro la amistad de Ryan por encima de todo.

Después de registrarme en el hotel y recoger mi acreditación me acerco a la playa. Ya está todo montado para el inicio de la competición: banderas, carpas y varias zonas delimitadas. Los acantilados de roca rojiza custodian Bells Beach. Mañana estarán repletos de aficionados al surf que anhelan presenciar el campeonato en vivo y en directo. Y ahora entiendo por qué en las imágenes siempre se ve al público cubierto con mantas. No es solo porque estemos en invierno, sino que las ráfagas de viento en este lugar hacen que la sensación térmica sea aún menor. Lo tendré en cuenta a la hora de elegir vestuario.

Algunos surfistas entrenan en el mar. No consigo averiguar si Ryan es uno de ellos.

El Victoria Coast Challenge arranca y se nota en el ambiente; la euforia puede palparse en el aire. Hay muchísima más gente de la que me crucé ayer al llegar. Comienzan los primeros *heats*, en los que se van descartando surfistas de la zona más baja de la clasificación. Todos los de arriba avanzan sin problema a las siguientes rondas.

Después de cada enfrentamiento suena música en la playa que no permite que se venga abajo la algarabía del público. Ponen algo de *rock* suave e *indie* australiano que le va muy bien a la competición. Tomo todo tipo de anotaciones en el móvil para hacer una crónica del día cuando termine y que se publique mañana a primera hora. Además, el periódico lleva un seguimiento en directo a través de la web y las redes sociales, por lo que voy informando en tiempo real de los resultados de cada enfrentamiento.

Es divertido. Debo estar atenta a todo lo que ocurre a mi alrededor. La adrenalina me recorre el cuerpo y me mantiene alerta para que no se me escape ningún detalle valioso. Sin embargo, mi acreditación no me permite hacer cuanto me gustaría. Es la de nivel más bajo entre la prensa. Nada de extrañar porque trabajo para un periódico local de un estado diferente. Venía mentalizada para ello.

Aun así, me siento algo decepcionada por no poder acceder a las entrevistas rápidas con los surfistas ni a la zona mixta. Me tengo que conformar con observar desde fuera y recoger las migajas que escucho de otros periodistas.

El día culmina con las dos primeras rondas eliminatorias. Se preveía llegar a los octavos de final, pero el *swell* no es bueno a partir de media tarde, así que se pospone hasta el día siguiente. Las predicciones apuntan a que mañana habrá condiciones perfectas en el mar.

Ryan necesita llegar a la semifinal para clasificarse sin importar lo que hagan sus contrincantes. Sin embargo, si Heitor Alves o Kai Young caen antes que él en cualquiera de las rondas, pasará de manera automática, independientemente del resultado. De momento, ambos han vencido en las dos primeras eliminatorias, al igual que Ryan. Benjamin también, por lo que continúa por encima de él en la clasificación general.

Tal y como se vaticinaba, las condiciones al día siguiente son perfectas. El *swell* es potente y habrá espectáculo en el agua con total seguridad. Comienzan los octavos de final y los surfistas se van enfrentando de dos en dos. En el turno de Ryan aprieto fuerte los puños, especialmente cuando ejecuta algún aéreo. Contraigo el abdomen casi suplicando que aterrice sobre la ola sin dificultad, que no se caiga de la tabla y, sobre todo, que no se haga daño. Bate sin problemas a su rival y avanza a cuartos. No puedo evitar hacer un gesto de victoria con la mano.

Simmers y Ferreira también pasan de ronda con holgura —por algo encabezan la competición—. Alves es el siguiente. Su actuación es buena, pero está bastante reñido con su oponente. Al final, los jueces se decantan por él. No me gusta desear que alguien pierda, aunque tenía la esperanza de que el otro surfista lo hiciera mejor que él.

Kai Young se cae en la primera de sus olas. Tiene que bordar su actuación en las siguientes para pasar a cuartos. Y lo hace.

Remonta el enfrentamiento y se clasifica por menos de medio punto. «Jolín». Ryan debe de estar muy tenso ahora mismo.

En el siguiente *heat* sale Benjamin, que no saluda a su oponente antes de entrar al agua. Supongo que estas son las actitudes que detesta Ryan, aunque con lo que le hizo a Miles es más que suficiente para que lo odie. Realiza una primera ola espectacular. Sin embargo, su actuación después es bastante mediocre. Se aprecia de lejos que está enfadado, incluso ha lanzado la tabla contra la arena. Los jueces aún no han publicado las puntuaciones. Benjamin hace aspavientos y discute con su entrenador. Cuando por fin salen los puntos me recorre un cosquilleo por todo el cuerpo. ¡Ha perdido! Benjamin no pasa de ronda.

Envío lo más rápido que puedo los resultados al periódico y después brinco de alegría. No porque Benjamin haya perdido, sino ¡porque eso significa que Ryan ya está clasificado para la final! Otros periodistas a mi alrededor me miran extrañados, pero me da lo mismo. Estoy eufórica. ¡Ryan lo ha conseguido!

No dudaba que lo conseguiría; tenía mucha confianza en él. Y que se haya materializado me da un subidón de adrenalina bestial. Además, lo hará por delante de Benjamin sí o sí. Puede participar relajado el resto del campeonato, sin presión.

—¿Abigail? —escucho a mi espalda.

Al girarme descubro el rostro sonriente de la madre de Ryan.

—¡Señora Bailey! ¿Qué hace aquí? —Me mira con picardía—. Pero qué tonterías digo, está claro a qué ha venido —río.

—Te pedí que me tutearas —me recuerda. Yo asiento apretando los labios—. Me ha sorprendido encontrarte aquí.

—El periódico me envía para cubrir la competición —explico mostrándole la acreditación.

—Yo he venido de incógnito —me dice—. A Ryan no le gusta mucho que aparezca en las citas importantes.

—Ah, ¿no?

—Supongo que porque no quiere que esté presente si le va mal. Es muy bueno, aunque a veces le cuesta encauzar la frustración. No obstante, me niego a hacerle caso.

Las dos reímos.

Ryan tiene normas para todo el mundo, por lo que se ve. En lo relacionado con la competición no deja ningún cabo suelto. Me da una punzada en el estómago. Yo tampoco quiero ser un obstáculo para él.

—Lleva unos días de un humor de perros —me confiesa—. Y eso que solo tengo noticias de él a través de Payton.

—Yo no lo veo desde la semana pasada.

—Ni tú ni nadie. Se ha pasado la semana en absoluta concentración. Sin visitas, sin teléfono, sin amigos. Entrenamiento y descanso. Nada más.

—Es sacrificado competir a estos niveles —observo.

—Sí, pero tiene que aprender a soltar un poquito. Es demasiado exigente consigo mismo. La vida continúa aunque no sea campeón del mundo esta temporada. Sé que es su objetivo principal, sin embargo, no puede perderse todas las demás cosas bonitas que lo rodean por eso.

—Conociéndolo, no te hará ni caso.

—Efectivamente.

Volvemos a reír las dos.

La señora Bailey es muy agradable. Está claro de dónde ha sacado Ryan una buena parte de su personalidad. Se nota que ha crecido rodeado de amor incondicional; se desprende de cada una de las palabras de su madre.

—Ryan me comentó que tenía que llegar a semifinales para no depender de nadie. Estoy nerviosa.

—Pues ya puedes relajarte. Benjamin Walker ha caído en esta ronda, por lo que tu hijo está clasificado para la final —la informo desplegando una gran sonrisa.

—¿De verdad?

Tiene la expresión de una niña pequeña emocionada.

—Sí. Puedes respirar tranquila porque verás a Ryan en California.

«Al igual que yo».

La señora Bailey se queda conmigo para ver las siguientes rondas. Grita como una loca cuando sale su hijo. Por suerte, estamos bastante alejadas y no creo que Ryan la escuche. En

cuartos de final se enfrenta a Heitor Alves y lo supera por casi un punto y medio.

En semifinales tiene como oponente a Tyler Simmers, el claro favorito de esta temporada. Lleva liderando la clasificación desde el comienzo. Su primera ola es perfecta, con dos *carves* poderosos y un *reentry* en el cierre. Ryan le hace frente con un *bottom turn* espectacular, *carving* extendido y un *snap* vertical en la sección crítica. Están muy igualados, pero en la siguiente ola Tyler falla al final. Por su parte, Ryan protagoniza una actuación impecable.

Salen las puntuaciones de los jueces.

—¡Ryan está en la final! —grito histérica. Su madre se une a mi alegría y me aprieta fuerte la mano.

Cómo me gustaría poder acceder a las zonas restringidas para conseguir unas declaraciones de primera mano de Ryan o Tyler. Me conformo con dejar registrados todos los detalles que observo y la información que voy pillando de aquí y de allí.

—Qué orgullosa estoy de él —dice la señora Bailey.

—Se nota en tu mirada.

—Es un hijo maravilloso.

—Me encanta cómo hablas de él. Puedo sentir el amor en tus palabras.

—Es que lo adoro. Es lo mejor que me ha pasado en la vida. Mi bendita coincidencia.

—Ryan me contó que es adoptado… —revelo.

—Ah, ¿sí? No es algo que comparta con todo el mundo.

—Es muy cauteloso con su vida privada —coincido.

—Lo es. No pienses que se avergüenza de ello ni nada por el estilo.

—No, no me dio esa impresión.

—Es que no soporta que la gente se compadezca cuando lo descubren porque para él es algo bueno. Según sus propias palabras, soy «su madre de verdad, la que lo eligió conscientemente». No existe otra para él.

—Es que, teniéndote como madre, ¿quién querría otra?

La señora Bailey se ríe. Es adorable. Me viene a la mente la conversación que mantuve con Ryan sobre el amor, cuando definió

lo que era para él. Después de conocer un poco más en profundidad a su madre, lo entiendo mejor. «Sacrificio, cuidados, presencia». Estas palabras cobran un nuevo sentido para mí, el del valor que le otorga Ryan al amor por el referente tan poderoso que tiene en ella.

Me despido de la señora Bailey y quedamos en encontrarnos mañana en el mismo lugar para ver la final. Regreso al hotel agotada pero feliz; tanto por mí como por Ryan. Ha sido un día perfecto.

—¿Qué hace aquí la reina de los mares?

Esa voz me resulta conocida y no tardo en darme cuenta de a quién pertenece.

—¡Brody!

Me río solo con ver su cara. Es gracioso sin querer. Se planta a mi lado, frente al ascensor del hotel.

—¿Estás de vacaciones o qué? —me pregunta.

—No. A cubrir el campeonato. —Le muestro la acreditación.

—¡Hostia! Estás ascendiendo rápido, pequeño saltamontes. Yo también he venido a lo mismo.

Me enseña la suya. A diferencia de la mía, el reborde es dorado, lo que significa que tiene acceso a todos lados. Es lógico, Sports Life es una de las cadenas de deportes más importantes.

Las puertas del ascensor se abren y entramos los dos.

—Algún día la conseguiré —digo confiada, señalando su identificación.

—¿A qué te refieres?

—A la acreditación total. Con la tuya puedes acceder a todos lados. La mía es restringida.

Se la descuelga.

—¿La quieres? —pregunta ofreciéndomela.

—¿Estás loco? No puedo quedarme con tu acreditación.

—Bah. Mañana diré que se me ha perdido. No me pondrán problema, me conoce todo el mundo.

—¿Hablas en serio, Brody?

—Anda, toma. —Me la cuelga del cuello—. Solo lo hago porque me has regalado escenas memorables en el programa.

El ascensor se detiene y Brody se baja.

—Nos vemos, Abigail —se despide dándome la espalda y agitando una mano.

—¡Buenas noches, Brody!

«¡AHHHHHH! ¡Tengo una acreditación total!».

Las condiciones del mar son las idóneas para celebrar la final. Me reúno con la madre de Ryan donde habíamos quedado y le explico que no la podré acompañar. Estoy emocionada por poder pasar a la zona mixta y trabajar codo con codo con periodistas consagrados.

Cuando accedo, echo un vistazo alrededor. Hay mil portátiles y pantallas, teléfonos sonando, cámaras y micrófonos por doquier. Veo a Brody, que me guiña un ojo de lejos. Tenía razón: está dentro sin su acreditación. Acompaña a Sarah, que es la reportera que ha asignado Sports Life para el evento.

Respiro el ambiente de trabajo, escucho conversaciones y me fijo en lo que hacen mis compañeros de otros medios. Estamos muy cerca del área de descanso de los surfistas. Adriano Ferreira está sentado en una silla comiéndose un plátano mientras atiende a las indicaciones de su entrenador. El lugar de Ryan sigue vacío, aunque todo su equipo se encuentra ya allí. Solo falta él.

Aparece unos minutos después, con gesto serio. Su concentración es tal que parece inmune a los estímulos externos. Jamás lo había visto así. Se sienta en su silla y escucha lo que le dice Payton, con la mirada fija en el mar. No se despista ni un segundo. Detecto que le tienen preparada su tabla favorita. Sé que no la puede utilizar siempre en las competiciones, que depende del tipo de olas, pero se ve que Bells Beach sí que reúne las condiciones propicias. La ha usado en todas las rondas.

Adriano y Ryan se meten al agua, no sin antes saludarse con un choque de manos. Sé que Ryan es competitivo, pero también respetuoso y considerado. Me gusta esa faceta de él.

Desde la zona mixta tengo una panorámica perfecta de la playa. Además, puedo ver imágenes de cerca a través de las

pantallas. Es un lujo estar aquí. Tendré que agradecérselo apropiadamente a Brody.

El enfrentamiento entre ambos está bastante reñido. Los dos despliegan al máximo sus habilidades. Soy incapaz de vaticinar sobre quién recaerá la victoria, y lo mismo le ocurre al resto de periodistas que me acompañan. Todos esperamos con ansia a que se pronuncien los jueces.

Gana Ferreira por medio punto. Enseguida busco a Ryan para examinar su expresión. Le está dando un abrazo a su contrincante. Sonríe. Lo noto mucho menos tenso que antes de meterse al agua. A continuación se acerca a hablar con Simmers, quien queda relegado a la segunda posición del *ranking* después de haber liderado la competición desde el inicio. Sé que Ryan y él tienen buena relación.

Ferreira llega a la zona mixta y la prensa se abalanza sobre él para conseguir declaraciones. Activo la grabadora de mi móvil, aunque no sé si lograré captar algo porque estoy en la última fila del tumulto. Procuro quedarme con todo lo que dice para anotarlo después.

Tras él aparece Ryan y la muchedumbre se divide en dos. Contesta amable a las preguntas de todo el mundo y agradece las felicitaciones. Intento abrirme hueco.

—¿Crees que se cierra un círculo perfecto en Bells Beach? —pregunto.

Ryan pasea la mirada entre toda la gente que lo rodea hasta que se encuentra con la mía. Soy incapaz de descifrar su expresión. Otros periodistas intentan colar sus preguntas, haciendo de menos mi aportación. Sin embargo, Ryan no les presta atención. Sus ojos están fijos en mí.

—Ya lo creo que sí. —Mis compañeros están descolocados con su respuesta—. No se le escapa una, señorita Harris.

—¿Puedes explicarte mejor? —pide un reportero.

Ryan contesta sin desviar la vista de mí ni un segundo.

—En Bells Beach fue mi primera victoria en una serie Challenger, precisamente estrenando la tabla que he utilizado hoy.

Esboza una media sonrisa con la que me transmite reconocimiento por saberlo. Dura poco, porque las preguntas del resto de periodistas vuelven a atropellarse y, además, acabo relegada de nuevo a la última fila. Ryan se marcha instantes después y algunas personas de su equipo se encargan de que nadie lo siga.

Me siento algo decepcionada. Esperaba que se detuviera a hablar conmigo personalmente. No sé en qué estaría pensando. Aquí él es el surfista profesional y yo la periodista; no somos Abi y Ryan los compañeros de programa, ni los confidentes, ni… Bueno, ni nada más. Se me arremolina un regusto amargo en la garganta.

RESULTADOS DEL VICTORIA COAST CHALLENGE

Victoria, Australia

	1er puesto	Adriano Ferreira
	2do puesto	Ryan Bailey
	3er puesto	Tyler Simmers
	5to puesto	Heitor Alves
	5to puesto	Kai Young
	9no puesto	Benjamin Walker

SURFISTAS CLASIFICADOS PARA LA FINAL DE LA WSL

1	Adriano Ferreira (BRA)	69,805 puntos
2	Tyler Simmers (USA)	69,720 puntos
3	Ryan Bailey (AUS)	61,050 puntos
4	Benjamin Walker (AUS)	56,930 puntos
5	Kai Young (HAW)	54,685 puntos

60

Abi



—¿Cómo está la reportera del momento? —me pregunta Hana nada más entrar en casa.

Dejo caer la mochila al suelo en la misma entrada y relego la maleta a un lado.

—Muertísima.

El camino hacia el sofá se me hace interminable de lo cansada que estoy. Me desplomo sobre él boca arriba. Una pierna se me queda por fuera, pero no hago ni el más mínimo esfuerzo para reunirla con el resto de mi cuerpo.

—Se te ve en la cara.

Hana se sienta en un extremo del sofá y me levanta los pies para colocarlos sobre su regazo. Asiento con los ojos cerrados como agradecimiento a su colaboración.

—¿Qué tal has estado estos días?

Mi mayor preocupación al marcharme a Victoria era dejar a Hana sola. Ha estado muy triste por culpa de la ruptura y sé que prefiere que ande por casa.

—Bien —responde despreocupada. De su tono se desprenden algunas notas de alegría.

Veo en uno de los huecos del aparador ovillos de lana nuevos y algo enredado entre las agujetas. Parece que mi amiga ha estado

tejiendo en mi ausencia, lo cual es un indicador fiable de que está mejor. Me siento más aliviada.

—¿Cómo ha sido la experiencia? —se interesa.

—Flipante. Estaba en mi salsa por completo. Los primeros días fueron más duros, porque me encontraba fuera del meollo, hasta que conseguí una acreditación total para la final y ahí pude meter un poco más de baza.

—Saliste por la tele —me informa.

—¿En serio? ¿Cuándo? —Me imagino que habrán captado alguna imagen mía por los alrededores.

—Cuando le preguntaste a Ryan si cerraba un círculo. —Me incorporo un poco por la impresión.

—No lo sabía.

—No es que fuera la entrevista del siglo, aunque el momento fue bonito.

—¿Bonito? Solo fue una pregunta.

—Pero la expresión de Ryan… Te comía con la mirada.

—Hana, alucinas.

—Mira el vídeo si no me crees. Era como si se estuviese conteniendo para no abalanzarse sobre ti. Al menos así me lo pareció a mí.

Mi mirada se pierde en algún punto del salón mientras intento rememorar el momento en mi cabeza. Para mí, Ryan tenía una expresión indescifrable, una que no supe identificar. No creo que quisiera abalanzarse sobre mí como dice Hana, pero puede que sí hubiera algo de contención, de autocontrol.

—¿Ya has pensado qué harás la semana que viene? —La voz de mi amiga me devuelve al presente.

—¿A qué te refieres?

—A tu cumpleaños.

—¿Es ya? —Lo había olvidado por completo con la emoción del viaje a Victoria—. No he pensado en nada. Supongo que comeré con mi familia el domingo si mis hermanos pueden.

—Ya haremos algo tú y yo —me propone guiñándome un ojo.

—Claro.

Vislumbro en Hana un poquito de la que fue antes de que Declan la destrozara. Es el mejor regalo que podría hacerme por mi cumpleaños: que vuelva a ser ella al cien por cien.

Volver a la redacción después de lo que viví en Victoria no es tan emocionante. Sin embargo, tengo un recibimiento que no me esperaba. Muchos de mis compañeros de deportes me felicitan por el trabajo que hice cubriendo el campeonato, especialmente los que estuvieron a cargo de revisar mis textos y enviarlos a maquetación para que salieran a tiempo.

Cleo y Lilian me abrazan nada más entrar.

—Tienes que contarnos todos los detalles —pide Lilian—. Tengo envidia de la buena. De la sana, quiero decir —ríe—. ¡A nosotras todavía no nos han enviado a nada parecido!

—Está claro que tienes algo especial, Abi —asegura Cleo.

—¿Yo? ¡Para nada! Fue solo cuestión de suerte. —Y una especie de soborno para intentar mantenerme con la boca cerrada.

—Te sobra tanta humildad como talento.

Reímos las tres.

—¿Cómo ha estado el ambiente en la oficina? —pregunto a la vez que hago un gesto con las cejas refiriéndome a Connor.

No me ha dirigido la palabra y tampoco la mirada desde que he entrado. Está trabajando concentrado en su puesto.

—Sin novedad. Todo el mundo cree que estuvo de vacaciones unos días. Nadie sospecha que ha recibido una sanción.

Suspiro resignada.

El resto del día me resulta un poco tedioso. Regresar a mis tareas habituales, carentes en su mayoría de emoción alguna, no se me está haciendo fácil. Viajar a Victoria ha sido un antes y un después para mí. Sé que mi trabajo también tiene esta faceta más aburrida y mecánica y que tengo que tragármela para poder vivir lo otro. No obstante, es difícil despedirse de la adrenalina.

Connor ha seguido ignorándome toda la mañana. Aunque lo agradezco, su simple presencia me molesta. Ya no es que me caiga mal o que sea un capullo, sino el saber lo que hizo y que haya

quedado prácticamente impune. ¿Hasta dónde sería capaz de llegar si no lo hubiera descubierto? El resto del equipo continúa trabajando con él desconociendo la jugarreta que me ha hecho. Cada vez que lo pienso se me hace un nudo en el estómago.

61

Ryan



Fue complicado encontrarme a Abi después de mi arranque incontrolable de sinceridad en la fiesta. Por suerte, solo tuve que mantener la compostura por unos pocos minutos. No sé cómo me las voy a apañar hoy para aguantar una entrevista completa con ella al lado. Me gustaría retroceder en el tiempo y cerrarme el pico de un guantazo. Era una verdad que llevaba semanas reteniendo dentro de mí y al final se abrió camino por sí misma. No quiero que mi relación con Abi cambie; no obstante, es algo que parece ya inevitable. A ella le resultará raro estar conmigo sabiéndolo, y a mí, una tortura verla con la certeza de no poder hacerle un hueco en mi vida.

Me reciben en la puerta de los estudios de la cadena y me acompañan al camerino, donde me esperan las maquilladoras. Me dejo hacer sin rechistar —tampoco es que tenga yo mucho criterio en estos menesteres— y me visto con un chino beis y una camisa azul grisáceo con cuello mao. Escucho risas al otro lado de la pared y sé que es ella. Ese sonido es inconfundible. Recorro la estancia una y otra vez con las manos en los bolsillos, anticipando lo que va a ocurrir más pronto que tarde.

Nos encontramos en el pasillo cuando vienen a buscarnos. Despliego una sonrisa de las falsas, de las medidas, de las que utilizo como escudo ante las cámaras.

—Hola, Ryan —me saluda ella. Frunce un poco el ceño, estudiándome, como si estuviera rascando mi fachada para ver lo que se esconde detrás.

—¿Qué tal, Abi?

—No tuve la oportunidad de felicitarte en Victoria. Enhorabuena por la clasificación.

—Gracias —respondo escuetamente mientras continuamos atravesando el estudio.

—Bueno, y por superar a Benjamin —añade bajito para que solo yo pueda escucharla.

Que me conozca tan bien me desarma. Le hago un gesto apretando los labios.

Nos hacen esperar detrás de cámaras mientras el presentador comienza con la introducción. Es Robert Hollingsworth, uno de los pesos pesados de la cadena. También un indicativo de que el programa fue, en efecto, un éxito.

Me percato de que Abi no se está quieta ni un momento y de que juguetea con los dedos. Entonces se lleva las manos a la cara y presiento lo que va a suceder. Comienza a estornudar sin control. En un acto reflejo la atraigo contra mi pecho para amortiguar el sonido. Hacía mucho tiempo que no le ocurría. Desde… desde que nos besamos por primera vez.

Cinco estornudos después, recobra la compostura y me aparto de ella.

—¿Estás nerviosa? —susurro.

—¿Serviría de algo intentar negarlo?

—Creo que no. —Se me escapa una risilla.

—Al menos vuelves a ser tú.

La observo y descubro su mirada clavada en mí. Un poco acusadora y otro tanto expectante. Tiene razón, por un momento he dejado de interpretar el papel para el que me había preparado.

Nos dan paso y entramos al plató. Reactivo mi fachada mediática y sonrío ampliamente, saludando con las manos a la cámara. Nos sentamos en dos butacas frente a Robert.

—Qué suerte estar frente a los protagonistas del momento. En primer lugar, tengo que felicitarte, Ryan, por haberte clasificado para

la final de la WSL.

—Muchas gracias, Robert.

—*The Surf Mentor* ha sido todo un éxito de audiencia. ¿A qué crees que se debe, Abigail?

Abi se aclara un poco la voz antes de responder. Procuro fijar la mirada en Robert para mantenerme tranquilo. A Abi le va más estar detrás de la cámara, ser la que pregunta. Sé que no está pasando un buen rato.

—Sin duda alguna, a Ryan. Se ha tomado este encargo engorroso de enseñarme a surfear de muy buena gana, a pesar de todos sus compromisos profesionales. Aprender de uno de los mejores no tiene precio.

—¿Coincides, Ryan?

—Yo opino que el público ha podido empatizar mucho con Abigail, con sus inseguridades, con su torpeza a veces, y le ha enganchado su capacidad de superación y el esfuerzo continuo que ha hecho para lograr este reto.

La siento removerse en su butaca.

—El programa nos ha regalado momentos fantásticos. Vamos a ver un resumen de vuestra trayectoria.

Robert da paso a un vídeo con una mezcla de momentos que hemos vivido grabando el programa estos meses con la canción *Higher* de Croixx. Verlo así es emocionante y me remueve todo. Las caídas, los gritos de ánimo, los abrazos, las charlas, los dos sobre la misma tabla…

—Parece que te has emocionado, Abigail —señala Robert.

Me giro hacia ella por primera vez en lo que llevamos en el plató y descubro una lágrima bajando por su mejilla. Me tenso y tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no consolarla de alguna manera. Cruzo una pierna encima de la otra y la sujeto con las manos para no moverme.

—Verlo así… ha sido increíble, una experiencia inolvidable. Me entristece que haya llegado a su fin. ¡No pensaba que diría esto al principio!

Se ríe al final y me tranquiliza un poco.

—No descartamos una segunda temporada. ¿Tú qué dices, Ryan?

—Para mí es un punto y aparte. Ahora mismo debo concentrarme en la final de la WSL.

Aunque lo hago con entereza y serenidad, me duele en el alma pronunciar esas palabras. Ojalá mi vida consistiera únicamente en pasarme las horas en el agua con Abi.

—Abigail, ¿qué ha sido lo más difícil de toda la experiencia?

—Ponerme de pie en la tabla.

Se me escapa una risa sin querer y ella se contagia.

—No hace falta que lo jures —comenta Robert.

—No tengo mucha maña para los deportes en general. Esto ha sido todo un logro para mí.

—Sin embargo, has lucido unos neoprenos espectaculares y que te sentaban como un guante. ¿Has pensado alguna vez en dedicarte al modelaje?

He de reconocer que me molesta esta pregunta; mucho más que cuando me las hacen a mí. Suelo seguir la corriente, pero, al tratarse de Abi, no sé, algo me quema dentro.

—No, para nada —niega agitando las manos con fuerza—. Lo mío es el periodismo.

—Ah, ¿sí? ¿Compañera? —pregunta Robert levantando una ceja. Me empieza a parecer que este tío no se ha preparado la entrevista muy bien. Abi sonríe de forma forzada—. De periodista a periodista, quiero que comentes conmigo el siguiente vídeo.

Se reproduce en las pantallas el momento fatídico: las tetas de Abi chocando contra mi cara.

—Este *incidente* fue uno de los momentos más vistos del programa. ¿Qué te parece, Abigail?

—Eh… no creo que tenga nada que comentar sobre el tema. Fue un accidente, sin más —responde incómoda.

—Algo más que un accidente, ¿verdad, Ryan? No todos los días te aterrizan unos buenos pechos en la cara.

Me debato una milésima de segundo entre contestar como lo hago siempre o tumbarle los dientes de un puñetazo. Por el bien de

mi carrera deportiva, me veo obligado a elegir la primera opción, aunque cambio mi actitud habitual.

—Es una pena que ese momento se recuerde por el incidente y no porque Abigail lograra mantenerse encima de la tabla por primera vez. Y lo que se generó tras la emisión fue un poco desagradable; el público la trató como un simple trozo de carne. Nosotros ni siquiera fuimos conscientes de lo que había ocurrido hasta que salió al aire. —Le sostengo la mirada a Robert, observándolo con intensidad como una forma de reproche a su comportamiento—. Porque, en ese preciso instante, Abigail logró lo que parecía imposible a ojos de los demás.

Noto que ella se acomoda de nuevo en la butaca. «Que esta entrevista termine ya, por favor».

—Una última pregunta, chicos. Con tantos momentos compartidos dentro del agua, ¿no ha surgido nada entre vosotros?

Abi se sonroja enseguida y traga saliva. Lo último que necesita es que se comience a especular sobre esa posibilidad porque no la dejarían en paz.

—No —me apresuro a negar—. Nada más lejos de la realidad. Somos simplemente entrenador y alumna.

Lo suelto serio y tajante para no sembrar ni la más mínima sospecha entre los que vean la entrevista, pero a sabiendas de que con Abi surgió todo. La alegría, la confianza, las confidencias, la amistad, la chispa, el deseo y un remolino de sentimientos de los que no tengo modo de deshacerme.

62

Abi



Los focos del plató se apagan y siento que puedo volver a respirar. Ha sido una entrevista un tanto incómoda por algunas preguntas. Gracias que Ryan salió al paso tan resolutivo como siempre. Sin embargo, ha estado frío y distante conmigo casi todo el tiempo. Prácticamente no me ha dirigido la mirada en ningún momento.

Me hizo prometer que no habría situaciones extrañas o tensas entre nosotros después de acostarnos, pero esto ha sido ambas cosas. Me he esforzado por cumplirlo siempre, incluso cuando me parecía imposible; no entiendo por qué se comporta así. Nuestra conversación el día de la fiesta dejó mucho en el aire, soy consciente. Si fuera otra persona y no Ryan, creería que tiene miedo a enfrentarse a mí tras esa noche.

Por otro lado, su respuesta a la última pregunta me dolió: «… simplemente entrenador y alumna». Entiendo que es la contestación que tenía que dar en ese momento, pero se me clavó en el centro del pecho como una daga de la que soy incapaz de deshacerme. No hubo una mirada cómplice después ni nada que se le pareciera.

No me gusta la sensación que me atraviesa bajo el esternón.

Ryan abandona el plató apresurado y yo lo sigo con paso rápido para intentar hablar con él. ¿De verdad va a marcharse sin hablar conmigo? Este no es el Ryan que conozco.

Estoy a punto de echarme a correr por un pasillo para alcanzarlo, pero Josh me corta el paso. Me paro en seco, sorprendida.

—Hola —me dice, para después agachar la cabeza de inmediato.

Es la primera vez que lo escucho hablar en todos estos meses. Su voz suena temblorosa.

—Hola, Josh. ¿Qué tal?

Correspondo el saludo contemplando cómo Ryan gira al final del pasillo y desaparece de mi vista. Querría ignorar a Josh tal y como ha hecho él durante semanas de grabación y salir corriendo.

—Es para ti.

Me ofrece su mano extendida y compruebo que en la palma hay una memoria USB.

—¿Para mí? —pregunto tomando el dispositivo.

—No se me dan bien las palabras —añade aún con la cabeza gacha—. Esto sí.

Acto seguido, se marcha por donde ha venido y me deja plantada en mitad del pasillo con un USB en la mano y sin entender absolutamente nada de lo que acaba de ocurrir. No obstante, lo único en lo que estoy pensando es en intentar alcanzar a Ryan, así que salgo corriendo en su búsqueda. Doblo la esquina en la misma dirección que ha tomado él y recorro la planta sin éxito. Ryan se ha marchado.

63

Abi



Hana lleva toda la semana rarísima. Me oculta algo y no sé qué es. Espero que no haya decidido darle una segunda oportunidad a Declan ni nada por el estilo. Conociéndola, me extrañaría, pero cualquier cosa puede suceder.

Al levantarme, me tenía preparado un *cupcake* con una velita encendida que he soplado con ilusión. Hemos quedado en encontrarnos después del trabajo para celebrarlo en condiciones.

Ya tengo veinticinco. Por un momento, se me pasa por la cabeza que con esta edad estaría empezando mi residencia en el hospital de haber seguido en la carrera de medicina. Pienso en qué especialidad hubiera elegido y soy incapaz de imaginarme en ninguna. «Es una señal de que estoy haciendo lo correcto», me digo.

Llego a la redacción y me informan de que tenemos una reunión a primera hora, así que dejo mis cosas y me dirijo a la sala de juntas. Los compañeros se van uniendo poco a poco. Cleo se sienta a mi lado y Lilian frente a mí. No les he dicho que es mi cumpleaños —no me apetece que se enteren en la oficina—. Sin embargo, no me importaría salir con ellas dos a tomar algo. Quizás otro día se lo proponga. De todas formas, he quedado con Hana después.

El impresentable mayúsculo —Connor— comienza la reunión. Es un encuentro rutinario para ver cómo llevamos el trabajo y también para asignarnos nuevas tareas. Esta vez espero que me den alguna relacionada con la final de la WSL. Creo firmemente que sería lo justo, ya que cubrí el campeonato de Victoria con buenos resultados. Connor va encomendando responsabilidades uno por uno.

—Y, por último, yo me encargaré de la final de la WSL. ¿Alguna duda?

Se me corta la respiración; no solo porque se haya adjudicado el tema que yo quería, sino porque no me ha asignado nada a mí.

—¿Qué pasa conmigo? —pregunto, evidenciando que estoy molesta.

—Sigue con lo que estés haciendo.

—¿Nada más? —insisto.

—No —contesta seco.

Me hierve la sangre. Está claro que es una represalia. No voy a dejar que se escabulla tan fácilmente.

—¿Por algún motivo en concreto?

—No hay ningún otro tema a repartir y eres la última en incorporarte al equipo. ¿Te parece motivo suficiente?

—¿Me estás intentando joder otra vez? —espeto. Recibo todas las miradas de la mesa. Mis compañeros están atónitos y se instala un silencio sepulcral.

—¿Disculpa?

Intenta hacerse el ofendido. Qué hipócrita.

—Lo que oyes.

—Reúnete conmigo en privado en el *office*, por favor.

Ahora va de jefe diligente e insinúa que me va a echar la reprimenda en privado para dejarme mal frente a mis compañeros.

—¿Por qué? ¿Temes que les cuente por qué has faltado a trabajar tres días? *Spoiler* —anuncio mirando al resto de periodistas de la mesa—: no estaba de vacaciones.

—¡Abigail! —Se pone en pie y yo lo imito.

—Guardad a buen recaudo vuestros artículos —les advierto a mis compañeros con un guiño de ojo al final.

Contemplo la confusión reflejada en sus rostros, salvo en Cleo y Lilian, que fruncen los labios intentando disimular la satisfacción por este momento. Y después me marcho a mi mesa, desoyendo a Connor.

Siempre he tragado con todo por trabajar aquí, para intentar aprender y sentar las bases de un futuro profesional sólido, pero la ponzoña que recorre esta redacción se me está haciendo insoportable. Da igual lo que haga o cómo lo haga, Connor esparce sus tentáculos por la oficina y nada cambia. Por primera vez, me veo más fuera de este periódico que dentro.

No permito que lo ocurrido hoy me empañe el día. Salgo a mi hora del trabajo y regreso a casa para cambiarme. Hana me recibe con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué te apetece hacer? —le pregunto. No acordamos nada en concreto, solo que nos veríamos por la tarde—. ¿Nos vamos al cine?

Enarca las cejas y se le llena la sonrisa de picardía.

—Abi, parece mentira… ¡Ya está el plan armado!

—¿De verdad? —pregunto entusiasmada—. Vale, sorpréndeme.

—Eso mismo pienso hacer. Vístete, que nos vamos.

—Pero ¿a dónde?

—Acabas de pedirme que te sorprenda. No voy a soltar nada hasta que estemos allí.

Niego sacudiendo la cabeza mientras me dirijo a mi habitación para cambiarme. En realidad, estoy contenta porque Hana haya preparado algo para mí.

Media hora después aparcamos en Burleigh Hill. Me ha dado un vuelco el corazón cuando he descubierto el rumbo de Hana, el mismo que para llegar a la casa de Ryan. Obviamente, no estamos allí, sino en la zona de césped en lo alto de la colina con vistas al mar. Es viernes y hay bastante gente esperando para ver el atardecer. Me parece un planazo: una tarde con mi amiga, tiradas

sobre la hierba, comiendo, bebiendo y contemplando los tonos anaranjados del crepúsculo.

Caminamos entre la gente. Parece que Hana se dirige a un lugar en concreto. Conforme nos acercamos, descubro la sorpresa de verdad.

—¡Feliz cumpleaños, Abi! —gritan todos.

—¡Sorpresa! —añade Hana.

Están Ethan, Grace, Cleo y Lilian. No lo esperaba. En absoluto. A mis hermanos iba a verlos el domingo en casa y a mis compañeras del trabajo pensaba invitarlas a tomar algo algún otro día. No imaginaba que Hana habría preparado esto para mí.

Hay un mantel de picnic en el suelo con un montón de comida y bebida. Es un cumpleaños perfecto.

—¡Gracias a todos! No sé qué decir… No me lo esperaba.

—Se te nota en la cara —dice Ethan, que viene a estrecharme entre sus brazos—. Felicidades, pequeña.

—Te estás haciendo una viejuna, igual que este —se burla Grace—. Toma, nuestro regalo.

Grace me entrega un paquete envuelto con mimo. Se me aguan los ojos cuando descubro lo que es. Han enmarcado mi artículo *La mirada femenina en el surf*, el primero de toda mi carrera. También hay una pluma con mi nombre grabado.

Cleo y Lilian se unen a nosotros y me entregan una tarjeta de invitación a un *brunch* para tres.

—Perdóname por haber espiado en tu móvil —se disculpa entonces Hana—, pero era la única forma de contactarlas.

—Estás perdonada. ¡Me encanta este cumpleaños, Hana!

—Aquí tienes mi regalo. —Me lo entrega sonriente.

Lo abro con cuidado y descubro un jersey en tonos azules precioso. Los mismos colores que vi en el aparador del salón hace unos días. Ha estado tejiéndolo en secreto para regalármelo hoy. Significa mucho para mí, especialmente por lo que ha vivido mi amiga esta última temporada. Que haya reunido la energía y las ganas de tejerme algo me alegra muchísimo; está retomando el camino para volver a ser ella misma.

—Vamos a comer, ¡qué se enfría! —dice Hana.

Nos sentamos alrededor del mantel y damos buena cuenta de la comida. Son todos platos coreanos del restaurante de los padres de mi amiga y, como siempre, están deliciosos. También ha traído *soju* de sabores. Presiento que nos iremos de aquí más que achispados.

—¿Puedo probarlo? —pregunta Grace agitando una de las botellas.

—Grace, sabes que aún no puedes —la sermonea Ethan.

—¡Solo me faltan dos meses para cumplir los dieciocho! —se queja ella.

—Solo si prometes no decírselo a mamá y papá —respondo sirviéndole medio vaso.

—Abi… —Ethan me reprende con la mirada.

—No seas sieso, por un vasito no pasa nada.

Ethan pone los ojos en blanco y Grace asiente satisfecha.

—Está todo riquísimo —comenta Lilian.

—Es del restaurante de mis padres —informa Hana—. El Kim's Barbecue en Surfers Paradise.

Hana sonríe complacida. Odia trabajar en el restaurante, pero le encanta que los comensales salgan satisfechos de allí.

—Te has pasado un poco con las cantidades, ¿no? —le digo.

—Pensé que seríamos más…

—¿Más? —pregunto extrañada.

—Nada, olvídalo.

Hana cambia de tema y se centra en la conversación con Cleo y Lilian. No me gusta nada esa insinuación. La única persona que podría faltar aquí es Declan. Ya me dio la sensación hace unos días de que me ocultaba algo y espero que no sea que está en contacto de nuevo con su ex. No se lo merece. No es digno de ella. Y creo que yo tampoco sería capaz de tolerar su presencia sabiendo lo que sé.

Entre charlas, risas, conversaciones y brindis con *soju* van pasando las horas y cada vez hay menos luz. El sol está a punto de ponerse y la estampa es preciosa. El cielo se ha cubierto de tonos anaranjados y rosáceos que parecen pintados con acuarela.

—¿Soplamos las velas? —propone Hana.

Todos asienten entusiasmados. Mi amiga saca una tarta preciosa decorada con flores y unas velas con el número veinticinco. Las enciende y me cantan *Cumpleaños feliz* formando un corro alrededor de mí. Siempre me da vergüenza este momento; no sé qué hacer ni a dónde mirar. Les sonrío y, cuando terminan, soplo pidiendo un deseo.

Los años anteriores pedía convertirme en periodista y soy feliz porque ya se ha cumplido. Ahora mismo estoy muy satisfecha con mi vida, así que deseo que nada cambie, que todo se mantenga como en el momento presente. Bueno, salvo una cosa.

Ryan.

Definitivamente, quiero que esté presente en mi vida, aunque no tengo claro cómo. Su amistad es importante para mí, pero a raíz de lo que pasó en la fiesta de fin de programa nos hemos distanciado. No me gusta. Llevo cargando un peso en el estómago desde entonces. No es algo grande ni tan molesto como para no poder seguir con mi vida; sin embargo, lo siento de manera constante. Aparece cuando creo que lo he olvidado para recordarme que lo echo de menos.

Tras soplar las velas reparto el pastel y nos lo tomamos contemplando la puesta de sol. Ha sido un cumpleaños fantástico.

—¿No queda tarta para nosotros?

Esa voz…

Me giro bruscamente y descubro a Miles con una media sonrisa pícara y a Ryan detrás de él.

—Ya pensaba que no vendríais —recrimina Hana.

—A mí no me mires —se excusa Miles—. Llegamos tarde por culpa de este imbécil.

Ryan aprieta los labios en una línea fina. El corazón me late a mil por hora. Ni en sueños me los imaginaba acompañándome en mi cumpleaños.

—También tengo que pedirte disculpas por cotillearte el número de estos dos —se explica Hana.

—No… no pasa nada —acierto a responder. Sigo en *shock*.

—¡Felicidades, Abi!

Me levanto y correspondo la felicitación de Miles con un abrazo. Después miro a Ryan, que no me quita ojo de encima, aunque no dice nada. Lleva las manos metidas en los bolsillos. Al final eleva un poco las comisuras de los labios.

—Feliz cumpleaños.

Sus palabras son el mejor regalo en el día de hoy.

—Gracias…

—Venid con nosotros, que os hacemos hueco —dice Ethan.

Los dos amigos se acomodan en el corrillo que hemos formado sobre el mantel y les presento a Cleo y Lilian, que no paran de flipar con la presencia de Ryan. No han dicho nada, pero se lo leo en la cara. Compartimos con ellos la tarta que ha sobrado y les ofrezco también beber algo. Miles acepta encantado; Ryan declina la invitación al alcohol.

Estoy muy nerviosa desde que ha llegado. Intento sumergirme en las conversaciones que se forman y obviar el hecho de que está sentado a menos de un metro de mí. Sin embargo, cada cierto tiempo lo busco con la mirada. Muchas de las veces me encuentro con la suya. Noto la tensión entre nosotros; no es como siempre y quiero solucionarlo.

El sol ya se ha ocultado por completo, pero seguimos disfrutando tendidos en el césped, bajo las luces que iluminan el parque. Parece que nadie tiene la intención de marcharse todavía.

Me levanto con la excusa de ir a tirar la basura y a mi regreso me acuclillo junto a Ryan.

—¿Podemos hablar un momento? —le pido.

Él asiente con rapidez y se pone en pie. Nos alejamos andando despacio, uno al lado del otro. Ryan sigue en silencio. Apenas ha pronunciado palabra desde que ha llegado. Y yo no sé cómo comenzar esta conversación.

—¿Cómo estás?

—Bien. —Lleva la palabra «mentira» escrita en el rostro. Se detiene y me observa por unos segundos. ¿Qué se le pasará por la cabeza?—. Te he traído un regalo.

Mete la mano en el bolsillo y mi corazón aletea de emoción. Saca una cajita pequeña de color negro y me la entrega. La abro

procurando que no parezca que estoy desesperada por saber qué ha escogido Ryan para mí. No es por el regalo en sí, sino por el detalle de acordarse de mí.

Es un pendiente muy pequeño, dorado y en forma de estrella de mar.

—Pensé que te gustaría. Creo que te quedaría genial en el cuarto agujero de la oreja, donde siempre llevas pendientes diminutos.

Me tiembla la mano con la que sostengo la caja. No paro de observar la joya. Es perfecta. No solo porque me encante el diseño, sino por todo el significado que encierra. Ese mote cariñoso que me puso el primer día en el agua y que aseguré que no me gustaba, pero que adoro escuchar en sus labios. Y que se haya fijado en el tipo de *piercings* que utilizo, hasta en la forma en que los distribuyo por la oreja. Estoy emocionada.

—Ey, ¿qué pasa? —Ryan da un paso hacia mí y me limpia la lágrima que me recorre la mejilla con el pulgar—. Si no te gusta lo puedo…

—Me encanta, Ryan. —Alzo la mirada para encontrarme con sus ojos verdes—. Es un detalle precioso.

Retira la mano de mi rostro y pone un poco de distancia entre nosotros de nuevo. Esboza una sonrisa pequeña, con aire triste.

—Lo que más me gusta es que estés aquí. Que seas un poco más tú que en los últimos días. Te he echado de menos.

—Abi…

—Me hiciste prometer que nuestra relación no cambiaría si accedías a… ya sabes.

—Lo sé.

—¿Y por qué te noto tan distante?

—Es complicado, Abi.

—No me gusta —confieso—. No me gusta nada.

—A mí tampoco, pero ahora solo puedo estar centrado en el campeonato, y esto… me trae de cabeza.

—Esto, ¿qué?

—Que no te puedo arrancar de mi mente, por mucho que lo intente. He roto todas las reglas que yo mismo impuse. *Todas*, Abi.

He perdido el control y no sé cómo volver al punto de partida. Es más, creo que ya ni siquiera es posible.

—¿Y por qué volver?

La conversación con Ryan me está removiendo por dentro. Estoy muy confusa, tanto con lo que pienso como con lo que siento, pero dejo que sea esto último lo que hable por mí. Ryan me mira con intensidad; parece rumiar las palabras que he dicho, como si no las terminara de encajar.

—No sé si quiero volver atrás —insisto. Decirlo en voz alta aligera el peso de mi estómago.

Le agarro el brazo con suavidad y él se estremece. No aparta la vista de mí ni un segundo. Me acerco un paso más y Ryan me acaricia el pelo. Cuánto anhelaba su tacto sobre mí… Por sus ojos se pasean un sinfín de emociones. No tiene la mirada tranquila y segura de siempre.

Unos gritos a lo lejos nos interrumpen. Me giro con premura porque reconozco la voz de Hana. La veo hacer aspavientos y descubro que Declan está plantado delante de ella. No me gusta un pelo. Echo a andar rápido para regresar con mis amigos y Ryan me sigue sin preguntar. Cuando llegamos junto a ellos me quedo atónita.

—Por favor, dame otra oportunidad. Déjame enmendar mis errores.

—¿Errores? —espeta Hana.

—Lo sé, la he cagado hasta el fondo. Pero te quiero, Hana. Eres todo para mí.

—No seas cínico. Yo sí que lo quería todo contigo. Todo. La casa con jardín, los niños jugando fuera y el perro agitando la cola. Tú te encargaste de romper nuestro futuro y ahora ya no significas nada. Me das asco, Declan.

Trago saliva al escuchar a mi amiga. Reconozco en su voz el dolor que le ha causado este tipejo, y también la firmeza de una decisión tomada que no tiene vuelta a atrás.

—Hablemos a solas un momento, por favor —insiste él.

—No tengo nada más que hablar contigo.

Declan sujeta a Hana del brazo con fuerza.

—Por favor, escúchame.

—Déjame en paz, Declan. No eres bienvenido.

A pesar de la contundencia de Hana, él no se da por vencido y continúa agarrándola.

—Ey, tío —interviene Miles—. Te ha pedido que la dejes en paz, respétala.

—¿Y tú quién eres?

—Que me sueltes —gruñe Hana.

Estoy a punto de intervenir, pero Miles se me adelanta.

—¡Qué no la toques! —Miles alza la voz como nunca lo había hecho en mi presencia.

Declan clava la mirada en él. Tiene el ceño fruncido y parece airado, una faceta suya que nunca nos había mostrado.

—No pintas nada en esta conversación. Es entre ella y yo.

Observo en el rostro de Hana que comienza a perder la paciencia. Se zafa con fuerza y le da un empujón a Declan que lo deja descolocado.

—¡Entre tú y yo ya no hay nada! —grita mientras le golpea el pecho—. ¡Te lo has cargado todo! Mis sueños, mis ilusiones, los planes de futuro…

Lo ataca con las manos y también con las palabras, entre chillidos y llanto, con la fiereza de un *rottweiler*, aunque desde fuera parece más un chihuahua rabioso.

Miles se las apaña para agarrarla por la cintura y atraerla hacia él. Luego le acaricia el brazo intentando que se tranquilice. Declan los contempla de forma alternativa por unos instantes.

—¿Estás con él? —le pregunta a Hana—. ¿Es por eso que no quieres escucharme?

—¿Algún problema si así fuera? —replica ella.

Declan se fija de nuevo en Miles, con el gesto desencajado, y lo mira de arriba abajo.

—¿Vas a cambiarme por este tío?

Es evidente que Declan está desesperado por recuperar a Hana —algo que parece ya imposible—, pero ese comentario ha sonado muy despectivo. Se ha pasado de la raya.

Hana se pone roja y aprieta los puños con fuerza. Sé que no soporta que menosprecien a los demás porque lo ha sufrido desde pequeña. Estoy segura de que se abalanzaría otra vez sobre Declan de no ser por que Miles la sujeta. Su expresión se va torciendo. La conozco y esa cara no augura nada bueno; está a punto de soltar una barbaridad. Se limpia el rastro de las lágrimas y lo mira enarcando las cejas hasta el infinito.

—Si lo dices por la silla, tranquilo, la tercera pierna le funciona mejor que a ti, y encima no va follándose a todas las tías que se le pongan por delante. Y créeme que podría. ¿Has visto esta carita? —dice sujetándole el mentón a Miles.

Se escuchan las risas de los que estamos alrededor. Yo tampoco he sido capaz de reprimir la mía. Veo caras atónitas, sin embargo, a mí no me sorprende lo que ha hecho Hana. Le ha dado donde más le duele.

Declan termina marchándose con el rabo entre las piernas —nunca mejor dicho—. Hana se estira el jersey hacia abajo en un intento de recobrar la compostura. Miles está patidifuso y el resto de los presentes ríen a más no poder.

«Esa es mi amiga. Ha vuelto». La reconozco en cada palabra que le ha escupido a su ex y me encanta. Voy hacia ella y la abrazo con fuerza.

—Me das miedo —suelta Miles cuando recupera el habla. Hana le sonríe.

—Perdón por… —Mi amiga le mira la entrepierna y él se la cubre con las manos, ofendido—. Lo de la carita sí que iba en serio. Eres muy guapo, incluso con ese *mullet* que me llevas.

Miles se sonroja.

—Hana, si hay que partirle las piernas solo tienes que pedirlo —dice Ryan. Creo que intenta desviar la atención de su amigo—. Aunque yo no te puedo ayudar, quedaría fatal en mi currículum.

—A mí se me daría bien —añade Ethan—. Por eso de ser traumatólogo, sabría por dónde cortar.

Nos reímos a carcajadas. Parece que Hana ya no está tan tensa.

—Ha sido el mejor cumpleaños de mi vida. —Lo digo con total convencimiento—. ¡Con espectáculo incluido!

Hana vuelve a abrazarme.

—Ryan, creo que es hora de que regresemos —dice Miles. Probablemente continúa estupefacto. Su amigo asiente.

No quiero que se marche. Nos hemos quedado a medias en la conversación más importante y necesaria de las últimas semanas.

—Dame un minuto, Miles.

Ryan me dirige un gesto para que nos apartemos un poco. Crecen en mí las ilusiones de que su intención sea zanjar lo que comenzamos hace un momento. Sería el broche de oro a este cumpleaños.

—Antes de irme tengo que contarte algo —comienza. Se mira un momento los pies. Vuelve a esconder las manos en los bolsillos—. Mañana me marcho a Bali de concentración hasta la final.

—Pero falta un mes, la final es en septiembre.

—Lo sé.

Voy comprendiendo lo que me quiere decir, pero necesito corroborarlo.

—Y con concentración te refieres a…

—A que estaré incomunicado —me interrumpe, confirmando lo que ya sospechaba—. Siempre lo hacemos así. Solo entrenar y prepararme, nada de móvil, nada de amigos, nada de familia, nada de… nada. Cero distracciones.

Se me encoge el corazón. ¿Un mes completo sin saber de Ryan? Y luego pienso en él, alejado de todo su mundo, concentrado únicamente en dar lo mejor de sí para la final.

—Va a ser muy duro para ti.

Me contempla como si su mundo fuera a derrumbarse frente a mí. Percibo que aprieta los puños en los bolsillos.

—Es lo que hay. Así es mi vida. Por eso no puedo permitir que nadie más entre en ella y arrastrarla a todo esto.

Entiendo perfectamente lo que intenta decirme. Y me duele. Mucho más de lo que nunca hubiera imaginado. Y ese dolor comienza también a despejar la neblina en mi mente, dejándome ver claro el horizonte.

—Buena suerte en la final.

64

Abi



Han pasado dos días desde la fiesta de mi cumpleaños, pero todavía sigo con resaca emocional. Especialmente por la conversación con Ryan, por todo lo que nos dijimos y lo que no. Lo que quedó implícito. Que nos gustamos, sin duda. Y que no puede ser, también.

No había querido escuchar lo que sentía porque le prometí que no me enamoraría de él, así que hice todo lo posible por ignorar lo que gritaba fuerte dentro de mí. Me gusta Ryan. Más de lo que podría llegar a imaginar. Y es un momento nefasto para darme cuenta, justo cuando tengo claro que no hay lugar para mí en su vida. Acaba de marcharse a Bali y ya me ahoga saber que no tendré información de él por un mes, hasta que se celebren las finales de la WSL. Quizás tampoco después.

Llego a casa de mis padres y Grace me abre la puerta.

—Los veinticinco te sientan fenomenal. Estás guapísima.

—Gracias, hermanita. —Le doy un abrazo cariñoso.

—¿Otro *piercing*? —me pregunta bajito. Me rozo la oreja izquierda.

—Me lo hice ayer —susurro—. ¿Apostamos?

Grace enarca las cejas.

—No llegas al postre.

Las dos reímos y nos dirigimos después al salón. Mi padre me recibe estrechándome entre sus brazos.

—Feliz cumpleaños, cariño.

—Gracias, papá.

—¿Ya ha llegado la cumpleañera? —escucho a mi madre por detrás. Viene para unirse a nuestro abrazo—. Muchas felicidades, Abi.

Suena el timbre y sé que es Ethan, el único que falta por llegar. Voy a la puerta para recibirlo.

—Tienes una cara horrible —le digo.

—Lo sé. —Se acerca y me da un beso en la mejilla—. Estoy de saliente.

—¿Para qué has venido? Tendrías que estar durmiendo ahora mismo —lo reprendo.

—No dormiría tranquilo sabiendo que estáis celebrando tu cumpleaños.

Es verdad. Ethan es el mejor hermano mayor que podría imaginar. Es cariñoso, protector, se preocupa por nosotras y está siempre presente. Estoy casi segura de que ahora mismo no sale con nadie, pero la chica que se convierta en su novia en un futuro será realmente afortunada por tenerlo a él como pareja. Es un diez.

Nos sentamos a la mesa y mi madre trae de la cocina una infinidad de platos. Ha preparado un festín. Por eso me insistió en que no trajera nada de postre esta vez. La comida en esta casa siempre ha sido muy importante, y en las ocasiones especiales se evidencia aún más.

—¿Te has hecho otro agujero? —pregunta mi madre con el ceño fruncido. Se me escapa una risita y Grace me da un apretón en el muslo por debajo de la mesa. Solo estamos en los entrantes.

—Mi autorregalo de cumpleaños.

Ella sacude la cabeza apretando los labios en una línea fina. Da igual cuántos años pasen, siempre le va a seguir pareciendo mal. Curiosamente, ya no me afecta como antes. Comparo este almuerzo con otros de hace unos meses y lo percibo de forma diferente. Estoy tranquila, feliz, confiada en mis decisiones. Quizás este no era un ambiente hostil *per se*, sino que yo misma me enfrentaba a él con inseguridad.

Después de comer, mi padre aparece con una tarta y veinticinco velas encendidas que soplo con ilusión. Mientras corto el pastel en pedazos para repartirlo, mi madre me entrega un sobre.

—Este es nuestro regalo —dice sonriendo. Mi padre está de pie tras ella, apoyándose con las manos en sus hombros. Los dos me contemplan expectantes.

Abro el sobre y veo unos documentos. Me regaño un poco porque no entiendo de qué se trata hasta que comienzo a leer. Me llevo la mano a la boca para ahogar un grito.

—¿En serio?

—Si quieres ser la mejor, tienes que prepararte bien —asegura mi madre.

¡Es el Máster de Periodismo Deportivo de la Universidad de Florida! No puede ser verdad. Pensaba pagármelo más adelante con los ahorros del trabajo.

—Es demasiado…

—Nada es demasiado para ti —replica mi padre—. Ni para ninguno de vosotros —añade dirigiéndose a mis hermanos.

—¿Qué es? —pregunta Grace con curiosidad.

—El máster de la Universidad de Florida que siempre he querido hacer.

—¡¿Te marchas a Florida?! —Su cara es un poema.

—Tranquila, es a distancia. No voy a moverme de aquí.

Grace respira aliviada.

Mi hermana y yo estamos sentadas en la alfombra de su cuarto. Ethan se ha tumbado y tiene la cabeza apoyada en mi regazo. Le acaricio el pelo con movimientos suaves mientras mantiene los ojos cerrados, aunque no está dormido.

—Lo de tu cumpleaños fue épico —comenta Grace—. Parecía que Hana lo iba a descuartizar vivo.

—Puede que desde fuera pareciera gracioso, pero en realidad no lo fue. Aunque lo encarara de esa manera, Hana lo pasó fatal después.

—¿Qué ocurrió entre ellos exactamente? —quiere saber mi hermana.

—Que lo pilló follándose a otra. Y, por lo visto, era algo habitual.

—Santo cielo —masculla Ethan sin despegar los párpados.

—Entiendo que sin que ella estuviera de acuerdo, ¿no?

—¿Cómo iba a estar Hana de acuerdo con eso?

—No sé, quizás tenían una relación abierta.

—Claro que no, Grace.

—Pues poco le hizo entonces —responde mi hermana—. Qué capullo. Parecía un buen tipo.

Grace cruza las piernas y se apoya contra la cama.

—¿Qué hay de Hunter? —le pregunto—. ¿Cómo va la cosa?

—Bien.

—Qué escueta —apunta Ethan. Estoy de acuerdo con él.

—¿Qué queréis saber? —contesta con desdén.

—Lo que tú nos quieras contar.

—Desde hace unas semanas tenemos exclusividad —revela.

—¿«Exclusividad»? —repite Ethan.

—Que solo follamos entre nosotros —aclara ella.

Ethan se atraganta con su propia saliva, pero consigue disimularlo. Creo que agradece tener los ojos cerrados.

—Eso quiere decir que estáis saliendo —señalo.

—No, Abi. Eso solo quiere decir que no nos acostamos con nadie más.

No insisto. Grace pretende parecer despreocupada, sin embargo, creo que Hunter le importa más de lo que quiere reconocer.

—¿Qué hay de ti?

—¿De mí?

—Ryan.

Una sola palabra. Cuatro letras que hacen que se tambalee todo dentro de mí.

—No hay nada que contar.

—No me lo trago —arremete Grace—. ¿Te crees que no vemos las caras que os ponéis el uno al otro? Os coméis con los ojos.

—Tiene razón —confirma Ethan con un hilo de voz.

Suspiro.

—Es… complicado.

—Vuestras miradas dicen todo lo contrario. Te gusta, ¿verdad?

—Grace, no… no es tan fácil como eso.

—Te gusta.

—Me vuelve loca —admito—. Pero ahora mismo no hay espacio para mí en su vida. Así que no vale la pena siquiera mencionarlo.

—Me suena a excusa. No sé si suya o tuya.

—No es excusa. Sus circunstancias son complicadas. Está centrado al cien por cien en convertirse en campeón del mundo y no puede permitirse ni una sola distracción.

—En tu lugar, me abriría paso a la fuerza. Crearía mi propio espacio si no existe.

Ethan emite un ligero gruñido. Parece querer expresar que está de acuerdo, pero está más dormido que despierto ahora mismo. Suspiro de nuevo. «Ni siquiera podré hablar con él durante el próximo mes. ¿Qué pretendo?». Entiendo el ímpetu de Grace, también la despreocupación propia de su edad; por desgracia, no todo es blanco o negro, acción y reacción. Hay una escala inmensa de matices entremedias y no basta con que Ryan me guste y yo le guste a él.

—¡El *e-mail*! —grita Ethan a la vez que se incorpora de un respingo. Teclea con rapidez en su teléfono, con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué pasa? —le pregunto cuando suelta el móvil. Mi hermano se masajea el puente de la nariz con los dedos.

—Tenía que enviar un correo antes de salir del trabajo y me había olvidado. No puedo más. Entre la consulta, los quirófanos, las guardias y el ensayo clínico voy a terminar desquiciado.

—¿Te has unido a un ensayo clínico?

—Mi adjunto lo coordina y es una oportunidad única. No obstante, toda la burocracia me cae a mí. Por cierto… —Arruga ligeramente el ceño—. Tenía que preguntarte algo.

—Dime. —Lo observo atenta.

—En el ensayo estamos trabajando en un exoesqueleto para parapléjicos. Ahora mismo buscamos participantes voluntarios para

probarlo. ¿Crees que al amigo de Ryan le interesaría?

—Puedo preguntarle.

Sí, puedo preguntarle si le interesa el ensayo, y de paso intentar averiguar si tiene alguna noticia de Ryan.

65

Abi



Aparco delante de la casa de Miles. Se me hace raro estar aquí yo sola, sin Ryan. Él ya me está esperando en el porche, sonriente.

—Hola, Miles —lo saludo. Me agacho y le doy un abrazo.

—¿Qué tal, Abi?

Me siento en uno de los sillones de la terraza. Hace fresco, pero se está bien. Miles mueve la silla y se coloca delante de mí.

—Me sorprendió tu mensaje.

—Perdona que fuera un poco críptica, pero creo que es mejor que te lo cuente en persona.

—Adelante.

—¿Te acuerdas de mi hermano Ethan?

—Claro, estaba en tu cumpleaños el finde pasado.

—Es traumatólogo y está metido en un ensayo clínico para desarrollar un exoesqueleto. —Miles arruga un poco las cejas—. Van a comenzar a probarlo y están buscando voluntarios. Me preguntaba si querrías participar.

—No sé, Abi. Nunca me ha interesado ese rollo.

—Mi hermano me ha enseñado el desarrollo preliminar y tiene muy buena pinta.

—Al final no es más que un armatoste que no me va a solucionar nada. Igualmente estaré en la silla.

—No lo subestimes, Miles. Leyendo el estudio parece que podría beneficiarte muchísimo su uso. Además, confío ciegamente en mi hermano. Si él cree en el proyecto, yo también. —Lo contemplo ilusionada. Me cae genial Miles y ojalá acepte participar si eso significa que su vida mejora.

—Bueno, lo pensaré. Pero solo porque me lo pides tú, ¿eh?

Me río y me relajo un poco también.

—¿Cómo va todo? —me pregunta.

—Bien, supongo. —Miles asiente.

Se crea un silencio extraño. Siempre he estado cómoda alrededor de Miles; no obstante, tengo una pregunta atragantada que no sé cómo sacar.

—Sabes lo de Ryan, ¿verdad?

—¿El qué? —pregunto con los ojos abiertos de par en par.

—Que está concentrado en Bali.

—Ah, sí. —Creo que Miles se percata de la decepción que recubre mis palabras. Pensaba que me contaría algo más.

—¿Qué pasa? Ese tonito…

No voy a averiguar nada intentando disimular que no me inquieta lo que le ocurra a Ryan, así que me deshago de todas las barreras y me sincero con su amigo.

—¿Tú sabes algo de él? ¿Cómo está? ¿Cómo le va?

—Está bien.

—¿Lo dices por decir o lo sabes? —inquiero.

—Su entrenador me escribe de vez en cuando y me cuenta. Está bien. Concentrado. Lo habitual en él.

Respiro aliviada. Solo ha pasado una semana desde que se fue, pero me parece una eternidad. Lo extraño muchísimo. No me había dado cuenta de la presencia que tenía en mi vida hasta ahora. A causa del programa nos veíamos con mucha frecuencia, y el hecho de no poder siquiera contactarlo por teléfono provoca que su ausencia esté muy patente en mi día a día.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Miles me observa serio.

—Sí.

—¿Te gusta Ryan?

—Es… complicado. —Agacho la cabeza y me miro los pies.

—Hablas como él. ¿No estarás cayendo en sus ideas paranoides? —se burla. Consigue que vuelva a dirigirle la mirada.

—¿A qué te refieres?

—Seguro que te ha soltado ese rollo de que no quiere a nadie en su vida porque está centrado en el surf. No digo que mienta, él está convencido de ello, pero desde luego no es lo que necesita.

—Yo lo entiendo. Es importante para él.

—Sí, yo también. Sin embargo, creo que lo que necesita es otra cosa bien diferente. Necesita a alguien que le haga salir de este estado *delulu* en el que vive. Está genial que luche por ser campeón del mundo, pero no lo es todo en la vida.

Contemplo a Miles sin decir nada. Está consiguiendo que me cree ilusiones y no sé si debería aferrarme a ellas o enterrarlas bajo tierra antes de que crezcan demasiado.

—¿Qué piensas, Abi?

—Que no quiero cagarla.

—¿Me dejas ser brutalmente sincero contigo? —Asiento—. Quizás seas la única persona que lo consiga. Conozco a Ryan desde que éramos niños y nunca lo había visto así por una chica. Estaba con unas y con otras, sin compromiso, se lo pasaba bien y poco más. Ninguna le había hecho plantearse nada más allá de eso. Sin embargo, en el momento en que apareciste todo cambió. Él ha cambiado.

—Miles… —Se me aguan los ojos.

—Siente algo fuerte por ti y le acojona que por explorarlo se desvíe del camino que tiene trazado en su mente. Yo opino todo lo contrario. Tu presencia en su vida lo haría aún mejor. Como deportista y como persona. Sé que no es asunto mío, pero me da rabia que vaya a perdérselo. Siempre y cuando tú también lo quieras, claro, porque estoy aquí divagando y haciendo suposiciones sin que me hayas dado ninguna certeza.

—Me gusta Ryan —confieso—. Me encanta. Lo echo de menos cada segundo del día.

Miles despliega la sonrisa más bonita que me ha mostrado jamás.

—Pues tienes tres semanas para pensar cómo hacer que se olvide de sus mierdas y caiga rendido a tus pies. Aunque un poco ya lo está.

66

Abi



Llego derrotada del trabajo. Otra semana más que Connor no me asigna nada de lo que encargarme aparte de las tareas mecánicas y rutinarias. Con ese ambiente empiezo a aborrecer ir a la redacción. Sin embargo, tendré que tragar mientras no encuentre algo mejor. He estado buscando ofertas de empleo, pero las pocas que me atraen requieren de una experiencia que no poseo. No me queda otra que soportar a Connor por un tiempo.

Por otro lado, no he dejado de pensar en la conversación que tuve con Miles hace unos días. Me infundió esperanza; ilusión por que lo mío con Ryan pueda tener futuro. Aún quedan más de dos semanas para que regrese. Si vuelve como campeón del mundo podría jugar a mi favor. Ya habría conseguido lo que tanto ansía y no sería una excusa para continuar negando lo que flota entre nosotros cada vez que estamos juntos. Ojalá sea así.

Nunca me he enfrentado a una situación de este tipo y no tengo ni la más mínima idea de cómo abordarla. Solo he tenido un novio —el impresentable de Jayson— y yo no tuve que hacer nada. Él fue quien se acercó a mí primero, quien me proponía quedar y quien acabó pidiéndome salir —también el que ocultaba una apuesta sucia con sus amigos—. Tampoco sé de qué manera afrontarlo. Me río para mis adentros al pensar que Ryan me diría: «Fluye, Abi. No puedes estar preparada para todo». Supongo que tendré que hablar

con el corazón, reunir el coraje como cuando me subí por primera vez a la tabla de surf y dejar salir lo que anida en mi interior.

Hana deja las llaves en la entrada y se tira conmigo en el sofá. Trae la misma cara de agotamiento que tengo yo.

—¿Un día duro? —le pregunto.

—Como tenga que volver a arreglar un Excel que haya trastocado un jodido becario, le meto la cabeza dentro del váter.

Lo visualizo. Hana sería capaz de hacerlo, aun midiendo metro y medio. Emito un gruñido suave como afirmación.

—A ti parece que no te ha ido mejor que a mí —observa.

—Me han condenado al ostracismo.

—Qué exagerada.

—Mi máximo desafío esta semana ha sido revisar y transcribir los marcadores de las ligas escolares de *netball*.

—Suena emocionante —ironiza.

—Es peor, incluso. Connor me la tiene jurada.

—Deberías quejarte al director.

—¿Para qué, Hana? Ya viste lo que ocurrió cuando saboteó mi artículo. Si voy donde Adams para decirle que no me gustan las tareas que me asigna Connor voy a parecer una niñata. No merece la pena.

Hana resopla.

—Pues qué puta mierda.

—Así es.

Se incorpora hasta quedar sentada con las piernas cruzadas sobre el sillón. Yo permanezco tumbada boca arriba, observándola desde esa posición.

—¿Sabes algo nuevo de Ryan?

Niego sacudiendo la cabeza.

—Miles se limitó a ponerme «Todo *OK*» hace unos días.

—Qué tío. Podría haber sido un poco más específico. Hombres… —se indigna.

—No creo que sepa mucho más tampoco.

—¿Has probado a enviarle tú un mensaje? Con la excusa de desearle suerte o algo así.

—No serviría de nada, me consta que no tiene el teléfono consigo. Tampoco lo haría. Sé que Ryan no quiere ni una sola distracción mientras está concentrado.

—Estás en un callejón sin salida hasta que vuelva —resalta Hana.

Asiento y cierro los ojos. No me apetece comentar más la situación. Ya tengo bastante con darle vueltas en la cabeza la mayor parte del día. La vibración de mi teléfono nos interrumpe. Es un número desconocido.

—¿Diga?

—Abigail, soy Mike.

—¡Hola, Mike! —lo saludo alegre. No hablo con él desde que acabó el programa. Apenas coincidimos en la fiesta.

—¿Podrías pasarte por los estudios el próximo lunes?

—¿Para qué?

—No me lo han dicho, solo sé que quieren reunirse contigo los jefazos. —Susurra las dos últimas palabras, como si tratara de ocultarlo a quienes lo escuchan.

—Vale…

—¿Es un sí?

—Sí, supongo.

—Bien, lo comunico.

Cuelgo la llamada y me quedo mirando la pantalla sin comprender nada de lo que ha ocurrido en los últimos dos minutos.

—¿Quién era? —quiere saber Hana.

—Mike. Me han citado el lunes en Sports Life.

El rostro de mi amiga se ilumina.

—¡¿Segunda temporada de *The Surf Mentor*?! —exclama juntando las palmas de las manos.

—No tengo ni idea.

—Si te ofrecen un *remake* del programa diles que tu fantástica amiga no tiene ni idea de surf y está totalmente predispuesta a pasarse las horas en el agua con un surfista buenorro.

—No tienes remedio, Hana —la regaño negando con la cabeza.

Me da un cojinazo.

—Claro, quieres ser la única que se codee con deportistas esculturales, ¿no?

—¡Oye!

Me levanto y contraataco con otro cojín. Hana no se achanta, comenzando una guerra de golpes mullidos hasta que acabamos tiradas en el suelo muertas de risa.

67

Abi



Me ausento de la oficina antes de la hora con la excusa de que tengo que firmar unos documentos por el fin del programa de televisión. Adams no me pone ninguna pega —no creo que se le ocurriera. La web del periódico está plagada de vídeos de *The Surf Mentor*—.

Estoy de los nervios. No tengo ni idea de lo que quieren de mí. Podría ser por una segunda temporada, como dijo Hana, aunque Ryan dejó bien claro que no estaba dispuesto. Me come la curiosidad.

A la llegada me dejan una identificación como visitante y me indican a dónde debo dirigirme. Los pasillos están plagados de trabajadores correteando de aquí para allá. Subo al último piso en ascensor. Al abrirse las puertas me encuentro con una cara conocida.

—Hola, Sarah —la saludo con una sonrisa alegre.

—Hola.

Su respuesta es más bien tosca. No es que seamos cercanas, pero ya hemos coincidido varias veces. Tiene cara de pocos amigos; igual no ha sido un buen día para ella en el trabajo.

—¿Sabes dónde está la sala de reuniones? —le pregunto.

Nos hacemos a un lado y ella se acerca un poco más a mí. Habla bajito.

—No te hagas la mosquita muerta.

—¿Qué?

—Que no vengas de inocente. Te lo ha conseguido Bailey, ¿verdad? No hay otra explicación.

Tiene el ceño fruncido y los brazos cruzados delante del pecho. Es evidente que está molesta.

—Sarah, no sé de lo que me estás hablando.

—Ya, claro. Y yo me chupo el dedo. Aprovéchate de Bailey hasta que se canse de ti y te mande a paseo, como a todas.

No me deja responder. Se da media vuelta airadamente y desaparece por el pasillo.

«¿Qué ha pasado aquí? ¿Por qué menciona a Ryan con tanta insistencia?». Mis preguntas quedan flotando en el aire porque escucho mi nombre desde el otro lado.

—¿Abigail Harris?

—Sí —afirmo de forma automática. Me giro y veo a una mujer esperándome al fondo.

—Pasa por aquí.

Me indica que entre a una sala de puertas acristaladas. En el interior me esperan tres personas, parecen todos ejecutivos de la cadena. Bueno, estoy segura de ello porque los recuerdo de la fiesta de fin de programa. Se levantan cuando accedo y me dirijo a ellos para saludarlos.

—Baker, Thomson, Nguyen —digo a cada uno a la vez que les estrecho la mano. El último parece sorprendido. Mi memoria es de gran ayuda en estas situaciones.

—Toma asiento, Abigail —me pide Baker. Ellos hacen lo mismo —. No nos vamos a andar con rodeos. Seguro que te preguntas por qué estás aquí.

—Sí.

—Queremos hacerte una oferta —continúa Nguyen—, que formes parte de nuestro equipo.

El corazón comienza a palpitarme con fuerza. ¿Una oferta?

—Nos gustaría que fueras nuestra reportera en la final de la WSL —desvela Nguyen.

—¿Cómo? —pregunto desubicada.

—Te ofrecemos trabajar para Sports Life, Abigail —explica Thomson en un tono bastante calmado. Creo que ha percibido mi desconcierto—. Viajarías a California la semana que viene para retransmitir la final.

Me quedo sin palabras. La mente me da mil vueltas y no consigo procesar lo que escuchan mis oídos.

—¿Abigail? —me llama Baker.

—Sí, disculpen. Me ha tomado por sorpresa.

—Ya lo vemos —se ríe Nguyen—. ¿Qué opinas?

En ese mismo momento las palabras de Sarah cobran sentido y colisionan en mi mente con la ilusión que estaba aflorando. Y me parecen de lo más razonables. ¿Por qué motivo iban a pedirme esto a mí a menos que alguien haya intervenido? No puedo quedarme con esto dentro. Casi todos los pasos que he dado en mi carrera han sido gracias a Ryan, a su nombre, a sus contactos o a la confianza que de algún modo consiguió sembrar en mí. No me sentiría bien llegando tan lejos sin ser por mis propios méritos.

—¿Ryan tiene algo que ver en esto?

—¿A qué te refieres? —pregunta Thomson.

—A que si ha intercedido de alguna manera para que yo esté aquí hoy.

—No, nada que ver —asegura Nguyen.

—El programa ha tenido mucho éxito y al público le gustas —prosigue Baker—. También le hemos echado un ojo al seguimiento que hiciste del último campeonato en el periódico. Fue un gran trabajo contando con tan pocos medios.

—Esto no se lo digas a Adams —comenta Thomson en voz más baja, como si se tratara de un secreto. Debe de ser el conocido que el director tenía en la cadena—. Si se entera de que he sido yo, me mata.

Esbozo una media sonrisa cómplice. Empiezo a relajarme un poco.

—¿La oferta es solo para las finales? Tendría que dejar mi trabajo en el periódico para eso.

—De momento, sí. No podemos asegurarte nada después —confirma Baker—. Todo depende de cómo lo hagas.

—¿Puedo pensármelo unos días?

—Veinticuatro horas, como máximo —responde Nguyen—. Entiende que hay que hacer preparativos, tanto si aceptas como si no.

—Lo comprendo.

Abandono la sala de reuniones con la cabeza embotada. Sarah me contempla desde el fondo del pasillo. Está charlando con un compañero, pero me dedica alguna que otra mirada de odio. Es normal. De no ser por mí, iría ella.

Salgo del edificio de la cadena y me siento en la cafetería contigua. Necesito despejarme un poco para poder analizar con calma lo que ha sucedido. El lugar parece ser el punto de reunión de los trabajadores de Sports Life. Muchos llevan su identificación colgando del cuello.

Tengo hasta mañana para decidirme. Dejarlo todo por esta oportunidad de oro. Disfruté mucho cubriendo el campeonato de Victoria sobre el terreno, pero esto es otro nivel. Tendría que salir en directo en la televisión. Además, supone perder un trabajo estable sin certezas de que vayan a seguir contando conmigo después.

Es arriesgado.

Y estimulante.

Alguien se sienta en la silla frente a mí.

—¡Brody!

—¿Estás aquí o en otro mundo? —Esboza su sonrisa socarrona de siempre.

—No sé qué decirte… ¿Cómo va todo?

—Bien. De aquí para allá todo el tiempo, para variar. La próxima semana me toca viajar a California.

—¿La final de la WSL?

—Correcto. —Asiente apretando los labios—. No me quejo, me encanta California.

Noto un cosquilleo en el estómago, un remolino de emoción que se va haciendo grande. Brody sería uno de los cámaras que me acompañarían si decido aceptar la oferta. Podría trabajar a gusto con él, o eso creo.

—¿De qué te ríes? —pregunta Brody.

Hasta que él no lo dice no me doy cuenta de que estoy sonriendo de oreja a oreja solo imaginándome cómo sería estar en la final con Sports Life. Esto es exactamente lo que debería sentir pensando en mi trabajo y no la agonía de soportar los desprecios de Connor.

—Gracias, Brody —digo levantándome—. Nos vemos en California.

68

Abi



Hago una búsqueda rápida del tiempo en California. Aunque esté en el hemisferio contrario y allí sea verano, las temperaturas no distan mucho de las de Gold Coast. Tenemos suerte de disfrutar de un clima suave sin grandes variaciones térmicas.

Vacío el armario sobre la cama para elegir la ropa que me llevaré conmigo. Debo tener en cuenta muchos factores a la hora de salir en televisión. Tiene que ser cómoda pero formal. Bonita sin ser muy llamativa. Evitar las líneas y apostar por colores lisos.

Acepté la oferta de Sports Life nada más salir de la cafetería. Regresé al edificio y me planté en el último piso para confirmar que iría a California. Esta mañana me presenté en el periódico con la carta de renuncia en la mano. Adams no daba crédito. Intentó convencerme para que me quedara sin saber que ya era demasiado tarde. Tuvo la oportunidad de hacerme fija, algo que nunca mencionó en mi estancia allí, así como de otorgarme mayor responsabilidad dentro del equipo de deportes. El subidón de dopamina que tengo ahora mismo por la oferta de Sports Life es insustituible.

Lilian y Cleo tuvieron una reacción dividida. Se alegraban por mí a la vez que les entristecía que no fuera a trabajar más con ellas. Por otro lado, Connor no me dijo absolutamente nada. Sé que le fastidia que haya conseguido este puesto. Según Ryan, es porque se

siente amenazado por mí; en mi opinión, me considera un ser inferior. Ahora da igual lo que piense, porque ya no seremos compañeros y eso me hace inmensamente feliz.

Ya tengo la maleta preparada. Salimos mañana temprano. Estoy nerviosísima por la responsabilidad que supone hacer una retransmisión en directo. Me he pasado estos últimos días repasando datos de las trayectorias de todos los finalistas para que no se me escape nada. Bueno, de todos menos uno. La de Ryan ya me la sabía al dedillo.

Elucubro cómo reaccionará cuando me vea allí. Espero que no le suponga un problema ni se sienta incómodo. Recuerdo las palabras de Sarah. Aunque los directivos me aseguraran que él no tuvo nada que ver en que me contrataran, sigo albergando una pequeña duda que no resolveré hasta que me encuentre con él.

Termino de preparar mi maletín de trabajo. Únicamente me falta meter el portátil. Cuando me dispongo a hacerlo encuentro sobre la mesa la memoria USB que me entregó Josh el día de la entrevista. Me había olvidado por completo de ella. Ahora me pica la curiosidad por saber qué hay en su interior. La enchufo al ordenador antes de guardarlo y aparece una sola carpeta: «Abi&Ryan». Contiene un archivo de vídeo. Lo reproduzco.

Suena de fondo *Sea of Love* de Cat Power y no tardo más de diez segundos en derramar un mar de lágrimas. Son pequeños fragmentos de vídeo en los que aparecemos Ryan y yo en primer plano. Miradas, sonrisas, caricias, abrazos, bromas. Solo interacciones nuestras. No reconozco la mayoría, es un material que no se emitió en el programa. También hay imágenes de momentos en los que no estábamos grabando que Josh debió de captar sin que fuésemos conscientes de ello. Según va avanzando el vídeo se aprecia cómo evoluciona nuestro lenguaje corporal, cómo cada vez estamos más cerca, cómo nuestras miradas se enganchan y no quieren separarse.

Josh ha grabado cómo Ryan y yo nos enamoramos.

Es lo más bonito que he visto en mi vida. Las sonrisas sinceras de Ryan al observarme de lejos en el agua, sus puños apretados

cuando estoy a punto de subirme a la tabla, sus manos sujetándome por la cintura, sus ojos cerrados mientras me abraza.

Ya estaba decidida a sincerarme si Ryan regresaba como campeón del mundo, pero ahora me da lo mismo cuál sea el resultado de la final. Tengo que luchar por esto, por proteger el sentimiento tan puro que surge cuando estamos juntos. No me perdonaría si nos lo perdiéramos sin haberlo intentado. Encontraremos la manera. Me encargaré de que suceda.

Septiembre

69

Ryan



Por fin estamos en California. El entrenamiento estas semanas ha sido el más jodido de toda mi vida deportiva. Payton ha llevado su perfeccionismo al extremo y solo le ha faltado corregirme el recorte de las uñas de los pies. Refunfuño para mis adentros, ni se me ocurriría quejarme. Sé que pretende sacar lo mejor de mí y se lo agradezco en el alma. Es la única forma en la que conseguiré ganar el mundial.

Paseamos por la Avenida del Mar de San Clemente. Es el primer momento de distracción que tengo en un mes. Siempre me ha gustado este pueblo. La costa, las casas bajas, el ambiente bohemio y tranquilo. Es un buen *spot* de surf. Creo que también influye que albergue la final de la WSL desde hace un par de años.

Nos dirigimos al restaurante de cocina mediterránea donde solemos almorzar cuando estamos aquí. La comida es exquisita y el atendimiento excelente. Además, ya nos conocen.

Hay bastantes personas por la avenida. Se nota que esta semana es la final y se congrega en San Clemente mucha más gente de la habitual. Una melena rubia capta mi atención y se me acelera el corazón.

Ya incluso sufro visiones. Creo haber visto a Abi entrando en una tienda de surf cuando sé que es imposible. Tengo que sacármela de la puta cabeza. Un mes en completo aislamiento no ha sido

suficiente para que deje de pensar en ella ni un solo instante. En Bali no había tiempo ni para respirar. Entrenar, comer, descansar, volver a entrenar, fisioterapia, soportar las agujetas, dormir y comenzar de nuevo. Aun así, no hubo una jodida noche en la que no me acordara de Abi. Me preguntaba qué estaría haciendo en ese momento, cómo le iría en el trabajo, si ella también pensaba en mí… Es imposible saberlo porque Payton me secuestra el teléfono cada vez que nos concentramos. Yo mismo se lo pido para reducir al máximo las distracciones. Sin embargo, Abigail no necesita estar presente de ninguna manera para robarme las noches e instalarse en mi pensamiento.

La última vez que nos vimos… Joder. Cada vez me cuesta más mantenerme alejado de ella. Sobre todo porque ese día Abi parecía interesada también. Aunque tengo claro que puede ser una obnubilación momentánea por el tema de que fue su primera vez. Por mucho que se empeñara en manejarlo como un mero trámite, sé que fue importante para ella. Y, por lo que se ve, más aún para mí.

Nos sentamos en la mesa de siempre y los camareros nos reciben con amabilidad.

—¿Todo listo para la final? —me pregunta el encargado.

—Preparado para darlo todo.

—¿Lo de siempre?

Payton asiente y el encargado se marcha.

—¿Qué te ronda por la cabeza? —inquiere mi entrenador cuando estamos solos.

—¿Te parece poco la final? —miento. Estoy nervioso por el título, sin duda, pero no es lo único que revolotea en mi cerebro.

—Estás preparado, Ryan.

—Y si no, da lo mismo, porque mañana comienza el espectáculo.

—Estás en la mejor forma física de estos últimos años y tu técnica está más que pulida. No has tenido lesiones graves en toda la temporada, así que no arrastras nada. Solo tienes que salir enfocado en cada *heat*. Visualízate subiendo a lo más alto del podio.

Me lo imagino y aprieto los dientes. Quiero estar ahí. *Necesito* estar ahí.

70

Abi



Nada más levantarme estornudé diez veces. Cuando me encontré con Brody en el *hall* del hotel otras siete. Tengo que relajarme o mi primera retransmisión en directo también será la última.

Llegamos a la playa con mucho tiempo de antelación. Tenemos que encontrar el sitio adecuado para ubicarnos y Brody debe hacer pruebas de planos. Él me grabará a mí, puesto que las imágenes de la competición las retransmite la organización directamente. Por eso hemos venido solo nosotros dos.

Repaso en voz alta todo lo que me he preparado una y otra vez. Se supone que cuando repites algo hasta la saciedad eres capaz de automatizarlo y ejecutarlo de forma casi inconsciente, incluso si te bloqueas. Por lo menos así funciona con la memoria muscular en deportistas o músicos. Sé que no es lo mismo, pero rezo para que mi estrategia surta efecto.

Los equipos de los surfistas comienzan a llegar a la playa. Diviso a Kai Young y a Tyler Simmers con sus respectivos entrenadores. Estudian el estado del mar, que hoy es inmejorable, y empiezan a calentar. Un poco después aparece Benjamin. Imita a sus compañeros, pero me ve desde lejos. Deja a su preparador con la palabra en la boca y anda hacia mí. Es muy alto y acapara las miradas de todos los presentes en la playa.

—Qué sorpresa, Abigail —me saluda. Hago una mueca con los labios—. No sabía que vendrías a la final.

—Ya ves.

Me mira de arriba abajo, como si me inspeccionara.

—Te fuiste sin decir nada aquel día en el Ocean.

—Me surgió algo.

Ladea la cabeza y esboza una media sonrisa.

—Supongo que Ryan te llenaría la cabeza de mierda sobre mí. —Me tenso un poco al escucharlo—. Es lo que hace siempre, poner a todo el mundo en mi contra.

—Estás equivocado —acierto a responder. Benjamin cruza los brazos sobre el pecho.

—Nos lo estábamos pasando bien hasta que apareció él. No dejes que te intoxique contra mí. Creo que congeniaríamos.

—Permíteme que lo dude. —Después de lo que sé sobre él, no lo quiero cerca. No solo por lo que me contó Ryan y lo que insinuó; he hecho mis propias indagaciones desde entonces.

—¿Lo ves? —responde señalándome—. Ya has caído en su telaraña, como buena mosquita muerta.

Suelto una risa corta y niego con la cabeza.

—Por suerte, tengo la corteza prefrontal bien desarrollada y puedo juzgar una situación por mí misma. Y lo menos que me apetece es que pulules a mi alrededor. Espero que lo entiendas.

—No puedes negar que es por la influencia de Ryan.

—Algo ha tenido que ver, sí —confirmo—, porque confío en él. Es un buen tío, responsable y siempre me ha cuidado. No tengo motivos para dudar de lo que me diga.

—Pfff, lo sabía —se burla.

—De todas formas, tiendo a contrastar mis fuentes. Deformación profesional, lo llaman. Si quieres podemos charlar de Alana Liu, o quizás de Bruna Santos. —La expresión de Benjamin se tensa al instante. Arruga el ceño y aprieta la mandíbula—. Bruna era menor, ¿verdad?

Aprieta los puños y se marcha sin decir una palabra más. No dudaría nunca de la palabra de Ryan, pero quise saber más acerca de lo que me insinuó aquella noche. Benjamin llegó a acuerdos

económicos con las dos chicas a cambio de que retiraran las denuncias. Es un ser despreciable.

Sigo sus pasos con la mirada y, cuando estoy por darme la vuelta, me encuentro con los ojos de Ryan posados en mí. Inspiro profundo para intentar aplacar mi corazón. Él aprieta los labios y me observa fijamente con las cejas algo elevadas. En ese mismo instante se despeja la duda que traía conmigo desde casa. Su expresión clama que no sabía que yo estaría aquí.

Rompe el contacto visual cuando Benjamin pasa a su lado. Este le hace un comentario a Ryan. Algo que no le gusta ni un pelo. Aprieta los puños y lo mira como si estuviera a punto de molerlo a golpes. Sin embargo, no le contesta y vuelve a girarse hacia mí. Lo saludo alzando la mano, aunque no me atrevo a acercarme a él antes de que empiece la competición. Me hace un gesto ligero con la cabeza y me da la espalda de inmediato, centrándose en lo que Payton le comenta.

—¿Qué te ocurre? —pregunta Brody—. Estás roja como un tomate.

Me llevo las manos a las mejillas y las descubro ardiendo. Sacudo la cabeza para centrarme.

—Nada, será el calor.

—¿Estás preparada? —Brody arquea las cejas y hace una mueca divertida con la boca.

—Estoy preparada.

Aprieto el puño para convencerme a mí misma de que lo que me digo es cierto. Estoy de los nervios y no se me puede notar si quiero que esta no sea mi última vez en pantalla.

La retransmisión comienza una media hora antes de que empiece la competencia. Desde el plató conectan conmigo y participo en la conversación que mantienen los comentaristas. Explico el mecanismo de la final a los telespectadores y los informo de que el primer *heat* tendrá lugar entre Kai Young, quien quedó en quinta posición, y Benjamin Walker, el cuarto.

En los momentos en los que no estamos en el aire aprovecho para respirar con normalidad y repasar lo que viene a continuación. También para echar un ojo de soslayo a donde Ryan espera su

turno. Analizo su postura, los gestos de su rostro, su lenguaje corporal. Está tenso, cuando menos.

Comienza el enfrentamiento entre Kai y Benjamin. Doy una explicación resumida de sus carreras hasta el momento, centrándome en los datos más destacados antes de que ninguno se aventure a surfear la primera ola. Después, Brody y yo nos trasladamos a la zona mixta para entrevistar al vencedor cuando salga del agua. Ambos están dándolo todo encima de la tabla y los periodistas comentan las maniobras desde el plató.

Benjamin se alza con la victoria. «Joder». Procuro mantener cara de póker y espero a que llegue a la zona mixta. Apenas tengo unos segundos para conseguir unas palabras suyas. Lo recibo con una sonrisa muy falsa.

—Avanzas de ronda, Benjamin. ¿Cómo te sientes?

—He venido a darlo todo —asegura con la mirada fija en mí—. A por el título de campeón del mundo.

—Has clavado los tres aéreos para llevarte una victoria indiscutible. Buena suerte en la siguiente.

—No necesito suerte —replica airado. Desde el plató, los comentaristas aplauden su confianza. Después se marcha y cortan la conexión conmigo.

En unos minutos llegará el turno de Ryan. Tendrá que enfrentarse a Benjamin y ganarle para continuar avanzando en la eliminatoria hasta la Grand Final contra Adriano Ferreira.

Se me forma algo parecido a un remolino en el estómago. Son nervios. No por mí, sino por él. Por la presión que debe de estar sufriendo ahora mismo, por las expectativas que trae consigo, por su necesidad de cumplir la promesa que Miles y él se hicieron hace una década.

Conectan de nuevo conmigo desde plató. Hago un breve *speech* sobre lo que está por acontecer: las dos promesas de Gold Coast —y únicos australianos en la final— enfrentadas. Detallo el estilo de cada uno al encarar la ola y comento sus trayectorias durante esta temporada, en la que se han ido alternando el tercer y cuarto puesto del *ranking* casi desde los inicios.

El piloto rojo de la cámara de Brody se apaga y mi mirada se dirige al agua. Benjamin es el primero en encarar una ola. Tres maniobras fuertes y un cierre limpio que le valen un 7,10 de puntuación. Ryan no se apresura. Espera siete minutos completos hasta que considera que tiene la ola perfecta. Baja con velocidad, *carving* extendido, transición suave y un *snap* vertical que levanta espuma y también aplausos entre el público. 7,40.

«¡Vamos!».

Benjamin no se detiene y enlaza otra derecha de libro: *bottom* profundo, giro controlado, *float* en la sección final. Recibe un 6,60 de los jueces. Hago el cálculo rápido. Ryan necesita al menos un 6,30 para tomar la delantera.

Comienzo a desesperarme cuando veo que espera tumbado sobre la tabla sin iniciar ninguna maniobra, midiendo cada set. El reloj corre y no a su favor. Estornudo una vez —me extraña que haya sido solo una— y al recomponerme compruebo que nos hemos plantado en el minuto veintinueve. No le queda apenas tiempo. En ese momento, Ryan encara una serie de tres olas. Deja pasar la primera de ellas y se hace con la segunda. *Carve* potente y amplio de inicio, luego más cerrado, ganando velocidad. *Snap* final sin dudar, sin frenar. Se escucha un murmullo en la playa.

Cada segundo me parece una eternidad. Me mantengo inmóvil observando a los jueces hasta que comunican la nota. 7,90. «¡7,90!». Ryan pasa a la tercera ronda. Tengo que contenerme tensando todos los músculos de mi cuerpo para no saltar ni gritar. Aunque no esté en directo aún, no se vería bien por mi parte.

Al salir del agua no se saludan. Benjamin se adelanta con una evidente expresión de rabia en el rostro y ni siquiera pasa por la zona mixta. Ryan avanza con paso tranquilo pero decidido, acercándose a donde me encuentro. No deja de mirarme y tengo que esforzarme para que no me tiemblen las piernas al entrar al directo.

—Una actuación impecable —comento cuando llega a mi lado a la vez que le planto el micrófono delante—. Has batido a uno de los rivales más fuertes en el día de hoy.

—Es solo el primer paso para seguir adelante —responde calmado.

Me sorprende la capacidad de autocontrol que tiene, conociendo de primera mano lo que está sintiendo ahora mismo. Ha logrado uno de sus objetivos: ganarle a Benjamin.

—Te toca enfrentarte con el actual campeón, Tyler Simmers. ¿Cómo encaras la siguiente ronda?

—El *swell* es perfecto y la técnica de Tyler también, así que tendré que poner toda la carne en el asador. Solo puedo asegurarte que habrá espectáculo.

Payton le hace una seña en ese momento y Ryan se retira tras sonreír a la cámara.

Qué ganas de abrazarlo fuerte, de animarlo con toda mi energía para la siguiente ronda. Sin embargo, tengo que quedarme inmóvil mirando a la cámara con una sonrisa leve, escuchando los comentarios de mis compañeros por el pinganillo.

Paso a relatar la carrera de Tyler. Aunque finalmente quedara segundo en el *ranking*, es el favorito para alzarse con el título. Fue el campeón del año anterior y, además, compite en casa. El apoyo y los ánimos del público se concentran al cien por cien en él y así se evidencia cuando pisa la playa. El murmullo se transforma en vítores con su nombre.

Ryan y Tyler se saludan de forma amistosa chocándose la mano. No intercambian muchas palabras antes de reunirse con sus respectivos entrenadores. Unos minutos después, ya están en el agua.

Tyler es el primero en lanzarse a por una ola que le vale un 7,60. Ha estado muy bien. Ryan responde con rapidez. No lo hace mal, aunque solo obtiene un 6,90. El corazón me palpita acelerado. Tyler toma el relevo en una ola vertical más arriesgada, pero se cae en el cierre. 5,10. Eso es bueno. Ryan tiene una oportunidad de oro.

Se lo toma con calma. Deja pasar doce minutos —que me parecen una eternidad— hasta que finalmente se decide. *Bottom turn* profundo, *carving* en el *pocket* y cierra con un *reentry* limpio. La puntuación no se hace esperar: 7,85. Acaba de eliminar a Tyler Simmers y se va directo a la Grand Final contra Adriano Ferreira.

En la playa aplauden de forma enérgica al surfista local que espera a que Ryan salga del agua para saludarlo con un abrazo afectuoso. Luego le sujeta la cara y parece ofrecerle unas palabras de ánimo para la final.

Escucho los comentarios de mis compañeros en plató, que se deshacen en halagos hacia la actuación de Ryan en su última ola. Esta vez, Ryan no pasa por la zona mixta. Se retira con su entrenador. Le hago una pequeña entrevista a Tyler, quien reconoce que no ha hecho una buena actuación en la ronda y le desea lo mejor a sus dos contrincantes.

Estoy de los nervios.

¡Estoy histérica!

—¿Estás intentando hacer los diez mil pasos? —pregunta Brody.

—¿Qué?

—Que no paras de moverte en círculos. Ya deberían habérsete pasado los nervios por el directo. Lo estás haciendo bien.

Sonrío apretando los labios, dándole a entender que su juicio es correcto. Me da igual el directo. Ryan se ha plantado en la final y esto puede ser un antes y un después en su vida. Va mucho más allá de ganar el título, pero es algo que no he de compartir con nadie más, y menos dejar que Brody se dé cuenta de lo que me pasa en realidad.

El descanso hasta la final es mayor que los anteriores y Brody y yo aprovechamos para comer algo. En el hotel nos han preparado un picnic porque la playa de Trestles está completamente incomunicada del resto de la civilización. Ni siquiera se puede acceder en coche, hay que andar o ir en bicicleta por un sendero de tierra desde el aparcamiento, más alejado.

Como sin mucho entusiasmo, la comida casi no me baja por el esófago. Recogemos como un relámpago cuando vemos aparecer a Ryan y Adriano. Brody graba cómo calientan y charlan con sus entrenadores. Desde plató me hacen algunas preguntas sobre Adriano. Ha ocupado la segunda posición de la clasificación toda la

temporada; es un surfista muy constante. Poco se sabe de él. Apenas se relaciona con el resto de deportistas del circuito, más allá de su compatriota Heitor Alves.

La final da comienzo bajo el pesado sol del mediodía. Explico a los telespectadores cómo es la dinámica. El ganador se decide al mejor de tres *heats*.

A diferencia de los enfrentamientos anteriores, Ryan toma la iniciativa. Su actuación es compacta y precisa, lo que le otorga un 8,20 de entrada. Adriano intenta responder con rabia, pero no elige una buena ola. 6,80. Ryan gana el primer *heat*.

No dudaba de las habilidades de Ryan; no obstante, ahora siento que puede materializarse su sueño.

El segundo enfrentamiento lo domina Adriano desde el comienzo. Sale con rabia, sin sonreír, y esculpe la ola maniobra tras maniobra casi sin espacio para respirar. Recibe un 9,20 de los jueces que provoca la ovación del público. Ryan procura seguirle el ritmo. Elige una buena ola, limpia, aunque no tan técnica. Lo puntúan con un 7,50. Intenta reponerse y atrapar la siguiente, pero apenas suma un 6,90. Por su parte, Adriano se hace con una ola gemela a la primera y la trabaja con precisión. Un 8,75 que lo vuelve inalcanzable. Este *heat* gana Adriano.

La final se decidirá en el último momento.

Me doy cuenta de que he estado apretando tanto los puños que tengo la marca de las uñas clavadas en las palmas. No es para menos.

Se aprecia que los dos están exhaustos, aunque ninguno pierde el foco. Comienza el tercer *heat*. Ryan vuelve a tomar la iniciativa con un primer *snap* potente y un *cutback* elegante, pero con una sección final que se cierra más rápido de lo esperado. Los jueces le dan un 7,60. Por el contrario, Adriano aguarda con calma. El tiempo corre y no se lanza a por otra maniobra. El reloj avanza en su contra. Sin embargo, llega la que parece la ola perfecta. El público se pone en pie incluso antes de que la encare. Una ola abierta, viva, grande. Ferreira golpea la zona alta, se desliza con elegancia y control y cierra con un *reentry* girando sobre sí mismo.

No me hace falta ver la puntuación y a Ryan tampoco. Aun así, no despego la mirada de la mesa de los jueces esperando un milagro. 9,50 para Adriano, quien se alza con el título de campeón del mundo.

Enseguida dirijo la mirada hacia Ryan. Tiene la cabeza gacha, flotando a horcajadas sobre su tabla. Nada hasta Adriano para felicitarlo. Cuando logro verle el rostro encuentro una media sonrisa, la que tendría un buen perdedor, pero que no consigue ocultar la tristeza que apaga sus ojos.

71

Ryan



Lo he rozado con las puntas de los dedos. Tenía el título al alcance de la mano, pero me ha podido el ansia. Payton me abraza nada más llegar a la orilla y me felicita mientras me da palmadas en la espalda. No creo que merezca la enhorabuena, aunque supongo que no es el momento para rectificaciones ni correcciones. Ya me sentará en los próximos días para analizar en lo que he fallado.

El público ha ovacionado a Adriano a lo grande. Se lo merece. Su actuación en la final ha sido mucho mejor que la mía, también la regularidad durante toda la temporada. No es casualidad ni suerte que se haya proclamado campeón.

Procuro mostrarme sereno, con una media sonrisa que esconde lo decepcionado que estoy conmigo mismo. Deseaba de verdad conseguirlo este año. Siento que cada vez me queda menos tiempo para lograrlo y empieza a pesarme. A partir de mañana comienza de nuevo la carrera: entrenar, entrenar y entrenar para poder regresar el año que viene a esta playa.

Me dirijo a la zona mixta mientras algunos aficionados me felicitan por el camino. Asiento con un gesto de cabeza para agradecer sus palabras, aunque no siento que me pertenezcan. Fijo la mirada en la carpa y enseguida vislumbro a Abi. Está entrevistando a Adriano. No escucho lo que le pregunta, pero se la ve muy profesional.

Me apetece entre poco y nada atender a la prensa; no obstante, siempre lo hago. Además, sería incapaz de hacerle esa faena a Abi siendo su primera vez para Sports Life.

Cuando termina con Adriano, sus ojos se encuentran con los míos. Me mantiene la mirada unos segundos y la siento como un abrazo. No sé si es esa su intención o la que me gustaría a mí que fuera. Se dirige a la cámara y anuncia que he llegado a la zona mixta mientras camina hacia mí.

—Ryan, se te ha escapado la final por muy poco. —Oírlo de su boca me duele aún más. Sin embargo, fuerzo una amplia sonrisa.

—Adriano es un rival muy complicado. Tiene una gran técnica y su actuación ha sido muy constante. Es el merecido vencedor del campeonato.

—¿Cómo te sientes?

Siento que se me escapa un latido.

—Estoy contento con mi desempeño —miento. Abi eleva ligeramente las cejas, como si disintiera—. Es el mejor resultado de mi carrera hasta el momento.

—Sin duda. La mayoría no llega a ser subcampeón del mundo —recalca clavándome la mirada.

Continúo elevando las comisuras de los labios, procurando mostrar la cara que todo el mundo quiere ver de mí. El Ryan alegre, despreocupado, positivo. Aunque en realidad quisiera desaparecer ahora mismo de aquí. Enfrentarme a esto con Abi delante lo hace todavía más difícil.

—¿Qué te planteas ahora mismo?

—Llegar pronto a la fiesta de clausura para pillar una cerveza antes de que se acaben —río. Este tipo de respuestas suelen gustar a los periodistas y también al público. Son una cortina perfecta para desviar el foco de atención. Sin embargo, Abi me conoce bien y no cuela.

—Lo que quiero saber es cuáles son tus objetivos deportivos de aquí en adelante —insiste.

La miro unos instantes y aprieto los labios. Está haciendo que me sincere.

—Continuar entrenando para ser mejor surfista y volverme a medir en una final el año que viene.

—Tienes las cualidades para ser campeón del mundo. No nos cabe la menor duda —asevera sonriendo y mirándome con esos ojos azules como las aguas que acabo de dejar a mi espalda. Lo dice de verdad, lo cree. No estoy preparado para decepcionar a otra persona más.

La entrevista se termina y me marcho enseguida. No sé si hubiera aguantado mucho más sin perder la compostura delante de Abi. Es probable que si hubiera hurgado un poco más con sus preguntas me hubiera derrumbado ante ella.

La fiesta es lo de siempre: los finalistas, patrocinadores, gente de la organización, periodistas y algún que otro famoso al que le gusta el surf y que se vale de su condición para colarse. Tyler se me acerca y me da unas palmadas en el hombro.

—Me has eliminado en mi propia casa, Bailey. Creo que debería guardarte rencor por esto —ríe.

—Y no me ha valido de nada. —Doy un sorbo al botellín de cerveza.

—¿Cómo que no? Subcampeón del mundo, tu mejor resultado hasta la fecha. Deberías estar orgulloso.

—Quería el título.

—Ya, como todos, no te jode. —Vuelve a reírse y bebe de su vaso después. Resoplo—. Tu mejora de la temporada pasada a esta ha sido brutal.

—No lo suficiente —respondo elevando solo una comisura de la boca.

—Torturarse no sirve de nada, te lo digo por experiencia. Los primeros años me jodía muchísimo perder en las finales y luego me castigaba con entrenamientos que podrían ser parte de la formación de los Navy Seals. Acabé dándome cuenta de que no había llegado mi momento. Me lo tomé con más calma, centrándome en mejorar la técnica todo lo posible. Tras ese cambio lo logré. —Hace una

pausa para dar otro sorbo a su combinado—. Y, ya ves, este año me ha tocado perder.

Se encoge de hombros y yo asiento. Todo lo que me dice tiene sentido, pero no me quita ni un solo gramo del peso desagradable que tengo en el estómago.

Vienen a mi encuentro algunos directivos de Tide Motion junto con otros patrocinadores. Tyler aprovecha para marcharse. Disfruta lo mismo que yo de toda esta parafernalia: nada. Me hablan y asiento como si les estuviera prestando atención. Sin embargo, no escucho ni la mitad de lo que dicen.

Veo a Abi al otro lado de la sala junto a Brody. Charlan y se ríen entre ellos. Tengo curiosidad por saber cómo le ha ido. También por averiguar cómo es que está aquí con Sports Life, aunque no me extraña en absoluto. Es muy buena.

Su mirada se cruza con la mía y me sonríe. Debería apartar los ojos de ella, pero no puedo. Trago saliva. Qué guapa está, incluso con ese polo blanco de la cadena y unos simples vaqueros. Y lleva el pendiente que le regalé, aunque no donde yo creía que se lo pondría. Comienzo a respirar agitado.

Le dice algo a Brody y empieza a andar hacia mí. El corazón se me acelera con cada uno de sus pasos.

—Les robo a Ryan un segundito —informa a los patrocinadores. Luego me agarra por la muñeca y me hace separarme de ellos un par de metros—. Mejor así, ¿verdad?

—Infinitamente mejor.

—¿Cómo estás?

—Agotado. Con ganas de que acabe esta fiesta ya.

—Sabes a lo que me refiero, Ryan.

La contemplo. Me observa como si fuera capaz de meterse en mi mente y ver lo que estoy pensando. No le respondo y creo que no hace falta. Abi sabe a la perfección qué siento ahora mismo.

—Esta fiesta es un poco coñazo, ¿no crees? —me pregunta. La miro arqueando las cejas. ¿Ha dicho «coñazo»? Río por la nariz—. ¿Y si nos vamos de aquí?

La pregunta de Abi me rescata como un salvavidas justo cuando estaba a punto de hundirme. No espera mi respuesta; me

agarra de nuevo, esta vez de la mano, y me guía hacia la salida.

72

Abi



Camino sin rumbo por las calles de San Clemente —aunque intento dar la impresión de que sé exactamente a dónde me dirijo— sin soltar la mano de Ryan en ningún momento. No ha dicho ni mu desde que salimos de la fiesta oficial. Su mirada pedía auxilio en silencio; un grito contenido, pero que a mí me parecía atronador. ¿Cómo es posible que consiga engañar a tanta gente con esa fachada de aparente despreocupación? Están ciegos.

Me detengo cuando encuentro un local que me da buena espina. Es un bar tranquilo, con música suave, mobiliario de madera y un ambiente bastante *chill*, como diría Grace. No me lo pienso dos veces y entro seguida de Ryan. Nos colocamos en un rincón del bar donde no hay mucha gente. Voy a la barra y pido un botellín de cerveza para él y un cóctel para mí.

—¿Brindamos? —propongo. Ahora es todavía más evidente lo decaído que está.

Choca el botellín contra mi vaso y no dice nada. Permanece apoyado con la espalda en la pared y la mano que le queda libre guardada en el bolsillo de los pantalones.

—Enhorabuena por el mejor resultado de tu carrera —digo alzando la copa.

—No me jodas, Abi.

La arruga que tiene en el ceño se le marca aún más. Lo he dicho adrede porque sé que lo haría reaccionar.

—Lo digo totalmente en serio. Estoy muy orgullosa de ti. Lo has hecho fenomenal durante toda la final, aunque Adriano haya sido mejor en el último momento. Ambos os lo merecíais. Y sabes que no hablo por hablar.

—Pero el título se lo lleva él.

Aprieta el puño y da un golpe seco en la pared a su espalda. Está tenso y se refleja en los músculos de su cara. Me acerco más y le acaricio con el índice entre las cejas. Ryan se sorprende, pero por lo menos consigo que relaje un poco la expresión.

—No podemos cambiar lo que ha pasado. Tendrás otra oportunidad de conseguirlo, lo sé.

—Abi, tú más que nadie deberías comprender que no es solo por el título. Esto supone otro año más sin poder cumplir la promesa.

—¿Y qué pasa si nunca se cumple? ¿Crees que Miles dejará de ser tu amigo o algo por el estilo? Estoy segura de que no le gustaría ni un pelo enterarse de la presión que te impones en aras de intentar resarcir lo que ocurrió escudándote en esa dichosa promesa. Es más, apuesto a que está loco de contento con tu resultado. —Ryan resopla y gira la cabeza para apartarme la mirada—. ¿Qué te ha dicho?

—No lo sé. No he tocado el teléfono todavía y no me apetece en absoluto.

—¿Lo llevas encima?

Asiente levemente y no espero un segundo, le toqueteo los bolsillos hasta que doy con él.

—¿Qué haces, Abi?

—Demostrarte que te comes la cabeza sin motivo. —Le agarro el pulgar para desbloquearlo mientras hablo y deslizo las notificaciones hasta encontrar un mensaje de Miles que leo en voz alta—. «¡Brutaaaaaal! La final ha sido la hostia. ¿Desde cuándo haces esos *cutbacks* tan jodidamente perfectos? Felicidades, tío. Aunque Adriano haya sido mejor hoy, te mereces llegar a lo más alto. ¡¡Mi puto colega es el subcampeón del mundo!!».

Aparto el teléfono y clavo la mirada en él con una expresión que dice claramente: «¿Lo ves?». Ryan recupera su móvil con un movimiento ágil y se lo guarda en el bolsillo trasero para luego beber varios tragos de su cerveza. No me dice nada.

Comienza a sonar *Those Eyes* de New West. Me encanta esta canción.

—Baila conmigo —le pido extendiendo la mano.

—No es lo que más me apetece ahora mismo —replica.

—Por favor…

Le quito con suavidad el botellín para dejarlo en la mesa a nuestro lado y luego tiro de él. No me cuesta ningún esfuerzo que se termine acercando a mí. Cuelgo las manos de su cuello y apoyo la cara en su pecho. El corazón le late muy deprisa. Ryan me recorre la espalda con las yemas de los dedos hasta acabar en mi cintura, y comenzamos a movernos lentamente al ritmo de la canción.

—¿Te has hecho otro agujero en la oreja? —Su respiración me acaricia la piel de la frente cuando habla. Me retiro lo justo para poder mirarlo a los ojos.

—Necesitaba un lugar especial para este pendiente —respondo acariciando la joya con los dedos.

Al día siguiente de mi cumpleaños me hice el *piercing*. Efectivamente, el pendiente era diminuto y quedaría perfecto en el cuarto agujero de mi oreja derecha, pero sentí que el sitio adecuado era otro. Uno nuevo, que solo le perteneciera a Ryan. Así que decidí perforarme la izquierda para llevar esa pequeña estrella de mar.

Le acaricio la mejilla y él cierra los ojos un instante. Noto un ligero temblor en sus manos. Me apoyo en su pecho y tarareo el estribillo de la canción.

—And when we're apart and I'm missing you. I close my eyes and all I see is you. And the small things you do…

Noto que Ryan se estremece al escucharme cantar.

—¿Sabes? Venía con la ilusión de que ganaras el mundial para poder decirte esto —confieso. Su mirada busca la mía con inquietud mientras nuestros cuerpos continúan balanceándose al compás de la música—. Aunque ya me da lo mismo. Me gustas, Ryan.

Arquea las cejas e intenta separarse de mí, pero lo freno con la presión de mis manos sobre su nuca.

—Abi…

—Me gustas mucho. Siento haberme saltado tus normas… Aun así, no quiero esconderlo más.

Cierro los ojos y apoyo la mejilla en la suya, sintiendo su calor. Él me retira agarrándome por los hombros.

—Estás confundida. Sabía que esto pasaría, que lo de la primera vez sí que sería importante para ti y que…

—No es por eso, Ryan —lo interrumpo—. No es porque fuera mi primera vez, sino porque quiero que sea la última. No me apetece que haya nadie después de ti.

—Abigail. —Me sujeta la cara con las manos y me observa con una expresión casi indescifrable. Por momentos me da la sensación de que quiere abalanzarse a por mis labios y, por otro lado, que no desea que me acerque ni un milímetro más—. Sé que es por eso, no me vas a convencer de lo contrario.

—Ryan, escúchame bien. Es porque confías en mí, porque me comprendes, porque para ti soy más que suficiente tal como soy. No esperas nada más de mí. Fue mi primera vez en el sexo, pero créeme que para lo demás también. Y eso… eso me hace querer agarrarme a ti desesperadamente. Me aterra perder lo que sentimos cuando estamos juntos. No puedo renunciar a ti.

Apoyo la frente contra la suya y él no opone resistencia. Nuestras narices se rozan y le miro los labios. Ryan cierra los ojos un instante. Lo beso con suavidad y él inspira profundo. Me sujeta el cuello con las manos mientras me acaricia la línea de la mandíbula con los pulgares. Y me besa también, pero se separa unos segundos después.

—No podemos hacer esto, Abi. —Tiene los ojos cerrados y aprieta fuerte los párpados.

—¿Vas a decirme que no te gusto? ¿Que no sientes nada por mí? —Vuelve a mirarme.

—Joder, Abi. Claro que siento algo por ti. Me vuelves loco. No hay un solo momento del día en el que no te tenga presente. Cada minuto en Bali sin saber de ti fue un puto infierno.

Me tiemblan un poco las piernas al escucharlo y me aferro con una mano a su brazo. Enredo los dedos de la otra en su pelo y se acerca más a mí, hasta que nuestros cuerpos quedan pegados.

—Entonces, ¿por qué te niegas esto?

—Porque mi vida es complicada. No puedo permitirme el lujo de obsesionarme con una persona que con toda certeza sufrirá por mi culpa. Por las ausencias, por no ser la prioridad, por no estar a la altura.

—Es imposible que no estés a la altura, Ryan. ¿Eres consciente de cómo me has cuidado y protegido desde que nos conocemos?

Me mira y me acaricia la mejilla con el pulgar.

—Querría tenerte a mi lado las veinticuatro horas del día —reconoce. Hunde la nariz en mi cabello e inspira con fuerza—. Que tu olor inunde mi casa hasta que se convierta en el mío y tu risa llene los silencios como una canción pegadiza que no pueda olvidar.

—Te mereces esto, Ryan.

—¿Eres consciente de lo que se me viene encima a partir de mañana? Volver a empezar de cero. Poner el foco a un año vista, con entrenamientos más exigentes si cabe, con veinte mil compromisos publicitarios. No puedo hacerte pasar por eso. No quiero que sufras por mi culpa.

Apenas hay espacio entre nosotros. Siento la respiración agitada de Ryan sobre el rostro y su corazón golpeándole el pecho. Le hablo prácticamente rozando sus labios.

—Si no quieres que sufra, bésame de una vez. —No le doy opción porque soy yo la que atrapa su labio inferior entre los míos—. No me importa cuántas horas tengas que entrenar ni cuántos anuncios te obliguen a grabar —digo contra su boca—. Estaré sentada junto a ti en la arena de la playa mirando al horizonte después de una sesión, en la zona mixta esperando para recibirte tras los campeonatos y durmiendo a tu lado cada noche para recordarte lo especial que eres cuando creas que no puedes más.

Me besa sujetándome por las mejillas, pero aún contenido.

—¿Esto va en serio?

—No he hablado más en serio en mi vida, Ryan.

Cierra los ojos y me besa la frente, y luego la sien y la mejilla. Sigue hacia el cuello y yo me estremezco con el primer contacto. Regresa a mis labios y los acaricia con los suyos para después besarme, dejando salir todo lo que retenía hasta hace un instante.

—No sabes cuánto he soñado con este momento —confiesa—. Me lo he imaginado hasta la saciedad. Tenerte entre mis brazos sin una excusa que me haga echar el freno, mantener la distancia. Joder, Abi, me encantas. Me gustas muchísimo.

Me lanzo a su boca y lo beso como llevo deseando hacer desde el día de mi cumpleaños, con la autoridad de saber que Ryan está conmigo. Él me recorre el cuerpo con las manos, alternando entre apretones y caricias. Me atrae todo lo que puede hacia sí, como si pretendiera que nos fundiéramos en uno solo.

—Eres la persona más bonita que he conocido jamás. Mi estrella de mar… —susurra a la vez que me acaricia el pelo.

—No he dejado de pensar en ti ni un minuto en todo este tiempo —le confieso—. Me moría por volver a verte. Me alegro de haber sido lo suficientemente valiente como para dar este paso.

Ryan engancha su mirada con la mía. Cuánto había echado de menos estos ojos verdes dorados. Me dicen que está más tranquilo que hace un rato, aunque no se disipa del todo el velo de decepción que cargan.

La canción termina y regresamos a dónde estábamos, pero esta vez Ryan se sienta en una butaca y me acomoda en su regazo. Entrelazo los brazos por detrás de su cuello. Me contempla por un buen rato, casi como si no se creyera lo que está sucediendo. Me acaricia el rostro y el pelo, desliza el pulgar por mis labios y no aparta ni un segundo la mirada de mí. Todo lo que sucede a nuestro alrededor se desvanece y solo somos conscientes el uno del otro.

—Entonces, no estás conmigo porque fuera tu primera vez, sino porque quieres que sea la última —repite enarcando las cejas, con un tono juguetón. Asiento—. Qué pena…

Lo miro contrariada, arrugando el ceño.

—Tenía una larga lista de cosas que me moría por hacerte en la cama… —susurra en mi oído.

—A ver, no era en sentido literal —aclaro.

—Conque la última vez… Si lo llego a saber, hubiera aprovechado algo más la noche de la fiesta —se burla.

—Ryan…

—Una pena, sí.

—¡Ryan!

Me calla con un beso que me deja claro que está de broma. Un beso que me agita desde el interior y me hace sentir lo mismo que cuando me puse de pie en la tabla por primera vez. Ryan me cuenta sin palabras que vamos juntos a por la próxima ola.

Agradecimientos

Aunque él nunca lo vaya a saber, le agradezco al surfista australiano Mikey Wright que se lanzara al agua para salvar a una turista en una playa de Oahu en 2021. El momento quedó inmortalizado en un vídeo que llegó a mí por casualidad y que se convirtió en la chispa que prendió la inspiración para esta historia.

Gracias a todas las personas que he conocido en el último año al emprender este camino como escritora. A Verónica y Lourdes, por ser apoyo siempre, por animarnos mutuamente a finalizar nuestros proyectos y perseguir nuestros sueños. Formamos un Aquelarre fantástico. También a todos los libreros y libreras que me han acogido y me han dado la oportunidad de desplegar las alas en sus librerías. Gracias siempre.

Una mención especial va para Yauci, mi editor. Gracias por apostar por esta historia desde que llegó a tus manos, por desentrañar hasta el más mínimo detalle para que esté perfecta, por respetar al máximo mi voz como autora, y por abrirme las puertas de Singularidad para sumarme al equipo excepcional de la editorial.

A las profesionales que han trabajado para que la novela brille aún más. Alba, mi correctora; el ojo de lince al que no se le escapa una. Gracias por ayudarme a ser mejor escritora en cada proyecto que compartimos. A Gabriela, mi diseñadora; le das forma y color a mis ideas y eres capaz de plasmar en una ilustración la esencia de la historia. Haces magia y me regalas cubiertas con las que ni siquiera había soñado.

Gracias siempre a mi familia y a mis amigas por apoyarme incondicionalmente en todas las aventuras en las que me embarco. Esta vez quiero hacer una mención especial a Jésica, Laura y Xiomara; por aguantarme la intensidad cuando estaba en el proceso

de publicar *El chico del tren* y por involucrarse con la misma ilusión en *Porque es la primera última vez*.

Y, por último, gracias a ti, que has decidido darle una oportunidad a esta novela. Deseo de corazón que hayas disfrutado el tiempo junto a Abi y Ryan, que te hayas sumergido en su burbuja de arena y sal y que, como ellos, apuestes siempre por lo que te haga verdaderamente feliz. Mil y una veces gracias por leerme.

¡Nos vemos en la siguiente parada del camino!

Gracias por leer.

Tu tiempo y tu compañía en estas páginas significan mucho.
Cada lector convierte un libro en algo vivo.

Si esta historia te ha inspirado, emocionado o acompañado de
alguna manera, nos encantaría conocer tu opinión.

Tus palabras ayudan a que más lectores descubran este título y
son un gran impulso para el autor.

Puedes dejar tu reseña en:
singularidadediciones.es, en **Goodreads** o
en la web de tu librería favorita.

Además, si quieres seguir en contacto, descubrir novedades o incluso escribir directamente a la autora, encontrarás toda la información en nuestros perfiles de redes sociales:
@singularidadediciones

Gracias por formar parte de nuestra historia.